



ITINERARIOS







ITINERARIOS

HISTORIOGRAFÍA Y POSMODERNIDAD

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

Postmetropolis Editorial

2019





Postmetropolis Editorial

Madrid

Marzo de 2019

Edición y maquetación:

Pablo Sánchez León

Cubierta:

Miguel Ángel Gil Escribano

Diseño de colección y de la cubierta:

Miguel Sigler

Ilustración de la portada:

© Miguel Sigler

Referencia:

Marisa González de Oleaga, *Itinerarios. Historiografía y posmodernidad*, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2019, 271 pags.

ISBN: 978-84-948088-7-6

Índice

ITINERARIOS

<i>Aviso a navegantes</i>	5
There was no king in Israel	9
¿Hay un texto en esta clase?	15
La realidad, la muerte y la hierba	19
<i>Un diálogo para empezar</i>	
<i>Del todo y las partes</i>	
¿La historia en peligro de extinción?	39
<i>Bajo el signo de la narratividad</i>	
<i>"The young and the restless"</i>	
<i>Erizos y zorros</i>	
<i>La imaginación de los descontentos</i>	
<i>Tumbas en el aire</i>	
<i>Bueno para pensar, bueno para comer</i>	
Coda: los productos puros enloquecen	101
Como un calidoscopio en zona sísmica	
Un diálogo para continuar: (No) todo lo sólido se disuelve en el aire	

CRUCE DE CAMINOS

Misiva para una historiadora, por <i>Mafe Moscoso</i>	117
Pensar históricamente al historiador posmoderno, girado o discursivo, por <i>Pablo Sánchez León</i>	127
En torno a una posmodernidad trágica, por <i>Pedro Carlos González Cuevas</i>	137
Imaginación, narración y ciencias sociales: una lectura de <i>Itinerarios</i> desde la sociología histórica, por <i>Zira Box</i>	141

Mi viejo amigo Larry, por *Miguel Martorell Linares* 147

Desde la esquina recóndita, por *Pedro A. Piedras Monroy* 151

De certezas, lagunas y tierras movedizas:
diálogo inconcluso en un ignoto lugar,
por *Carolina Meloni González* 157

CAMINOS SIN BRÚJULA

De lobos y de fauces:
el conocimiento sociohistórico en el fin de siglo 169

Posibilidades y sujetos en la enseñanza de la historia
para la integración y la paz 197

Los retos de la historia ante la posmodernidad
y las nuevas corrientes historiográficas 215

¿El fin de los historiadores o el fin de una hegemonía? 231

El pudor de la historia 259

La tribu desafiada: el pasado es de todos 265



ITINERARIOS





Aviso a navegantes

Itinerario, ría

2. masc. Dirección y descripción de un camino con expresión de los lugares, accidentes, paradas que existen a lo largo de él.

Diccionario de la Real academia española

¿Qué es un libro? ¿qué es un libro en la era de la tecnología y las redes sociales? Ha llovido mucho desde aquella imagen decimonónica de los parroquianos sentados en corro mientras uno de ellos, el que sabía leer, daba cuenta de las noticias del periódico o desgranaba las frases de un panfleto o de una solicitada. ¿Qué es un libro hoy? Los libros, obviamente, contienen textos que hablan del mundo, dan información, desarrollan argumentos o hacen circular opiniones. Pero, ¿qué interés puede tener algo así en un momento en que toda la información —la verosímil y la apócrifa— circula libremente por las redes? No deja de sorprenderme la rapidez con la que hemos pasado de las bibliotecas como repositorios del saber a la hegemonía de Internet. Y a algunos nos ha agarrado a contramano. No puedo por menos que asombrarme cuando en los programas de las asignaturas de casi cualquier grado o posgrado universitarios veo que todos, o casi todos, los materiales proceden de páginas web. Capítulos, artículos, materiales fragmentados que desafían la necesidad del libro como un todo, como una unidad. Y que, en la carrera académica, con esa contabilidad aberrante que desprecia el trabajo intelectual y lo somete a las leyes del mercado, un artículo tiene más valor que una monografía.

Es entonces cuando pienso, ¿qué sentido tiene publicar un libro sobre los debates historiográficos de fines del siglo xx? Un texto, el que acompaña este introito, que fue una parte de la memoria de

mi oposición en 2002 y que no ha sido actualizado a la fecha. Una serie de capítulos —con títulos más alegóricos que descriptivos— que hablan de esa especie de primavera o adolescencia rebelde de la historiografía allá por los años 90. Creo que esa es la primera razón que justifica la publicación de un libro como éste: dar cuenta de un momento muy particular de los debates historiográficos, algo así como un cambio de agujas en la escritura de la historia. Un debate que congregó, sobre todo, a conocidos historiadores anglosajones y a una nueva generación de académicos y que tuvo poco eco, cuando no aguerrida resistencia, en el ámbito español. No tanto porque los nuevos presupuestos fueran controvertidos cuanto porque desafiaban el valor de la verdad histórica en manos de los historiadores profesionales. Si se siguen las escasísimas intervenciones de historiadores españoles se puede comprobar que, o bien no leyeron los debates, o bien hicieron una interpretación “a la defensiva”, quejándose de la desautorización de su palabra, que consideran como la única legítima. Y este es otro de los motivos que respalda esta publicación: dar a conocer una polémica, desperdigada en decenas de *journals*, publicada en inglés —y nunca traducida— que ha desestabilizado temporalmente —sobre esto se podría discutir— ese campo de trabajo que es la historiografía. Hay quien ha lanzado las campanas al vuelo diciendo que esta nueva forma de concebir la historia —llamada posmoderna, posestructuralista— ha pasado de moda. Tal vez, o tal vez buena parte de sus críticas —porque ha sido, a mi entender, más una desnaturalización del saber histórico que un decálogo de lo que estos saberes han de ser— calaron y forman parte ya de las herramientas de trabajo de los que hacen historia. Pero aún hay una tercera y, a mi entender, poderosa razón. Una parte muy significativa de la polémica gira en torno a la necesidad de adecuar los contenidos a la forma o, para decirlo de manera técnica, visibiliza la dimensión performativa del lenguaje. Por ello, si uno se adhiere a las nuevas formas de hacer historia no puede escribirla según las viejas pautas.

Una de las consideraciones más transgresoras de la polémica historiográfica afirmaba que los historiadores seguían escribiendo sus relatos bajo los presupuestos de la novela realista decimonónica. Si se compara esto con los cambios operados en la literatura o en



ITINERARIOS

el arte, el veredicto no puede ser más claro: la historiografía va con más de un siglo de retraso. Y es sobre esta realidad sobre la que quise operar con este trabajo, en el que no se cuenta solo en qué consistió el llamado debate posmoderno, sino que se intenta adecuar el relato a la libertad “formal” que han abierto los nuevos aires. Porque si por algo se han caracterizado estas nuevas propuestas es por una inmensa, esperanzadora y liberadora energía creativa. Sé que algunos dirán, ya lo dijeron en su día, que estamos ante el reinado del “todo vale”. No, no es así. Porque entre el “todo vale” y el “solo vale una cosa” discurre un mundo rico y variado de posibilidades. Sobre ellas versa este pequeño libro, dedicado a los estudiantes de grado y posgrado, a todos aquellos que durante años asistieron a los entonces cursos de doctorado “Interpretación y explicación en Ciencias sociales hoy” y “(D)escribir las prácticas”, que impartí entre 1993 y 2015 en el Instituto universitario José Ortega y Gasset y en la Universidad nacional de educación a distancia.

Este libro no es un estado de la cuestión sobre el llamado debate posmoderno, no es un ejercicio de erudición sobre las polémicas historiográficas que han tenido lugar en el mundo anglosajón. ¿Qué es entonces?, ¿cómo definirlo? Es un manifiesto, un legado, un itinerario. Simplemente un recorrido por los textos del debate, una experiencia de lectura. Queda en manos de los lectores trazar sus propios caminos y decidir qué ha significado para cada uno el encuentro con este pequeño libro.



There was no king in Israel

La tradición de todas las generaciones muertas
oprime como una pesadilla el cerebro de los
vivos. (...) Es como el principiante
que ha aprendido un idioma nuevo:
lo traduce siempre a su idioma nativo

Karl Marx, *El dieciocho Brumario*
de Luis Bonaparte (1852)

Así, con esta frase “No hay Rey en Judea”, concluía Peter Novick su conocido libro *That Noble Dream. The ‘Objectivity Question’ and the American Historical Profession*, probablemente el libro más citado en las reflexiones historiográficas de finales del siglo xx¹. Con este enunciado tomado del Libro de los jueces, Novick describía la situación plural vivida por la disciplina en la década del 80. No había rey en Judea y cada hombre hacía lo que era correcto según su criterio. Esta suerte de relativismo y orfandad a la que parece estamos abocados, según Novick, limita y habilita a un tiempo. No hay ganancias sin pérdida, advierte Zygmunt Bauman y —añade— en este tiempo que nos ha tocado vivir hemos cambiado seguridad por libertad². La seguridad de poder contar con paradigmas, escuelas

1 Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

2 Zygmunt BAUMAN, *Postmodernity and Its Discontents*, Nueva York, New York University Press, 1997 (edición en castellano, *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, 2001). Nuestra época ha recibido múltiples nombres: posmodernidad, tardo-capitalismo, sociedad posindustrial, posfordismo... Sobre los múltiples nombres dados a las sociedades desarrolladas de las últimas décadas, Stephen CROOK, Jan PAKULSKI y Malcolm WATERS, *Postmodernization. Change in Advanced Society*, Londres, SAGE, 1992, pp. 1-46 y 220-240 (caps. ‘Modernization and postmodernization’ y ‘The dialectics of postmodernization’). También Collin

y tradiciones por la libertad de revolver entre las tuercas y tornillos de la ferretería histórica para construir los relatos a la manera de los *ready made* del dadaísta Marcel Duchamp³.

A mayor libertad, mayor responsabilidad. Vagabundos o nómadas⁴, el placer de deambular tiene un precio que no es otro que justificar cada paso del recorrido. La pertenencia a una tradición reconocida o la adscripción a un paradigma permitían, hasta no hace mucho, prescindir de tediosas argumentaciones y jugaban a favor de los supuestos, los sobreentendidos, la articulación de consensos y diferencias. Todo parece haber sido más seguro entonces. Pero hoy, sin rey en Judea, cada quien es, en cierta medida, su propio soberano y está obligado a dar cuenta, a responder de sus itinerarios y de su independencia. Tal vez sea esta demanda, la de “mapear” nuestras relaciones con los nuevos tiempos, una demanda

CROUCH, *Social Change in Western Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1999, pp. 39-47.

3 Sobre la quiebra de estos conceptos en el campo de la historiografía, Irmline VEIT-BRAUSE, “Paradigms, schools, traditions. Conceptualizing shifts and changes in the history of historiography”, *Storia della Storiografia* 17 (1990), pp. 50-65. La referencia a tuercas y tornillos es en alusión al libro de Jon ELSTER, *Nuts and Bolts for the Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989 (edición en castellano, *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa, 1990).

4 Bauman representa con dos figuras, turistas y vagabundos, a los ciudadanos y excluidos de la sociedad actual. Zygmunt BAUMAN, “Tourists and vagabonds: The heroes and victims of postmodernity”, *Postmodernity*, pp. 83-94. Gilles Deleuze habla de nómadas y exiliados, y define así a los primeros: “El nómada tiene un territorio, sigue trayectos acostumbrados, va de un punto a otro, no ignora los puntos (punto de agua, de habitación, de asamblea, etc.). Pero la cuestión es lo que es principio o solo consecuencia en la vida nómada. (...) incluso si los puntos determinan los trayectos, están estrictamente subordinados a los trayectos que determinan, lo contrario de lo que sucede con el sedentario. El punto de agua no está más que para ser dejado, y todo punto es una parada y sólo existe como parada. Un trayecto es siempre entre dos puntos, pero el entre-dos ha tomado toda la consistencia y goza de una autonomía como de una dirección propia. La vida del nómada es *intermezzo*. Incluso los elementos de su hábitat están concebidos en función del trayecto que no deja de movilizarlos” citado en Maite LARRAURI-MAX, *El deseo según Gilles Deleuze*, Valencia, Tándem, 2000, pp. 43-45.



ITINERARIOS

más, crítica esta vez, de la inefable posmodernidad⁵. De eso tratan las páginas que siguen.

En el capítulo “¿Hay un texto en esta clase?” intento tomar aspectos del debate historiográfico para componer un panorama comunicable de la polémica y de sus muchas y variadas ramificaciones. Como si se tratara de un collage o como si estuviera ante un “*smorgasbord in an earthquake*” he tomado de aquí y de allí para construir este paisaje historiográfico⁶. Dividido en varios epígrafes, el capítulo se abre con un diálogo simulado entre historiadores. Todos los enunciados que allí aparecen son frases textuales extraídas del debate. La licencia del “corta y pega” me ha permitido sintetizar de forma gráfica los desacuerdos, los miedos y las interpretaciones de los protagonistas de la polémica.

En la “Coda: los productos puros enloquecen” se da otra vuelta a la caracterización de eso que se ha dado en llamar historia posmoderna y se incluye un diálogo apócrifo en el que se incorporan nuevas voces a la polémica, entre ellas las de la propia autora de este itinerario. A continuación, se convoca un diálogo virtual, “Cruce de caminos”, en el que colegas de distintas disciplinas, una filósofa, una socióloga dedicada a la sociología histórica, una antropóloga y cuatro historiadores pertenecientes a distintas tradiciones van a hablar, cada uno desde su posición y con voz propia, de otra experiencia de lectura, la que han tenido al acercarse a este pequeño trabajo y van a intentar explicar en qué medida el debate posmoderno contribuye en algo a su trabajo académico. No ha habido más consigna que esa: dar cuenta de la experiencia que han tenido al leer este trabajo. Desde el género que les pareciera más apropiado, desde la posición en la que puedan sentirse más cómodos, con el único objetivo de comunicar

5 Esta es la estimulante sugerencia de Fredric JAMESON en *Postmodernism, or, the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham (NC), Duke University Press, 1991 (edición en castellano, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1991).

6 La metáfora es de Jim Powell, quien la emplea para describir la lógica cultural posmoderna. Jim POWELL, *Postmodernism for Beginners*, Nueva York, Writers and Readers Publishing, 1998, p. 3.

una experiencia a otros. Porque se trata de abrir el juego, de pensar con los otros. Con demasiada frecuencia en los debates académicos, a pesar de lo que se diga, se discute para tener razón. Las polémicas son como partidos de tenis en el que uno gana y otro pierde. Pero hay otra forma de debatir y otra forma de jugar. Y en los debates que aquí se han propuesto se trata de dar juego, de incorporar a otros jugadores, sin temor a proponer nuevas normas o a reorganizar las ya existentes. Por último y como cierre, en “Caminos sin brújula” reproduzco seis aportaciones de la decena que he publicado sobre este tema como una forma de reunir en un mismo espacio trabajos dispersos y de hacerlos más accesibles a los lectores.

Antes de continuar, dos pequeños apuntes sobre los “contenido(s) (deliberados) de la forma”⁷, en la que está escrito este trabajo. Se podría resumir diciendo: bajo el signo de la metáfora⁸, y de la confusión de géneros⁹. Tanto los capítulos como algunos de los epígrafes llevan por títulos frases o enunciados más alusivos que descriptivos, de literatos, sociólogos o antropólogos. Reconozco que es difícil deducir que en el capítulo segundo, ¿Hay un texto en esta clase?, se hablará del actual debate historiográfico, a menos que se haya leído o se conozca la obra de Stanley Fish que, por si fuera poco, no es un historiador sino un crítico literario. Algo parecido se podría decir de los préstamos de Borges, Bauman, Jameson o Bateson. No hay nada casual ni en el uso de metáforas ni en la elección de la compañía. Respecto a lo primero, a los enunciados

7 Hayden WHITE, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1987 (edición en castellano, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992).

8 George LAKOFF y Mark JOHNSON, *Metaphors We Live By*, Chicago, University of Chicago, 1980 (edición en castellano, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1998).

9 Clifford GEERTZ, “Blurred genres”, *American Scholar* 49 (1980), pp. 165-170 (edición en castellano, “Géneros confusos” en Carlos Reynoso, (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 1998, pp. 63-77). Confusión de géneros o “bricolage ensimismado”; como lo llama Steven Connor al referirse a la obra del británico Dick Hebdige. Steven CONNOR, *Cultura postmoderna*, Madrid, Akal, 1996, pp. 154 y ss.

alusivos o alegóricos, decir que me parecen más pródigos que los descriptivos. No renunció a la dimensión comunicativa de cualquier texto, pero tampoco quiero negar las otras posibilidades del lenguaje, aquellas que exigen una mayor implicación del lector en la generación de sentidos. La metáfora, por su parte, nos permite asomarnos al mundo de la connotación, a la multiplicidad de relaciones tan alejada del paraíso de Humpty Dumpty¹⁰.

En cuanto a la variada compañía y a la mezcla de géneros, recordar que nada de lo humano debería ser ajeno y que, por tanto, todo lo que nos ayude a conocerlo mejor —a verlo de otra manera— debería ser bienvenido. Por último, no puedo dejar de ser lectora y como tal he disfrutado de los trabajos aquí aludidos y debo confesar que en no pocas ocasiones me ha resultado muy arduo recordar argumentos descriptivos prolijamente elaborados. En cambio, el poder de una metáfora, de una idea condensada me ha facilitado, a veces, la tarea. Espero que al lector le parezcan todas ellas razones suficientes como para pasar la hoja y continuar con la lectura.

10 Me refiero al personaje de Lewis Carroll quien en el capítulo vi de *Through the Looking Glass* [A través del espejo] hace que Humpty Dumpty y Alicia mantengan el siguiente diálogo: “when I use a Word”, Humpty Dumpty said, in rather a scornful tone, “it means just what I choose it to mean —neither more nor less, —“The question is”, said Alice, “whether you *can* make words mean so many different things”. —“The question is”, said Humpty Dumpty, “which is to be master —that’s all”- La cita en Lewis CARROLL, *The Annotated Alice. Alice’s Adventures in Wonderland and Through the Looking Glass*, Nueva York, Bramhall House, 1960, p. 269. Los críticos parecen coincidir en que Humpty Dumpty representaría a los positivistas lógicos, contemporáneos a Carroll. De la diversidad de posiciones de estos últimos vendría la confusión existente hoy sobre la significación del “giro lingüístico” que, aunque reducido a la importancia del lenguaje en la construcción de la realidad, aglutinaría a teóricos de muy diversas tradiciones. Un panorama denso, pero bien hilado sobre este tema en Franca D’AGOSTINI, *Analíticos y continentales. Guía de la filosofía de los últimos treinta años*, Madrid, Cátedra, 1997; pps. 235-323. La alusión a Humpty Dumpty está relacionada con los trabajos de Mijail Bajtin, quien consideraba que el poder se encarna en la necesidad de centralizar y unificar el lenguaje y en excluir voces disidentes. De alguna forma esa pretensión “autorial” del personaje de Carroll —que no desafía al poder, sino que lo constituye— me recordó los presupuestos de Bajtin. Mijail BAJTIN, *The Dialogical Imagination*, Austin, University of Texas Press, 1981.



¿Hay un texto en esta clase?

¡Guárdenos Dios de una visión única
y de la modorra de Newton!

William Blake

Así comenzaba Stanley Fish el capítulo del libro que lleva esta pregunta por título, *Is There a Text in This Class?*¹. En la explicación del sentido de la pregunta, Fish relata una anécdota que tuvo lugar a la salida de una de las clases impartidas por un colega suyo en la John Hopkins University. Una estudiante que acababa de terminar un curso con el propio Fish se acercó a su nuevo profesor y le preguntó: “¿Hay un texto en esta clase?”. El profesor de la asignatura, creyendo entender el significado de la pregunta, no dudó y respondió: “Sí; el texto es la *Antología Norton de literatura*”. Un poco contrariada, la estudiante inquirió: “No, no, me refiero a si en esta clase tenemos que creer en poemas y cosas o solo en nosotros”². Con esta anécdota Fish reflexiona sobre la inestabilidad de la significación, sobre esa polaridad epistemológica entre la creencia de que todo enunciado tiene una única significación y la que, por el contrario, apuesta por tantos significados como lectores. Asimismo, introduce la polisemia del concepto de texto, a la que me referiré en más de una ocasión. La posición de Fish respecto a la dualidad de la significación —un significado, cualquier significado— se podría definir como una postura situacionista o contextualista compleja. Esto es, su planteamiento complejiza el problema de texto y contexto. Ni la

1 Stanley FISH, *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretive Communities*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1980.

2 FISH, *Is There a Text in this Class?*, pp. 303-321.

significación es una y está contenida en el contexto que el texto refleja de forma unitaria, ni tampoco reside en la estructura lingüística o resulta de la imposición del lector o los lectores.

He escogido esta pregunta ya célebre de Fish porque me parece oportuno reflexionar sobre estas cuestiones. La acepción que yo he elegido coincide con la de la alumna de literatura cuando preguntaba: ¿Usted en qué cree: en poemas y objetos o sólo en nosotros mismos como lectores? Traducido a esta situación particular, la de este libro, la alumna debería preguntar: ¿Usted en qué cree: en la realidad del pasado, en los hechos y los procesos, o, solo en nuestras interpretaciones infinitas? A eso se podría responder: “A mí me interesa la pluralidad de interpretaciones cuya condición de posibilidad, en el caso de la historia, son los hechos, los sucesos, las ideas, otras interpretaciones”. Dicho así, ¿quién podría estar en desacuerdo? Parece un programa bastante sensato. Intentaré, sin embargo, exponer cómo en ocasiones la aparente sensatez en el decir no va acompañada de prácticas consecuentes.

Este capítulo comienza con un diálogo imaginario entre historiadores poco afectos o críticos con la “última ola historiográfica”, continúa con un recorrido por algunos de los debates más significativos de la última década del siglo xx, se detiene en un pequeño análisis de los puntos centrales de las discusiones y su efecto en las prácticas, y concluye con la convocatoria de un nuevo diálogo virtual en el que unos y otros, afectos y desafectos, toman la palabra. Puede resultar extraño el formato en que se narran estos episodios. Solo decir que es deliberado porque persigue diferentes objetivos.

Uno, implicar al lector en los debates. No son los otros los que discuten, los teóricos o aquellos que nunca han pisado un archivo; también los “genuinos” historiadores —como los llama Elton— podrían sentirse interpelados al ver algunas de sus posiciones descritas en el diálogo del comienzo. Dos, también este recorrido que se inicia con los miedos y las preocupaciones del gremio por los excesos de la nueva historiografía —asociada al “giro lingüístico” y a la posmodernidad— quiere ser un acto de reivindicación de nuevos espacios colectivos. El diálogo final es una puesta en escena en ese nuevo territorio del historiador en el que, acostumbrados a la incertidumbre, ya nadie pretende definir, monopolizar el cometido y la

función de la historia como disciplina. Es, en definitiva, un alegato a favor de la pluralidad y la convivencia de distintas tradiciones y prácticas. Por otra parte, este recorrido desde la inquietud a la celebración ha sido también mi recorrido personal por la historiografía y tiene el valor del testimonio. Tres, este itinerario por las agitadas aguas de la historiografía cambia con frecuencia de nivel. Va desde preocupaciones epistemológicas a otras más cercanas a problemas metodológicos y técnicos, sin descuidar la polémica en torno a acontecimientos más o menos concretos. Con estos desniveles pretendo desestabilizar los límites entre filosofía e historia. Me parece que la profesionalización de la disciplina y el reconocimiento de su progresiva complejidad requirieron una división del trabajo. Por un lado, los filósofos de la historia; por otro, los historiadores. Pero esta diferenciación se ha convertido, las más de las veces, en una suerte de *apartheid* disciplinar. Los historiadores acusan a los filósofos de hablar demasiado sobre aquello que desconocen porque no practican; los filósofos reprochan a los historiadores su empirismo pueril o el haber convertido al documento en un fetiche. Supongamos que la segregación disciplinar ha sido o puede ser aún necesaria para organizar corporativamente el gremio, ¿implica esto que nuestras necesidades corporativas han de determinar nuestro trabajo intelectual? Ciertamente, uno no puede ser historiador, filósofo, antropólogo..., en definitiva, mujer orquesta, pero su virtuosismo instrumental ¿le debe impedir apreciar, incorporar o, al menos valorar, los acordes ajenos? Se me ocurre pensar en las nefastas consecuencias que podría tener para la cirugía el desprecio o la sordera ante las aportaciones de la bioquímica o de la física nuclear. Cuarto y último, uno no puede apostar por una lógica del conocimiento dialógica y polifónica y luego continuar escribiendo desde perspectivas monológicas y monofónicas. Creo que la experimentación es necesaria y renovar el relato histórico una exigencia de las nuevas posiciones.

Para terminar este exordio, recordar mi interés por los problemas de la representación histórica, mi preocupación por el contenido de la forma, que puede parecer una suerte de manipulación o falta de respeto hacia el lector. Hace unos días una muy querida y estimada colega me comentó que ella escribía presuponiendo que el lector sería capaz, por sí solo, de lidiar, armar, desarmar los relatos

que ella construía. El comentario me hizo pensar y ver que, probablemente, las inquietudes por las formas, por los modos y maneras de representar el relato histórico podían dar pie a pensar en cierta manipulación, en una subrepticia imposición formal sobre la narración o el relato analítico. Un diálogo, como una de las tantas fórmulas para representar un debate de ideas, podría ser entendido como un procedimiento un poco infantil que toma al lector por alguien poco capaz de seguir un relato temático o cronológico más continuo y denso. Por otra parte, el comentario me recordó discusiones habidas en otra época sobre los problemas de la didáctica de la historia, que se consideraba como una estrategia propia de los maestros o, a lo sumo, de los profesores de secundaria; pero de ninguna manera las reflexiones sobre cómo transmitir información o cómo ordenarla para generar reacciones en los oyentes podía ser objeto de las preocupaciones de los profesores de universidad, que parecían muy a gusto con las clases magistrales. Finalmente, esta posición según la cual yo escribo sin preocuparme por el cómo lo hago —más allá del respeto a la sintaxis y a otras normas de la composición— recuerda las discusiones bizantinas sobre la objetividad o la subjetividad, sobre aquellos que creían que su relato era objetivo por el mero hecho de querer serlo, y que los que planteaban problemas sobre la complicada relación entre observador y observado resultaban ser una pandilla de subjetivistas de la peor calaña.

Mi inquietud por los problemas de la representación solo pretende manejar lo evidente. No reconocer la mediación que suponen las fórmulas retóricas y literarias en la representación histórica no erradica el problema, tan solo lo evita. La escritura tiene una dimensión comunicativa innegable pero también es una red espesa de figuras, tramas y resquicios ideológicos. Si la escritura debe dialogar con la complejidad de lo real, es esa complejidad de la que hay que dar cuenta. Negarla, reducirla, me parece que es hacer un flaco favor a los distintos cometidos de las ciencias sociales. Por tanto, no se trata de manipular el discurso sino de negociar con lo inevitable. Una vez más, la historiografía no solo debería ocuparse de los significados históricos y de la transmisión de esas significaciones sino también de los procedimientos por los que se constituyen esos

significados, y eso vale tanto para la relación del historiador con el pasado como para su relación con la escritura. Una última observación: en algunos casos las citas aparecen traducidas en el texto, en otros la traducción está en las notas al pie. Esta diferencia de criterios obedece a mi interés por provocar un efecto distinto en uno y otro caso. He decidido traducir las citas cuando el texto es de confección propia y responde a una reflexión personal. Por el contrario, las citas van en su idioma original cuando se trata de una exposición de la palabra o el pensamiento de otros. Se trata tan solo de una cuestión de grado. En todos los casos la selección y distribución de citas son mías, pero me parece sugerente utilizar distintas modalidades —traducidas y no traducidas— para generar efectos distintos en la lectura. Otra vez procuro negociar —advirtiéndolo— con lo evidente e inevitable.

LA REALIDAD, LA MUERTE Y LA HIERBA

Imaginemos por un momento una reunión improvisada entre dos antropólogos y un escritor, especialista en teoría literaria, a los que se les pregunta por el estado de sus respectivas disciplinas y por la situación general de las ciencias sociales a comienzos del nuevo milenio. Se les pide que elijan algún aspecto de los debates contemporáneos que consideren de particular interés para dibujar los contornos actuales de sus disciplinas. Supongamos que uno de los participantes es John Barth quien, ante el envite lanzado, afirma de forma escueta:

la realidad es un hermoso lugar que se puede visitar (filosóficamente), pero nunca nadie ha vivido allí³.

Sigamos imaginando que el segundo invitado es el antropólogo Gregory Bateson, que ha estado atento al comentario de Barth. Con el ceño ligeramente fruncido, Bateson señala:

³ Citado por Marshall SAHLINS, "Heraclitus vs. Herodotus", en *Waiting for Foucault and Other Aphorisms*, Cambridge, Prickly Pear Pamphlets, 1993, p. 10.

[Yo les voy a hablar de formas de razonamiento. Voy a reproducir dos silogismos que creo muestran con claridad dos maneras distintas de razonar]. El primero es un silogismo del estilo que tradicionalmente se llama Bárbara:

Los hombres mueren.
Sócrates es un hombre.
Sócrates muere.

Y el otro silogismo:

La hierba muere.
Los hombres son hierba.

(...) Estos dos silogismos coexisten en un mundo incómodo, y un crítico me señaló el otro día en Inglaterra que la mayor parte de mi pensamiento toma la forma de la segunda clase de secuencia (...). De modo que estudié profundamente este segundo tipo de silogismo que se llama (...) 'afirmación de la premisa menor'. Y me pareció que esta era realmente la manera en que solía pensar, y también me pareció que era la manera en que pensaban los poetas. También me pareció que tenía otro nombre, y su nombre era metáfora (...). El silogismo de la hierba trata de la ecuación de predicados, no de las clases y sujetos de las clases, sino de la identificación de predicados. Muere —muere, lo que muere es igual a aquella otra cosa que muere—. [Así] la metáfora no [es] simplemente bonita poesía, no [es] ni buena ni mala lógica, sino que, de hecho, [es], (...) la característica principal y el pegamento organizador de este mundo del proceso mental [sobre el que he estado trabajando]. (...). Espero que la incorporación del silogismo en la forma Bateson [pueda ayudarles a] pensar en términos materiales y lógicos, en la sintaxis y terminología de la mecánica, cuando (...) estén intentando pensar en cosas vivas⁴.

4 Este texto es una adaptación de la transcripción de la cinta grabada por Gregory Bateson como discurso de apertura de la reunión anual de los miembros de la casa de huéspedes Lindisfarne, que tuvo lugar el 9 de junio de 1980 en el Wheelwright Center, Green Gulch, California. Bateson moría el 4 de junio de 1980 en la casa de huéspedes del Centro zen de San Francisco, cuatro días antes de la apertura de la mencionada reunión. El texto que aparece entre paréntesis no pertenece al texto original que puede consultarse en Gregory BATESON, "Los hombres son hierba. La metáfora y el mundo del proceso mental", en Gregory Bateson et al., *Gaia. Implicaciones de la nueva biología*, Barcelona, Kairós, 1989, pp. 37-46.

Por su parte, Marshall Sahlins no se hace esperar y abre aún más este juego de consideraciones. Con una buena dosis de ironía y escepticismo, y haciendo alusión al instrumento imprescindible de todo antropólogo, su cuaderno de campo, espeta inmisericorde:

Tengo que confesar que revisando mi cuaderno me sorprende que Lord Keynes no nos dijera toda la verdad sobre el largo plazo. Al menos en lo que concierne a la antropología, dos cosas son ciertas en el largo plazo: una, que todos estaremos muertos; pero otra, que todos estaremos equivocados. Claramente, se considera que uno ha hecho una buena carrera académica cuando lo primero tiene lugar antes que lo segundo⁵.

A pesar de lo que pueda parecer, Barth, Bateson y Sahlins han trazado, gracias a sus intervenciones imaginarias, un buen perfil de los debates en ciencias sociales. El estatuto de lo real, las formas de razonar sobre la realidad social, los elementos que intervienen en ese ejercicio y, por último y no menos importante, la relación entre verdad y comunidad científica, son otras tantas maneras de traducir los comentarios de estos excepcionales interlocutores virtuales. Dicho de una manera más económica: Barth, Bateson y Sahlins están hablando de puntos centrales en las polémicas que durante las últimas décadas del siglo xx no han dejado de sacudir el conocimiento social, a saber: realidad y ficción, el lenguaje como mediación entre el sujeto y lo real, y la imbricación del saber con el poder.

El apartado que desarrollo a continuación, y que el lector entenderá por qué lleva por título de “La realidad, la muerte y la hierba”, ha sido pensado siguiendo, a grandes rasgos, tres ejes: el ontológico, el epistemológico-metodológico y el eje ideológico. La crisis ha afectado y afecta a todas y cada una de las disciplinas sociales. No obstante, yo me centraré en el caso de la historia. En este campo, la crisis puede ser definida como una ruptura de buena parte de los consensos previos, una brecha que pone en entredicho y desestabiliza los acuerdos existentes en torno a cada uno de los ejes mencionados. Pero antes de continuar me gustaría convocar a los

5 Palabras de Marshall Sahlins en la conferencia de la Asociación de antropología social de la Commonwealth, celebrada en Oxford el 29 de julio de 1993. El texto completo en inglés en SAHLINS, *Waiting for Foucault*, pp. 5-6.

historiadores a una suerte de encuentro imaginario como el propiciado por el escritor y los antropólogos. El debate en torno a la crisis de la historia y del conocimiento histórico lleva más de treinta años dejando marcas en revistas profesionales, monografías, congresos internacionales, páginas web, etc. Con una incidencia muy desigual, creo que los debates en torno al estatuto y a la viabilidad del conocimiento histórico han tenido mayor presencia en el mundo anglosajón, y de forma muy especial en la academia norteamericana. No obstante, tanto en aquellos países europeos donde he rastreado la polémica (Inglaterra, Francia, España, Italia, Alemania) como en algunos países americanos (Estados Unidos, Canadá, México y Argentina) se producen notables coincidencias. En buena parte de la literatura dedicada al tema en los dos continentes aparecen de forma recurrente ideas comunes contrarias o renuentes a considerar siquiera algunos de los retos lanzados al “sentido común” historiográfico.

Siempre he pensado, y así hago mío el aforismo de Gastón Bachelard, que “pensar es pensar contra alguien”. En este caso, intentaré pensar contra ese nutrido grupo de colegas, historiadores todos ellos, que se muestran reticentes a participar del debate y que no tienen empacho en lanzar toda suerte de diatribas contra aquellos que propugnan nuevas formas —más inclusivas— de entender la historia y el cometido de los historiadores. De esos adversarios dialécticos solo señalaré, como ejemplo extremo, al eminente historiador inglés Geoffrey R. Elton, fallecido en los 90, quien en su conocido ensayo *Return to Essentials*, despliega un buen número de adjetivos y metáforas con las que descalificar a aquellos que han decidido cuestionar las formas ahora “tradicionales” de “hacer historia”⁶. Como ejemplo, al hablar de los peligros que acechan a la disciplina, señala a las teorías filosóficas y a sus partidarios como fuente de innumerables males. De las primeras dirá que son “el equivalente del crack”; de los segundos, “tentadores demoníacos” que “pervierten a algunos jóvenes académicos” que tienen “mentes

6 Geoffrey R. ELTON, *Return to Essentials. Some Reflections on the Present State of Historical Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

adolescentes”⁷. Bien es cierto que Elton no representa a todo el gremio, y que su rechazo frontal a toda discusión sobre el estatuto de la historia no es la postura más corriente. Pero una parte significativa de los argumentos que con desigual fortuna desgrana en los textos que en su día constituyeron las conferencias Cook, pronunciadas en la Facultad de derecho de la Universidad de Michigan, aparecen de forma tozuda en los escritos y en los análisis de otros historiadores menos exaltados. Por ello he decidido imaginar un diálogo entre historiadores sometidos a la dura tarea de evaluar la crisis historiográfica y de juzgar los argumentos de aquellos que juegan a favor de una renovación en la disciplina, incluso cuando ese renacimiento pueda poner en tela de juicio su propio *métier* o la permanencia de la historia como disciplina académica, tal y cómo la conocemos.

*Un diálogo para empezar*⁸

Reunidos siete eminentes historiadores con campos temáticos diferentes, distintas formas de abordar sus casos empíricos, y con sesgos ideológicos en no pocos casos contrarios entre sí, se abre la reunión en la que cada uno propondrá y desarrollará una idea o argumento crítico contra lo que genéricamente, a falta de algo mejor, llamaré las historias posmodernas.

Historiador A: qué quieren que les diga, soy bastante renuente a considerar seriamente los planteamientos de esta nueva “camada”

⁷ ELTON, *Return to Essentials*, pags. 41 y ss.

⁸ Los usos del concepto de diálogo pueden ser un poco confusos. Un diálogo puede ser una conversación entre dos personas, puede ser un intercambio de pareceres o una exposición de argumentos de forma alternativa. Este uso proviene de la acepción de la partícula griega *dia*, que significa tanto “doble” como “a través de”. El uso que yo quiero darle en este apartado es el que figura en el *Diccionario de uso del castellano* de María MOLINER y en el *Diccionario Ideológico de la lengua española* de Julio CASARES. En ambos casos, un diálogo es una conversación entre dos o más personas que alternativamente muestran sus ideas y afectos. En este caso, el diálogo que entablan estos historiadores ejemplifica el uso más común de la idea de diálogo como un intercambio de pareceres que aspira al consenso.

de historiadores posmodernos, posestructuralistas, posmarxistas, posfeministas, deconstructivos... —en verdad ¿cómo diantres llamarlos?—, cuya idea central, prestada por Lyotard, consiste en la “sofisticada” creencia intelectual de que todo es relativo y que no existen fundamentos últimos, metanarrativas —las llama Lyotard— con las que evaluar o determinar la pertinencia o la falsedad de una idea.

¿Que qué es una metanarrativa? Bueno, siguiendo a Lyotard, las metanarrativas son las grandes historias, “una narrativa acerca de las narrativas”⁹, que nos dicen cómo es el mundo y cómo debe ser, como por ejemplo el marxismo, el liberalismo o la ciencia moderna. Las metanarrativas no se ciñen solo a la política o a la filosofía, abarcan los procesos económicos, culturales etc.... Todos esos metadisursos “tienen la obligación de legitimar las reglas de su propio juego”¹⁰. En el caso del marxismo, la emancipación de los trabajadores; en el del liberalismo, la creación de riqueza; en el caso de la ciencia moderna, la idea de control de la naturaleza y la idea de progreso. Para Lyotard, la condición posmoderna se caracteriza, precisamente, “por una incredulidad hacia las metanarrativas”¹¹, lo que a efectos prácticos significa que lo verdadero y lo falso tienen límites muy poco definidos o, en todo caso, que la verdad solo puede ser definida en términos locales y contextuales.

Queridos colegas, comprenderán las nefastas consecuencias que esto puede suponer para la historia y para los historiadores: las metanarrativas —descubiertos sus pies de barro— no nos pueden asegurar objetividad en el estudio del pasado; son solo “nuestras” metanarrativas, los metadisursos de cada época que a modo de corsé o de red usamos para trasladarnos al pasado. Si esto es así, nuestro conocimiento del pasado, que nosotros creíamos una reconstrucción de lo acontecido, se desmorona, preso como está de su propia época. Señores, se darán cuenta de que esto supone un total cuestionamiento de las condiciones del saber y del conocimiento, así como de la comprensión de nuestra situación en el mundo,

9 El argumento central que se expone aquí ha sido tomado de Jean François LYOTARD, *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, Manchester, Manchester University Press, 1984. Del mismo autor, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Barcelona, Gedisa, 1995 (1987).

10 LYOTARD, *The Postmodern Condition*.

11 *Postmodern Condition*.

presente y pasado¹². Si aceptamos las premisas que he reseñado, y el conocimiento histórico no depende de “los materiales empleados o de los razonamientos usados, entonces [los relatos históricos] no pueden ser refutados. Y si no hay argumentos válidos posibles, de eso se sigue que todas las reconstrucciones [del pasado] son de igual valor, carecen de validez más allá de la que le otorga el escritor o el lector”¹³.

Historiador B: Efectivamente, usted lo ha dicho de forma precisa, profesor. Aceptar esa suerte de relativismo epistemológico conlleva el fin de la disciplina porque “la historia liberadora, como la teología liberadora, no es una forma nueva y mejor [de entender nuestro cometido]; es la negación de la disciplina”¹⁴. Afirmar que no existen y no pueden existir parámetros con los que evaluar o cotejar los distintos relatos históricos, negar toda posibilidad a la idea de verdad y sugerir, por tanto, que “los historiadores crean —no descubren ni interpretan— el significado histórico [significa socavar] nuestra autoridad, la mística de nuestra empresa, el propósito de nuestro trabajo”¹⁵. Todo este alboroto de la historia deconstructiva, o como quiera que deba llamarse, nos obliga a quedarnos con la impresión de que estamos ante “la disolución de la historia, [ante] la fuga de la ‘realidad’ al lenguaje como el agente constitutivo de la conciencia humana y de la producción social de significados”¹⁶. “La crítica posmoderna [podría] persuadir de que la historia de los historiadores carece de valor”¹⁷. No deja de ser una

12 Para una buena definición del concepto de metanarrativa y de las consecuencias que la incredulidad hacia los metadiscursos ha supuesto para la historia académica, puede consultarse Alun MUNSLOW, *The Routledge Companion to Historical Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000; pp. 155-156.

13 ELTON, *Return to Essentials*, p. 34.

14 Gertrude HIMMELFARB, “Telling it as you like it: Postmodernist history and the flight from fact”, en Keith Jenkins (ed.), *The Postmodern History Reader*, Londres, Routledge, 1997, p. 173.

15 Ellen SOMEKAWA y Elizabeth A. SMITH, “Theorizing the writing of history, or, ‘I can’t think why it should be so dull, for a great deal of it must be invention’”, *Journal of Social History* 22/1 (1988), pp. 149-161; la cita en p. 150.

16 Gabrielle M. SPIEGEL, “History, historicism and the social logic of the text in the Middle Ages”, *Speculum* 65/1 (1990), pp. 59-81.

17 Arthur MARWICK, “Two approaches to historical study: The metaphysical (Including ‘Postmodernism’) and the historical”, *Journal of Contemporary History*

situación incómoda que debería hacernos pensar en la posibilidad de que, de seguir así, “la historia [se convierta en] una especie en peligro de extinción”¹⁸.

Historiadora C: “Los historiadores, antiguos y modernos, siempre supieron lo que los posmodernos creen haber descubierto —que cualquier trabajo de historia es vulnerable en tres puntos: la falibilidad y deficiencias de las fuentes históricas; la falibilidad y selectividad inherente a la escritura de la historia; y la falibilidad y subjetividad de los historiadores (...) —; la fragilidad, falibilidad y relatividad de la empresa histórica (...) estas ideas no son grandes descubrimientos del posmodernismo”¹⁹. No veo razón para tomar en serio o perder el tiempo en disquisiciones bizantinas: “[todos] sabemos que las novelas no son ventanas a la realidad, que el lenguaje no garantiza un acceso directo al mundo, que el realismo es en algunos aspectos el producto de códigos de significación y convenciones... y suma y sigue. Uno de los problemas con la deconstrucción literaria es que tiende a manejar razones sofisticadas para creer en lo que todos sabemos”²⁰.

Historiador D: Señores, ha llegado el momento de “llamar a las cosas por su nombre” y de evitar caer en los artificios seductores de estos adolescentes inquietos. “En historia [sus ideas son] la negación del pasado, de la realidad del pasado al margen de lo que los historiadores han decidido hacer de él y, por tanto, [la negación] de cualquier verdad objetiva sobre ese pasado. La historia posmoderna (...) no reconoce principio alguno de realidad, solo el principio del placer (...). El último objetivo [de la historia posmoderna] es aún más ambicioso: liberarnos de las ideas coercitivas de verdad y realidad”²¹. Niegan la realidad, son anti-realistas y exaltan el poder creador del

30/1 (1995), pp. 5-35; la cita en la p. 5.

18 Lawrence STONE, “History and Postmodernism”, *Past and Present* 131 (1991), pp. 217-218; la cita en p. 218.

19 Gertrude HIMMELFARB, *Looking into the Abyss. Ultimately Thoughts on Culture and Society*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1994, p. 135.

20 Christopher NORRIS, “Postmodernizing history: Right-wing revisionism and the uses of theory”, en Jenkins, *The Postmodern History Reader*, p. 90

21 HIMMELFARB, *Looking into the Abyss*, pags. 133 y 137.

lenguaje, la nueva matriz, origen de todo lo existente. En su mapa mental “(el) lenguaje [es] el lugar del significado, del poder y de la resistencia. [Haciendo historia en el] posestructuralismo [la] reevaluación del lenguaje y de su significación culminó en una intensa interrogación de lo real. (...) El proyecto posestructuralista [tal y cómo lo definiera Derrida] está más interesado en “interpretar las interpretaciones que las cosas”, llegando a posiciones del tipo “todo llega a ser lenguaje”²². Yo, como ustedes, no puedo aceptar que no haya realidad ahí fuera [y que todo se reduzca a la creación subjetiva de los historiadores; en otras palabras, que sea el lenguaje el que cree los significados que a su vez crean nuestra imagen de lo real]. “Esto destruye la diferencia entre hechos y ficción, y convierte en totalmente inútil el trabajo tedioso y sucio del archivo, en el que el historiador bucea en busca de ‘hechos’”²³. Además, ese cierre sobre el lenguaje como principio autorreferente genera “una aproximación parcial a la realidad. Los individuos y los grupos sociales no se sitúan dentro de [la trama] de las relaciones sociales y de las prácticas. (...) y con ello se impide, por definición, cualquier compromiso real entre lenguaje, política y lo ‘social’”²⁴. Por mi parte, me gustaría concluir señalando que “o hay (...) un elemento de referencia: los hechos; o la historia es lo que tú quieres que sea”²⁵.

Historiador E: Retomando lo dicho, a mí me gustaría intervenir para destacar cierta ingenuidad en las afirmaciones de estos poshistoriadores (permítaseme la ironía). Nos acusan a la generalidad de los historiadores “realistas” —es decir, a todos los que creemos y trabajamos en la convicción de que existe una realidad externa que puede ser conocida parcialmente— de confundir esa realidad, el pasado en nuestro caso, con los documentos o de creer que los documentos son un reflejo de la realidad acontecida.

22 Bryan PALMER, “Critical theory, historical materialism, and the ostensible end of Marxism: The poverty of theory revisited”, *International Review of Social History* 38/2 (1993), pp. 133-162, la cita en p. 139

23 STONE, “History and postmodernism”, *Past and Present* 135 (1992), pp. 189-208. la cita en p.193.

24 Neville KIRK, “History, language, ideas and postmodernism: A materialist view”, *Social History* 19/2 (1994), pp. 221-240; la cita en pp. 236-237.

25 Berel LANG, “Is it possible to misrepresent the Holocaust?”, *History and Theory* 34/1 (1995), pp. 84-89; la cita en p. 89.

¡Por favor!, pero si la crítica de las fuentes es una operación, una técnica, casi tan antigua como la misma disciplina. A estas alturas pocos colegas se atreverían a “sugerir que los hechos puedan ser leídos de los documentos o establecidos de forma positivista sin el recurso a marcos interpretativos”²⁶. Pero de ahí a negar la realidad de los hechos históricos hay mucho camino que andar. Esta negación es una consecuencia más, se me ocurre, de los préstamos innecesarios y de los contagios provocados por otras disciplinas como la lingüística o la crítica literaria. No voy a abundar en el problema de la objetividad o sobre la independencia de la historia frente al historiador, o acerca de la relación entre los documentos y aquello que relatan y no lo voy a hacer “porque la realidad de estos conceptos sólo puede ser experimentada por el historiador en el curso de su trabajo, lo que explica por qué los cargos contra estas verdades son siempre suscritos por gente que nunca ha tratado de hacer trabajo real en historia”²⁷.

Historiador F: Tiene razón el colega que me ha precedido. La crítica literaria —y la filosofía y también, aunque en menor medida, la antropología—, han intentado saturar a la historia de principios y creencias que poco tienen que aportarnos. Por fortuna, “la desestabilización teórica de la historia, [perseguida] gracias a [la aplicación] de los modelos críticos, basados en el lenguaje, no ha tenido efecto en las prácticas académicas porque los académicos no tienen nada que ganar y todo que perder al dismantelar sus códigos de razonamiento fundados en la evidencia y aceptar las acusaciones de fraude, falta de honestidad y falsedad”²⁸. “Una cosa es el trabajo del historiador, pegado a las fuentes, buceando entre los documentos, y otra muy distinta la del filósofo”²⁹. A veces se confunde y “se cree que la historia y la filosofía de la historia son la misma actividad, con los filósofos haciendo explícitos los presupuestos implícitos de los historiadores. Teniendo en cuenta el triste hecho de que los

26 NORRIS, “Postmodernizing history”, p. 96.

27 ELTON, *Return to Essentials*, p. 51.

28 Nancy F. PARTNER, “Historicity in an age of reality-fictions”, en Frank Ankersmit y Hans Kellner (eds.), *A New Philosophy of History*, Londres, 1995, p. 22.

29 Esta idea es casi tan antigua como la profesionalización de la disciplina. Véase Michael STANFORD, *An Introduction to the Philosophy of History*, Londres, Blackwell, 1998, pp. 8-9.

filósofos de la historia nunca han intentado abordar un problema histórico de la forma en que lo hace un historiador genuino, (...) no creo que esta identificación sea, en modo alguno, convincente”³⁰. Reconocer la diferencia entre esas dos disciplinas, la historia y la filosofía, puede ser un buen antídoto para el virus que intenta infectar a la historia. “Heidegger y Adorno, [así como] sucesivas olas de críticos literarios, desde estructuralistas hasta deconstruccionistas, pasando por posestructuralistas, entre los que figuran grandes nombres como los de Saussure, Barthes, y Derrida, con Foucault actuando de intermediario y transfiriendo las teorías a los historiadores. Filosofía alemana y *esprit* francés —una combinación peligrosa, porque la primera al tiempo que resulta incomprensible parece inteligente, y el último demuestra que el absurdo siempre suena mejor en francés—”³¹. Así que no debemos avergonzarnos: la historia, por un lado, la filosofía, por el otro. “Es probablemente tan equivocado preguntarle a un historiador por cuestiones filosóficas como preguntarle a un pintor por sus concepciones estéticas”³².

Historiador G: En otro orden de cosas, a mí me preocupan no solo las consecuencias futuras que, para el gremio o para la supervivencia de la historia académica, pueda tener una visión posmoderna. Si son importantes las implicaciones epistemológicas, metodológicas, técnicas o gremiales de estas “nuevas historias”, más lo son los usos sociales, políticos e ideológicos de estos “nuevos relatos”. En su versión más extrema, “[el posmodernismo], como te compromete a no afirmar nada, [puede ser] tan injurioso como inútil [para el cambio social progresivo]”³³. De hecho, se les ha acusado de “arrojar a la humanidad al abismo del nihilismo”³⁴. Por ello, Jürgen Habermas llamó a Foucault y a Derrida “jóvenes conservadores”, por su “subjetividad descentrada” y “su irreconciliable anti-modernismo”³⁵.

30 ELTON, *Return to Essentials*, p. 34.

31 *Return to Essentials*, pp. 27-28.

32 Norman STONE, “Grim Eminence”, *London Review of Books* 5/1 (enero 1983), pp: 3-8; la cita en p. 8.

33 Terry EAGLETON, *Literary Theory: An Introduction*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983, p. 145.

34 HIMMELFARB, *Looking into the Abyss*, p. 155.

35 Jürgen HABERMAS, “Modernity versus Postmodernity”, *New German Critique* 22 (1981), pp. 3-14; la cita en p. 13.

De igual forma, Walzer consideró que Foucault no era “un buen revolucionario” ni un buen reformador, al carecer de “principios regulativos con los que enderezar las cosas”³⁶.

Yo me pregunto si no se tratará una vez más del “canto de las sirenas”, que “promete liberación y creatividad, pero [que] puede ser una invitación al suicidio moral e intelectual”³⁷. “La crítica contemporánea implícitamente, cuando no de forma explícita, le confiere al texto una condición particular, como si el texto, de alguna forma, desafiara las leyes del tiempo, mortalidad, historia, y política. Pero bajo la superficie se esconde una implacable hostilidad hacia la historia como estructura y hacia la política como la lucha por la dominación de los otros y por la configuración de la estructura de las relaciones sociales. Así, la evocación histórica se reduce a la historia como accidente del texto en lugar de su esencia, y así, implícitamente, reduce la política a su encarnación textual”³⁸. La “teoría crítica”, a mi juicio “en el modo posestructuralista actual, no puede vincularse con [lo político] porque ha renunciado a cualquier distinción entre razón y retórica, acontecimiento y poder; los juicios (se han convertido) en el resultado de un debate racional sin coerciones... [Por el contrario, yo creo que] la verdad no es el producto del consenso de creencias, sino el resultado de un debate racional en el que los valores de consenso deben estar siempre sujetos a cuestión”³⁹.

En realidad, el marxismo o una lectura marxista del posmodernismo puede aceptar la definición anterior de las características “de la vida cultural contemporánea”, pero no puede asumir “el proyecto ideológico de racionalización y legitimación de este orden posmoderno como algo por encima y más allá de las relaciones sociales de una economía política capitalista”⁴⁰. “El escepticismo y el

36 Michael WALZER, “The Politics of Michel Foucault”, en *Foucault: A Critical Reader*, edición de David Couzens Hoy, Oxford, Blackwell, 1986, pp. 55 y 67.

37 HIMMELFARB, “Telling it as you like it”, p. 173.

38 Elizabeth FOX-GENOVESE, “Literary criticism and the politics of the New historicism”, en Jenkins, *Postmodern*, p. 87.

39 NORRIS, “Postmodernizing history”, p. 102.

40 PALMER, “Critical theory”, p. 137.

relativismo que propugna el posmodernismo son un arma de doble filo. Ambos se pueden ejercer contra los poderes y promocionar una mayor inclusividad, pero también pueden herir a aquellos que pretenden obtener algún tipo de conocimiento⁴¹. Si no mantenemos algún tipo de verdad —aproximativa, contextual, relativa—, si liquidamos la posibilidad de una realidad externa —cuyo conocimiento dependa de cuántas mediaciones o interferencias uno quiera interponer—, nos quedamos sin asidero desde donde formular políticas de resistencia; incluso los propios conceptos de dominación y resistencia carecerían de sentido.

Nuestro conocimiento del pasado no puede ser una ficción más, porque “lo que llegamos a saber y conocer del pasado estructura lo que llega a ser posible en el futuro. Porque los repositorios del conocimiento humano son los ladrillos que construyen el orden simbólico porque el conocimiento es poder, de forma cada vez más acentuada en lo que se ha dado en llamar la Era de la información⁴². “Reconocer la creación, propia y ajena, de la subjetividad como una parte vital de la comprensión de las prácticas y relaciones sociales, no es lo mismo que eliminar el análisis de los poderes y fuerzas que operan detrás⁴³. “Los problemas de la representación histórica son significativos política y socialmente en una búsqueda individual y colectiva de legitimación⁴⁴. Y “si prevalecen [las visiones posmodernistas] la historia no será más una función real. No podrá seguir desarrollando su principal obligación intelectual en la educación y en la cultura, que consiste en dar a cada generación el conocimiento mejor y más profundo del pasado de su sociedad y civilización, así como del gran pasado humano del que es parte. El posmodernismo representa la negación de esta obligación, que constituye la última

41 Joyce APPLEBY, Lynn HUNT y Margaret JACOB, *Telling the Truth about History*, Londres, WW Norton Inc., 1995, p. 8.

42 Susan S. FRIEDMAN, “Making history: Reflections on feminism, narrative, and desire”, en Diane Elam y Robyn Wiegman (eds.), *Feminism besides Itself*, Londres, Routledge, 1995, pp. 11-54; la cita en p. 14.

43 Geoffrey ELEY y Keith NIELD, “Starting over: The present, the postmodern and the moment of social history”, *Social History* 20/3 (1995), pp. 355-364; la cita en p. 364.

44 Robert BRAUN, “The Holocaust and the problems of representation”, *History and Theory* 33/2, (1994); pp. 172-194; la cita en p. 194.

responsabilidad cultural de la historiografía, una responsabilidad que se muestra indispensable a medida que el mundo cambia y se dirige hacia el futuro más rápido que nunca”⁴⁵.

Espero que los lectores puedan perdonar esta sucesión de citas hilvanadas. Con ellas he querido mostrar cómo ciertas ideas aparecen de forma recurrente en trabajos muy diferentes de historiadores conservadores, marxistas, feministas... —unos proclives al uso de teorías; otros, por el contrario, empiristas acérrimos...—. Todos ellos comparten, más allá de sus diferencias, un sustrato común, que les obliga a tomar con precaución alguna de las ideas que ponen en circulación las llamadas “historias posmodernas”. Tampoco es arbitraria la extensión de cada una de las intervenciones de estos historiadores virtuales. Más larga en la primera y la última y más breve en las otras. Un seguimiento de la literatura sobre el tema de la crisis historiográfica permite afirmar que el relativismo onto-epistemológico y sus consecuencias de tipo ideológico y político son los dos argumentos ensamblados que más inquietan al gremio de historiadores. Las historias posmodernas, o la historiografía bajo el signo del “giro lingüístico” padecen, según sus críticos, de un sesgo relativista que neutraliza la función social de la historia, que para unos es la transmisión de los grandes logros de la humanidad, de la alta cultura; para otros, el instrumento que revela el funcionamiento de los mecanismos sociales; y, aún para un tercer grupo —deudor de este último— un meta-discurso que demuestra que el cambio siempre es posible y que el conocimiento de ese cambio en el pasado ensancha nuestro marco simbólico, habilitándonos para plantearlo en el futuro. El nudo entre conocimiento y poder, o la pregunta por la utilidad del conocimiento histórico, está en el centro de la polémica, que constituye un debate claramente ideológico pero, además, se mezcla —como no podía ser de otra manera— con cierto prurito gremial, lo que confirma, una vez más, la naturaleza terrena e institucional del conocimiento. No se teme, solo, el colapso de un saber útil y socialmente rentable. También se teme al fin de una jerarquía,

45 Perez ZAGORIN, “Historiography and postmodernism: Reconsiderations”, *History and Theory* 29/3 (1990), pp. 263-274; la cita en la p. 274. .

de un estatus que hace de los historiadores depositarios de cierta “verdad histórica”. La crisis de la historia nos despoja, parecen decir, de un instrumento valioso para la conservación o para el cambio dependiendo de las preferencias de cada quien, pero también arremete contra la institución y contra los artífices constructores de ese instrumento. Más aún, la profesionalización de la disciplina requirió de cierta consistencia paradigmática y de cierta uniformidad en el cometido de los historiadores.

Esta revuelta, en la que cada uno redefine y multiplica los propósitos de la disciplina, parece sugerir una cierta “desprofesionalización” de las actividades de los historiadores. Los otros argumentos que se desgranán en las exposiciones anteriores son subsidiarios de este primero. Se intenta caracterizar el relativismo. Para ello, se habla del relativismo ontológico, del supuesto anti-realismo, del cual se acusa a los posmodernistas. Estos niegan la realidad externa, nos dicen y, por añadidura, celebran el reinado absoluto del lenguaje. Este tipo de argumentos hacen de coartada para no tener que entrar en una polémica que perciben como ajena. Se dice que el relativismo y la reificación del lenguaje son viejas ideas que nunca han sido consideradas por los historiadores. Después de todo, los “verdaderos” o genuinos historiadores —como precisa Elton— ya saben todo eso que los posmodernos venden como novedad. A estas alturas, ¿quién podría confundir la realidad con el documento?, o ¿quién negaría la impronta del historiador —es decir, sus valores, los valores de su época— en su trabajo de explicación o de interpretación? Tal vez, acuerdan unos cuantos, el problema resida en la confusión de géneros, en la importación de teorías ajenas a la naturaleza de la historia. Los damnificados por los llamados de la filosofía parecen ser muchos, y no son pocos los que claman por una vuelta a “la vieja buena historia”⁴⁶.

En suma, así están las cosas... y estos son los argumentos que se esgrimen contra las historias posmodernas. El “pulso” entre unos y otros —que veremos con detalle en otro apartado— también es un *tour de force* entre los defensores de ciertas incuestionables “esencias”

46 Tal como propone Lawrence STONE en “History and postmodernism”, p. 242.

históricas y sus deconstructores. Entre los primeros sorprende en ocasiones una notable falta de historización, de sentido de provisionalidad, cuando se refiere a su propia producción intelectual. De los segundos, llama la atención una cierta tendencia dionisiaca y apocalíptica, con afirmaciones fatalistas y de una rotundidad que no condice con sus presupuestos relativistas. En ambos casos, y a pesar de los desacuerdos, sorprenden las coincidencias. La más significativa es esa concepción del conocimiento histórico sujeta a grandes oposiciones binarias: una realidad o ninguna; una verdad o todas las verdades; el lenguaje es el principio generativo de la acción o no tiene relevancia alguna. Después de todo, y muy a su pesar —el de los posmodernos— unos y otros son hijos del mismo padre, al que veneran y maldicen. De igual forma, el tono enrocado de la polémica resulta más comprensible si consideramos la posición de unos y otros en la estructura académica y “científica” en la que se financia y produce conocimiento. La mayoría de los “caballeros de la tabla redonda”, defensores de esencias a la búsqueda del Santo grial, son o han sido maduros académicos con una carrera hecha y reconocida. Sirvan de ejemplo los casos de Lawrence Stone, Pérez Zagorin, Gertrude Himmelfarb, Geoffrey Elton o Richard Evans, todos ellos denodados críticos de la “novísima historia”⁴⁷. Por el contrario, los rebeldes e inquietos posmodernos, a la manera del “viejo topo” marxista que socavaba los cimientos del capitalismo, son o han sido —en el momento de la polémica— académicos con cargos provisionales a la búsqueda de estabilidad profesional. Es el caso de Patrick Joyce, Catriona Kelly o Wulf Kansteiner⁴⁸. Creo que esta diferencia puede ayudar a iluminar ciertos aspectos del debate, en el que se mezclan argumentos estrictamente “científicos” con otros de naturaleza gremial o corporativa⁴⁹.

47 “Novísima historia” [*New new history*] según Gertrude Himmelfarb, para distinguirla de la “nueva historia” ligada a las llamadas Escuela de Annales francesa y la Escuela marxista inglesa.

48 La ruptura generacional entre los historiadores alemanes ha sido seguida y problematizada por Irmline VEIT-BRAUSE, “Paradigms, schools, traditions. Conceptualizing shifts and changes in the history of historiography”, *Storia della Historiographia* 17 (1990), pp. 50-65.

49 La primacía de lo corporativo convertiría la crítica en estrategias de consolidación profesional e institucional, según Steven CONNOR, *Cultura posmoderna*.

Pero volviendo al nudo de la discusión, ¿qué hay de cierto en las acusaciones contra esas “novísimas historias”?; ¿las historias posmodernas niegan los hechos históricos amparándose en la creencia de que la verdad —y, por tanto, la facticidad de un acontecimiento— es relativa y contextual, o más bien advierten de que las grandes discusiones historiográficas nunca o casi nunca versan sobre la ocurrencia o no de un suceso, sino sobre su interpretación —sobre el sentido y la significación de ese suceso respecto a una trama más amplia de acontecimientos—? ¿Es lo mismo negar la existencia de una realidad externa que reconocer que la percepción de toda realidad externa, la realidad histórica en este caso, está mediada por códigos culturales e históricos?; ¿reificar el papel del lenguaje —como fuente de todo sentido— es igual que señalar la importancia del mismo en la construcción de los significados de la experiencia humana?; ¿acaso los historiadores no se valen de fórmulas literarias para representar el pasado?; ¿por qué algunos reaccionan de manera tan visceral cuando se les apuntan las coincidencias entre las narraciones históricas y los relatos de ficción?; ¿por qué incomoda tanto la pluralidad y la diversidad de experiencias sociales y humanas?; ¿por qué esa vocación por reducir todo ese magma a mecanismos universales que permitan entender, explicar y controlar nuestra realidad?; ¿por qué son tan poco históricos —incapaces de relativizar sus propias construcciones ó poco imbuidos de su propia mística— los historiadores?. En buena medida, estoy segura, la mayoría de los historiadores aceptarían las premisas anteriores, a saber: que lo acontecido no se nos presenta nunca de forma inmediata y transparente; que el lenguaje —en su sentido más amplio— y otros códigos simbólicos son muy importantes para comprender el pasado, ese “foreign country”⁵⁰; que, efectivamente, la narración histórica comparte ciertos registros con la literatura, aunque —añadirían— se diferencia claramente de ella porque el relato histórico es un relato sobre lo acontecido, sobre la materialidad del pasado, y no

Introducción a las teorías de la contemporaneidad, Madrid, Akal, 1996; p. 37.

50 David LOWENTHAL, *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985 [existe edición en castellano, *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1985].

el producto de una ficción. Por último, algunos intentarían justificar su aprecio por la unidad aludiendo a que más allá de las diferencias —que afirman, es la materia prima de la historia— existen marcadas coincidencias que permiten hablar de una naturaleza humana, gracias a la cual los historiadores pueden interpretar a los “otros” en “otros” contextos. Sin embargo, estos reconocimientos no se traslucen en la práctica, no modifican o problematizan las formas en que los historiadores se relacionan con sus casos de estudio. Asumo la naturaleza compleja del lenguaje como mediador en la percepción humana, acepto que el lenguaje es un sistema que articula nuestra forma de entender el mundo pasado y presente pero, no obstante, sigo interpretando los acontecimientos históricos mediante un uso referencial del lenguaje, como si bastara sacudir las palabras para tropezar con los vestigios del pasado. ¿Significa esto que debemos abandonar las prácticas tradicionales, renunciar a la consulta de fuentes o al arduo trabajo de archivo para volcarnos a la lectura de significantes y significados? Sinceramente creo que no. Pero si reconocemos alguna virtualidad a la mediación lingüística no podemos, al mismo tiempo, desentendernos de su estudio; menos aún hacer “oídos sordos”, a las aportaciones de disciplinas que han hecho del lenguaje su objeto de estudio.

Con alguna frecuencia percibo entre los historiadores más tradicionales —tanto los partidarios de la Historia con “mayúscula” como los más proclives a la historia con minúsculas⁵¹— un desdoblamiento entre los principios y la práctica; y entre los menos tradicionales, un intento —muchas veces fallido, reconozco— por incorporar técnicas que permitan rastrear, registrar y mapear ese salto entre lo que digo que hago y lo que hago en verdad. Creo que esta podría y debería ser una de las aportaciones del debate historiográfico y, desde luego, de las historias *post*: el reconocimiento de

51 Según la taxonomía de Keith Jenkins. La historia con mayúsculas estaría representada por la historiografía burguesa y la historiografía proletaria. En ambos casos, ven el pasado asignando a sucesos contingentes una función significativa en el esquema de desarrollo histórico. Por el contrario, la historia con minúscula considera que el relato histórico tiene sentido por sí mismo, que no hay ningún propósito detrás del estudio del pasado. Véase JENKINS, *The Postmodern History Reader*, pp. 1-21.

los intersticios, de los espacios intermedios que no se ven, que no se han podido ver; las medias tintas, que conjugan bien con la provisionalidad, la indeterminación y la incertidumbre, que son algunas de las banderas que ha enarbolado la lógica posmoderna.

Del todo y las partes

Por eso advierto al lector que no encontrará aquí un discurso revelador, menos aún definitivo⁵². Tampoco es este un trabajo pensado como una síntesis o “estado de la cuestión” del debate historiográfico que ha sacudido al gremio en las últimas dos décadas del siglo xx, desde aquel primer artículo de Stone —en 1979— en el que intuía la llegada de nuevos aires. Antes bien, este es un lugar de reflexión, de duda, y creo que las páginas que siguen podrían definirse como un itinerario personal por los meandros de la producción y de la crítica historiográfica. Como en los relatos de los antiguos viajeros, uno cuenta su experiencia, deja registro de los encuentros y de las ausencias, tal vez con la secreta esperanza de que alguien, después, se anime trazar su propio camino.

Por ello no debe sorprender que el discurso que se destila en los epígrafes siguientes sea poco efectista, poco o nada propositivo. El relato que propongo parece fundarse en el principio de “sí, pero no del todo”; parece estar atravesado por una “política de la negociación” que, se me hace, puede ser el tono más correcto para los tiempos que corren. Tonos, tonalidades y formas. La deliberada confusión de géneros, como en los “Géneros confusos” de Clifford Geertz, ha sido una constante durante la escritura de estas páginas y merece, creo, ser advertida al lector. Los títulos de los capítulos

52 Zygmunt Bauman habla de Richard Rorty como el filósofo americano más grande. Pero su grandeza no reside en su capacidad para atar cabos sueltos, o para pronunciar veredictos lineales y definitivos. No es Tánatos el que impulsa su filosofía sino Eros el encargado de estimular su pensamiento que se alimenta a sí mismo en su perpetua vacuidad. Zygmunt BAUMAN, *Posmodernity and Its Discontents*, Nueva York, New York University Press, 1997, pags. 84 y ss [hay edición en castellano, *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid, Akal, 2001].

y algunos epígrafes no son descriptivos sino alegóricos, metafóricos. Algunos tomados de los trabajos de otros científicos sociales; otros, de escritores de ficción. La narración deja paso, en ocasiones, al diálogo, y a veces el narrador convoca otras voces con cierta pretensión polifónica. He de confesar que con frecuencia me han resultado tediosas las lecturas de algunos textos o de obras muy sesudas sobre los temas aquí tratados. No se trata, como se podría pensar, de desconocimiento o de la poca familiaridad con los conceptos o las formas de argumentación propias de disciplinas afines, sino más bien de la adscripción de algunos académicos al “pensamiento espeso”. El prurito científicista ha hecho estragos en la escritura, en las formas de presentación de resultados.

Temerosos de las comparaciones, alérgicos a cualquier afinidad con los modos y maneras literarias, los científicos sociales han transformado su discurso en una estructura sin ritmo muy semejante a la de los científicos naturales, con el agravante de que ellos requieren de pocas líneas para transmitir sus descubrimientos, y nosotros, de montañas de papel y tinta. Seguramente el formato de este trabajo, dialógico e intertextual, parecerá poco serio. De ser así, habré de admitirlo como una opinión, pero seguro que recordaré las palabras de mi amigo y colega, el profesor Julián Santos “en el mundo académico, con frecuencia, se confunde el rigor con el *rigor mortis*”.

El placer de la escritura ha estado muy presente en la elaboración de este trabajo, gracias a la influencia de los trabajos de otros. En este sentido, las lecturas de Gregory Bateson, Roland Barthes, Stanley Fish, Augusto Roa Bastos, Richard Rorty, Clifford Geertz, James Clifford, Hayden White, Julio Cortázar, Nancy Schaper-Hughes, Julia Kristeva, Dan Kulick, Alun Munslow y Keith Jenkins, relacionadas o no con los temas que aquí se exponen, han sido definitivas a la hora de confirmarme el valor subversivo del placer del texto. Sirva su presencia en estas páginas como pago y reconocimiento.

¿LA HISTORIA EN PELIGRO DE EXTINCIÓN?

The search for alternative modes of representations is not an easy one. For although truth may be a fiction, it is the most powerful fiction we have

Hilary Lawson, *Dismantling Truth*

En 1992, Pauline Roseneau anunciaba en tono profético: “el posmodernismo acecha a las ciencias sociales”⁵³. Habían pasado trece años desde que los editores de la revista británica *Past and Present* decidieran concederle un sitio entre sus páginas a “pequeños escritos (...) abiertos a nuevos enfoques sobre la explicación, la teoría y el método históricos”⁵⁴. La primera de esas piezas, titulada “The revival of narrative: Reflexion on a new old history”, aparecía en noviembre de 1979 y llevaba la firma de Lawrence Stone. Tres meses más tarde, en febrero de 1980, la primera réplica, “The revival of narrative: Some comments” de Eric Hobsbawm. Este puede ser considerado el inicio de un extenso y prolífico debate que durante más de dos décadas cuestionó los fundamentos de la disciplina de la historia. Al cruce de artículos iniciados por Stone y Hobsbawm, pronto se sumarían las aportaciones de Patrick Joyce, Catriona Kelly y Gabrielle Spiegel, Frank Ankersmit, Perez Zagorin, Neville Kirk, Geoffrey Eley, Keith Nield y Dominick LaCapra, entre otros. Todas ellas fueron en su día publicadas en conocidas revistas del gremio, tales como la mencionada *Past and Present*, en *Social History*, *History and Theory*, *Speculum* o *The American Historical Review*. La discusión abarca distintos frentes y

53 Pauline M. ROSENEAU, “Into the fray: Crisis, continuity, and adversity”, en *Post-modernism and the Social Sciences. Insights, Inroads, and Intrusions*, Princeton, Princeton University Press, 1992; p. 3.

54 “*Past and Present* has long been conscious of the need to initiate discussions of general points of historical inquiry, theory and method. We have now decided to try to publish at fairly regular intervals, short pieces of such nature, opening up new approaches and stimulating debate. We are pleased to publish the first of these, by Professor Lawrence Stone”, *Past and Present* 85 (noviembre 1979), p. 3.

está representada por historiadores y teóricos de muy distinto linaje: posmarxistas transitando por los nuevos caminos del “linguistic turn” y de los “lenguajes de clase”, feministas textualistas, filósofos de la historia posestructuralistas, etno-historiadores ligados a la “descripción densa” geertziana, etc...

Siempre resulta difícil reproducir conversaciones cruzadas en las que intervienen varios polemistas. Este es uno de esos casos. No obstante, el lector ha de tener en cuenta que solo se incorporarán aquí algunos de los aspectos del debate, aquellos que resumen de manera gráfica los problemas más generales a los que ha de hacer frente el historiador. A pesar del número de monografías que han ido apareciendo y que han terciado en la polémica, solo se han incluido los artículos que fueron escritos deliberadamente como parte de la misma.

Por último, la descripción más o menos pormenorizada de algunos aspectos de la polémica puede resultar algo tediosa. Mi propósito no es otro que el de mostrar algunas de las piezas del juego y describirlas de tal forma que su permutación y recombinación permitan componer otros juegos diferentes al mío.

*Bajo el signo de la narratividad*⁵⁵

El artículo de Stone, el primero de la serie publicada en *Past and Present*, gira en torno a una idea central: los “nuevos historiadores” han abandonado toda pretensión científica en su explicación del cambio en el pasado y han vuelto a la confortable “vieja buena historia narrativa”. Con la vehemencia y la contundencia que caracterizan sus trabajos críticos, Stone llega a señalar que “the movement to narrative by ‘new historians’ marks the end of an era”, y aunque unos párrafos después intente matizar esta afirmación, (“It’s far too early to pronounce a funeral oration over the decaying corpse of

55 Este epígrafe aborda especialmente los textos Lawrence STONE, “The revival of narrative: Reflections on a new old history”, *Past and Present* 85 (noviembre 1979), pp. 3-24; Eric HOBBSAWM, “The revival of narrative: Some comments”, *Past and Present* 86 (febrero 1980), pp. 3-8.

analytical, structural, quantitative history”..)⁵⁶, todo el artículo es un intento de demostrar y argumentar en favor del fin de la historia científica y de la recuperación de la historia narrativa.

Stone compara la historia narrativa con la historia estructural e intenta definir a la primera. La historia narrativa organiza cronológicamente su material, y el contenido del relato está formado por una única historia coherente que admite otros argumentos dependientes. De esta dirá que es descriptiva, centrada en los sujetos, en lo particular y específico frente al carácter analítico de aquella, preocupada por las estructuras, por lo colectivo y lo estadístico. Distingue la narratividad de esta “nueva historiografía” de la del anticuario o la del cronista. La narrativa debe estar regida por algún principio fundador que imponga un tema y un argumento. Además, los historiadores que apuestan por la narratividad son especialmente sensibles a los aspectos estilísticos y retóricos.

Es esta una forma de concebir y escribir historia que se impone, según Stone, a fines de la década de los 70 del siglo xx, después de cincuenta años de proscripción. La tradición narrativa ha sido la dominante en historiografía en los últimos dos mil años. En torno a los años 30 del siglo xx esta tradición se arrumba, dando paso a la llamada historia científica. El modelo económico marxista, el modelo ecológico/demográfico francés y la metodología de los cliómetras americanos son los ejemplos de este tipo de historia, vigentes entonces en la profesión. Según el viejo modelo marxista, para Stone, la historia “moves in a dialectical process of thesis and antithesis, through a clash of classes which are themselves created by changes in control over the means of production”⁵⁷. En los años 30 esa concepción aparecía ligada a una suerte de determinismo socioeconómico y dos décadas después a la defensa de la cientificidad de la historia. No obstante, Stone nota y hace notar que el

56 “El cambio hacia la narratividad [iniciado] por los ‘nuevos historiadores’ marca el fin de una era”, p. 19. “Es demasiado pronto para pronunciar una oración fúnebre sobre el cuerpo decaído de la historia analítica, estructural, cuantitativa”, p. 23.

57 “[La historia] se mueve según un proceso dialéctico de tesis y antítesis, a través de la lucha de clases que son ellas mismas creadas por los cambios en el control de los medios de producción”, p. 5.

panorama está cambiando en lo que él llama la generación de los “neo-marxistas” y el cambio se percibe en la elección de temas —la política, la religión, la ideología o el estado— que parecen contradecir el esquema determinista, y en el abandono de las pretensiones científicas.

No parecen correr mejor suerte los annalistas de la segunda generación, con Emmanuel Le Roy Lauderie a la cabeza. La historia científica propuesta por esta escuela es, a decir de Stone, “a combination of long-standing French interest in historical geography and historical demography, couple with the methodology of quantification”⁵⁸.

El tercer puesto en el *racconto* le corresponde a los cliómetras americanos quienes, en su búsqueda de la historia científica, han llegado a afirmar que solo su metodología cuantitativa puede ser considerada como científica, y solo gracias al empleo de estas técnicas puede la historia alcanzar ese estatuto. Stone describe así a este grupo: “they are historians who build paradigmatic models, sometimes counterfactual ones about worlds that never existed in real life, and who test the validity of the models by the most sophisticated mathematical and algebraical formulae applied to very large quantities of electronically processed data”⁵⁹. La historia económica es el campo favorito de estos cuantitativistas, aunque también han hecho incursiones en el comportamiento electoral. Todo ello se lleva a cabo mediante grupos de investigadores y asistentes que recogen, seleccionan y procesan toda la información. Los resultados no pueden ser contrastados porque quedan enterrados en las entrañas de las computadoras. En el caso de que se hagan públicos resultan, de todas maneras, ininteligibles para la mayoría de los historiadores.

De todo ello se desprende que, hasta el momento de la crisis, de la que pretende dar cuenta Lawrence Stone, los historiadores parecían convencidos de que la relación entre fuerzas productivas y

58 “Una combinación del conocido interés francés por la geografía y por la demografía históricas junto con una metodología cuantitativa”, p. 5.

59 “Son historiadores que construyen modelos paradigmáticos, a veces modelos contrafactuales sobre mundos que nunca existieron en la vida real, y que testan la validez de esos modelos a través de las fórmulas matemáticas y algebraicas más sofisticadas que aplican a las grandes cantidades de información procesada electrónicamente”, p. 6.

relaciones de producción, o bien entre población y suministro de alimentos, constituían las fuerzas motoras de la historia. Y como el determinismo económico y/o demográfico dictaba los contenidos en los estudios históricos, parecía sensato que fuera la forma analítica y no la narrativa la que dominase esos estudios.

Pero todo esto empieza a cambiar en la década de los 70, y Stone enumera algunas de las causas que pueden haber contribuido a ese giro en los estudios históricos. En primer lugar, sitúa el descontento y la desilusión ante los modelos deterministas monocausales, tanto en la versión marxista como en la annalista. En segundo, menciona la declinación de los propósitos abiertamente ideológicos que han guiado los estudios históricos y que han condicionado la elección de temas. El debilitamiento del marxismo como alternativa económica y política en Occidente ha contribuido a la aparición del giro narrativo como fórmula sustituta de las formas analíticas propias de la historia estructural. Los años 70 han visto cómo los intereses y los ideales se personalizaban y ganaban terreno a los grandes temas públicos y colectivos, en parte debido al desencanto generalizado que vivió la población de los países occidentales después de ciertos cambios políticos. En tercer lugar, Stone expone la reconsideración a la que fue sometido el método cuantitativo, solo eficaz para algunas áreas de los estudios históricos. Los métodos cuantitativos han servido para mejorar el discurso histórico proporcionándole una mayor precisión argumental, pero no han cubierto las expectativas generadas décadas atrás. Cuarto y último, Stone señala el deseo de los historiadores de poder comunicar sus descubrimientos a un público más amplio que el formado por colegas y expertos como causa del giro narrativo.

Con estas tres razones Stone pretende articular un panorama que explique los cambios operados en la disciplina. Efectivamente, el descreimiento en determinismos económicos y demográficos ha supuesto un nuevo interés por temas considerados periféricos con anterioridad. Lo intelectual, lo psicológico o lo cultural no eran problemas relevantes al ser considerados como resultado de otros procesos de naturaleza económica o demográfica. La clave explicativa estaba en estas dos últimas instancias, cuyos mecanismos

habilitaban al historiador para entender los otros procesos dependientes. La ruptura o el cuestionamiento de estos modelos monocausales han abierto, qué duda cabe, nuevos panoramas y paisajes, donde los procesos culturales o psicológicos empiezan a ser percibidos como fenómenos más o menos autónomos.

Por otra parte, la desconfianza que ya en los 70 despierta el marxismo como modelo social, político y económico, es una variable a tener en cuenta. No solo se rompe la hegemonía de los modelos de conocimiento histórico: también se empieza a cuestionar el modelo político que el conocimiento histórico debía contribuir a crear.

Por último, los fracasos o, si se quiere, los éxitos parciales de las técnicas cuantitativas restan fuerza y poder, tanto a la escuela de Annales como a los cliómetras norteamericanos. Ni marxistas, ni annalistas ni cuantitativistas pueden arrogarse la hegemonía en la disciplina, según Stone. Si a esto sumamos los préstamos hechos por la antropología y la psicología, todo parece indicar que el panorama está trazado. La antropología y la psicología han sustituido a la economía y a la sociología como disciplinas emparentadas con la historia. La antropología ha demostrado cómo un sistema social o un conjunto de valores pueden ser iluminados mediante el análisis de un suceso único, siempre y cuando ese suceso sea contextualizado correctamente y sea advertido su significado cultural. Clifford Geertz y su “descripción densa” es el arquetipo de esta forma de entender la antropología.

En paralelo, continúa Stone, se ha dado un progresivo interés en el estudio de los sentimientos, las emociones, los valores, los estados mentales. En este sentido, tanto la antropología simbólica como la psicología han ido ampliando su influencia. En parte este cambio obedece a sucesos que tuvieron lugar en los 70, una década en la que se promulgaron ideales e intereses más personalizados frente a los asuntos públicos y colectivos.

Así pues, la confluencia de distintas tendencias ha llevado a la vuelta a la historia narrativa. Los franceses han acuñado un nuevo término para designar este cruce disciplinar y encuentro de perspectivas: mentalidades. La historia de las mentalidades se puede definir como la narración circunstancial con gran detalle de uno

o más sucesos (*happenings*) basados en el testimonio de testigos o participantes. A pesar de que la narración no es la única forma de dar cuenta de las mentalidades, esta parece ser la forma más extendida. Lo singular —es el caso de las obras de Carlo Ginzburg o de Georges Duby con la batalla de Bouvines, de Carlo Cipolla, de Eric Hobsbawm, Edward P. Thompson, Robert Darnton o Natalie Zemon-Davis— se ha apoderado de la historia, sentencia Stone.

Todos los historiadores mencionados se han hecho nuevas preguntas, han intentado nuevos métodos y se han lanzado a la búsqueda de nuevas fuentes. Y han vuelto a contar historias. No obstante, hay cinco diferencias entre estas historias y las de los historiadores tradicionales: 1) Se interesan por los pobres y olvidados en lugar de los ricos y poderosos; 2) El análisis es tan importante en ellas como la descripción; 3) Están abiertos a nuevas fuentes; 4) Cuentan sus historias de forma diferente. Influidos por Freud, están más atentos a lo inconsciente que a los hechos en bruto; y 5) Cuentan la historia de una persona, de un juicio o de un episodio dramático no por su propio interés sino porque arroja luz sobre los mecanismos internos de una cultura o sociedad del pasado.

Stone plantea que si su diagnóstico es correcto la vuelta a la narrativa marca el final de una era en la que se pretendía explicar científicamente el cambio en el pasado. Los determinismos económicos y demográficos han mostrado sobradamente sus limitaciones, pero no han sido sustituidos por otros modelos deterministas basados en la psicología, la política o la cultura. Los historiadores se dividen en cuatro grupos, a saber: 1) Los historiadores de la vieja historia narrativa, historiadores políticos y biógrafos; 2) Los cliómetras; 3) Los historiadores sociales (“hard nosed” los llama Stone) ocupados en analizar estructuras impersonales; 4) Los historiadores de las mentalidades, intentando perseguir ideales, valores y comportamientos personales.

No obstante, la adopción de la forma narrativa por parte de los historiadores de las mentalidades no está exenta de problemas. El primero es que la narración es un artilugio retórico, no una prueba científica. Como señaló Carlo Ginzburg, el dilema es el siguiente: o se adoptan criterios científicos débiles —por ejemplo,

la narrativa— y se es capaz de obtener resultados importantes, o se adoptan criterios científicos fuertes —un lenguaje muy formalizado y una estructura analítica— para conseguir resultados muy pobres. El segundo problema es cómo distinguir lo normal de lo excéntrico en las estructuras mentales; cómo saber lo que es común a un grupo, subgrupo o clase, y qué es excepcional y propio de un individuo. El tercero está relacionado con la interpretación, porque para entrar en la cabeza de los hombres del pasado se necesita gran conocimiento de la historia analítica de la sociedad, de la economía y de la cultura. Por último, la vuelta a la narrativa puede suponer una vuelta al coleccionismo de anticuario o el fomento de intereses extravagantes. “Many practitioners of the new mode, including Cobb, Hobsbawm, Thompson, Le Roy Ladurie and Trevor-Roper (and myself) are clearly fascinated by stories of violence and sex, which appeal to the voyeuristic instincts in us all”⁶⁰. Otro problema es cómo enseñar a ser historiador, cómo transmitir las destrezas del oficio: ¿habría que incluir clases de retórica, crítica textual, semiótica, antropología simbólica, psicología... en los planes de estudio académicos?

Stone define así los cambios aparecidos en historiografía bajo el signo de la narratividad: los historiadores han pasado del estudio de las circunstancias que rodean al hombre, al hombre en sus circunstancias. De tal forma que las transformaciones en la forma de abordar los problemas a estudiar han sido muy significativos: de lo económico y demográfico a lo cultural y emocional; en los préstamos de las disciplinas afines: de la sociología, la economía y la demografía a la antropología y la psicología; en el objeto de estudio: del grupo al individuo; en las formas de explicación del cambio histórico: de las estratificadas y monocausales a las interconectadas y multicausales; en la metodología: de la cuantificación grupal al ejemplo individual; en la organización: del análisis a la

60 “Muchos de los practicantes de esta nueva forma [de hacer historia], incluidos Cobb, Hobsbawm, Thompson, Le Roy Ladurie y Trevor-Rope (y yo mismo), estamos claramente fascinados por historias de violencia y sexo, que apelan a los instintos voyerísticos de todos nosotros”, p. 23.

descripción; en la conceptualización de la función del historiador: de científica a literaria.

A grandes rasgos, este es el panorama trazado por Lawrence Stone, que provocará, tres meses después, la respuesta de Eric Hobsbawm. En una nota breve, de cinco páginas, Hobsbawm traduce las tesis y el diagnóstico de Stone y señala que contiene dos preguntas fundamentales: ¿Qué ha pasado o ha estado pasando en la producción historiográfica?, y ¿cómo se pueden explicar estos cambios en las últimas décadas?

Entre la Segunda guerra mundial y comienzos de los 60 ha habido una hegemonía de la historia económica y social. Acepta, igualmente, que en esos años ha habido un progresivo interés en temas que antes se consideraban marginales, aunque no fueran temas olvidados. De hecho, Christopher Hill ya en los 50 había escrito sobre el mito del “yugo normando” (*Norman yoke*). Hobsbawm propone un diagnóstico menos nítido y más complejo que el de Stone. La aparición y preocupación por nuevos temas no implica necesariamente una vuelta a la narrativa. De hecho, dejando de lado a los conservadores o neoconservadores, como los “antiquirían empiricists”, hay muy poca historia narrativa entre los que el propio Stone menciona. “For almost all of them the event, the individual, even the recapture of some mood or way of thinking of the past, are not ends in themselves, but the means of illuminating some wider question, which goes far beyond the particular story and its character”⁶¹. Por ello estos historiadores siguen interesados, gracias a que creen en la posibilidad de generalización, en los “grandes porqués” (*big why questions*). No hay ninguna evidencia de que estos historiadores hayan renunciado a producir una explicación coherente del cambio en el pasado. Si esto implica considerar o no a la historia como una “ciencia” depende de la definición que se quiera dar a este término.

Hobsbawm, señala que para dar cuenta de los cambios que se están produciendo hay que partir de una serie de consideraciones

61 “Para casi todos ellos el hecho, el individuo, incluso el [interés por] atrapar una forma de pensar del pasado, no son fines en sí mismos, sino medios para iluminar una cuestión de mayor calado, que va más allá de la historia particular o de sus protagonistas”, p. 4.

que podrían contribuir a su explicación. La primera de ellas apelaría a la ampliación del campo de la historia, tipificada en el surgimiento de la historia social, que engloba un amplio espectro temático, desde los símbolos y rituales sociales a las formas de vida de todo tipo de gente. Pero esta ampliación del campo no entra necesariamente en conflicto con la pretensión de producir una explicación coherente del pasado. Sí aumenta las complejidades técnicas a la hora de escribir historia. La pregunta es, ¿cómo se deben presentar estas complejidades? De ahí que los historiadores experimenten con distintas formas, incluso aquellas prestadas de la literatura. Estos experimentos son más necesarios en esa parte de la historia que es más difícil someter al análisis, o que se muestra más resistente a la síntesis. La segunda consideración vendría dada por el rechazo de Hobsbawm a la clasificación de Stone sobre el reduccionismo o el determinismo. Si bien puede haber habido historiadores que trabajaran en este sentido, no han sido importantes ni en Annales ni en el marxismo inglés. Para Hobsbawm, la nueva historia sobre hombres, mentes, ideas y sucesos es complementaria de los análisis de las estructuras socioeconómicas. Una vez que los historiadores han introducido estos puntos en su agenda puede que estén más interesados en una aproximación ecológica en lugar de geológica. Puede que quieran empezar por estudiar una "situación" que ejemplifica la estratificación de las estructuras sociales. De ahí el interés de Clifford Geertz. No hay contradicción alguna entre querer ver el mundo a través de un microscopio o a través de un telescopio, siempre y cuando se acepte que se está estudiando el mismo cosmos y que la elección micro o macro es sólo una cuestión de técnicas.

Por último, Stone, según Hobsbawm, parte de un argumento falso, de un diagnóstico demasiado radical sobre la situación de la disciplina y de juicios de valor sobre lo que es bueno y lo que es malo en la representación histórica. Los errores en el planteamiento le llevan, según Hobsbawm, a conclusiones equivocadas. Hobsbawm se sitúa en la posición de aquel mítico irlandés que al ser preguntado por un viajero sobre cómo llegar a Ballynahinch, respondió: "Si yo fuera usted, no empezaría por aquí".

*"The Young and the Restless"*⁶²

Si en 1979 Lawrence Stone parecía ser el profeta de los nuevos tiempos nacidos bajo el signo de la narratividad, una década después lo que entonces defendiera con entusiasmo —el advenimiento de una nueva era en la forma de escribir historia— se había tornado en un peligro insoslayable que, de continuar, prometía socavar los fundamentos de la disciplina y provocar una crisis de autoconfianza en el gremio. Así comienza Stone la pequeña nota aparecida en mayo de 1991 en *Past and Present* y que será el inicio de otra polémica.

En este nuevo artículo, titulado "History and postmodernism", Stone ejecuta un doble movimiento. Por una parte establece cuál ha de ser el canon de la historiografía, y luego nos advierte de los peligros que acechan a la norma. Los hechos y el comportamiento son el objeto del conocimiento histórico, los textos contemporáneos su fuente, y la explicación del cambio a través del tiempo el problema central del que ha de ocuparse la disciplina. Pero todo ello ha sido cuestionado, especialmente en Francia e Inglaterra,

62 "The young and the restless", o "los jóvenes y los inquietos" es el epíteto irónico que el crítico Stanley Fish otorgó a los partidarios y detractores del "nuevo historicismo". Ante la vehemencia y frescura con la que Patrick Joyce y Catriona Kelly defendían sus posiciones se me ocurrió tomar prestado, aunque fuera de su contexto original, el apelativo de Fish. Stanley FISH, "The young and the restless", en Aram Veaser (ed.), *New Historicism*, Nueva York, Routledge, 1989, pp. 303-316. Al hablar de jóvenes no me estoy refiriendo a la edad biológica de los polemistas sino a su estatus dentro del mundo académico. En el debate que se expone en este capítulo resulta sintomático que los partidarios y defensores de una nueva forma de hacer historia, relacionada con el "giro lingüístico", sean Lectures, Readers o Assistant Professors [ayudantes o asociados], mientras que aquellos que ven con desconfianza los cambios sean Senior Professor [catedráticos] o Eméritos. Los artículos se pueden localizar en las siguientes publicaciones: Lawrence STONE, "History and postmodernism", *Past and Present* 131 (mayo 1991), pp. 217-218; y otro artículo del mismo título que figurará como "History and postmodernism2" en *Past and Present* 135, (1992), pp. 189-208; Patrick JOYCE, "History and postmodernism", *Past and Present*, 133, (1991) pp. 204-209; Gabrielle SPIEGEL, "History, historicism and the social logic of the text in the Middle ages", *Speculum*, (1990), pp. 59-86, y "History and postmodernism", *Past and Present* 135 (1992), pp. 194-208; y Catriona KELLY, "History and postmodernism", *Past and Present* 133, (1991), pp. 209-213.

desde tres bastiones intelectuales: la lingüística estructural, la antropología simbólica y cultural y el “nuevo historicismo”.

De la primera condena su sesgo textual, esa tendencia a reducir todo al texto y a disociar el texto de la intención del autor, que ya no es la instancia depositaria de significación. La supuesta negación de una realidad externa es la gran amenaza que Stone ve en la influencia de la lingüística y que se encarna en la deconstrucción derridiana. La antropología cultural y simbólica de Victor Turner, Mary Douglas o Clifford Geertz, que en sus propias palabras fue “at first enormously liberating”, se convierte en “finally rather threatening” para la historia cuando los antropólogos se empeñan en disolver lo material en el ámbito de la significación dejando al texto desconectado de su contexto⁶³. Para Stone el historiador cultural debe dejar de ser compañero de viaje del antropólogo simbolista si este mantiene la convicción de que lo real no tiene más fundamento que lo imaginario. Por último, y dentro de ese apocalipsis stoniano, la última de las plagas es el “nuevo historicismo” que, si bien surge como reacción hacia la descontextualización de los textos literarios, se ha convertido en una variante de las versiones simbólicas o semióticas de las producciones culturales. Otra vez la bestia negra del lenguaje amenaza la “vieja, buena historia” de Stone, haciendo que las prácticas sociales aparezcan como “discursive sets of symbolic systems or codes”⁶⁴.

Para conjurar estos males Stone propone el artículo de Gabrielle Spiegel “History, historicism and the social logic of the text in the Middle ages” como lectura obligatoria para “todos los historiadores preocupados por el futuro de una disciplina”, *la historia*, que puede, según sus palabras, “acabar convirtiéndose en una especie en peligro de extinción” (mi subrayado)⁶⁵.

Unos meses más tarde, en el número 133 de *Past and Present*, aparecían las primeras réplicas al oscuro y desolador pronóstico de Stone. Las firmaban Patrick Joyce, a la sazón Reader in History en

63 “Al comienzo muy liberadora, pero finalmente más bien amenazante”, STONE, “History”, p. 217.

64 “Conjuntos discursivos de sistemas o códigos simbólicos”, p. 218.

65 “To wonder if history might be on the way to becoming an endangered species”, p. 218.

la Universidad de Manchester y Catriona Kelly, Fellow en el Christ Church College de Oxford. Joyce entra en la polémica acusando a Stone de querer erigirse en “defensor” de la “historia” frente a los embates de la posmodernidad y de hacerlo a través de una escueta nota en la que no refiere explícitamente sus posiciones respecto a uno de los nudos centrales del debate, a saber, la relación entre texto y contexto.

A diferencia de Stone, Spiegel —según Joyce— hace una apuesta creativa al reintroducir el discurso como producto de las formaciones históricas y culturales. Siguiendo a Bajtin, Spiegel admite que el lenguaje constituye el mundo social de los significados, pero también exige que se reconozca que ese lenguaje solo tiene significado dentro de marcos históricos y sociales específicos. Lo que propone Spiegel es una lectura relacional de los textos y de los contextos⁶⁶. Patrick Joyce, por su parte, reconoce que hasta cierto punto se puede aceptar el dualismo entre lo real o lo social y su representación. Se puede decir que lo real existe con independencia de su representación pero, añade Joyce, el efecto de lo real sobre la representación es siempre discursivo. Como veremos en el caso de otros autores, la lógica posmoderna puede admitir la existencia de una realidad histórica acontecida, pero hace hincapié en que todo conocimiento de esa realidad está mediado por el lenguaje. Como señala el propio Joyce, “history is never presented to us in anything but a discursive form, here taking ‘discursive’, of course, to denote all forms of communication, including those beyond the verbal one”⁶⁷.

66 Como la propia Gabrielle Spiegel señala, “what is needed is the elaboration of a theoretical position capable of satisfying the demands of both literary criticism and history as separate yet interdependent disciplinary domains with a common concern for the social dimensions of textual production in past times. Just as we rightly reject the reduction of literature to a reflection of the world, so also must we reject the absorption of history by textuality” [Se necesita elaborar una posición teórica capaz de satisfacer las demandas tanto de la crítica literaria como de la historia, entendidas ambas como dominios separados pero interdependientes con preocupaciones comunes por la dimensión social de la producción textual en otras épocas. De igual forma que rechazamos la reducción de la literatura a una suerte de reflejo del mundo, hemos de rechazar todo intento de convertir a la historia en textualidad], SPIEGEL, “History, historicism”, p. 77..

67 “La historia nunca se nos presenta de otra forma que no sea discursiva,

Esta determinación de lo discursivo lleva a Joyce a desconfiar de las tradicionales categorías de lo social. Para él el mayor avance del posmodernismo estriba en su hincapié en que las estructuras, los sucesos o los procesos del pasado no pueden distinguirse de las formas de representación documental, de las apropiaciones políticas, conceptuales y de los discursos históricos que los han ido construyendo. Si bien existen instancias que pertenecen a contextos sociales específicos de donde obtienen su significación, no es menos cierto que no hay ninguna estructura subyacente a esos hechos o ideas a los que estos se refieran. Por ello Joyce rechaza la idea de totalidad social y la de determinación social, así como las grandes metanarrativas que pretenden historizar y dar cuenta de esa totalidad. Al abandonar la idea de totalidad, central en la historia social, Joyce propone a los historiadores que se conviertan en “inquisitors and perhaps the executioners of the old valuations”,⁶⁸ y recuerda que, a pesar de la intención de Stone, este no defiende la historia como disciplina sino tan solo una de las tantas formas de entenderla.

En el mismo número en que aparece la respuesta de Joyce se publicó una réplica de Catriona Kelly, quien intervino desde la perspectiva explícita de la historia de las mujeres. Kelly comienza acusando a Stone de absolutismo textualista al no percibir que la amenaza que se cierne sobre las humanidades no proviene de ideas o estrategias metodológicas sino de los procesos sociales y económicos en marcha. Mide a Stone con su propio baremo, para luego desconfiar del instrumento de medida. Para ella la gran tarea pendiente en la historia de las mujeres consiste en explicar los mecanismos del poder patriarcal mediante el concurso del concepto de ideología. Citando a Toril Moi, plantea la ideología como una construcción contradictoria, marcada por agujeros, deslices e inconsistencias que contiene sus propias lagunas⁶⁹. No se trata, pues, de buscar esas

entendiendo por ello, toda forma de comunicación, incluida la no verbal”, JOYCE, “History”, p. 208.

68 “Inquisidores y ejecutores de las viejas valoraciones”, p. 209.

69 Toril Moi pertenece al grupo de feministas posestructuralistas cuya concepción de las identidades —en este caso de la identidad de género— pretende ser no esencialista. También ha trabajado sobre la obra de la semióloga, filósofa y psicoanalista franco-búlgara, Julia Kristeva. Toril Moi (ed.), *The Kristeva Reader*,

contradicciones o presiones —a la manera que persigue Stone— en un supuesto contexto independiente —todo conocimiento de ese contexto es textual, diría Joyce—, sino en el propio texto, en los textos. El texto, para Kelly, no es la expresión del contexto, pero tampoco este puede ser reducido a la textualidad. Su postura coincide con la de algunas feministas como Janet Wolf, para quien el arte o la literatura no sólo reflejan identidades de género dadas, sino que participan en la construcción de esas identidades. De ahí la importancia que adquiere el terreno cultural a la hora de contestar a las convenciones sociales sobre género. De tal forma que Kelly apuesta por esta doble vía —en cierta medida de origen bajtiniano— en la que los textos construyen y son construidos por los contextos. Pero, entonces, ¿cómo define el contexto? Siguiendo la lectura que Ken Hirschkop hace de Bajtin, el contexto sería “a set of largely invisible pressures and purposes, stemming from the social creation of a speech act, which are often conflicting or contradictory”⁷⁰.

Efectivamente, para una historiadora centrada en la historia de las mujeres cualquier intento de reducción textualista o contextuista resulta nefasta. Un texto reflejo de las condiciones económicas y sociales de la época dejaría cualquier posible participación de las mujeres fuera, al considerar ámbitos en los que el protagonismo y la presencia de los varones han sido tradicionalmente abrumadores. Además, esta suerte de reduccionismo del texto a las condiciones del contexto nada diría de las distintas formas de resistencia empleadas por las mujeres en todo tiempo y lugar. A la inversa, la conversión del contexto en un texto coherente y único no daría para explicar las posibilidades de cambio en cada coyuntura. Kelly propone una lectura a contracorriente de los textos, de sus silencios, de sus significaciones menos obvias. Ve los textos como un caldo sazonado de dudoso origen y cuya composición y preparación hay que establecer. El texto pertenece a uno o varios contextos, pero no hay por qué colocar los sucesos, los comportamientos, el poder, la acción

Nueva York, Columbia University Press, 1986.

70 “Un conjunto de presiones y propósitos invisibles durante tiempo que surgen de la creación social de los actos de lenguaje, que son a menudo conflictivos y contradictorios”, KELLY, “History and postmodernism”, p. 212.

humana y la experiencia social —en definitiva todo lo que Stone y Spiegel consideran como materia histórica primordial—, siguiendo lógicas tradicionales.

Semejante envite no podía dejar de ser contestado con igual o parecida vehemencia. Stone vuelve a publicar una de sus notas al año siguiente en la que intenta desembarazarse de cualquier asociación con “crudos positivistas decimonónicos” o “positivistas trogloditas”, y recalca los puntos del desacuerdo. Resulta, no obstante, interesante la forma con la que construye su defensa y su argumentación. La reducción de la realidad a puro lenguaje es una de las acusaciones en la que insiste Stone y que conduce a considerar que los hechos y la ficción son la misma cosa. Admite las supuestas aportaciones del “giro lingüístico”, siempre y cuando ese giro sea de 45 y no de 180 grados. Si se mantiene dentro de los límites que él considera deseables parece que esta estrategia lingüística puede contribuir a una mejor comprensión de los textos. Respecto a la antropología simbólica vuelve a tomar distancia de aquellos que supuestamente quieren convencerle de que los rituales y la actividad simbólica son la única fuente de significación.

No obstante, en la breve nota que Stone escribe en 1992 hay dos ejercicios retóricos de particular interés. En ella no se exponen argumentos de peso para justificar su posición, como sí lo hará Gabrielle Spiegel. Presenta, sin embargo, un argumento de autoridad y otro que podríamos llamar “argumento piadoso”. En el primero cita a una serie de autores de reconocido prestigio académico para alinearse en torno a unos y distanciarse de la postura de otros. El peor parado es Simon Schama. Pero Joyce Appleby, Stanley Fish o Geoffrey Hartman son aliados con posiciones aceptables que le permiten demostrar que no es un “positivista troglodita”. En el último párrafo parece querer justificar su incomodidad con el reduccionismo lingüístico, y lo hace condenando sus posibles consecuencias. Así, dice que la reificación del lenguaje lleva implícita la destrucción de las diferencias entre realidad y ficción y que ello “makes entirely nugatory the dirty and tedious archival work of the historian to dig ‘facts’ out of texts”⁷¹. El sentido del tedioso trabajo de generaciones

71 “Convierte en fútil el trabajo tedioso y sucio de archivo de los historiadores

de historiadores en los archivos es el argumento que emplea Stone para no reconocer los límites difusos —que no es lo mismo que afirmar que no existe límite alguno— entre ficción y realidad.

En esta primera tanda de aportaciones críticas y polémicas falta la de Gabrielle Spiegel, quien intenta contemporizar y buscar los puntos en común de unos y otros. El escrito de Spiegel es, a mi juicio, el más elaborado y el que intenta con más convicción ofrecer alternativas posibles en el debate. Comienza centrando la polémica en torno al concepto de realidad. El posestructuralismo, nos dice Spiegel, niega la existencia de una realidad externa, de un mundo material y referencial. Para la historia eso significa la imposibilidad manifiesta de cualquier intento de recuperar el pasado. El pasado se disolvería en las formas de contarlo, en la literatura. Este sería, por así decirlo, el límite superior de la historiografía afecta al “linguistic turn”. Cuanto más se acerque el historiador a este límite menos posibilidades tendrá de poder dar cuenta de los fenómenos acontecidos y su relato será otro relato más de ficción. En el límite inferior estaría la que podríamos considerar la historiografía tradicional que confía en la capacidad del conocimiento para recuperar y reconstruir lo acontecido tal y como fue.

Creo poder afirmar que Spiegel hace un intento serio por buscar alternativas en los espacios intermedios. Rescata de Joyce y Kelly su creencia en una realidad externa y también la idea de que esa realidad solo es cognoscible a través del lenguaje. A partir de ahí, de esta reubicación de los puntos del debate, hace su apuesta fuerte: “one of the major moves in poststructuralist thought has been to displace the controlling metaphor of historical evidence from one of reflection to one of mediation (that is, has been a shift from the notion that texts and documents transparently reflect past realities, as positivism believed, to one in which the past is captured only in the mediated form preserved for us in language)”⁷². De tal forma que el

que excavan buscando hechos en los textos”, STONE, “History”, p. 193.

72 “Uno de los movimientos más importantes del pensamiento postestructuralista ha sido el desplazamiento en la metáfora de la evidencia histórica del reflejo a la mediación (esto es, ha habido un giro desde la creencia de que los textos y documentos reflejan las realidades pasadas, tal y cómo afirmaba el positivismo, a otra según la cual el pasado sólo puede ser atrapado en las formas mediadas pre-

concepto de mediación se alza como una noción básica a desentrañar. No se trataría entonces de reducir todo al ámbito lingüístico, ni tan poco de seguir manteniendo posiciones empiristas pueriles, sino de buscar los puntos de intersección entre lenguaje y realidad.

Mediación y lenguaje serían los dos conceptos en los que Spiegel profundiza para poder trazar distintas propuestas. Así, la concepción clásica de la idea de mediación apela a un instrumento analítico que busca establecer alguna relación entre dos órdenes o niveles distintos de fenómenos como, por ejemplo, entre una pieza literaria y su contexto social. El concepto de mediación tal y como lo definiera la Escuela de Frankfurt, y en concreto Adorno, apelaba a un objeto, un proceso activo que construye su objeto de forma muy parecida a como el posestructuralismo considera la construcción social de la realidad en y a través del lenguaje. Como ella misma afirma: "In studying history, then, what we study are the mediatory practices of past epochs (in effect, discourses) which, then as now, constructed all being and consciousness"⁷³. El carácter performativo de esos discursos solo nos permite acceder a la realidad inscrita en los códigos de esos textos.

En un ejercicio deconstructivo, Spiegel hurga en los presupuestos implícitos detrás del concepto de mediación y del no menos problemático de lenguaje. Señala dos formas de entender el lenguaje: la performativa posestructuralista, en la que el lenguaje es creador del mundo y un ente autoreflexivo, y la instrumental o constativa, según la cual el lenguaje describe y explica, al tiempo que crea o inventa la realidad y, de esa forma, es un instrumento de mediación entre la conciencia y el mundo. Para ella la idea del lenguaje como un ente opaco o como un ente transparente son disyuntivas sin salida. En su lugar propone acercarse a "la lógica social de los textos".

servadas para nosotros en el lenguaje)", SPIEGEL, "History and postmodernism", p. 197-198.

73 "Al estudiar historia, entonces, lo que estudiamos son las prácticas mediadoras del pasado (en efecto, discursos), lo cuales, entonces como ahora, construyen todo lo viviente y la conciencia", p. 199.

En ella se da la combinación de dos lógicas: la literaria y la documental. Implícita en esta propuesta está la posibilidad de recuperar algunos aspectos o cierto sentido del mundo material del pasado.

Lógica social de los textos que no rechaza sino que incorpora algunos ingredientes de la deconstrucción derridiana —la “bestia parda” de Stone—: los silencios y su capacidad para modelar los discursos, la búsqueda de lo no dicho, etc. Para Spiegel se puede tener una visión semiótica del lenguaje sin que por ello se deba rechazar la posibilidad de comprender el pasado como algo más que prácticas o estrategias discursivas. Esta postura que ella misma define como “middle ground” ha dado importantes frutos en el ámbito de la historia de género. Un espacio en el que es y ha sido importante, como señalara Kelly, mantener cierta idea de extratextualidad. Por último, y conocedora de las dificultades que supone para cualquier historiador establecer las relaciones pertinentes entre lenguaje-pensamiento y acción y, además, explicar esas relaciones, propone la práctica del “agnosticismo textual” que consistiría en aprovechar el aire fresco del posmodernismo sin dejarse arrastrar por las posiciones más extremas. Después de todo, “what is the past, but a once material existence, now silenced, extant only as a sign and as sign drawing to itself chains of conflicting interpretations that hover over its absence presence and compete for possession of the relics, seeking to inscribe traces of significance upon the bodies of the dead?”⁷⁴.

74“¿Qué es el pasado sino algo que una vez fue una existencia material, ahora silenciada, que permanece sólo como signo y que como signo dibuja cadenas de interpretaciones conflictivas que penden sobre su presente ausencia y que compiten por la posesión de las reliquias, buscando inscribir marcas de significación sobre los cuerpos de los muertos?”, p. 208.

*Erizos y zorros*⁷⁵

En 1989 Ankersmit publica un artículo “Historiography and postmodernism” en la revista *History and Theory*. Un año más tarde, Perez Zagorin hará lo propio en respuesta, iniciándose un debate que durará hasta noviembre de 1999. En esta discusión los contenidos son más abiertamente filosóficos —como indica el título de Ankermit— y menos relacionados con las prácticas concretas de los historiadores. Así, los problemas de la causalidad, de la representación o el esencialismo de la historiografía moderna serán algunos de los puntos de debate.

El texto de Ankersmit es un texto elegante, abierto, muy fluido, a veces poco estructurado y plagado de metáforas con las que intenta acercar la historiografía a la posmodernidad, al considerar que esta disciplina ya apuntaba hacia esos derroteros mucho antes de que fuera acuñado el término. Por contra, el ensayo de Perez Zagorin, pensado como respuesta a las posiciones de Ankersmit, tiene un único propósito central: defender y definir la pertinencia de la historia científica. Un erizo y un zorro, según la tipología de Isaiah Berlin, tomada del poeta griego Arquíloco⁷⁶.

75 Los artículos con los que voy a trabajar son: Frank R. ANKERSMIT, “Historical representation”, *History and Theory* 27/3 (1988), pp. 205-228. Del mismo autor, “Historiography and postmodernism”, *History and Theory* 28/2 (1989), pp. 137-153; “Reply to Professor Zagorin”, *History and Theory* 29/3 (1990), pp. 275-296. Por su parte, Perez ZAGORIN, “Historiography and postmodernism: Reconsiderations”, *History and Theory* 29/3, (1990), pp. 263- 274; “History, the referent, and narrative: Reflections on postmodernism”, *History and Theory* 38/1 (1999), pp. 1-24; “Rejoinder to a Postmodernist”, *History and Theory* 39/2 (2000), pp. 201-209. Este último artículo fue precedido por otro de Keith JENKINS, “A postmodern reply to Perez Zagorin”, en *History and Theory* 39/2 (2000), pp. 181-200.

76 Parafraseando al poeta Arquíloco, Isaiah Berlin, en su trabajo sobre Dostoievski, *El erizo y la zorra*, contraponen dos formas de entender el trabajo intelectual. Una, la de la zorra que sabe muchas cosas; otra, la del erizo, que sabe una importante. El erizo, que representa bien la postura de Zagorin y de algunas líneas de la historiografía moderna, relaciona “todo con una única visión central, con un sistema más o menos congruente o integrado, en función del cual comprenden, piensan y sienten —un principio único universal y organizador que por sí solo da significado a cuanto son y dicen”. La otra, por su parte, ejemplificada aquí en la forma de pensar de Ankersmit, “persigue muchos fines distintos, a

Ankersmit comienza dudando de la idea de referencialidad aplicada, en este caso, no a una realidad externa sino a la autoridad de un texto original. La proliferación de interpretaciones sobre el pensamiento de Hobbes le lleva a afirmar que la obra original de este autor ya no puede funcionar como árbitro en ese proceso de multi-interpretabilidad. El referente se ha perdido y, con él, el pasado como objeto de estudio.

Para Ankersmit, lo que caracteriza nuestro mundo y nuestro tiempo es la información. "The reality is the information itself and no longer the reality behind the information"⁷⁷. Esto exige, según Ankersmit, reformular el papel de la historia y su evolución respecto a otros campos del saber como la literatura o la crítica literaria. La ley principal de la teoría de la información posmoderna, nos dice, señala que la información se multiplica. Paradójicamente, cuanto más autorizada es una interpretación mayor es el número de escritos que genera. Esta situación resulta incomprensible dentro de los parámetros de la modernidad porque la mejor interpretación debería poner punto final a la escritura o a la proliferación de escritos. Dentro de la modernidad no se entiende que lo debatible sea esencial para el avance de la ciencia pero, como señala Bachelard, los hechos debatibles son los hechos verdaderos.

Si el modernismo, en la caracterización de Ankersmit, ha tenido a la ciencia como su leitmotiv, no se puede afirmar que el posmodernismo sea anticientífico. En todo caso a-científico. No opone un nuevo paradigma al existente; se dedica, por contra, a desestabilizar las certezas de la ciencia moderna. Por ejemplo, el tanpreciado concepto de causalidad, deconstruido en su día por Nietzsche. Tradicionalmente se define la causa de un fenómeno

menudo inconexos y hasta contradictorios, ligados si acaso por alguna razón de hecho, alguna causa psicológica o fisiológica (...). Lleva [un tipo de] vida, realiza acciones y sostiene ideas centrífugas más que centrípetas; su pensamiento está desperdigado, es difuso, ocupa muchos planos a la vez, aprehende el meollo de una vasta variedad de experiencias y objetos según sus particularidades, sin pretender integrarlos ni no integrarlos, consciente o inconscientemente, en una única visión interna, inmutable y globalizadora". Isaiah Berlin, *El erizo y la zorra*, Madrid, Muchnik, 1988, pp. 39-40.

⁷⁷ "La realidad es la misma información y no aquello que se esconde detrás de la información", Ankersmit, "Historiography and postmodernism", p. 140.

como la fuente, y el efecto como el resultado. Nietzsche demostró, nos dice Ankersmit, cómo solo observando el efecto somos capaces de inferir la causa, por lo que aquel es anterior a esta: “If the effect is what causes the cause to become a cause, then the effect, not the cause, should be treated as the origin”⁷⁸. Con ello Nietzsche —y Ankersmit al citarlo— pretenden demostrar la artificialidad de las jerarquías tradicionales en uno de los puntos clave, el modelo de explicación de la ciencia moderna. Algo parecido a lo que hace y pretende hacer la historiografía posmoderna al descentrar, des-esencializar las certidumbres científicas. Para los posmodernos las certezas de la ciencia son, según Ankersmit, una variante de la paradoja del mentiroso que decía “este enunciado es mentira”. Paradoja que no tiene solución como tampoco la tienen las propuestas de la posmodernidad en historiografía. Cualquier interpretación histórica parece tal por contraste con otras interpretaciones. Es en la medida en que no es otra cosa. De tal forma que cualquier visión histórica es, por naturaleza, paradójica.

Ankersmit también abundará en la dicotomía lenguaje-realidad, que, veremos, es uno de los lugares comunes del debate. Su posición respecto a esta dualidad es clara y ciertamente contundente: “scientific language is no longer a mirror of ‘nature’ but just as much a part of the inventory of reality as the objects in reality which science studies. Language as used in science is a thing, and (...) things in reality acquire a ‘language like’ nature”⁷⁹. Son Hayden White y Paul Ricoeur los que ofrecen una definición de la realidad del pasado que a Ankersmit le parece ajustada: el pasado debe entenderse como un texto escrito en una lengua extranjera con las mismas dimensiones gramaticales, sintácticas o léxicas, que cualquier otro texto.

78 Jonathan CULLER, “On Deconstruction: Theory and Criticism after Structuralism”, citado en ANKERSMIT, “Historiography”, p. 143.

79 “El lenguaje científico ya no es el espejo de la naturaleza sino más bien una parte del inventario de la realidad como los objetos en la realidad que estudia la ciencia. El lenguaje tal y cómo lo utiliza la ciencia es una cosa, y las cosas en la realidad adquieren una naturaleza lingüística”, ANKERSMIT, “Historiography”, p. 143.

Cuando la dicotomía lenguaje-mundo entra en convulsión, no se está muy lejos de un proceso de estetización. Si no hay realidad externa funcionando como referente y árbitro, ¿qué diferencia se puede establecer entre ficción literaria y narración histórica? Para Ankersmit el lenguaje y el arte no son los polos opuestos a la realidad, son una pseudo-realidad y están situados en ella. El lenguaje del artista, afirmaba Gombrich, no es un calco de lo real sino un sustituto ante su ausencia. El esteticismo ha tenido impacto en historiografía. Para la historiografía moderna el estilo, la forma, son anatematos o aspectos irrelevantes. Pero ya no se puede sostener la dicotomía entre estilo o forma y contenido, toda vez que la elección de la forma implica decisiones importantes respecto a los contenidos. Ankersmit señala, incluso, que el contenido es una derivación del estilo. De ahí que la historia comparta rasgos muy importantes con el arte y que siga caminos distintos a los de la ciencia.

El tratamiento de la evidencia sería uno de los puntos de conflicto entre modernos y posmodernos. Para los primeros la evidencia es la prueba, la marca de algo que ha ocurrido en el pasado; para los segundos, la evidencia no se sale del campo textual y apunta no hacia la realidad pasada sino hacia otras interpretaciones del pasado. De forma muy gráfica, Ankersmit define el sentido y el significado de la evidencia para unos y otros. Para los modernos, la evidencia es como una baldosa que ellos levantarán para ver qué hay debajo. Para los posmodernos, es una baldosa sobre la que se ponen de pie para poder, así, moverse hacia otras baldosas. El primer ejercicio es vertical: de la evidencia hacia lo que esconde; en el segundo, horizontal, de esa marca a otras marcas. También forma parte de la evidencia, tal y como señalara Duby, lo no dicho, los silencios. Si, como mantiene Ankersmit, la identidad de una cosa está en estrecha relación con su no-identidad, de igual forma "the most interesting evidence can be found (...) in what a period has not said about itself"⁸⁰, invocando así la posible relación entre historiografía y psicoanálisis. La disciplina fundada por Freud consiste, al igual que la historiografía,

80 "La evidencia más interesante puede encontrarse (...) en lo que un periodo no ha dicho de sí mismo", p. 146.

en un conjunto de estrategias de interpretación. En ambos casos, historiadores y psicoanalistas persiguen proyectar un modelo a los síntomas o a las marcas y no buscar algo más allá de esas huellas. El psicoanálisis también se ocupa de los silencios, de lo no dicho, al igual que la historiografía investiga lo que fue en relación con lo que no fue. Nuestra personalidad, dice Rorty —y esto puede extenderse a la forma de ver el pasado—, es más collage que sustancia.

Ankersmit baraja la posibilidad de que estemos asistiendo al “otoño de la historiografía occidental” o, lo que es lo mismo, a la despedida de todas las aspiraciones esencialistas que han dominado la historiografía desde san Agustín a la historia social alemana. Haciendo uso de las metáforas, compara a la historia con un árbol. La historiografía científica moderna, preocupada por lo acontecido, se situaba en las ramas, aunque su posición seguía concentrada en el tronco, esperando poder decir algo del tronco —las leyes del devenir histórico— a través de las ramas —los sucesos o fenómenos estudiados—. La ruptura posmoderna, dice Ankersmit, se produce precisamente en esa concepción esencialista. La elección no se sitúa ya en el tronco ni en las ramas sino en las hojas. El propósito no es la integración de las partes, la síntesis o la totalidad, sino los fragmentos históricos.

Hace años los trabajos de Nathalie Zemon-Davis, o la microhistoria de Carlo Ginzburg, continúa Ankersmit, hubiesen puesto en entredicho la función del conocimiento histórico, centrado en aspectos fragmentarios, casi únicos, del pasado. Hasta hace muy poco el objetivo se centraba en conocer y dar a conocer el funcionamiento de la maquinaria histórica. Hoy, las tendencias son otras, y los mecanismos —como analogía de la realidad histórica— han dado paso a otras metáforas: juego, texto, drama.

¿Cómo explicar este giro? Ankersmit alude a la posición de Europa a partir de 1945. La historia de este continente ya no es la historia universal. Los grandes relatos producidos sobre la razón y la emancipación ocupan posiciones periféricas, son relatos locales y ya no pueden funcionar como meta-narrativas. Concluye, entonces, que se han caído las hojas del árbol de la historia, y propone recogerlas y estudiarlas con independencia de su origen. “We must

not shape ourselves according to or in conformity with the past, but learn to play our cultural game with it”⁸¹. Siguiendo con la metáfora botánica, lo importante no es el lugar que las hojas ocuparan otrora en el árbol sino el modelo que podemos formar con ellas a partir de ahora y la forma en la que ese modelo puede adaptarse a otras formas de civilización presentes hoy. Por si no quedara claro, añade: “history is no longer the reconstruction of what has happened to us in the various phases of our lives but a continuous playing with the memory of this”⁸². Ha llegado el momento, aventura Ankersmit, de pensar sobre el pasado más que investigarlo. La significación ha cobrado mayor importancia que la génesis o la reconstrucción y el propósito de la historia se está centrando más en la significación y contemporaneidad de los conflictos históricos. Pone el caso de los trabajos de Foucault sobre la relación entre poder y discurso y cómo han sido contestados por numerosos críticos. No obstante, sus textos no han perdido fuerza y fascinación. Esto se debe, según Ankersmit, al carácter metafórico de la historiografía. Las tendencias posmodernas en la disciplina parecen acentuar esta característica, la de una historia más metafórica y menos literal.

En suma, Ankersmit, acaba señalando que la historiografía posmoderna no es anti-científica, y que no pretende convertirse en un paradigma sustitutorio sino recordar y advertir del círculo vicioso en que nos ha metido la historiografía moderna y que nos ha hecho creer que no hay nada fuera de ella. “However, outside it is the whole domain of historical purpose and meaning”⁸³.

Pocos meses más tarde aparece la airada respuesta de Perez Zagorin. Comienza intentando caracterizar a un movimiento posmoderno que rechaza los presupuestos de la filosofía moderna, desconfía del humanismo como reliquia de la moral burguesa y desestabiliza la idea elitista de canon. Perez Zagorin apuesta por

81 “No debemos estructurarnos nosotros mismos en relación o de acuerdo con el pasado, pero sí aprender a jugar nuestro juego cultural con él”, p. 151.

82 “La historia ya no es la reconstrucción de lo que nos ha pasado en las variadas fases de nuestras vidas, sino un juego continuo con la memoria de lo ocurrido”, p. 152.

83 “No obstante, fuera está el dominio del propósito histórico y de la significación”, p. 153.

una historia científica entendida como ejercicio intelectual basado en estándares cognitivos rigurosos, con métodos críticos y con un sentido global del pasado. Definida su posición, pasa a desmontar los argumentos de Ankersmit. Para Zagorin, el texto original debe seguir funcionando como referente, como árbitro de las distintas interpretaciones con independencia de la inflación historiográfica. El problema de la causalidad y la ruptura de la jerarquía causa-efecto, de la que habla Ankersmit es, para Zagorin, producto de la confusión: el efecto no es anterior a la causa, el efecto es el origen de mi interés, pero no el origen de la causa. La estetización de la historiografía y esa obsesión por el estilo y el lenguaje le parecen improcedentes en una disciplina cuyos enunciados son proposiciones con condiciones de verdad sujetas a la evidencia y a la justificación. Uno de los peligros de esta poshistoria o de esta “historia en migajas” es convertir el conocimiento del pasado en un “nuevo coleccionismo de anticuario” que vacíe su deber intelectual para con la educación y la cultura: “to give to each living generation the broadest and best possible knowledge of the past of its own society and civilization as well as of the larger human past of which it is part”⁸⁴.

La segunda vuelta de la polémica protagonizada por Perez Zagorin comienza con un artículo suyo en *History and Theory* publicado en 1999, que será contestado por Keith Jenkins un año más tarde. La tanda de intervenciones se cierra con otra réplica de Zagorin. Nueve años después del cruce de argumentos con Ankersmit, Zagorin escribe un extenso artículo, “History, the referent, and narrative: Reflections on postmodernism now”, con el que pretende evaluar el impacto del posmodernismo en el ámbito de la historiografía. Destaca el escaso influjo que las teorías literarias han tenido sobre la práctica de los historiadores americanos que siguen considerando que su cometido consiste en dedicarse a describir y comprender el pasado humano. Para Zagorin las propuestas de los historiadores posmodernos no son ni serán hegemónicas porque no conectan con las necesidades y las

84 “Dar a cada generación el conocimiento mejor y más amplio sobre el pasado de su sociedad y civilización, así como del más amplio pasado humano del que forma parte”, ZAGORIN, “Historiography and Postmodernism”, p. 274.

sensibilidades de los historiadores americanos. Parte de este fracaso se debe, al decir de Zagorin, al manejo equivocado que tienen sobre las teorías del lenguaje, a su oposición al realismo histórico y a la idea de referencialidad, y a su teoría de la narrativa histórica.

Respecto al idealismo lingüístico, del cual acusa Zagorin a los historiadores adscritos a la, entonces, “novísima historia” propone dos ideas: el lenguaje crea la realidad y, por tanto, no hay realidad extralingüística. Según Zagorin estas son conclusiones derivadas de una mala lectura de la obra de Saussure que va contra sus verdaderas intenciones. Reprocha esta conducta a Gabrielle Spiegel, Joyce Appleby y Jane Caplan. Resulta cuando menos curioso que el propio Zagorin se meta en “la boca del lobo”, adjudicándose la capacidad para hacer una lectura correcta —la suya— de la obra compleja del lingüista suizo, cuya gran obra —*Curso de lingüística general*, publicada a fines de los 50— fue producto de la reconstrucción de su seminario gracias a los apuntes tomados por sus alumnos. Esa fijación por la intención comunicativa de Saussure como único criterio para dirimir interpretaciones conflictivas me parece que no es el mejor argumento ni la forma de validación más adecuada de cuantas utiliza Zagorin.

No obstante, lo que él llama el “idealismo lingüístico” y el “antirrealismo” serán dos de sus críticas, que le servirán como parte de la explicación del fracaso de las historias posmodernas en la academia norteamericana. La tercera idea se relaciona con los problemas de la representación y la narratividad y es un claro ataque a las posturas de Hayden White. El narrativismo consiste, según la opinión de Zagorin, en asignar prioridad a la “creation of historical narratives to the imperatives of language and the tropes or figures of speech inherent in linguistic usage”⁸⁵. De ello deduce Hayden White que no hay diferencia alguna entre ficción y realidad, toda vez que la trama y las figuras retóricas son previas y modelan la selección de los hechos históricos. Por todo ello, Zagorin rechaza los presupuestos de la lógica posmoderna, aunque conceda que los

85 “Creación de narrativas históricas de acuerdo con los imperativos del lenguaje y a los tropos y figuras del habla inherentes a los usos lingüísticos”, ZAGORIN, “History, the referent and narrative”, p. 14.

nuevos aires puedan haber servido a los conversos “to think afresh about of their inquiry, or in showing them new ways to read texts, or in helping to broaden the horizons of historiography through the inclusion of subjects and forms of life either neglected or ignored by earlier generations of scholars”⁸⁶.

Un año más tarde, Keith Jenkins publicaba su respuesta, “A postmodern reply to Perez Zagorin”, en la que revisaba los presupuestos destilados por Zagorin en su artículo de 1999. A las acusaciones lanzadas contra el posmodernismo y contra la historia nacida bajo su signo —anti-realista, anti-referencialista e idealista—, Jenkins opondrá una visión mucho más compleja de cada uno de esos aspectos. Respecto a la repetida controversia sobre la realidad y el lenguaje, Jenkins señala que ninguno de los posmodernos que cita Zagorin —y cuya adscripción sería discutible— son, han sido o pretenden ser, anti-realistas. “For no postmodernist disagrees with the crucial distinction Richard Rorty so representatively draws between ‘the world’ as being ‘out there’ and our human appropriations of it which are not; between the claim that the actual/social world is out here in all-stubborn, brute actuality, and the claim that all the meanings and significances and truths it ‘can be said to have’ are in ‘here’; in our languages”⁸⁷. Para los posmodernos, según Jenkins, hay una diferencia entre realidad y verdad a la manera en que establece tal distinción Rorty⁸⁸.

86 “Para pensar de manera más fresca sobre sus investigaciones, o mostrarles nuevas formas de leer textos, o para ampliar los horizontes de la historiografía mediante la inclusión de sujetos y modos de vida que o bien habían sido descuidados o bien ignorados por generaciones de académicos”, “History, the referent and narrative”, p. 24.

87 “Ningún posmoderno está en desacuerdo con la distinción crucial que Richard Rorty ha trazado de manera representativa entre ‘el mundo’ que está ‘ahí fuera’ y nuestra apropiación de ese mundo que no lo está; entre la declaración de que el mundo actual/social está ahí fuera en toda su actualidad bruta y persistente, y la declaración de que todos los significados y sentidos y verdades que ‘se supone contiene’ están ‘aquí’; en nuestros lenguajes”, JENKINS, “A postmodern Reply”, p. 183.

88 Reproduzco la cita entera de Rorty porque me parece de suma importancia. “We need to make a distinction between the claim that the world is out there and the claim that truth is out there. To say that the world is out there, that is not our creation, is to say, with common sense, that most things in space and time

Para Jenkins ni el determinismo lingüístico ni el anti-realismo son posiciones atribuibles a la nueva historiografía. Porque solo el concepto de representación hace que la vieja lógica de la oposición entre el realismo y el anti-realismo tenga sentido. Lo que sí son los posmodernos es anti-representacionistas, que no es lo mismo que anti-realistas. Volviendo a citar a Rorty, Jenkins señala que los realistas manejan un concepto de representación según el cual nuestras ideas o nuestro lenguaje representan la realidad. Esta idea referencial del lenguaje y de la mente humana es atemperada, si no negada, por los historiadores posmodernos. Rorty cita el ejemplo de la física y el concepto de átomo. Para los realistas, el concepto de átomo aparece y es útil porque en la realidad existe esa unidad material que explica la aparición del concepto. El átomo se corresponde con el fenómeno material. En cambio, para una anti-representacionista, que cree que nuestra mente y nuestro lenguaje, así como nuestro cuerpo, han sido modelados por el entorno, la utilidad del átomo reside en que nos permite manejar nuestro medio de mejor manera⁸⁹. Es la complejidad entre mundo

are the effects of causes which do not include human mental states. To say that truth is not out there is simply to say that where there are no sentences there is no truth... truth cannot be out there —it cannot exist independently of human mind— because sentences cannot so exist-or be out there. The world is out there, but descriptions of the world are not, only descriptions of the world can be true or false... the world can, once we have programmed ourselves with a language, cause us to hold beliefs. But it cannot propose a language (or beliefs) for us to speak” [Debemos distinguir entre el enunciado que habla de un mundo que está ahí fuera y el que señala que la verdad está ahí fuera. Decir que el mundo está ahí fuera, que no es nuestra creación, es decir, por sentido común que la mayoría de las cosas que existen en el tiempo o en el espacio son producto de causas que no incluyen nuestros estados mentales. Decir que la verdad no está fuera es decir simplemente que donde no hay enunciados no puede haber verdad (entendido el enunciado como interpretación), la verdad no puede estar fuera —no puede existir independientemente de la mente humana— porque los enunciados no pueden existir así o estar ahí fuera. El mundo está ahí fuera, pero las descripciones del mundo, no. Solo las descripciones del mundo pueden ser verdaderas o falsas... el mundo puede, una vez que nos hemos programado en torno a un lenguaje, hacer que tengamos creencias. Pero no puede proponernos un lenguaje (o creencias) con el que hablar”, Richard Rorty, “Contingencia, ironía y solidaridad”, en JENKINS, “A Postmodern Reply”, pp. 183-184.

89 Richard RORTY, *Objectivity, Relativism, and Truth*, Cambridge, Routledge, 1991,

y palabra lo que irrita a los realistas como Zagorin, no la negación de la existencia de una realidad externa que nadie pone en duda. Dicho de otra manera: la palabra se refiere al mundo, pero las numerosas mediaciones que se interponen hacen que esa correspondencia sea indirecta y que siempre pueda ser reescrita o redicha. Este juego puede ser visto como una amenaza —tal y como relata Zagorin— o como una liberación —tal y como lo hace Jenkins—. En este sentido, en el que Jenkins abunda, las estrategias posmodernas son emancipatorias, tienen y persiguen objetivos políticos. El último punto de las acusaciones de Zagorin, el narrativismo de los posmodernos, no parece ocupar la atención de Jenkins, toda vez que podría ser considerado como un punto más de la tensión entre lenguaje y realidad.

En el mismo número de la revista, Perez Zagorin intenta una respuesta a las puntualizaciones de Keith Jenkins. Y digo intenta porque su nota es una sucesión de diatribas contra Jenkins y otros filósofos supuestamente posmodernos, como Derrida y Rorty, “who are among the present-day stars of the postmodernist comic opera in which Jenkins himself plays only a walk-on role”⁹⁰. La réplica de Zagorin gira en torno a estos puntos: la relación entre filosofía e historia; el advenimiento de la posmodernidad; la arbitrariedad del signo lingüístico; y la intencionalidad del autor como fuente de significación de un texto.

Zagorin recrimina a Jenkins su sesgo filosófico y señala que “Much of what Jenkins has to say represents an attempted imposition and usurpation of philosophy upon history”⁹¹. Esa diferenciación entre filosofía e historia le lleva a negarle autoridad a Jenkins, de quien pregunta: “has he ever written a work of history?”⁹². En cuanto a la caracterización de esta época, de los cambios que se llevan

pp. 5-7 [edición en castellano, *Objetividad, relativismo y verdad*, Barcelona, Paidós, 1996].

90 “Quienes están entre las actuales estrellas de la ópera cómica posmodernista en la que Jenkins actúa de comparsa”, ZAGORIN, “Rejoinder to a Postmodernist”, p. 202.

91 “Mucho de lo que Jenkins tiene que decir representa una imposición y usurpación intencionada de la filosofía sobre la historia”, p. 201.

92 “¿Ha escrito alguna vez un trabajo de historia?”, p. 202.

produciendo en las últimas décadas, Zagorin afirma “I’m always surprised at the certainty with which, posmodernist, as if they were prophets, confidently proclaim the arraival of postmodern age”⁹³. Creo que en este caso Zagorin está en lo cierto pero el reproche no es extensivo a todos los posmodernos sino más bien a la forma de presentar y describir los cambios mundiales que hace Jenkins. Resulta, cuando menos, contradictorio que un relativista haga una afirmación como esta: “For postmodernity is not an ideology or position we can choose to subscribe to or not, postmodernity is precisely our condition: it is our historical fate to be living now”⁹⁴. Zagorin cita a Giddens y a Niklas Luhmann para apoyar sus dudas sobre la forma categórica con la que Jenkins da cuenta de este tiempo que nos ha tocado vivir. La arbitrariedad del signo lingüístico es otro punto que elabora Zagorin, y creo que esta vez con bastante agudeza. Jenkins mantenía, citando a White, que no puede haber interpretaciones correctas porque la relación entre lenguaje y realidad es arbitraria. Zagorin señala que la arbitrariedad del signo —muy discutida dentro de la semiótica entre otros por Barthes— se refiere a la relación entre el significante —sonido + imagen— y el significado —el concepto, la idea—, no la realidad. De ser así, me parece que la arbitrariedad de la relación entre el signo y la realidad echaría por tierra y borraría de un plumazo las influencias ideológicas, culturales, de género, y todas las otras mediaciones. Por último, Zagorin sigue apostando por la autoría, por el sujeto —tal como lo concibe la modernidad—, y por la intención comunicativa —ese “querer decir”— como fuente de todo sentido.

93 “Siempre me sorprende la seguridad con la que los posmodernistas, como si se tratara de profetas, proclaman la llegada de la postmodernidad”, p. 203.

94 “La posmodernidad no es una ideología o una posición a elegir, la posmodernidad es nuestra condición: el destino histórico que nos ha tocado vivir”, JENKINS, “On postmodernity, postmodernism and history”, en *The Postmodern History Reader*, p. 3.

*La imaginación de los descontentos*⁹⁵

La primera de las discusiones —en las que se enzarzaron Mayfield y Thorne, Lawrence y Taylor, Vernon y Joyce— data de 1991. El problema central del debate recorre la naturaleza y consecuencias del “giro lingüístico” para la historia social. Mayfield y Thorne se muestran muy preocupados por el posible determinismo lingüístico en que pueden desembocar las propuestas posmodernas, según las cuales el lenguaje es fuente de todo significado y prefigura las identificaciones políticas. Comienzan señalando que se ha dado un giro en la historia social ejemplificado en el paso de la pregunta “Why does social history ignore politics?” a “Why should historians interested in politics look at society?”⁹⁶. Indican que Gareth Stedman

95 Ha habido más de una polémica en torno a la historia social. La que aquí se recoge se corresponde con dos momentos distintos. El primero se inicia en 1991 con el ensayo de David MAYFIELD, “Language and social history”, *Social History* 16/3 (1991), pp. 353-358. David MAYFIELD y Susan THORNE, “Social history and its discontents: Gareth Stedman Jones and the politics of language”, *Social History* 17/2 (1992), pp. 165-188. Jon LAWRENCE y Miles TAYLOR, “The poverty of protest: Gareth Stedman Jones and the politics of language: A reply”, *Social History* 18/1 (1993), pp. 1-15. Patrick JOYCE, “The imaginary discontents of social history: A note of response to Mayfield and Thome, and Lawrence and Taylor”, *Social History* 18/1 (1993), pp. 81-85. David MAYFIELD y Susan THORNE, “Reply to ‘The poverty of protest’ and ‘The imaginary discontents’”, *Social History* 18/2 (1993), pp. 219-233. James VERNON, “Who’s afraid of the linguistic turn? The politics of social history and its discontents”, *Social History* 19/1 (1994), pp. 81-97. La segunda comienza con el cruce de argumentos iniciados por Neville Kirk y contestados por Patrick Joyce. Neville KIRK, “History, language, ideas and postmodernism: A materialist view”, *Social History* 19/2 (1994), pp. 221-240; Patrick JOYCE, “The end of social history?”, *Social History* 20/1 (1995), pp. 73-91. A estos artículos se sumaron luego, Geoffrey ELEY y Keith NIELD con el artículo, “Starting over: The present, the post-modern and the moment of social history”, *Social History* 20/3 (1995), pp. 355-364. Finalmente JOYCE replicó en “The end of social history?” A brief reply to Eley and Nield”, *Social History* 21/1 (1996), pp. 96-98. El título “La imaginación de los descontentos” se me ocurrió al leer el texto de Patrick Joyce, “Los descontentos imaginarios” que, como “el enfermo imaginario” de Molière, simulan su enfermedad. Más que emitir un juicio de valor sobre las preocupaciones de aquellos afectados y preocupados por la influencia del “linguistic turn” en la historia social, me interesa describir cómo formulan, representan e imaginan esa amenaza.

96 “¿Por qué la historia social ignora la política?” a “¿Por qué los historiadores

Jones es un ejemplo de esa transición desde la autonomía y centralidad de lo social a la independencia y determinación de lo político, tal y como se ve —según estos autores— en dos de sus aportaciones emblemáticas: “Working-class culture and working-class politics in London, 1870-1900: Notes on the remaking of a working class”, y “Rethinking Chartism”, recopiladas por el autor en *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982*⁹⁷.

Ese desgajamiento de lo político de su matriz primitiva, lo social, les parece a Mayfield y Thorne un despropósito que conduce a considerar el “political behaviour [with] no reference to factors outside those named in political language (i.e. to social relations)”⁹⁸. Entre la postura sociocéntrica y la politocéntrica existe una confusión que se basa en no detectar las diferencias entre referencia y representación. El rechazo de Stedman Jones y Joyce a la propuesta según la cual lo político es una representación de lo social les lleva a despreciar cualquier dimensión referencial del lenguaje. De ello se deriva que el lenguaje político pierde cualquier punto de anclaje con la realidad, que tiene absoluto poder para producir “the interest, identification, grievance, and aspiration”⁹⁹.

La posición de Mayfield y Thorne, más matizada, apela a las propuestas de Marx-Thompson y Man-Derrida, para quienes, según los polemistas, el significado proviene de la relación entre el nombre y lo nombrado, proviene de una instancia externa a ambos, el poder; esto es, la significación es una convención humana y no una función del conocimiento. Edward P. Thompson es la figura de referencia que citan estos autores. Para el marxista inglés, la autonomía

interesados en la política miran hacia la sociedad?”, MAYFIELD y THORNE, “Social history, and its discontents”, p. 167,

97 El primer artículo fue originalmente publicado en el *Journal of Social History* 7/4, (1974). Ambos se reprodujeron en el texto citado, que fue publicado en Nueva York y Cambridge, en Cambridge University Press, en 1983, pp. 179-238 y 90-178, respectivamente (edición en castellano, *Lenguajes de clase: estudios sobre la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, Siglo XXI, 1989).

98 “El comportamiento político sin ninguna referencia respecto a factores externos excepto aquellos que nombra el lenguaje político (por ejemplo, las relaciones sociales)”, MAYFIELD y THORNE, “Social History and its discontents”, p. 185.

99 “El interés, la identificación, la reivindicación y la aspiración”, STEDMAN JONES, *Languages of Class*, p. 11, citado en MAYFIELD y THORNE, “Social History”, p. 185.

de la ‘conciencia social’ respecto al ser social es el resultado de la convención humana, de la movilización de hombres y mujeres. El aspecto reflexivo y voluntarista de la acción humana resulta, así, recuperado por Mayfield y Thorne. Citando a Thompson, “Mediation between social being and social consciousness, between ‘interest’ and ‘belief’, is rather ‘through the people themselves’”¹⁰⁰. Para finalizar, reproducen una cita de Thompson, según la cual “there is no way to act with political purpose without one’s political language referring back to prevailing social relations, the embodiment of ‘spirits of the past’, as the unavoidable ground of such action”¹⁰¹.

Jon Lawrence y Miles Taylor abundan en la crítica que Mayfield y Thorne dirigen a Stedman Jones y a Joyce. Para los primeros, *Languages of Class* —la célebre obra de Stedman Jones—, no supone solo un giro desde la perspectiva sociológica a la politológica. Es, más bien, una renuncia al marxismo, entendido no como una filosofía política sino como una “self-sufficient science of historical explanation”¹⁰². El abandono de las ambiciones totalizadoras de la historia social, el rechazo a su pretensión holista, resultan ser las verdaderas amenazas que se ciernen sobre la historia social, y no las potenciales consecuencias del “linguistic turn”. ¿Solución? No fomentar el debate teórico, la “polemical protest” y el “gladiator combat over theory”, y volver a la investigación empírica¹⁰³.

En el mismo número de *Social History* en que aparece el trabajo de Jon Lawrence y de Miles Taylor se publicó la respuesta de Patrick

100 “La mediación entre el ser social y la conciencia social, entre ‘interés’ y ‘creencia’ se produce más bien a través de la gente”, EDWARD P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Pantheon, 1964 [1963] [edición en castellano, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012 [1989]; citado en MAYFIELD y THORNE, “Social History”, p. 187.

101 “No hay forma de actuar con intención política sin el propio lenguaje político que traza su itinerario hacia las anteriores relaciones sociales, que está habitado por los ‘espíritus del pasado’, como el sustrato inevitable de tal acción”, “Social History”, p. 188.

102 “Una ciencia autosuficiente de la explicación histórica”, LAWRENCE y TAYLOR, “The poverty of protest”, p. 12.

103 “La protesta polémica” y “el combate de gladiadores sobre la teoría”, “The poverty of protest”, p. 15.

Joyce. De forma tajante, Joyce niega que él y su trabajo padezcan de ningún tipo de determinismo lingüístico, siendo su interés “the appropriations and contexts of discourse in as broad a manner as posible”¹⁰⁴. Me parece muy interesante este enunciado que habla de apropiaciones y contextos de discurso y no de una realidad fija, única y descifrable. Volveré sobre ello en el siguiente epígrafe. Además, Joyce señala que él no pretende reificar la teoría y sustituir con este tipo de reflexiones la escritura o el análisis histórico, pero tampoco puede mantener la posición de Lawrence y Taylor, para quienes la teoría debe primero demostrar cuál es su capacidad explicativa en lugar de servir para alterar “what we take to be in need of explaining in the first place or indeed the very nature and possibilities of ‘explanation’ itself”¹⁰⁵. A continuación, Joyce destaca dos puntos fundamentales que ha traído consigo la posmodernidad y que afectan de forma más que directa a la historia social. Uno, la complejidad que el posmodernismo ha introducido en la relación representación y realidad. Dos, el concepto de clase, que ha sido profundamente problematizado y sobre el que versará buena parte de la discusión posterior con Kirk, Nield y Eley.

Por último, un año más tarde se incorpora un nuevo polemista, James Vernon, con un artículo que lleva el sugerente título de “Who is afraid of the ‘linguistic turn?’”¹⁰⁶. En este trabajo Vernon emplea una estrategia diferente a la de Joyce para replicar a los argumentos de Mayfield y Thorne, por un lado y, por otro, a los de Lawrence y Taylor. En lugar de entrar a debatir sobre la relación lenguaje y realidad, la acción humana o los problemas de identidad y clase, Vernon analizará y deconstruirá los textos ajenos. Así, empieza reivindicando el pluralismo y el debate casi como la única condición de pertenencia a la historia social. Se resiente de que los artículos de unos y otros estén tan ocupados en “first constructing, then defending, their own authoritative versions of social history

104 “Las apropiaciones y los contextos discursivos en la manera más amplia posible”, JOYCE, “Imaginary discontents of social history”, p. 83.

105 “Lo que creemos que debemos explicar en primer lugar, o la naturaleza y las posibilidades de la propia ‘explicación’”, JOYCE, “Imaginary discontents”, p. 83.

106 VERNON, “Who’s afraid of the ‘linguistic turn?’”, pp. 81- 97.

upon the sacred tenets of their founding fathers. What passes itself (...) as (a) peculiar English debate about the future of social history seems at times to be little more than a rather *macho* form of posturing, a ritual trading of authorities, as the participants struggle to assert their authority to speak for social history, to shape its narrative and future directions”¹⁰⁷. El empeño por definir los verdaderos cometidos de la historia social —excluyendo a los que no participen de esa comunión— va a ser el punto clave que traerá Vernon al debate, porque para él la imposibilidad de definir y establecer definitivamente el campo apropiado de la historia social, y la capacidad del “linguistic turn” para cuestionar y disolver los fundamentos del área constituyen una novedad y la promesa de estas nuevas historias.

Después de un prolijo repaso a lo que él llama “Narrating Social History”, Vernon acuerda que existen similitudes entre los padres fundadores —Marx, Thompson...— y que una de ellas consiste en la no apreciación de sus propias políticas del lenguaje. A Vernon le resulta curioso que los otros polemistas manejen con tanta soltura y asertividad conceptos como “lo real”, “la agencia” o “los sujetos centrados que tienen acceso a esa realidad”. Pero en esta negación de la complejidad de estas y otras nociones caen, según Vernon, en su propia trampa: “If the reality of the past speaks for itself, that they can deny the politics of their own language, for if the ‘real’ and subjectivity are outside the web of discourse, as they suggest, they can forget their own role as producers (rather than just transmitters) of knowledge/power. It is not they who refuse the legitimacy of the ‘linguistic turn’, but the past itself”¹⁰⁸. La “novísima

107 “Construir primero, luego defender, sus propias versiones autorizadas de la historia social de acuerdo con los principios sagrados de los padres fundadores. Lo que aparece como (un) peculiar debate inglés acerca del futuro de la historia social parece a veces poco más que una postura *a lo macho*, un intercambio ritual de autoridades, en el que los participantes pelean por confirmar y afirmar su autoridad para hablar de la historia social, para modelar sus narrativas y las direcciones futuras”, VERNON, “Who’s afraid”, p. 82.

108 “Si la realidad del pasado habla por sí misma, que les permite (a los empiristas) negar las políticas de su propio lenguaje porque lo ‘real’ y la subjetividad están fuera de las tramas discursivas, tal y cómo sugieren, pueden también olvidar su rol como productores (en lugar de transmisores) del lenguaje/poder. No son

historia” no excluye el tema de la agencia: más bien al contrario, la sitúa en el centro del estudio al examinar “how we are imagined and positioned as acting subjects”¹⁰⁹.

Señalar que los sujetos están constreñidos por los discursos disponibles no le transforman a uno en un determinista lingüístico, siempre y cuando se entienda que los discursos, los sistemas discursivos, están sujetos a conflictos y tensiones, y que siempre es posible jugar en los márgenes de esos lenguajes, extendiendo sus posibilidades o invirtiéndolas en muchos sentidos. Para Vernon, esta postura es menos determinista que la que mantienen los otros polemistas, para quienes “subjects are constrained by the identities the reality of ‘experience’ imposes upon them”¹¹⁰. Vernon tiene muy claro que es el cuestionamiento de los conceptos básicos, de los fundamentos de la historia social, lo que aportará nueva luz a este ámbito. Cree percibir en los polemistas que le precedieron cierta ansiedad debida a que “the foundational categories of this revisionist history of Modern Britain —the state, class, women and democracy, not to mention ‘the real’, ‘experience’, ‘agency’, and the social, itself— go largely unquestioned because they remain indispensable to a social historical project still concerned with legitimating modernist narratives of emancipation with their centred and homogeneous definitions of power”¹¹¹.

Vernon nos dice que se están publicando muchos trabajos que analizan las categorías fundacionales y las narrativas de la historia social, y que intentan comprender las razones de su persistencia, pero sobre todo los silencios que esas categorías han ido dejando y que

ellos los que rechazan la legitimidad del ‘giro lingüístico’, sino el propio pasado”, “Who’s afraid”, p. 84.

109 “Cómo somos imaginados y posicionados como sujetos activos”, p. 84.

110 “[Que] los sujetos están sometidos a constricciones impuestas por las identidades derivadas de la realidad de la ‘experiencia’”, p. 85.

111 “Las categorías fundacionales de esta historia revisionista (se refiere a los intentos de Mayfield y Thorne y de Lawrence y Taylor de casar distintas tradiciones) de Gran Bretaña contemporánea —el estado, la clase, las mujeres y la democracia, por no hablar de lo ‘real’, ‘la experiencia’, ‘la agencia’, y ‘lo social’— sigue sin cuestionarse por qué son indispensables para un proyecto histórico-social interesado en la legitimación de las narrativas modernas de emancipación con su definición centrada y homogénea del poder”, p. 88.

han contribuido a robarnos esas otras posibilidades de actuación, de capacitación y, por tanto, de emancipación. Vernon, coherente con sus críticas, no tiene el menor interés en definir cómo ha de ser y cómo ha de trabajar la historia social. Tan solo proporciona un marco distinto para pensar este ámbito. Cita al respecto la propuesta de Denise Riley, quien señaló que un examen del aparentemente neutro concepto de “lo social” revelaría “the reiterated sum of progressive philanthropies, theories of class, of poverty, of degeneration, studies of the domestic lives of workers, their housing, hygiene, morality, mortality; of their exploitation, or their need for protection, as this bore on their family lives too. It is a blurred ground between the old public and private, voiced as a field for intervention, love, and reform by socialists, conservatives, radicals, liberals, and feminists in their different and conjoined ways”¹¹².

Finalmente, Vernon hace un alegato en favor de la pluralidad: “There will always be a place for social structural approaches — like those studying population, transport, urbanization, labour processes, wage levels, and so on— for I am not arguing that society or the real do not exist, just that we can have no knowledge of them outside discourse. In the end we all have to choose how we practice history, and the greater the varieties of social history, the greater diversity of choice, the better. Debate and polemic is how we recognize and define those differences”¹¹³.

112 “La suma reiterada de filantropías progresistas, teorías de clase, de la pobreza, de la degeneración, estudios de la vida cotidiana y doméstica de los trabajadores, vivienda, higiene, moralidad, mortalidad; de su explotación, o de su necesidad de protección; y cómo esto afectaba también a las vidas de sus familias. Los límites entre lo que se consideraba público y privado son borrosos; constituido como un ámbito de intervención, amor y reforma de parte de los socialistas, los conservadores, los radicales, liberales y feministas de diferentes pero conjuntas maneras”, Denise RILEY, *Am I that Name? Feminism and the Category of ‘Women’ in History*, citado en VERNON, “Who is afraid”, pp. 88-89.

113 “Siempre habrá un lugar para las perspectivas estructurales dentro de la historia social —como las que estudian la población, el transporte, la urbanización, procesos ligados al trabajo, el nivel de salarios etc.—, porque no estoy argumentando que la sociedad o lo real no existan, tan solo que solo podemos conocerlos a través del discurso. Al final todos tendremos que elegir la forma en la que hacemos historia, cuánto más grande sea la variedad de historias sociales y mayor sea la posibilidad de elección, mejor. El debate y la polémica es como reconocemos y

En 1994 Neville Kirk publica un artículo titulado “History, language, ideas and postmodernism: A materialist view”, con el que da un nuevo giro al debate centrándolo en el problema de la historia social y su relación con los nuevos aires de la posmodernidad. Kirk apostará por un materialismo histórico no reduccionista, como el practicado por Edward P. Thompson, que cree en la existencia de una realidad externa más allá de la conciencia y que, al mismo tiempo, “explores the dialectic between (...) agency and consciousness (...) [and] the unintended, unrecognized and material determinations of life”¹¹⁴. Por ello rechazará cualquier intento de reducir la tradición marxista a una escuela de pensamiento y hablará de las muchas corrientes dentro del materialismo.

El ensayo de Kirk gira en torno a su preocupación por las consecuencias políticas de lo que él llama el “determinismo lingüístico”. Comienza analizando la obra de dos de los historiadores sociales seducidos por el ‘linguistic turn’: Gareth Stedman Jones y Patrick Joyce. En la obra de ambos se deja sentir la influencia del posestructuralismo y de la posmodernidad pero de manera diferente. Tanto Stedman Jones como Joyce hacen hincapié en la importancia del pensamiento y del language en la creación de la realidad social, pero se diferencian en los acentos, el tono y las tradiciones a las que pertenece cada uno. El concepto de clase será central en el trabajo de ambos y lo definirán como una realidad discursiva más que ontológica. No obstante, las diferencias son, a juicio de Kirk, importantes.

Es Joyce el que se ha autoproclamado apóstol del posmodernismo con más entusiasmo y con menos espíritu crítico que Stedman Jones. En su trabajo sobre los lenguajes de clase y el cartismo, Stedman Jones es más cauto y sus conclusiones se presentan con aire de provisionalidad. Jones está más cerca de una perspectiva saussureana y, por tanto, posestructuralista, frente a un Joyce más abiertamente posmoderno. Stedman Jones proviene de la larga tradición

definimos esas diferencias”, VERNON, “Who is afraid”, p. 96.

114 “Explora la dialéctica entre (...) agencia y conciencia (...) [y] las determinaciones materiales de vida, no reconocidas y no intencionales”, KIRK, “History, Language, Ideas”, pp. 222.

de la izquierda británica ligada a la obra de Althusser, mientras que Joyce está más influenciado, prosigue Kirk, por Derrida y la deconstrucción. En cuanto al interés compartido por el lenguaje como objeto de estudio, Joyce entiende por tal un amplio sistema de signos y de medios de comunicación.

Kirk reconoce las bondades de este desembarco lingüístico en los distintos puertos de la historia social. Gracias a él se ha podido ver la influencia que los códigos y los sistemas discursivos ejercen en la creación de la realidad. Los estudios de Stedman Jones y Joyce sobre los lenguajes populares han hecho tambalear algunos conceptos, como la falsa conciencia o la idea de que el pensamiento popular es abiertamente ideológico. Pero para Kirk aquí no acaba el cometido de la historia social; se trata solo del comienzo: también se deben explorar los contextos del hacer y del decir de forma exhaustiva. De lo contrario, se caería en una suerte de idealismo estéril. Veremos cómo el problema que subyace a la crítica de Kirk está relacionado con distintas concepciones sobre la naturaleza del lenguaje.

La propuesta de Kirk está clara desde el comienzo: un intento de recuperar los fenómenos discursivos en un ámbito más amplio en donde se emparentan con lo social y lo político, con la estructura y acción, decir y hacer, lo consciente e inconsciente, y con las consecuencias deliberadas y no intencionadas de las acciones y pensamientos individuales y sociales.

Joyce intervendrá en el debate con un artículo largo y detallado: "The end of social history?". En él romperá una lanza a favor de la posmodernidad, recordando que la modernidad ha de ser considerada como un proyecto normativo en el que la historia ha jugado su papel de creadora del mundo a su imagen y semejanza política e intelectual. Para Joyce el pensamiento posmoderno no es antihistórico. Antes bien, es profundamente histórico, y gracias a esta historicidad es capaz de desnaturalizar las categorías de pensamiento que han servido de base a nuestro saber. Esas categorías son numerosas, pero él escoge lo "material", y lo "social", por un lado, y la idea de clase, por otro.

La historia social surge, a decir de Joyce, como una mirada superadora de la historia política. La sociedad y lo social pasaron a ser el origen de la cultura y la política. La sociedad empieza a ser considerada como un sistema, como una totalidad articulada. En ese contexto la clase, el concepto de clase, debía funcionar como una pieza que soldara lo ideal y lo material. “If society was the system, or the machine, class was the motive force, and historical principle, which drove the machine”¹¹⁵. El posmodernismo va a poner en entredicho esta concepción. En principio, va a romper con la dualidad material *versus* ideal, por considerarla como un fundamento esencializado. Las narrativas que han escrito la historia de estas categorías fundacionales forman parte de las grandes narrativas a las que asalta el posmodernismo. William H. Sewell, en su trabajo sobre la retórica posmaterialista de la historia del trabajo, plantea que la idea de materialidad de la economía proviene de la polaridad entre físico y espiritual que marca nuestra propia concepción de cuerpo y que se origina en la tradición cristiana y en el discurso aristotélico. El pensamiento posmoderno pone en turburencia todas estas certezas y por eso genera una abierta oposición.

Joyce denuncia el consenso entre liberales y marxistas en su oposición al pensamiento posmoderno. Se le acusa de negar lo real cuando en realidad lo que hace es advertirnos de que lo real siempre nos llega filtrado por categorías culturales. Por tanto, cabría preguntarse qué versión de lo real ha de primar. “In the present ‘history’ is itself invoked not just as the defender of the real, but as the incarnation of the real itself”¹¹⁶. El pensamiento posmoderno ha hecho tambalearse, nos dice Joyce, tres de los conceptos más importantes y fundantes de la historia social: identidad, modernidad y estructura. Para los posmodernos la identidad de género es un *constructo* histórico y cultural. La identidad es el producto de fuerzas culturales en conflicto y se define como relacional y sujeta — como el lenguaje— a un sistema de diferencias. No hay nada “real”

115 “Si la sociedad era el sistema, o la máquina, la clase era la fuerza motriz, y el principio histórico que manejaba a la máquina”, JOYCE, “The end of history”, p. 75.

116 “En el presente a la ‘historia’ se la invoca no como defensora de lo real, sino como la encarnación misma de lo real”, JOYCE, “The end”, p. 78-79.

o externo en, por ejemplo, la definición de género. Si esto es así, otro tanto pasa con el concepto de clase. Lo “social” es un producto discursivo de la historia. Lo interesante es investigar cómo los significados sociales han sido generados por las relaciones de poder y no por estructuras de clase externas u objetivas. La identidad se construye y está marcada por el conflicto, la diversidad y la volatilidad. Extremo este último que contradice las formas tradicionales de abordar el concepto de clase en el que las identidades parecían ser entes coherentes y uniformes.

El problema de la identidad está relacionado con el problema de los sujetos, de los individuos. El pensamiento posmoderno considera al sujeto como principio y final de las identidades múltiples. El propio sujeto es una construcción, una creación histórica. El proyecto de la modernidad siempre ha ocultado la naturaleza construida de la sociedad o del individuo, designada para manejar las exigencias del poder político. Si la sociología y la teoría social son progenitoras y productos del proyecto moderno, cabe preguntarse por la operatividad de las teorías sociológicas del XIX para dar cuenta y explicar fenómenos del XX y del XXI. Las categorías de la sociología clásica ya no funcionan, como muy bien lo han expuesto Bauman y Touraine. De hecho, Bauman, al intentar superar las viejas dicotomías como la de estructura y agencia, propone una concepción más procesual, en la que la “sociedad” es sustituida por “socialidad”. Todo ello tiene importantes aplicaciones y consecuencias para la historia social.

Una vez que se acepta que los conceptos son convenciones producidas históricamente, cabe trazar su origen y desarrollo. Así, cuando la identidad es concebida de forma múltiple e inestable es posible lidiar de forma más productiva con otros fenómenos como el de movilización política e introducir un concepto importante, el de hegemonía. El concepto de hegemonía no es nuevo y ha sido muy usado en la historia social. La influencia de Gramsci ha sido, en este sentido, notable. Pero el resultado no fue prometedor, por el empeño de atenuar la cultura a la estructura social. Una vez que la cultura se independiza de la estructura de clase se está en condiciones de entender mejor las operaciones del poder. Los trabajos

relacionados con “los lenguajes de clase” van en ese sentido y dirección. Las identidades colectivas y la movilización política pueden ser reinterpretadas en relación con los modelos narrativos que las enuncian. La creación de la subjetividad, los nuevos sujetos sociales y las formas en que la subjetividad es producida podrían, muy bien, ser puntos de la nueva agenda de la historia social.

Por último, Joyce apela al concepto de estructura y concuerda con Giddens al señalar que cabe conservar algún tipo de noción estructural para las “motivaciones inconscientes”, o para “las consecuencias no intencionadas” de la acción. De hecho Giddens, en un intento de resemantización del concepto, preferirá hablar de “estructuración” más que de estructura, dejando claro que el agente está implicado en la creación y reproducción de la misma. En palabras de Giddens, que hace suyas Joyce: “Social structures are both constituted by human agency, and yet at the same time are the medium of this constitution”¹¹⁷.

Joyce explora el origen de esta comprensión procesual de lo social, que no es un marchamo exclusivo del pensamiento posmoderno. También está presente en la tradición hermenéutica, particularmente en la etnometodología; en la tradición posmarxista con Castoradis, que insiste en la irreductibilidad de la fantasía y del inconsciente y en el papel creativo del “imaginario social” o en los trabajos de Simmel y su énfasis en la auto-constitución de lo social. Si el proceso se ha desplazado ahora hacia los procesos de recreación social, los medios y la forma de esta recreación empiezan a ser importantes. Esto hace de la historia social una disciplina muy vinculada a estrategias de interpretación, a estrategias hermenéuticas: “To make the social is always to make meaning”¹¹⁸. Si el mundo social es una construcción humana, como mantiene y defiende Joyce, es nuestra tarea dar cuenta de los principios de esta construcción, y esto apela tanto a la historia como a la teoría social.

117 “Las estructuras sociales están constituidas tanto por la acción humana, y al mismo tiempo, son la mediación de esa constitución”, Anthony GIDDENS, *Social Theory and Modern Sociology*, Stanford (Ca.), Stanford University Press, 1987, citado en JOYCE, “The End”, p. 90.

118 “Lo social siempre está ligado al significado”, p. 90.

El contraataque vendrá de otra pareja de historiadores sociales marxista, Geoffrey Eley y Keith Nield, quienes harán públicas sus quejas en el artículo “Starting over: The present, the postmodern and the moment of social history”. En este ensayo Eley y Nield desarrollarán dos argumentos, a saber: la tradición marxista es variada, por lo que el reduccionismo economicista al que Joyce la somete es inadmisibile, y se debe ser cuidadoso en las críticas a los conceptos como el de clase, que han servido y todavía pueden servir como término descriptivo de las lógicas distributivas del capitalismo.

Como propuesta creen conveniente indagar en lo rescatable de la vieja tradición y reconocer la importancia del marxismo y su huella indeleble en la teoría social. Muestran cierta nostalgia por los tiempos pasados. La historia social que veinticinco años antes “seemed a viable and strategic ground from which to elaborate creative and valuable forms of analysis, and for some of us this was also linked to a politics”¹¹⁹. Desde entonces se ha cambiado lo social por lo cultural. Pero resemantizar o reconocer la necesidad de reelaborar un concepto como el de clase no es igual que abandonarlo, como tampoco aceptar la importancia de la subjetividad como una parte vital en la comprensión de las prácticas sociales tiene por qué llevarnos a dejar arrumbado el análisis de los poderes y de las fuerzas que operan bajo ella.

Tumbas en el aire

Las discusiones disciplinares han salpicado y alcanzado el debate político y ético, o tal vez hayan sido los problemas políticos y éticos los que han alcanzado el debate historiográfico¹²⁰. El problema de la

119 “La historia social parecía un campo viable y estratégico desde el que elaborar formas valiosas y creativas de análisis, y para algunos de nosotros todo esto estaba ligado a lo político”, ELEY y NIELD, “Starting Over”, p. 364.

120 Los textos de referencia de este debate son los siguientes: Saul FRIEDLANDER, “Introduction”, en Friedlander (ed.), *Probing the Limits of Representation. Nazism and the ‘Final Solution’*, Cambridge, Harvard University Press, 1992; pp. 1-21 [edición en castellano *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la*

representación histórica y la relación entre fenómeno histórico y relato ha generado una suerte de polémica que llamaré genéricamente “los límites de la representación”, en alusión al título del libro de Saul Friedlander. Originalmente producto de una conferencia internacional celebrada en California, *Probing the Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”* el encuentro pretendía dar respuesta a una pregunta: ¿Es lícito que el exterminio de millones de judíos en Europa sea objeto de discusión teórica? ¿No debería resultar inaceptable que semejante catástrofe sea debatida en términos abstractos?

La pregunta surge después del intenso debate de los historiadores alemanes sobre la “Solución final” y sobre la historia del III Reich. Aparecieron nuevas interpretaciones, nuevas formas de representación que pusieron en tela de juicio los límites de la representación histórica del nazismo y sus crímenes. A partir de 1989, Carlo Ginzburg y Hayden White mantuvieron una polémica sobre la naturaleza de la verdad histórica, con puntos de vista encontrados. El relativismo histórico y la experimentación estética de White —la creencia en la capacidad auto-referencial del lenguaje— podía tener consecuencias extremas para el caso del Holocausto judío¹²¹.

Como veremos, White no duda de la posibilidad de comprobar la veracidad de un hecho histórico —el número de judíos asesinados

Solución Final, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2007]; Hayden WHITE, “Historical emplotment and the problem of truth”, *Probing the Limits*, pp. 37-53; Hans KELLNER, “‘Never again’ is now”, *History and Theory* 33/2 (1994), pp. 127-144; Wulf KANSTEINER, “From exception to exemplum: The new approaches to Nazism and the Final Solution”, *History and Theory* 33/2 (1994), pp. 145-171; Robert BRAUN, “The Holocaust and the problems of representation”, *History and Theory* 33/2 (1994), pp. 172-197; Berel LANG, “Is it possible to misrepresent the Holocaust?”, *History and Theory* 34/1 (1995), pp. 84-89. En cuanto al título del epígrafe, forma parte de un verso del célebre poema de Paul Celan, “Todesfuge” que aparece citado en el artículo de John FELSTINER, “Translating Paul Celan’s ‘Todesfuge’: Rhythm and repetition as metaphor” en Friedlander, *Probing the Limits*, pp. 240-258. El verso, traducido al inglés, dice “We shovel a grave in the air there you won’t lie too cramped” [Cavamos una tumba en el aire, allí no yacerás demasiado incómodo].

121 Hayden WHITE, “La política de la interpretación histórica: disciplina y desublimación”, en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós, 1992, pp. 75-101; Carlo GINZBURG, “Just one witness” en Friedlander, *Probing the Limits*, pp. 82-96.

en un campo de concentración— pero sí cuestiona la interpretación única del fenómeno, haciendo depender esta última de la trama narrativa en la que se vea integrada. Uno puede aceptar la afirmación de White y de la historiografía posmoderna de que la realidad externa, caso de ser concebida, no puede ser estable ni única. No hay nada esencial o sustancial en la realidad del pasado: son las narrativas, los marcos de interpretación, los que imponen su lógica a la selección de acontecimientos y, en este sentido, el lenguaje crea la realidad histórica. Como digo, esto puede ser aceptado cuando los fenómenos historizables están lejos en el tiempo o afectan de manera muy indirecta al historiador o a sus coetáneos, pero es mucho más difícil de asumir cuando el proceso a estudiar es una herida abierta aún sangrando, como en el caso del Holocausto.

Supervivientes, familiares de supervivientes, el Estado de Israel, juicios abiertos por el expolio artístico y económico sufrido por los judíos de la Segunda guerra mundial. Son muchos y muy variados los intereses que exigen algún grado de verdad histórica a la que acogerse. Son también muchos, del otro lado, los que intentan negar la culpa, exorcizar a los fantasmas y escoger un relato más amable sobre los sucesos que desembocaron en el exterminio. Tal vez Jean François Lyotard esté en lo cierto cuando afirma que Auschwitz demuestra que no puede existir un único discurso sobre la historia y la política. Las voces de los verdugos y las de las víctimas son heterogéneas y exclusivas.

El Holocausto, la Shoah, es pues el tema central del debate sobre los límites de la representación histórica. La excepcionalidad de la Solución final y la forma de representar históricamente un proceso considerado como único y singular son los dos aspectos más debatidos.

Saul Friedlander hace un repaso de las distintas posiciones y afirma que el Holocausto judío es un suceso de naturaleza especial. Hace suya la declaración de Habermas, según la cual, “Auschwitz has changed the basis for the continuity of the conditions of life within history”¹²². El genocidio nazi ha sido un suceso de tal magnitud, un

122 “Auschwitz ha cambiado los fundamentos para la continuidad de las condiciones de vida dentro de la historia”, Jünger HABERMAS, *The New*

acontecimiento en los límites, que puede significar más que la suma de sus partes. Buena parte de los testimonios de los supervivientes del Holocausto rezuman esa sensación de alteridad irreductible, de excepcionalidad, de inconmensurabilidad. Los testimonios aparecen como pálidos y descoloridos retratos de lo que ocurrió durante la Segunda guerra mundial porque es imposible describir lo que pasó en aquellos años¹²³.

Si se considera el Holocausto como un evento único, ¿cómo representarlo?; ¿cómo hacer para dar cuenta de algo que no es comparable con ningún otro suceso y sobre lo que tanto se ha hablado y escrito tanto? Así, el problema de la excepcionalidad y el problema de su representación histórica se repetirán en cada una de las aportaciones siguientes.

Hayden White comienza su ensayo recordando la relatividad de cualquier representación histórica y centrando el debate en torno al lugar del discurso en la historia. La Alemania nazi y la Solución final plantean dos problemas: uno, epistemológico, ¿cuál de las interpretaciones existentes es la verdadera o se adecua mejor a los hechos o sucesos?; otro, ético, ¿existen modos de entramado histórico inaceptables para dar cuenta de estos fenómenos?, ¿se podría contar la historia del Reich y el exterminio sistemático y deliberado

Conservatism: Cultural Criticism and Historian's Debate, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, citado en Friedlander, "Introduction", p. 2.

123 "Since the Eichmann trial I have read my testimony and I have found it so pale, without colour, without fire, without giving the least expression of what I had in my heart to say. I was not satisfied with my testimony, and yet I'm sure I could never be satisfied, because it is impossible for anyone to truly describe what happened during the Holocaust", [Desde el juicio contra Eichman yo he leído mi propio testimonio y lo he encontrado tan pálido, sin color, sin fuerza, sin poder expresar todo lo que llevaba en el corazón. No estaba satisfecho con mi testimonio y se que nunca podré estar satisfecho porque es imposible poder describir lo que pasó durante el Holocausto], testimonio del testigo Aaron Hoter-Yishai, miembro de la Brigada Judía, perteneciente al ejército inglés. Los testimonios son muy numerosos y han dado pie a una abundante literatura, a la creación de museos virtuales. Sirva este pequeño apunte como ejemplo de esa inconmensurabilidad que muestran todos los supervivientes. Las declaraciones de Aaron Hoter-Yishai en el juicio a Adolf Eichmann, como testigo de la situación de los internos después de la liberación de los campos, en STATE OF ISRAEL (Ministry of Justice), "The Trial of Adolf Eichman", en <http://www.nizkor.org>.

de los judíos desde formas pastorales o cómicas? Para White, el Holocausto no es menos representable que cualquier otro fenómeno, sino que muestra la irreductibilidad de todo fenómeno histórico, infinitamente interpretable e indecible. Cree que la competencia entre las distintas versiones no gira en torno a hechos concretos sino alrededor de las distintas formas de trazar una historia. Los hechos pueden ser más o menos verificados pero, habida cuenta que no se pueden incorporar todos los hechos, lo importante es qué hechos son relevantes y cuáles no, y eso depende del tipo de historia que uno esté contando. Así si uno parte de una visión dramática de la historia, tenderá a escoger los hechos y sucesos que mejor casen con esta forma. No obstante, White admite que hay sucesos, como el Holocausto, que imponen ciertos límites a la elección de tramas narrativas, en la línea que lo sugiere, desde una perspectiva más ética que epistemológica, Carlo Ginzburg.

White registra ciertos cambios en las tramas de la narración histórica y cita el caso del libro-comic de Art Spiegelman, *Maus: A Survivor's Tale* que presenta el tema en forma de sátira con los alemanes retratados como gatos, los judíos como ratas y los polacos como cerdos. En realidad, lo que pretende Spiegelman no es registrar el Holocausto sino dar una posible interpretación del fenómeno visto desde la perspectiva de un superviviente, su padre, y enmarcada en la historia de su propia relación con él. Es a la vez el relator y uno de los personajes, el tema es el Holocausto y el proceso de escribir sobre el suceso, ámbitos que están en constante interacción.

En los casos que siguen se asesta un golpe al realismo a través de los artículos publicados en *History and Theory* en 1994 y 1995. Hans Kellner comienza registrando esa común sensación de extrañeza ante la Alemania nazi y la Solución final. Habla de la frustración de Hannah Arendt en el famoso juicio de Eichmann y de las recomendaciones de Jaspers de reducir la estatura de los actores de los hechos. Recoge también que la excepcionalidad de los eventos está en relación, para algunos, con la irracionalidad de los mismos, con la imposibilidad de construir con ellos una historia inevitable y necesaria. Por ello, citando a White, propone la “voz media”, una forma gramatical griega que incorpora al sujeto en la acción que pretende

representar. En esta forma, el sujeto se presupone dentro de la acción y cuando se relata también da cuenta de sí mismo, registrando la relación entre el relator y lo relatado. La “voz media” se perdió o desapareció de las lenguas occidentales, según Barthes, en la medida que los griegos fueron desarrollando el sentido del yo, de la individualidad. En Grecia parece ser que no existía la idea del agente como fuente de la acción y, por tanto, la idea de voluntad carecía de sentido. Pero la “voz media” no sería solo la mejor forma para dar cuenta del Holocausto, sino uno de los fenómenos históricos después de la muerte del sujeto, del autor y de otras muertes. “These deaths have been understood as the figural sign of an awareness of the historicity of discourse and the situated nature of any speech act”¹²⁴. Si aceptamos que la realidad y el individuo son construcciones sociales, todo lo que se diga de ellos debería seguir la lógica de la “voz media”. El autor también es un personaje e influye en la escritura que a su vez lo transforma. Lo representado es también el momento de la representación. Kellner concluye señalando que a pesar de nuestra fuerte creencia en la trascendental verdad del mal o en la excepcionalidad del Holocausto debemos enfrentar el hecho de que es nuestra creencia y que no la podemos mantener a rajatabla en el futuro.

Wulf Kansteiner rescata algunos de los trazos de White y muchos de los de Lyotard. Reseña las contradictorias narrativas de alemanes, nazis y judíos. Hay una parte del Holocausto que no puede ser dicha, ya que las víctimas no pueden hablar y los supervivientes no lo han experimentado. Nuestras formas de representación son inadecuadas para dar cuenta de un fenómeno que deja abierta la distancia entre lo justo y lo verdadero. Hace suya la metáfora de Lyotard, que comparaba a Auschwitz con un terremoto que hubiera destruido todos los sismógrafos y que, por tanto, no pudiera ser representado ni medido.

Robert Braun, en la misma línea que Kansteiner, rechaza los supuestos realistas. Recuerda los comentarios de White, quien acusa a los historiadores de definir la historia como una mezcla de ciencia

124 “Estas muertes deben ser entendidas como una señal de la conciencia de historicidad de todo discurso y de la naturaleza situada de cualquier acto del habla”. KELLNER, ““Never Again””, p. 134.

y arte, refiriéndose a la ciencia social de fines del siglo XIX y al arte de mediados de aquel siglo. Braun recuerda el uso político de la historia y las consideraciones de Droysen sobre un realismo histórico que no está basado en la idea de verdad sino en el criterio de plausibilidad, que es diferente al de lo posible utilizado por la ciencia, o al de imaginario representado por el arte. Braun nos dice que no hay diferencia entre lo políticamente posible, lo socialmente plausible y lo moralmente imaginario. Así, el narrador ordena los hechos del pasado, y a veces lo políticamente posible lo designa como la realidad, intentando establecer una continuidad mítica con el pasado. Otras, es lo moralmente imaginario lo que se hace pasar como realidad para que la continuidad discurra a través de un imperativo moral. Solo de forma ocasional lo socialmente plausible es registrado como lo real, con el fin de separar esa realidad de lo posible y de lo imaginario y de identificarse con el pasado. Para Braun, parafraseando a Adorno, es la historia realista y no la poesía la que no tiene razón de ser después de Auschwitz. Propone una visión más pragmatista de la historia, aceptando que la representación histórica es un instrumento que funciona mejor para ciertas cosas que para otras. Nos sirve mejor para comprender identidades, comunidades y cultura que para otros menesteres, como decirnos cómo son las cosas o cómo ocurrieron de verdad. El propósito de esta herramienta es establecer una solidaridad humana que no depende de verdades universales surgidas de la razón desveladora de la realidad, sino de consensos temporales a los que se ha llegado a través de discusiones abiertas y libres.

Berel Lang, el último académico de esta tanda, sitúa a los anteriores bajo el mismo paraguas: critica su desconfianza ante las visiones realistas y cómo esta desconfianza abre la caja de Pandora. Si son las narrativas las que crean los hechos, ¿qué sucede si distintas narrativas crean distintos hechos que, a su vez, genera interpretaciones excluyentes? Para Lang la disyuntiva está clara: o bien hay un elemento de referencia, los hechos, o la historia es lo que cada uno quiera que sea, incluso en la selección de nombres, datos, acontecimientos. Decir que las narrativas históricas son el producto de la imaginación del historiador o de su voluntad, es llevar el tema a un punto de no retorno.

*Bueno para pensar, bueno para comer*¹²⁵

125 El siguiente debate, entre LaCapra y Jacoby, representa una muestra mínima de las diferentes polémicas habidas en torno a la historia de las ideas que ha regresado como “hijo pródigo” a los brazos de la historiografía. Cito y describo esta en concreto porque ejemplifica de manera bastante económica buena parte de los puntos centrales del debate. Russell JACOBY, “A new intellectual history?”, *The American Historical Review* 97/2 (1992), pp. 405-424; Dominick LACAPRA, “Intellectual history and its ways”, *The American Historical Review* 97/2 (1992), pp. 425-439. No obstante, he consultado y trabajado los siguientes textos: de Hayden WHITE, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore, John Hopkins University Press 1973 (edición en castellano, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de cultura económica, 1992); *The Content of the Form. Narrative, Discourse and Historical Representation*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1990 (edición en castellano, *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1992); *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978. De Dominick LACAPRA y Steven KAPLAN, *European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Nueva York, Cornell University Press, 1982; LACAPRA, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts and Language*, Nueva York, Cornell University Press, 1983; *History and Criticism*, Nueva York, Cornell University Press, 1985; *Soundings in Critical Theory*, Nueva York, Cornell University Press, 1989; *History and Memory after Auschwitz*, Nueva York, Cornell University Press, 1998; *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2001 (edición en castellano, *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005). De los debates en las revistas, además de los artículos que figuran en sucesivas notas, pueden consultarse: Joseph V. FEMIA, “An historicist critique of ‘revisionists’ methods for studying the history of ideas”, *History and Theory* 20/2 (1981), pp. 113-134; John Patrick DIGGINS, “The oyster and the pearl: The problem of contextualism in intellectual history”, *History and Theory* 23/ (1984), pp. 151-169; Peter L. JANSSEN, “Political thought as traditionary action: The critical response to Skinner and Pocock”, *History and Theory* 24/2 (1985), pp. 115-146; John TOEWS, “Intellectual history after the ‘linguistic turn’. The autonomy of meaning and the irreducibility of experience”, *American Historical Review* 92/4 (1987), pp. 879-907; David HARLAN, “Intellectual history and the return of literature”, *American Historical Review* 94/3 (1987), pp. 581-609; David HOLLINGER, “The return of the prodigal: The persistence of historical knowing”, *American Historical Review* 94/3 (1989), pp. 610-621; David HARLAN, “Reply to David Hollinger”, *American Historical Review* 94/3 (1989), pp. 922.-626; Allan MEGILL, “Recounting the past: ‘Description’, explanation, and narrative in historiography”, *American Historical Review* 94/3 (1989), pp. 627-653; Theodore HAMEROW, “The bureaucratization of history”, *The American Historical Review* 94/3 (1989), pp. 554-560; Gertrude HIMMELFARB, “Some reflections on the new history”, *American Historical Review* 94/3 (1989), pp. 661-670; Lawrence LEVINE, “The unpredictable past: Reflections on recent American historiography”, *American Historical Review* 94/3 (1989), pp. 671-679; Joan W. SCOTT, “History in

Los debates sobre la historia de las ideas, la historia intelectual se han sucedido en las tres últimas décadas¹²⁶. Describir

crisis?" The other's side of the story", *American Historical Review* 94/3 (1989), pp. 680-692; John TOEWS, "Perspectives on the old history and the new. A comment", *American Historical Review* 94/3 (1989), pp. 693-698; Joyce APPLEBY, "One good turn deserves another: Moving beyond the linguistic. A response to David Harlan", *American Historical Review* 94/5 (1989), pp. 1326-1332; David LINDENFELD, "On systems and embodiments as categories for intellectual history", *History and Theory* 27/1 (1988), pp. 30-50; Melvin RICHTER, "Reconstructing the history of political languages: Pocock, Skinner, and the *Geschichtliche Grundbegriffe*", *History and Theory* 29/1 (1990), pp. 38-70; Martyn P. THOMPSON, "Reception theory and the interpretation of historical meaning", *History and Theory* 32/3 (1993), pp. 248-272; Arthur MARWICK, "Two approaches to historical study: The metaphysical (including 'postmodernism') and the historical", *Journal of Contemporary History* 30/1 (1995), pp. 5-35; Hayden WHITE, "Response to Arthur Marwick", *Journal of Contemporary History* 30/2 (1995), pp. 233-246; Christopher LLOYD, "For realism and against the inadequacies of common sense: A response to Arthur Marwick", *Journal of Contemporary History* 31/1 (1996), pp. 191-207; Beverly SOUTHGATE, "History and metahistory: Marwick versus White", *Journal of Contemporary History* 31/1 (1996), pp. 209-214. En el mismo volumen y año de la citada revista, Wulf KANSTEINER, "Searching for an audience: The historical profession in the media age: A comment on Arthur Marwick and Hayden White", pp. 215-219; Geoffrey ROBERTS, "Narrative history as a way of life", pp. 221-228; Mark BEVIR, "Mind and method in the history of ideas", *History and Theory* 36/2 (1997), pp. 167-189; Vivienne BROWN, "On some problems with weak intentionalism for intellectual history", *History and Theory* 41/1 (2002), pp. 198-208; Mark BEVIR, "How to be an intentionalist", *History and Theory* 41/2 (2002), pp. 209-217. En cuanto al título de este epígrafe, hace unos años Marvin HARRIS publicaba un libro sobre la antropología de los alimentos, *Good to Eat: Riddles of Food and Culture*, Nueva York, Waveland, 1998 (edición en castellano, *Bueno para comer: enigmas de alimentación y cultura*, Madrid, Alianza, 2011). En esa obra intentaba dar cuenta, siguiendo los lineamientos del materialismo cultural, de la racionalidad práctica que guiaban los usos y costumbres, las preferencias en materia alimenticia. Desde el estructuralismo contestaron parafraseando a Harris con un "bueno para pensar, bueno para comer", aludiendo al peso de las estructuras lingüísticas en la elección de las fuentes de proteínas. Aunque la comida no es un tema relevante para la historia intelectual me parece que la disyuntiva realidad-pensamiento o, lo que es lo mismo, oportunidad-cultura son opciones relevantes sobre las que discuten Jacoby y LaCapra.

126 Es la forma más común de denominar a este campo en el mundo anglosajón. No obstante, no creo que se pueda definir el cometido específico de la historia intelectual frente, por ejemplo, al de la historia de las mentalidades, señalando que el de esta última reside en lo inconsciente y permanente —estructural—, mientras que el de aquella se centra en las ideas racionales y explícitas. Dominick LaCapra es uno de los representantes más significativos de la historia intelectual —por no

pormenorizadamente todos y cada uno resultaría una tarea imposible dentro de los límites de este texto. Se han dado discusiones generales —por ejemplo, el problema de la reconstrucción de los contextos, la estabilidad de las significaciones o la intención del autor o productor de esas ideas—; diálogos parciales —la política y lo político en la historia de las ideas o el vocabulario político y los campos semánticos— y, aún más, intercambios cuyo objeto consistía en definir y refinar ciertas técnicas para la reconstrucción o recreación de ésta o aquella red de ideas —como ha sido el caso de las discusiones sobre las teorías de la producción y recepción discursivas—.

Con ser todos estos niveles de gran importancia para la historia intelectual y para el conjunto de la historiografía, he decidido incorporar solo las discusiones generales, el último —o el primero, según se mire— de los anillos concéntricos en los que se ve envuelta la disciplina. La repetición de problemas y la muestra de parecidas preocupaciones en los historiadores de las distintas áreas me permitirán luego trazar un panorama común y analizar sus componentes. Por ello el debate Jacoby versus LaCapra me parece del mayor interés y lo intentaré exponer a continuación.

El artículo de Jacoby es una recapitulación de la larga polémica mantenida en la revista *The American Historical Review* desde 1987 hasta 1992. Su trabajo comienza preguntándose por la novedad de las corrientes críticas de la historia intelectual y acaba señalando la paradoja de que las propuestas de la supuestamente “nueva” historia no son practicadas por los propios defensores. Las obras de Hayden White —como no podía ser de otra manera—, las de Dominick LaCapra —ambos en calidad de *Seniors* del área— y los ensayos de Sande Cohen, David Harlan y Allan Megill —como fieles acólitos— son examinados por Jacoby, quien intenta hacer un balance de sus aportaciones restando sus éxitos de sus fracasos.

De Hayden White pasará revista a tres de sus trabajos más conocidos, “The burden of History” (1966), “The Tasks of Intellectual History” (1969) y *Metahistory* (1973). Todos ellos pertenecen a lo que

citar al archiconocido Hayden White— y sus trabajos sobre el Holocausto poco o nada tienen que ver con lo consciente, lo racional y lo explícito. Creo que se trata más bien de tradiciones nacionales y de posiciones filosóficas más que de la elección de aspectos en los problemas a estudiar.

el propio White ha llamado el “historicismo estético”, una posición que se niega a subordinar la historia a la ciencia y que la conecta con la empresa literaria. White, según Jacoby, plantea el problema que aqueja a los historiadores, el del estatuto epistemológico de la disciplina. Durante un siglo, cuenta White a través de Jacoby, los historiadores se han defendido de las acusaciones de imprecisión, vaguedad y subjetividad —lanzadas por los científicos— replicando que la historia no era una ciencia exacta sino algo así como “una forma de arte”. Pero cuando los literatos y los críticos les reprochan no apropiarse de los modos literarios, los historiadores contestan señalando que su campo “is a science and historical data do not lend themselves to ‘free’ artistic manipulation”¹²⁷. La propuesta de White, a decir de Jacoby, es clara y bastante contundente: “historians must embrace modern art and literature (and to some extent modern science). When historians defend the ‘art’ of history, however, they usually envision nineteenth-century realism. They remain fixed on ‘antiquated notions’ and ‘outmoded conceptions of objectivity’. Modern art has long surrendered the pretense of realism and objectivity. Historians must do the same”¹²⁸.

Estas primeras declaraciones de White —que se van radicalizando, según Jacoby, a través de su obra— aparecen más formalizadas en uno de sus trabajos, *Metahistory*, en la que la teoría tropológica se despliega de forma muy articulada. La idea central de White es bastante sencilla: toda historia contada o escrita contiene una estructura verbal profunda y esa estructura modela las historias que se van a contar¹²⁹.

127 “Es una ciencia y los ‘datos históricos’ no permiten ‘libres’ manipulaciones artísticas”. JACOBY, “A new intellectual history?”, pp. 408-409.

128 “Los historiadores deben acercarse al arte moderno y a la literatura (y de algún modo a la ciencia moderna). Cuando los historiadores defienden el ‘arte’ en la historia, no obstante, generalmente tienen en mente el realismo decimonónico. Permanecen fijados en torno a ‘nociones anticuadas’, e (igualmente anticuadas) ‘concepciones de objetividad’. El arte moderno hace tiempo que no se somete a las pretensiones del realismo y el objetivismo. Los historiadores deben hacer lo mismo”, JACOBY, “A new”, p. 409. Los entrecomillados simples son de White.

129 Para White todo trabajo histórico contiene cinco niveles: crónica, historia, argumento e ideología. Los dos primeros representan la forma en la que están organizados los hechos. El argumento, no obstante, es más decisivo y reconoce

Después del repaso y la descripción de la propuesta de White, Jacoby muestra sus desacuerdos más importantes con respecto al primero: le reprocha su relativismo y, sobre todo, su formalismo. Sin dejar de reconocer el mérito de su contribución, que empuja a los historiadores a revisar “their initial and fundamental preconceptions”¹³⁰, afirma que en eso consiste toda su bondad. El relativismo hace abandonar a White toda posible racionalidad en la elección de la trama. Los hechos históricos no condicionan, no dictan nada, son los historiadores los que seleccionan e interpretan esos hechos de forma arbitraria. Por otro lado, White renuncia al contenido en favor de la forma que, aparentemente y siguiendo a Jacoby, determina el tipo de historia a contar. Jacoby cree encontrar una paradoja en el modelo tropológico de White: renuente a considerar siquiera la posibilidad de que la historia pueda proporcionar un conocimiento científico, White presenta su esquema de análisis, su formalismo, “as more objective, almost more scientific,

cuatro modos: romance, tragedia, comedia y sátira. Esta forma argumental es casi arquetípica. Detrás de la argumentación o trama se esconde la explicación que puede ser: formista, organicista, mecanicista y contextualista. El último nivel, el ideológico, reconoce cuatro posibilidades: anarquista, conservador, radical y liberal. Aunque White apunta sesenta y cuatro variantes de escritura histórica, cree reconocer ciertas correspondencias y afinidades entre los niveles. La combinación de tramas, argumentos y sus implicaciones ideológicas conforman el “estilo histórico” que puede ser clasificado de acuerdo con cuatro tropos o figuras retóricas y poéticas, a saber: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. WHITE, *Metahistoria*, pp. 11-50. La propuesta de White ha recibido mucha atención en el gremio. Ejemplo de esto es el número monográfico de *History and Theory* 19/4 (1980), pp. 1-101 que contiene los siguientes artículos: Hans KELLNER, “A bedrock of order: Hayden White’s linguistic humanism”, pp. 1-29; Philip POMPER, “Typologies and cycles in intellectual history”, pp. 30-38; Maurice MANDELBAUM, “The presupposition of *Metahistoria*”, pp. 39-54; Eugene GOLOB, “The irony of nihilism”, pp. 55-65; Nancy S. STRUEVER, “Topics in history”, pp. 66-79; y John S. NELSON, “Tropical history and the social sciences: Reflections on Struever’s remarks”, pp. 80-101. En 1998 otro monográfico de la revista intentaba evaluar el impacto de la obra de White veinticinco años después, *History and Theory* 37/2 (1998), pp. 143-193, con los artículos Richard T. VANN, “The reception of Hayden White”, pp. 143-161; Nancy PARTNER, “Hayden White: The form of the content”, pp. 162-172; Ewa DOMANSKA, “Hayden White: Beyond irony”, pp. 173-181; y Frank R. ANKERSMIT, “Hayden White’s appeal to the historians”, pp. 182-193.

130 “Sus concepciones iniciales y básicas”, JACOBY, “A New”, p. 410.

than approaches that evaluate contents and contexts (...) White's rebellion against positivism ends in a scientific formalism"¹³¹.

Dominick LaCapra no parece correr mejor suerte bajo la lupa de Jacoby. El "alter ego" de White comparte con este su deseo de rescatar a la historia y a los historiadores de cierta inconsciencia; ambos han llamado la atención sobre los problemas del lenguaje y los textos, y "both want to push intellectual history in a literary direction"¹³². Se parecen, mantienen parecidos de familia, pero mientras que White es sistemático y asertivo, LaCapra es, teóricamente hablando —y siempre según Jacoby—, más caótico y se siente cómodo entre la ambivalencia y la indeterminación. Esto se debe a que pertenecen a dos tradiciones diferentes; una —la de White—, ligada a formalismo de Northrop Frye; otra —la de LaCapra—, más cercana al deconstruccionismo derridiano. Así, este último más que por las formas está preocupado por las complejidades, las ambigüedades del texto.

Jacoby reseña uno de los trabajos de LaCapra, *Madam Bovary on Trial*, cuyas conclusiones no parecen, señala Jacoby, demasiado excepcionales¹³³. Según LaCapra, *Madam Bovary* —cuyo autor fue acusado en 1857 de ofender la moral pública— resulta subversiva no por la celebración del adulterio sino por la "indeterminación" que crean las cambiantes voces narrativas que desestabilizan "the moral security of the reader"¹³⁴. El estilo indirecto y dual parece ser la clave de esa polifonía de la que habla LaCapra al analizar la obra de Flaubert. Jacoby señala que LaCapra se complace en realzar y reseñar una y otra vez la complejidad textual, haciendo del método de interpretación de esos textos un fin en sí mismo.

Por último, Jacoby arremete contra la joven generación de "nuevos" historiadores de las ideas: Sande Cohen, David Harlan y

131 "Como más objetivo, casi más científico, que los análisis que evalúan contenido y contextos. (...) La rebelión de White contra el positivismo acaba en una suerte de formalismo científico", p. 413.

132 "Ambos quieren empujar a la historia intelectual hacia la literatura", p. 413.

133 Dominick LaCAPRA, *Madame Bovary on Trial*, Nueva York, Cornell University Press, 1982.

134 "La seguridad moral del lector", JACOBY, "A New", p. 415.

Allan Megill¹³⁵. De estos destaca la forma de escribir, lo que Jacoby llama “unreadable prose”, plagada de “qualifications and clauses”, que parecen indicar una nueva y necesaria prudencia. También se muestra sorprendido de que tanto Cohen como otros historiadores de las ideas hablen de “web-armed army”, “the dominant and now conventional orthodoxy (...) well placed, well organized, and, increasingly intolerant of alternative approaches”¹³⁶. Tanto Megill como Harlan, a pesar de sus notables diferencias, rechazan toda aproximación de la historia a la ciencia y propician su matrimonio con la literatura. Harlan argumenta contra los contextualistas y contra todos los partidarios de reconstruir las intenciones del autor como fuente de significación de los textos.

Jacoby resulta contundente en su crítica y su veredicto bastante definitivo al alegar que la ironía que ya había anunciado para White y LaCapra se vuelve a dar entre los más jóvenes, quienes “resolutely seek to escape from a baneful positivism that erases the specificity of history; they reject a search for general, causal, and objective laws; they want to attend fully to the ambiguities of the text and the subjectivity of the historians who interpret texts. These laudable aims, however, vaporize in the course of their contributions. Instead of reviving historical thinking and nurturing subjectivity, they promote empty taxonomies and scientific idioms (...). An initial report suggests, however, that they succumb to bloodless scholasticism and cold formalism”¹³⁷.

135 Los trabajos de estos historiadores sobre los que trabaja Jacoby son: Sande COHEN, *Historical Culture: On the Recoding of an Academic Discipline*, Berkeley, University of California Press, 1986. David HARLAN, “Intellectual history and the return of literature”, *American Historical Review* 94/ (1989), pp. 581-609 y Allan MEGILL, “Recounting the past: Description, explanation, and narrative in historiography”, *American Historical Review* 94/ (1989), pp. 627-653.

136 “Prosa ilegible, [plagada de] calificaciones y cláusulas”, “Un ejército bien armado”, “la ortodoxia dominante y ahora convencional (...) bien situada, bien organizada” y “cada vez más intolerante ante las perspectivas alternativas”, JACOBY, “A New”, pags. 421 y 422.

137 “[Quienes] resueltamente buscan escapar del positivismo nocivo que borra la especificidad de la historia; rechazan la búsqueda de leyes generales, causales y objetivas; quieren tomar en consideración las ambigüedades del texto y la subjetividad del intérprete. Estos objetivos encomiables, no obstante, se vaporizan en

En el mismo número de la revista LaCapra le responde a Jacoby incidiendo en un punto: lenguaje *versus* realidad o realidad *versus* verdad, o —en palabras del propio LaCapra— “the normative [and] the empirical”¹³⁸. Pero cuando LaCapra habla de lo normativo y de lo empírico se cuida muy mucho de confundir este último nivel con el de lo real. De hecho, él defiende una interacción tensa entre las “reconstrucciones del pasado con fundamento empírico”¹³⁹ y el ámbito normativo del saber histórico. LaCapra rechaza cualquier acusación de formalismo lingüístico a la manera tropológica de White. Recusa tanto el formalismo que disocia analíticamente la tensión entre realidad y verdad y los convierte en reductos independientes, como las tentaciones de querer fundir realidad y verdad y hacer pasar la verdad del historiador por la realidad histórica.

LaCapra señala que la crítica ideológica es uno de sus cometidos permanentes, y que una de las formas de ideología más corriente en nuestro mundo resulta de querer aunar de forma sintética lo empírico y lo normativo y confundir así la interpretación del historiador —siempre sesgada— con la realidad. Pero reconocer esta mediación no implica aceptar esa suerte de formalismo autoreferente que propone White, según el cual la imaginación histórica —sostenida por tropos y figuras— es previa a cualquier selección hecha por el historiador; y más aún no tiene o no mantiene ningún tipo de relación referencial con la realidad. LaCapra lo que mantiene es que el nudo de esta cuestión, el origen de la forma o elección de esta o aquella trama, está ligado a la ideología y al poder, en la línea del pensamiento crítico.

Cabe destacar en LaCapra el intento por nombrar y trabajar ese espacio por todos conocido entre lo real y su interpretación, entre texto y contexto. Tiene razón Jacoby cuando dice que no

el curso de sus contribuciones. En lugar de reavivar el pensamiento histórico y recomponer la subjetividad, promueven taxonomías huecas y expresiones científicas (...). Una primera aproximación indica que han sucumbido al escolasticismo estéril y al frío formalismo”, p. 424.

138 “Lo normativo (y) lo empírico”, LACAPRA, “Intellectual history and its ways”, p. 428.

139 “Empirically based reconstruction of the past”, p. 427.

hay nada sorprendente en las propuestas de estos historiadores de las ideas. Efectivamente, ninguno de ellos descubre nada que no supiéramos, pero sí enfatizan la necesidad de explorar ese ámbito problemático. LaCapra propone un concepto —tomado de la teoría psicoanalítica— para operar sobre el clásico problema de las interferencias del sujeto en el objeto de estudio. Él habla de transferencia, en una adaptación particular del término al contexto historiográfico. “In transference (as I adapt the concept from psychoanalysis), we tend to repeat aspects of the object of study in our account of it. Thus, for example in the study of Holocaust, we tend to repeat processes (scapegoating, blaming the victim...) or roles (perpetrator, victim, bystander, resister) prominent at the time (...). We should attempt to be as aware as possible of this problem in order to elaborate more intellectually responsible and normatively controlled modes of inquiry and interaction. In research, this requires a certain combination of ‘objective’ reconstruction and dialogical exchange in which we check our tendencies towards projection and narcissistic enclosure in order to understand the other as other and to enter into non-invidious relation having both normative and cognitive dimensions”¹⁴⁰.

LaCapra recupera las viejas polémicas entre texto y contexto, problematizando uno y otro. El contexto no es uno, ni único, sino múltiple y problemático. Reconociendo su importancia para la interpretación y la lectura de los textos, la articulación de los contextos con la interpretación es siempre problemática y requiere

140 “En la transferencia (tal y cómo yo la he adaptado del psicoanálisis) tendemos a repetir aspectos del objeto de estudio en nuestra forma de abordarlo. Por ejemplo, en el caso de los estudios sobre el Holocausto, tendemos a repetir procesos (buscar “chivos expiatorios”, culpar a la víctima...) o roles, (autor, víctima, observador, resistente) prominentes en ese tiempo (...). Debemos intentar agudizar nuestra conciencia lo más posible en torno a este problema para poder elaborar modos de investigación e interacción intelectualmente más responsables y normativamente más controlados. En investigación, esto exige de una cierta combinación de reconstrucción ‘objetiva’ e intercambio dialógico gracias a los cuales podamos manejar nuestras tendencias hacia la proyección y el repliegue narcisista con el fin de poder entender al otro como otro y entrar en relaciones que superen las filias y las fobias con las consiguientes consecuencias de tipo normativo y cognitivo”. LACAPRA, “Intellectual history”, p. 429.

justificación. Es más, advierte LaCapra, los textos más estereotipados o divulgativos no solo reflejan o ilustran el o los contextos de referencia “but reproduce [them] with typically legitimating ideological effects (...) *The general question one may pose to any text is how precisely it relates in symptomatic (or ideological reinforcing), critical, and potentially transformative ways to its various pertinent contexts of production and reception.* To raise this question is not to glorify a textual technique but to stress the importance of cognitive responsibility and the willingness to defend interpretations in explicit and argumentatively developed ways”¹⁴¹.

Si el contexto es un ámbito problemático, el texto no lo es menos. Los textos, señala LaCapra, reúnen la doble condición de ser “historical events in their own right and a crucial basis for our inferential reconstruction of other events; [so] the problem of how to read and interpret them should be considered vital for the historian”¹⁴². La complejidad de textos y contextos lleva a LaCapra a apreciar la teoría, esa guía que permite hacer explícitos los contenidos de cualquier relato histórico. La relación entre teoría e historia ha de ser mutuamente provocativa, dialógica, porque como él señala no hay historia sin teoría. Ahora bien, tampoco se puede dar una teoría sin historia, una teoría que no tenga en cuenta sus puntos de anclaje histórico y social. El problema es cómo ensamblar distintos niveles de análisis. Por un lado, los relatos que pretenden reconstruir los contextos de referencia; por otro, los intercambios dialógicos y performativos con esos textos. De igual forma, se trata de averiguar cómo negociar entre los límites normativos de la disciplina y los excesos o la sobreinterpretación.

141 “Pero [los] reproduce [el contexto o contextos] con efectos ideológicos legitimadores, (...) *Lo que se debería preguntar siempre a un texto es cómo se relaciona de forma sintomática (para reforzar ideológicamente), crítica y potencialmente transformadora con varios de los contextos de producción y recepción pertinentes.* Traer a colación esta pregunta no tiene nada que ver con querer ensalzar una técnica textual sino resaltar la importancia de la responsabilidad cognitiva y de la voluntad de defender interpretaciones de manera explícita y argumentativa”, p. 430.

142 “(Son) hechos históricos por derecho propio y fundamentales para nuestras inferencias en la reconstrucción de otros eventos; [de tal forma que] el problema de cómo leerlos e interpretarlos debería ser considerado vital para los historiadores”. pp. 430-431.



ITINERARIOS

Por todo ello, resulta poco operativo mantener esas visiones más o menos coherentes, unidimensionales, del conocimiento histórico. LaCapra, abundando en la idea de la doble naturaleza de cualquier texto —como hecho histórico y como vehículo de pensamiento—, plantea la necesidad de considerarlos no solo como reflejos del contexto sino en toda su capacidad performativa, en sus contextos de referencia. Traducido, creo que podríamos decir que los textos son horizontes de posibilidad, registran ciertas relaciones de poder, las legitiman y contienen también el germen del cambio. Si esto es así, el lector tiene la responsabilidad de realizar lecturas que no se contenten con insertar el texto en su contexto, sino que procuren también entender sus mutuas relaciones y las de estos con el lector.

LaCapra habla de textos *con* los que es bueno pensar y textos *sobre* los que es bueno pensar. Todos los textos merecen ser analizados, pero no todos proporcionan pautas que nos permitan estar más atentos a los deslices ideológicos. Esta divisoria le parece a LaCapra mucho más ajustada que la taxonomía tradicional de la historia intelectual, que diferencia entre textos populares y textos clásicos con la consiguiente tendenciosidad que esa clasificación ha llevado consigo.



Coda: los productos puros enloquecen¹

Son muchos y muy variados los problemas planteados en los debates anteriores que van desde cuestiones ontológicas a otras, más técnicas. No obstante, se pueden registrar algunas repeticiones o recurrencias. El lugar del lenguaje —como estructura de significación— en la percepción de la realidad parece ser uno de los nudos que más preocupa a la historiografía en las últimas décadas del siglo xx. El estatuto de la disciplina, la relación entre saber y poder, entre texto y contexto, la intencionalidad del autor como fuente de sentido, la representación de lo histórico y su “estetización”, la desestabilización de conceptos clave como clase e identidad, las nuevas nociones de sujeto y/o la distancia entre lo verdadero y lo justo, son algunos de los temas más o menos presentes en las diferentes discusiones expuestas.

Sin embargo, lo que llama poderosamente mi atención es el tono y la forma en que se desarrolla la polémica. Para alguien poco informado sobre las distintas posiciones historiográficas, la falta de reconocimiento de unos y otros en la palabra ajena puede desvirtuar el intercambio de pareceres. Los historiadores críticos con el llamado “giro lingüístico” acusan a sus partidarios de anti-realismo y pernicioso relativismo. Lo cierto es que, ateniéndome a mi experiencia, no me he encontrado un solo autor que defendiera que la realidad no existe, o que toda interpretación es igualmente válida. De forma parecida, los historiadores afectos a la “novísima historia” tienden a describir las prácticas de sus adversarios

1 Aunque lo he mencionado en otro capítulo, la idea de James Clifford, tomada del poeta William Carlos Williams, me parece muy oportuna. Para mí lo más luminoso de la lógica posmoderna consiste, precisamente, en la hibridación, en la transgresión responsable de los límites disciplinares. James CLIFFORD, “The pure products go crazy” en *The Predicament of Culture*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1988 [versión en castellano, “Los productos puros enloquecen”, en *Dilemas de la cultura*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 15-34].

reduciéndolas a una suerte de empirismo pueril, según el cual el lenguaje es un reflejo de la realidad y solo hay una interpretación correcta de los fenómenos o procesos históricos. He de decir, a pesar de mi posición resueltamente favorable a estos últimos — los poshistoriadores—, que resulta difícil encontrar en los últimos años declaraciones en defensa del uso estrictamente referencial del lenguaje o trabajos que, explícitamente, estén dispuestos a sacarse la modorra apostando por únicas interpretaciones o certezas.

Creo que son justas las quejas de Hobsbawm, Eley y Nield al reclamar una descripción más apropiada y menos caricaturesca de sus trabajos o de las obras encuadradas en las variadas tradiciones del marxismo. Pero no lo son menos las reconsideraciones que vierten Joyce, Ankersmit, Kelly, Jenkins, Vernon, Kellner o LaCapra cuando discuten con Zagorin, Mayfield y Thorne o con Lawrence y Taylor. En todos los casos, la pretensión de encapsular al otro o de reducir su obra a unos cuantos enunciados teóricos no hace ningún bien a nadie y obstaculiza la posibilidad de diálogo. Si convenimos que la realidad es compleja, ¿no deberíamos pensar en dar cuenta de ella o de sus variados aspectos sin intentar reducir esa complejidad?; ¿acaso las ideas, las posturas y los trabajos de partidarios y detractores no son parte de esa realidad? ¿Qué hay de cierto en el trasiego de descalificaciones con las que unos y otros pretenden fijar las posiciones de los adversarios?

A mi juicio los historiadores poco afectos a las nuevas historias padecen un proceso de disociación entre el decir y el hacer. Si bien es cierto que en sus declaraciones niegan su adscripción al “crudo positivismo decimonónico”, en las prácticas no actúan en consecuencia. De la misma manera que los *postmodern scholars* tienden, a veces, a negar la validez de sus posiciones —relativistas, anti-representacionistas...— mediante afirmaciones tajantes, polarizadas y reduccionistas. Creo que unos y otros se mueven aún dentro de la lógica moderna de las oposiciones binarias de las que hablaba Derrida. Más aún, considero que el enrocamiento de la polémica, las más de las veces, reproduce ciertos modos y maneras de las tradiciones académicas dentro de las que tiene lugar, y que están teñidas también por posiciones de género, poder, y jerarquía.

ITINERARIOS

Zagorin y Jacoby, entre otros, están en lo cierto cuando dudan de la novedad de las propuestas tan vehementemente expuestas por esos “jóvenes e inquietos” que quieren revolucionar la empresa historiográfica. Efectivamente, no hay nada nuevo. Todo lo que los poshistoriadores proponen o señalan estaba ya en el panorama intelectual hace tiempo. Basta leer sus citas y referencias². Pero la novedad en sí misma no tiene por qué ser un valor. La aportación, importante, que han hecho estos poshistoriadores no es novedosa porque descubra ámbitos desconocidos en el proceso de conocimiento histórico, sino porque se han aventurado en “tierra de nadie”, en espacios intuidos pero poco o nada desarrollados. El reconocimiento de las interferencias que provocan la subjetividad, la ideología y el lenguaje en la construcción del relato histórico ha sido un lugar común en la formación de los historiadores en las últimas décadas. Como lo ha sido la advertencia sobre la falta de adecuación entre la palabra y el mundo. Pero estas intuiciones se han tendido a obviar o, en el mejor de los casos, se reconocían al comienzo del trabajo o en el prólogo de la publicación y luego se silenciaban como si el reconocimiento de su existencia nos eximiera de tener que lidiar con las consecuencias. Dentro de los marxismos, la subjetividad se reconducía mediante un atajo. La clase obrera estaba destinada como “el pueblo elegido” a alcanzar el paraíso y, por tanto, las telas de araña que oscurecían el campo visual de otros grupos sociales se convertían, en su caso, en lentes de aumento que le permitían ver su inexorable destino.

La “poshistoria” ha entrado de lleno en los intersticios, en los lugares incómodos de la memoria y ha señalado nuestras limitaciones y las de la empresa historiográfica. Pero también se ha propuesto hacer ver que todo límite condiciona y habilita, y que por ello no hay razones para el desencanto. Reconocer que toda realidad es poliédrica e indeterminada implica, en efecto, negar la validez universal del concepto de verdad en el proceso de conocimiento, pero esa indeterminación es la condición de posibilidad de toda interpretación. Los “poshistoriadores” no han inventado nada, pero

2 La apelación a la “poshistoria” en Carlos REYNOSO (comp.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Barcelona, Gedisa, 1998, pp. 15-16.

se han atrevido a navegar en aguas turbulentas, en esas mismas aguas que sus adversarios aún se empeñan en vadear.

Por todo ello, quiero defender la hibridación como una necesidad. No se trata de abandonar las viejas tradiciones y apuntarse a las nuevas, sino de incorporar de unas y otras lo que nos pueda servir. Hibridación, no como un “corta y pega” ante la incertidumbre o como una falsa y provisional medicina hasta que campee el temporal y volvamos al cálido mundo de las certezas. Ni siquiera como un seguro eventual ante las críticas y los críticos. Hibridación porque, en buena medida, los “poshistoriadores” han decidido ocuparse de espacios poco explorados cuyo desconocimiento provoca ese desajuste entre lo que dicen y lo que hacen los historiadores más renuentes a los nuevos o renovados aires. Hibridación porque estos últimos han conformado tradiciones, valiosas tradiciones que nos han permitido llegar hasta aquí, cuestionar esas visiones, resemantizarlas, jugar con ellas, y con ellas componer nuevas figuras.

La posibilidad de hibridar tradiciones, la necesidad de pensar sobre las prácticas y la crisis de la noción de paradigma son las tres ideas, o hipótesis, que quiero explorar a continuación. Me parece que las acusaciones sobre la hegemonía de la teoría sobre la práctica historiográfica o de usurpación del campo histórico por parte de la filosofía son reclamos bastante miopes. No creo que exista algo parecido a una teoría posmoderna. De hecho, como se señala en la discusión de los historiadores sociales, Gareth Stedman Jones y Patrick Joyce, a pesar de sus comunes intereses lingüísticos, plantean diferentes propuestas. La lógica posmoderna plantea una desestabilización de las certezas, de los fundamentos que rigen y guían nuestras percepciones y nuestras construcciones de lo real pero no aspira a un consenso generalizado sobre las prácticas o a un nuevo paradigma sobre lo que ha de ser la historiografía. Los “poshistoriadores” trabajan con una teoría a la baja y propugnan, más bien, una reflexión sobre las propias prácticas. Yo estoy de acuerdo con esta postura. Creo que, si la realidad no habla por boca del



ITINERARIOS

historiador, sino que en buena medida es una recreación verosímil de lo acontecido, la responsabilidad del autor es mayor y por tanto la necesidad de controlar o ser consciente de las posibilidades en cada paso del proceso de investigación se convierte en una exigencia ineludible.

Para cerrar este capítulo, en el epígrafe “(No) todo lo sólido se disuelve en el aire. Un diálogo para continuar”, expondré mis posiciones con sus “pasos en falso”. Tradicionalmente quien tiene la palabra tiene el poder. En el diálogo final yo aparezco como una de las participantes, de tal forma que esa intervención me debería permitir resumir o redondear mi posición obviando las inconsistencias de ciertos argumentos. Sin embargo, mi propósito es otro. He elegido el diálogo como marco de exposición porque este modo discursivo hace posible representar el proceso de investigación abierto. Cuando uno analiza un fenómeno discute, enfrenta, deconstruye y construye otras posiciones. ¿Por qué representar ese trayecto?; ¿por qué no dejarlo de lado a favor de un discurso limpio y sin fisuras? La manera dialógica —a diferencia de la analógica³— mantiene la puerta abierta y siempre “otro” puede decir otra cosa distinta, rebatir nuestros argumentos, plantear nuevas reglas. Creo que solo si uno toma en consideración el carácter performativo del discurso —la palabra como acción— el razonamiento anterior tiene sentido. Por el contrario, una concepción referencialista del lenguaje vería este argumento como baladí o carente de sentido. Después de todo, si el lenguaje es fundamentalmente un reflejo de lo real, es en este ámbito donde se debe proceder y no en aquel.

3 La tradición analógica, según Tedlock, afirma que “el discurso que se presenta en una publicación es ‘equivalente a’, ‘proporcional a’ la exigencia dialógica en la que se origina. Pero en realidad no es así: el diálogo es un proceso continuo, dinámico; el análogo es un producto, un resultado estático”, Dennis TEDLOCK, *La antropología dialógica*, citado en Reinoso, *El surgimiento*, p. 39.

Como un calidoscopio en zona sísmica⁴

La hipótesis que me gustaría defender en este apartado apela a la necesidad de los historiadores de reflexionar sobre sus propias prácticas. No estoy proponiendo que los historiadores abandonen o descuiden sus investigaciones para dedicarse a pensar en los marcos teóricos y las metodologías, títulos pomposos que de forma infalible figuran en toda tesis doctoral casi como un imperativo categórico. Más bien quiero advertir de las consecuencias de no abordar estos problemas de forma detenida. La primera y más grave consiste en que la historiadora desprevenida acabe escribiendo un libro o un trabajo distinto al que pretendía, o que no pueda siquiera elegir entre distintos objetivos para su estudio por el desconocimiento de otras posibilidades. La segunda, y no menos significativa, que el descuido le lleve a repetir los mismos errores y lugares comunes de otras investigaciones.

Todo proceso cognitivo está compuesto de movimientos deliberados y de otros que lo son menos, que casi son ejercicios mecánicos o automáticos sobre los que rara vez pensamos. Se me ocurre que la lectura de documentos y textos podría ser un buen ejemplo. Creo no equivocarme si digo que ninguno de los doctorandos con los que he tenido contacto —a través de las direcciones de tesis o gracias al curso de doctorado que impartí en distintas instituciones académicas nacionales y extranjeras— se habían planteado la posibilidad de concebir distintas formas de lectura. Yo misma, sin ir más lejos, me percaté de las variadas opciones de lectura mucho después de que mi primera investigación

4 Esta imagen la tomé de Jim Powell quien habla de lógica cultural posmoderna como “a smorgasbord in an earthquake”. Me tentó lo sugerente y gráfico de la figura, pero tropecé con la traducción “un buffet durante un terremoto”, y me parecía que perdía fuerza. Pensé en “armando un rompecabezas en un terremoto” pero la idea de rompecabezas no coincide con la indeterminación y la posibilidad de combinación de platillos en el smorgasbord. Después de todo, un rompecabezas o puzzle es una figura que se debe recomponer y solo existe una forma de hacerlo. Así que me decidí por la imagen del caleidoscopio por ser la que más se asemeja a la fragmentación y combinación de elementos y en ambas se acentúa la importancia del sujeto que come y compone su plato y la del que manipula y articula figuras en el caleidoscopio.



ITINERARIOS

hubiese sido publicada. Tenemos tan interiorizada la dimensión comunicativa de la palabra y su función referencial que, ¿qué otra cosa podríamos buscar en un documento o en un libro que versa sobre temas afines al nuestro? Información sobre la realidad de la que habla, y, a veces, sobre la intención del autor, su “querer decir”, para poder situarlo en su contexto y así comprender el sentido de sus acciones. Las dimensiones performativa y perlocutoria, los efectos discursivos de los procesos connotativos no parecen ser de gran interés para la mayoría de los historiadores.

Mientras se mantuvo la idea de que la historiografía se debía ocupar de la reconstrucción del pasado “tal cual fue” y la creencia en un lenguaje cuya única función era reflejar ese pasado, bastaba con leer de forma literal para acceder a la verdad histórica. Toda vez que esos presupuestos han sido cuestionados de forma bastante contundente, los historiadores no pueden seguir manteniendo esa ficción ni tampoco esa forma de lectura única. Conocer otras formas de abordar la lectura es, me parece, condición indispensable para elegir el propio camino y para decidir el tipo de trabajo que uno quiere elaborar.

En relación con lo anterior, la posibilidad de elección es condición de libertad, pero para que esa posibilidad se dé tiene que haber variedad en los modos y maneras de llevar a cabo un trabajo histórico y la investigadora ha de conocerlos. De lo contrario la tendencia es a repetir —mejor o peor— el canon, a reproducir errores ajenos. Cuando pienso en la repetición no deliberada de ciertas pautas en la investigación me viene a la memoria la célebre frase —promocionada hasta el cansancio en el discurso político y no menos difundida en la Facultad de Historia en la que estudié— que señala que los pueblos que desconocen su historia están condenados a repetirla.

Siempre me fascinó esta sentencia por su naturaleza polisémica y muchas veces me pareció bastante inverosímil, dependiendo de cómo se leyese. En cierta medida, parecía anunciar la posibilidad de repetibilidad de los sucesos y procesos históricos, confundiendo nuestra necesidad de comparar y asociar esos fenómenos a través de conceptos e ideas con su necesaria recurrencia. A menos que se lea con un claro sesgo psicoanalítico, apelando a que aquello que

no se hace consciente a través de la palabra, y que permanece en alguno de los olvidados cajones de nuestra memoria, nos empuja a la repetición como si se tratara de un mecanismo automático que salta y se dispara sin el concurso de nuestra voluntad. Esta posible acepción me parecía y me parece más ajustada, y la traigo aquí porque encaja con esa necesidad de *hacer conscientes* ciertos movimientos que los historiadores ejecutan en sus investigaciones y que tienden a considerar *naturales*.

Por último, el descreimiento en las meta-narrativas —del que se habla insistentemente en los debates descritos en el epígrafe anterior— impone a los historiadores un tratamiento más detenido y reflexivo de sus presupuestos. Hasta no hace mucho, la adscripción a esta o aquella filosofía de la historia era casi como un cheque en blanco que eximía a los historiadores de reflexiones que fuesen más allá del caso de estudio. Si uno apostaba por una visión materialista, se daban por supuestos los fundamentos con los que iba a trabajar. Creo que esta delegación de funciones se ha hecho menos justificable hoy que hace algunas décadas y por eso el trabajo de los historiadores se parece cada vez más a los intentos de manipular *un caleidoscopio en zona sísmica*.

Un diálogo para continuar: (No) todo lo sólido se disuelve en el aire

Si recuerdan, este capítulo —¿Hay un texto en esta clase?— comenzaba con un diálogo virtual en el que los historiadores poco proclives al llamado “giro lingüístico” advertían de los peligros y de las inconsistencias de la “novísima historia”. De forma deliberada no quise incluir la palabra de los partidarios, de los “poshistoriadores”, como les llamaba con cierta ironía uno de los participantes de aquel intercambio inicial. Señalaba entonces que, siguiendo a Bachelard, “pensar es pensar contra alguien”, y sigo manteniéndolo, pero también creo que pensar también puede ser un ejercicio a varias manos, que uno también puede pensar con alguien, sobre todo si ese alguien no comulga con las propias ideas. Este diálogo para continuar no pretende contestar a las preguntas, a los interrogantes



ITINERARIOS

o a los miedos lanzados en el primero. Sería un ejercicio fácil, fatuo y arrogante. Tomo la palabra y entonces elimino todas mis inconsistencias, acentuando las del oponente. Sería además un movimiento poco consistente y nada consecuente con las ideas que he ido exponiendo a lo largo de este trabajo. Yo no tengo respuestas ni definitivas ni radicales a los problemas planteados en el diálogo inicial. En algunos casos ni siquiera tengo respuestas, sino una lista interminable de nuevas preguntas. A lo sumo, puedo dar cuenta de mis posiciones, mi propio itinerario, que contienen ciertas inconsistencias que me gustaría enunciar con la secreta esperanza de que esta estrategia de colibrí desparrame la noticia y otras voces se sumen a esta búsqueda sin fin.

Historiadora: Después de leer su exposición al comienzo de este capítulo me pareció intuir una preocupación excesiva o, tal vez, una mayor preocupación por las consecuencias gremiales y corporativas que podrían traer aparejadas las nuevas formas de entender la historia que por los cambios que las poshistorias podrían provocar en el conocimiento que tenemos del pasado.

Historiador A: ¿Por qué le parece objetable una preocupación gremial que incide, además, en las formas institucionales de organizar la producción de conocimiento? No se engañe, no se trata de un problema estrictamente corporativo, sino más bien de los contextos en los que se genera y transmite una buena parte del conocimiento histórico.

Historiadora: Me hago cargo... pero, aunque yo no tenga una idea muy clara de la diferencia que usted plantea, me parece que las reflexiones sobre el estatuto de la disciplina o sobre sus funciones no deberían depender de un hilo tan fino como el de la angustia o incertidumbre profesional. Creo que afirmaciones del tipo “esto es el fin”, “un cambio semejante es el ocaso de la disciplina” o “las nuevas historias convierten en inútil el trabajo tedioso del archivo”, podrían muy bien recontextualizarse en un marco menos inmediato y egocéntrico, y convenir que esos enunciados podrían redefinirse de otra manera: “esto, aún en el peor de los casos, imprime cierta inestabilidad a una forma de entender el oficio o de entender ciertos cometidos de la disciplina que hacen que el trabajo tedioso del

archivo no haya sido inútil en el pasado pero que sea menos útil en el presente, ante otras técnicas igualmente importantes". Ya ve que, de acuerdo con la lógica posmoderna, no "todo lo sólido se disuelve en el aire" como quieren hacernos creer⁵. No se disuelve, se transforma, cambia de estado.

Historiador D: Usted parece estar claramente a favor de las historias posmodernas, pero se ha cuidado mucho a lo largo de toda su exposición de decirnos por qué o de señalar qué ha cambiado en la realidad, en el mundo, en el lenguaje o donde usted prefiera, que haya convertido al saber histórico en sus distintas variantes en un conocimiento inútil.

Historiadora: Si me permite voy a corregir alguna de las ideas que usted me adjudica y que merecen ser matizadas. Esto no es una competición deportiva en la que uno se ve obligado a tomar partido por alguno de los equipos. A mí las propuestas de algunos autores así llamados posmodernos me parecen muy sustanciosas, importantes y desafiantes. Tengo un profundo respeto intelectual por algunos filósofos, historiadores, sociólogos, antropólogos y críticos literarios metidos de lleno en la polémica. Pero esa admiración no me lleva a despreciar a otros colegas muy valiosos que han contribuido con su trabajo a que ahora podamos preguntarnos por problemas que antes no se veían como tales. Las historias posmodernas y todos los presupuestos que en ellas se barajan no son un nuevo paradigma, sino una constante búsqueda. Un reconocimiento de que no puede haber conocimiento definitivo y, por tanto, teoría acabada sobre el mundo. La provisionalidad, la incertidumbre y la indeterminación del conocimiento y de lo pretendidamente conocido son las únicas certezas comunes a esta posición, casi actitud. Pero este enunciado puede ser leído en muchas claves. Para unos, equivale a

5 La frase original, del *Manifiesto Comunista*, es "All that is solid melts into the air". También es el título del libro de Marshall BERMAN, publicado en Londres en 1983, y yo la he tomado de un artículo de Raphael Samuel en el que dice, "La lectura de los signos' ha sobrevivido a la muerte de la teoría de autor en cinematografía (...), al ascenso y caída del marxismo académico y a la metamorfosis del estructuralismo, con su énfasis en la totalidad expresiva y la esencia subyacente, convirtiéndose en una celebración post-estructuralista que pone el énfasis en las diferencias y en la creencia postmodernista de que (como el título de uno de sus textos más conocidos) Todo lo sólido se funde en el aire", Raphael SAMUEL, "La lectura de los signos", *Historia Contemporánea* 7 (1992), p. 51.



ITINERARIOS

un desastre cuya consecuencia lógica es que no existe la realidad, todo conocimiento es imposible y no existen criterios para validar las interpretaciones. Para otros, esta deducción es infundada. De la realidad incierta o de la indeterminación del comportamiento humano no se infiere la imposibilidad de todo conocimiento, sino más bien su complejidad, dificultad y provisionalidad.

Si tuviera que elegir una de las muchas facetas que me interesan de las poshistorias esta sería la de llevar a la práctica y bucear en todo aquello que no por sabido ha sido bien conocido. Me parece que ese intento de inscribir en las prácticas los presupuestos teóricos es uno de los hallazgos más importantes de la lógica posmoderna. Reconocer que la forma de presentar o de representar los saberes tiene una incidencia directa en los contenidos no es seguramente ninguna novedad, pero advertir ese influjo e intentar rescribir ese saber de forma consciente, explorando nuevas posibilidades de representación en las que la forma sea organizada deliberadamente me parece un paso adelante, un ejercicio encomiable.

Es cierto lo que usted señala sobre el silencio que reina en estas páginas en lo que concierne a las razones que me han llevado a mí a optar por estas nuevas prácticas. Es una omisión en parte deliberada y en parte obligada. En general en la literatura posmoderna se evita hablar de la posmodernidad y se concentra toda la energía en definir, deslizarse o situarse en torno a la lógica posmodernista, el posmodernismo y lo posmoderno. Resulta difícil hacerlo de otra manera. Si se reconoce que la realidad es sumamente compleja, que esa complejidad no se puede agotar, y que no tenemos acceso directo a esa realidad sino solo interpretaciones de la misma, no parece lo más coherente querer casar, adecuar o forzar esa complejidad con una interpretación lineal de esa realidad externa. Realidad compleja y caótica en la que cualquier parte que se segregue no deja de ser un recorte arbitrario. Pero el que crea que toda interpretación de la realidad es en buena medida una creación indirectamente relacionada con lo real no significa que no maneje una, tampoco implica que no pueda dar cuenta de ella.

En líneas muy generales, creo que la posmodernidad podría definirse —una entre tantas otras— como la imperiosa demanda de deseo frente a la tiranía de la norma. Frente al deber ser social, político y cultural se ha ido colando paulatinamente un querer ser que ha reconocido al deseo como algo errático. No puedo establecer relaciones

entre los cambios políticos y las transformaciones en la historiografía. El salto es demasiado grande, pero se pueden ver coincidencias o contigüidades. En las últimas décadas la historiografía comienza a virar de posiciones realistas a posiciones posempiristas; empieza a manejar formas de razonamiento que hibridan deducción e inducción, dando lugar al conocimiento indicial; utiliza nuevas técnicas que se alejan de la ingeniería sociológica para acercarse a husmear en las más cercanas a la crítica literaria; aparecen temáticas hasta entonces marginales como lo individual, lo inconsciente, lo cultural y lo singular, después del reinado durante años —de lo colectivo, lo intencional, lo socioeconómico y lo regular— son demasiados cambios para pensar que no están de alguna manera conectados y que, a su vez, han influido en ciertos cambios políticos, como el desencanto ante las promesas incumplidas de la razón, la ciencia y la técnica; la conciencia de nuevos límites —crecimiento, desarrollo, ecología—; la crisis de los modelos políticos —tanto el colapso del socialismo real como los límites visibles del orden liberal—; la aparición de nuevos avances en las comunicaciones que supusieron nuevas formas de aprehensión de la realidad; cambios en la noción de tiempo y espacio; cambios en las identidades individuales y colectivas; nuevas formas de participación política, etc⁶.

6 La bibliografía sociológica es muy abundante. Sólo voy a citar aquellos trabajos que he consultado. Además de las obras clásicas —Lyotard, Baudrillard, Deleuze, Guattari, Bell, Jameson, Rorty, Bauman— algunas mencionadas en capítulos anteriores, son interesantes: Raymond WILLIAMS, *The Long Revolution: An Analysis of the Democratic, Industrial and Cultural Changes Transforming Our Society*, Londres, Chatto and Windus, 1961 (edición en castellano, *La larga revolución*, Buenos aires, Nueva visión, 2003); Alain TOURAINE, *The Post-Industrial Society*, Londres, Wildwood House, 1974 (edición en castellano, *La sociedad post-industrial*, Barcelona, Ariel, 1969); Lawrence CAHOONE (ed), *From the Modern to Postmodern: Postmodernism In Context*, Oxford, Blackwell, 1996; Leslie Paul THEILE, *Thinking Politics: Perspectives In Ancient, Modern, and Postmodern Political Theory*, New Jersey, Chatham House, 1997; Margaret ROSE, *The Post-Modern and the Post-Industrial*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; Anthony ELLIOTT, *Subjects to Ourselves. Social Theory, Psychoanalysis and Postmodernity*, Cambridge, Polity Press, 1996; Terry EAGLETON, “The crisis of contemporary culture”, *New Left Review* 196 (1992); pp. 29- 41; Robin MURRAY, “Life after Henry (Ford)”, *Marxism Today* 8 (1988), pp. 8-13; Colin CROUCH, *Social Change in Western Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1991; Anthony GIDDENS, *The Consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press, 1990 (edición en castellano, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 2008); Stephen CROOK, Jan PAKULSKI y Malcolm WATERS, *Postmodernization. Change In Advanced Societies*,

ITINERARIOS

Se pueden establecer distintas combinaciones de estos elementos, pero tal cataclismo ha supuesto nuevos cometidos para el conocimiento, para todo tipo de conocimiento, incluso el histórico. La función normativa —el conocimiento de los mecanismos que operan en la realidad y que se espera habiliten para su transformación— parece un poco inadecuada en un momento en el que lo que no está claro es el punto de destino. Ni las utopías colectivas ni el estatus quo imperante parece ser el fin del camino. Si algo muestra la historia —cualquiera sea su filiación— es la variabilidad del deseo humano. Explorar la multiplicidad del deseo, interpelarlo y deconstruirlo, parecen tareas importantes en el momento actual. Tal vez para formar nuevos consensos y planificar nuevas utopías colectivas, tal vez para cerrar ese capítulo doloroso en la historia del siglo xx e iniciar nuevas búsquedas por otros caminos. Por tanto, no son mis convicciones ontológicas, ni epistemológicas o metodológicas las que me llevan a considerar las nuevas historias como experimentos interesantes y valiosos, sino una actitud pragmatista del conocimiento según la cual es bueno lo que puede ser útil.

Historiadora C: Bien, pero no sé si usted ha notado que su argumentación contiene, por lo menos, dos inconsistencias: una, usted plantea la liberación del deseo, nuestro deseo en relación con el futuro, con

Londres, Sage, 1992; Krishan KUMAR, *From Post-Industrial to Post-Modern: New Theories of the Contemporary World*, Oxford, Blackwell, 1995; Ronald INGLEHART, *Cultural Shift in Advanced Industrial Societies*, Princeton, Princeton University Press, 1990; David HARVEY, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Oxford, Basil Blackwell, 1989 (edición en castellano, *La condición de la posmodernidad*, Madrid, Amorrortu, 2008); Chantal MOUFFE (ed.), *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*, Londres, Verso, 1992 (edición en castellano, *Dimensiones de democracia radical*, Buenos Aires, Prometeo, 2012); Néstor GARCÍA CANCLINI, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1998; John GIBBINS (ed), *Contemporary Political Culture: Politics in a Postmodern Age*, Londres, Sage, 1989; Steven CONNOR, *Cultura postmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad*, Madrid, AkaI, 1996; y los artículos Francis FUKUYAMA, "On the possibility of writing universal history"; Samuel HUNTINGTON, "Political conflict after the Cold War"; Conor Cruise O'BRIEN, "Enlightenment under threat"; Jean B. ELSHTAIN, "Feminism and the crisis of contemporary culture"; Richard RORTY, "The end of Leninism and history as a comic frame"; y Christopher LASCH, "The Age of Limits", todos en Arthur M. MELZER, Jerry WEINBERGER y M. Richard ZINMAN (eds.), *History and the Idea of Progress*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1995, pp. 13-29; 137-154; 155-166; 196-210; 211-226 y 227-240, respectivamente..



MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

nuevas y mejores formas de convivencia colectiva como un ejercicio que caracteriza a la posmodernidad y que se opone al carácter normativo de la modernidad. Pero el deseo humano no es espontáneo ni un a priori; antes bien, es el producto también de normas sociales y familiares. El deseo también está precedido por la norma. La segunda inconsistencia: “es bueno lo que puede ser útil” es un enunciado un poco tautológico porque puede ser útil —una historia exploradora de la variabilidad del deseo humano— aquello que previamente ha sido definido como bueno —el deseo—. Piense en un historiador normativo para quien el deseo —socialmente construido de acuerdo con hegemonías, pesos y contrapesos— ha de ser combatido por la razón. Para este historiador lo útil es aquello que controla el deseo y que lo define racionalmente.

Historiadora: Efectivamente, el deseo es y no es una construcción social. Nos enseñan a desear lo que debemos, pero no siempre lo consiguen. En cuanto a la segunda inconsistencia, estoy de acuerdo y no tengo respuesta.



CRUCE DE CAMINOS





Let me tell you the advice on writing I give students.

Be Mysterious. (...) There is no closure to mysteries, only another story, another translation. The highest ambition of a writer should be to liberate a creative reader.

Be Experiential. We write with authority when we write as observers. Not as spectators, but as observers. (...) Above all, as observers we are reflective. We see ourselves mirrored in our own observations. We know our honesty. We know our uncertainties. We know our tricks.

Be Compassionate. (...) What we have to do is to give back to the past we are writing about its own present tense. We give back to the past its own possibilities, its own ambiguities, its own incapacity to see the consequences of its action. It is only then that we represent what actually happened.

Be Entertaining. I am using the word 'entertaining' in its etymological sense of 'holding between', *enter tenere* in the Latin. Think of all the tricks we use in the theatre to hold the gaze and attention of an audience —darkened theatre, stage curtains, the triangular perspective of the stage. We have to find ways to entertain our readers in the same way. (...)

Be Performative. There is no such thing as perfect conditions for a performance. A performance is always limited in some way —by a stage-call, by a deadline, by a word limit. (...) Performance is always heralded by a risk taking. That is why it is different from practice. (...) We have to take the rules further to make them work. It is the function and purpose of the rule that needs to be obeyed not their literal interpretation.

Be Reforming. I make no secret that I want to change the world in my writing. (...) I can't give justice to the victims, but I can shake the living from their moral lethargy to change the things in the present that are the consequences of the past.

We have to liberate the creative reader. Our readers need to be rid of their fear of flying. They will not lose theirs if they catch ours¹.

1 [Déjenme contarles los consejos sobre escritura que le doy a mis estudiantes Sé misterioso. (...) No hay clausura para los misterios, solo otra historia, otra traducción. El objetivo central de cualquier escritor es liberar al lector creativo. Experimenta. Escribimos con autoridad cuando lo hacemos como observadores. No como espectadores sino como observadores (...). Por sobre todas las cosas, como observadores somos reflexivos. Nos vemos a nosotros mismos reflejados

La palabra diálogo está de moda. Se habla de la necesidad del diálogo de forma instrumental o estratégica: el intercambio de pareceres como forma de amortiguar el conflicto y llegar al ansiado consenso. El intercambio —yo te cuento/ tú me cuentas— y la avenencia son las dos acepciones del concepto que figuran en el diccionario de la RAE. La primera define el procedimiento —“plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos”— y, la segunda, el objetivo o propósito de la controversia —“discusión o trato en busca de avenencia”. Pero si tomamos el origen etimológico de diálogo, —*dia* equivale a “a través de” y *logos* a “conocimiento o saber”— la palabra, de larga historia desde la Grecia de Platón, significaría algo así como un camino a través de conocimiento, y ese camino, que parece haber cristalizado en el cruce dialéctico entre dos o más personas no tendría, necesariamente, como finalidad el acuerdo sino, tal vez, otras formas de conocimiento.

en nuestras observaciones. Sabemos de nuestra honestidad, sabemos de nuestras incertidumbres, sabemos de nuestros trucos.

Sé compasivo. (...) Lo que debemos hacer es devolver al pasado sobre el que escribimos su propio presente. Devolverle sus posibilidades, sus ambigüedades, su incapacidad para advertir las consecuencias de sus acciones. Solo entonces podemos decir que representamos lo que realmente ocurrió.

Sé entretenido. Uso esta palabra en su sentido etimológico, ‘tener entre’, *enter tenere* en latín. Piensa en todos los trucos que se usan en teatro para mantener la atención del público -oscuridad, telones, la perspectiva del escenario-. Tenemos que encontrar maneras de entretener a nuestros lectores de la misma forma (...).

Sé performativo. No hay tal cosa como condiciones perfectas para una representación. Siempre hay limitaciones -ponencias que presentar, fechas límite, número de palabras. (...). La actuación siempre está precedida de riesgo. Por eso es diferente de la práctica. (...) Debemos traspasar las reglas para hacer que funcionen.

Sé transformador. No es un secreto que pretendo cambiar el mundo con mi escritura. (...). No puedo hacer justicia a las víctimas, pero puedo despertar a los vivos de su letargo moral para cambiar las cosas en el presente, esas cosas que son consecuencia del pasado.

Debemos liberar al lector creativo. Nuestros lectores deben liberarse de sus miedos a volar. Y no van a conseguir liberarse de sus miedos si se tropiezan con los nuestros]. Greg DENING, “Writing: Praxis and performance”, en Ann Curthoys et al. (eds), *Writing Histories: Imagination and Narration*, Melbourne, Monash University Press, 2019, pp. 6.1–6.10.

Se me ocurre un diálogo en el que los implicados no exponen sus argumentos y/o puntos de vista esperando convencer a los otros. No se trata de una batalla ni de un partido de tenis sino de un baile en el que el movimiento del acompañante se vuelve exigente, demandante de nuestro propio movimiento. Un diálogo fecundo podría ser aquel en el que puedo pensar —en el sentido de generar pensamiento— mientras participo; en el que la diferencia del otro no es un ángulo a limar ni una arista a batir sino la posibilidad de pensar más allá. A esto lo podemos llamar fricción, y vendría a formar parte de las distintas maneras de razonar que conocemos. Friccionar sería aprovechar la diferencia —que ya no sería asimilada ni rechazada— para pensar con ella. De la misma manera que el fuego es el producto o la consecuencia de la combustión de la paja gracias a la fricción del pedernal con la pirita, friccionar en términos dialógicos sería someterse a esa generación de nuevas ideas a través del encuentro con lo otro, con lo diferente (sean personas, pensamientos o ideas).

Cuando estaba organizando los materiales de este libro le pedí a Pedro Piedras, autor entre otras obras, del excelente y conmovedor relato sobre la represión franquista —*La siega del olvido*— que me acompañara en esta empresa, y se me ocurrió que él podría escribir el prólogo como marca de este y de otros encuentros. En los intercambios que siguieron a esa propuesta surgió la idea de abrir el diálogo a otros colegas. Para ello convoqué a varios investigadores, de variadas disciplinas sociales, con perspectivas y temáticas muy diferentes, hasta un total de siete, previendo que no todos aceptarían y se sumarían al juego.

El escenario de las mujeres es el más variado: una filósofa dedicada a la filosofía política y ávida lectora de la obra de Derrida (Carolina Meloni); una antropóloga de formación y exploradora de vocación dedicada a la etnografía experimental, al arte y a la infancia (María Fernanda Moscoso); y una socióloga relacionada con la sociología histórica empeñada en desentrañar los retazos simbólicos del mundo (Zira Box). En el grupo de los historiadores: un medievalista con que-rencia por las culturas de la memoria (Pedro Piedras); un modernista de origen, en su día metido de lleno en la sociología histórica y ahora

en la historia de los lenguajes de la ciudadanía (Pablo Sánchez León); un historiador de las ideas, especialista en las derechas europeas (Pedro C. González Cuevas) y, para finalizar, un experto contemporáneo que ha hecho importantes incursiones en historia económica y en historia cultural (Miguel Martorell).

La consigna fue sencilla: dar cuenta de la experiencia de lectura de este trabajo que es, a su vez, una experiencia de lectura de los debates que allá por los 90 del siglo XX tuvieron lugar en la historiografía occidental. Cada quien interpretó el mandato y compuso su texto, articuló una posición, friccionó con este relato. Conozco a todas y a cada una de estas personas. Algunas me han acompañado y me acompañan en la docencia o en la investigación; a otras me las he cruzado a lo largo de estos años y son, como se decía en otras épocas que parecen tan lejanas, compañeras y compañeros de viaje. En todos los casos al leer sus intervenciones las pude reconocer. La humildad, la vehemencia, la picardía, la erudición, ingredientes todos ellos presentes, en dosis diferentes, en estas páginas. Pero sobre todo pude advertir y reconocer sus voces, distintas, peculiares y propias. No el ritmo cansino del oficio sino ese rasgo, ese gesto que los diferencia. Me pregunto si en el mundo de las ideas no pasará como en el mundo natural donde, según cuentan los que saben, la evolución se acelera cuanto mayor es la variabilidad genética de una población o especie. Porque si algo queda claro, a mi entender, en este ejercicio, en este juego literario es la riqueza de la coralidad y el enorme valor de la diferencia en los vastos territorios del pensamiento.

Misiva para una historiadora

Galicia, 12 de febrero del 2019

Querida historiadora,

esta mañana revisaba las últimas publicaciones de interferencias –un espacio en el periódico coordinado por el querido Amador Fernández Savater- y me he encontrado con la traducción de un artículo escrito por Rancière. Copio para usted el último párrafo de la reflexión del filósofo porque tengo la intuición de que es un camino para iniciar esta carta:

Es tal vez así como hay que entender el eslogan de 1968: ‘No es más que un comienzo, la lucha continúa’. Los comienzos no alcanzan su fin. Se quedan en el camino. Lo cual quiere decir también que no dejan de reanudarse una y otra vez, incluso si eso significa cambiar de actores. Es el realismo —inexplicable— de la revuelta el que pide lo imposible. Porque lo posible ya está tomado. Es la fórmula misma del poder: *no alternative*.

Llevo varios días leyéndola, pensando con usted, sentada en el sofá de un piso situado en una calle angosta compuesta de piedra, neblina y breves rayos de sol que aparecen poco y durante breves minutos, pero iluminan enteramente el día. Escucho el cantar de muchos pajarillos pero no logro verlos nunca. Supongo que es el precio de vivir en las ciudades. El sofá del salón está colocado de tal modo que miro directamente hacia una ventana, pero no hay paisaje. Solo otra edificación blanca —como esta—: paredes mohosas, ventanas, cables, con suerte alguna gaviota que descansa en los balcones más lejanos. Y palomas, muchas palomas.

He de admitir que me cuesta un poco confesarlo, pero ahora que estamos prácticamente en la década de los veinte y que, como señala el antropólogo Marc Augé, llevamos el no lugar en nosotras

mismas, parece ser que la práctica de la privacidad ha dejado de ser un espacio reservado para los individuos —si es que algún día lo fue—. En fin, simplemente quería compartir con usted el hecho de que la actitud aparentemente pasiva y quieta que toda lectura precisa, ha despertado en mí una obsesiva curiosidad por la vida ajena; en este caso y sin ir más lejos, por la vida de las vecinas. Hay quienes a este vivo interés le llaman chismorreo o cotilleo. En todo caso, los últimos días, mis observaciones de la vida de las vecinas se han acompañado de las voces del historiador A, historiador B, historiador D y por supuesto, de la suya, querida historiadora. Sin embargo, ocurre que cada vez que retiro la mirada del texto, constato que las vecinas nunca abren las cortinas pálidas y grises que cubren las dos ventanas que están colocadas justo frente a la mía. Sin embargo, de mis observaciones cotidianas he podido inferir que allí habitan seres humanos: al atardecer, a veces, aparecen montoncitos de migas de pan y agua para las palomas.

Se podría pensar que el piso es lo suficientemente grande como para tener ventanas que se dirigen hacia otros puntos de orientación y que, en consecuencia, sus habitantes no viven en las tinieblas. Pero he hecho mis investigaciones y he dado varias vueltas alrededor de la edificación comprobando que todas las cortinas suelen estar cerradas. Se lo pregunto, querida historiadora, ¿se puede vivir sin mirar hacia afuera?, ¿cómo? o al menos, ¿sin mirar hacia esta calle, este trozo de ciudad, esta vida que ocurre todos los días y que no se repite?

Al introducirme en el manuscrito que ha compartido conmigo, he pensado, como no podía ser de otro modo, en las vecinas. El ensimismamiento es un estado curioso. A veces puede producir una despolarización atenta, es decir, el aumento de la capacidad de atención pero dirigida hacia dentro, convirtiéndose en dulce recogimiento. Mirar únicamente hacia afuera suele ser una estrategia común para el extravío. Sin embargo, ¿no puede el exceso de ensimismamiento también producir extravíos?; la polarización de la atención hacia adentro que no atiende lo que ocurre alrededor, ¿no puede convertirse rápidamente en embelesamiento? Tengo la intuición de que salir del embelesamiento o dirigir la mirada hacia

una misma son dos gestos dolorosos que no se diferencian entre sí ni son duales, y ambos producen afectamientos y dolor.

Una vez escuché al chileno Humberto Maturana decir que los científicos y los militares no reflexionamos sobre nuestro hacer porque eso cambia el hacer. Es una idea que suelo incluir con frecuencia en mis reflexiones sobre la antropología y, desde mi opinión, aplica bastante bien a algunas de las posturas compartidas en *Itinerarios* —que hasta hace poco han sido las posturas dominantes en las ciencias sociales— las cuales se vinculan, desde mi perspectiva, a una cuestión: la posibilidad de la existencia de una historiografía como una ciencia. Este empecinamiento, que dura siglos, no es sorprendente. Basta traer a Sandra Harding (1996, 16) para entender que el conocimiento que es considerado verdadero es aquel que es legitimado como científico: *en las culturas modernas ni Dios ni la tradición gozan de la misma credibilidad que la racionalidad científica*.

Miro las cortinas de mis vecinas, cerradas de par en par y pienso en su ensimismamiento, es decir, en la imposibilidad de que el aire y el sol penetren en el espacio. ¿No es el mismo ensimismamiento del historiador A, el historiador B, el historiador C y el historiador D, historiador E, historiador F, querida historiadora? Esta suerte de apartheid institucional al cual usted hace referencia, la defensa de la objetividad o de los códigos de razonamiento fundados en la evidencia, ¿no son todos modos de ensimismamiento?

Para continuar con mi reflexión, me gustaría tomar prestada una de sus hipótesis porque, desde mi perspectiva, la necesidad de pensar sobre las prácticas de la historiografía y de las ciencias sociales en general, abre la posibilidad de reflexionar sobre el hacer, reflexionar sobre el hacer produce un descentramiento del papel del investigador y el descentramiento del papel del investigador prepara el terreno para la de-colonización de las prácticas científicas. O por lo menos eso es lo que a mí me gusta pensar, incluso siendo consciente de que los comienzos no dejan de reanudarse. Sin embargo, hacerlo no es fácil. Hace unos años, la invitación a pensar los procesos etnográficos recibió la airada respuesta de una catedrática de antropología a la que tengo mucho aprecio:

¿Las prácticas no académicas no lo borran?

(Si es así, agradecería algunos ejemplos, sobre todo para poder utilizarlos en la academia y mostrarle a mis alumnos no sólo cómo se hace el ‘no borrarlos’, sino sobre todo cómo conseguir vivir como antropólogo/a presentando diarios de campo completos, 40 o 90 entrevistas transcritas, archivos kilométricos con mensajes de foros de Internet, grabaciones ‘en bruto’ de acontecimientos).

¿Hay entidades o personas en la práctica ‘no académica’ que estuvieran interesadas en (/pagaran por) que se les presentara ese ‘material salvaje’ y no el fruto de la reflexión/análisis que sobre él realizan los investigadores? (Si es así, también pediría algunos ejemplos y, principalmente, algunos contactos porque me pasaría a trabajar inmediatamente para ellos).

Hechas ambas preguntas, decir solo que me gustaría participar en el taller, pero en estos momentos mis prácticas académicas me lo impiden. A mí la academia me ataca por otra parte: no dejándome tiempo para dedicarlo a otras cosas que me apetecen más.

La antropóloga respondía (públicamente) con estas palabras a la invitación a participar en un seminario (2014/2015) llamado “Etnografía a lo bruto: un *opening* de datos muy salvaje” que tuve el gusto de coordinar en Intermediae (Matadero), esto es, fuera del ámbito universitario. Entre otras cosas, se invitaba a volcar la mirada sobre una etapa del proceso de investigación (el trabajo de campo) que las prácticas académicas, obsesionadas con la presentación de unos resultados que se asumen asépticos y objetivos, suelen borrar. De este modo, se invitó a un grupo de personas a exponer sus archivos etnográficos con el fin de abrir un espacio de pensamiento interdisciplinar, abierto y colectivo en el que dialogarían artistas y antropólogas. Las reflexiones tuvieron lugar partiendo de una —primera— premisa que luego fue transformada y desarrollada en un artículo publicado en 2016: los archivos etnográficos son un conjunto de datos (notas, diarios, videos, fotografías, grabaciones, entrevistas, observaciones u objetos) que han sido recolectados durante el trabajo de campo y que en principio no han pasado por un proceso de sistematización.

Ciertamente, hay una enorme pertinencia en las preguntas de la antropóloga, pero pienso que en realidad, sus interrogantes estaban

inducidos, más bien, por el deseo de desplazar la atención fuera de los procesos etnográficos por considerar su análisis de poco valor, dentro y fuera de la antropología. Me parece que este desplazamiento del problema, querida historiadora, se vincula una vez más a la defensa de los consensos previos (ontológicos, epistemológicos-metodológicos e ideológicos, como usted señala) de nuestras disciplinas. Si los militares y los científicos no ponemos en duda nuestros consensos previos es porque no queremos transformarlos.

La certidumbre niega la reflexión. La identificación entre la así llamada verdad y el método ha conducido a que el segundo sea el corazón del discurso científico, lo cual, a su vez, ha impactado en la producción de conocimientos. El método existe porque hay un procedimiento que borra las huellas. Pero, ¿y si el error fuese un lugar de aprendizaje, por ejemplo? Generalmente, los resultados de una investigación se presentan como un producto aséptico en el que se han borrado las huellas: los errores, los desaciertos, los tachones o los momentos de pérdida o confusión. ¿Y si se decidiera exponer los fallos, remover la basura e incluso volver a los datos que son aparentemente inútiles?

La legitimación de la producción de los conocimientos producidos por las ciencias sociales se ha llevado a cabo por medio del reconocimiento de su status científico, es decir, del método. Por cuestiones de espacio, no voy a profundizar en los dolores de cabeza que esto ha supuesto para nuestras disciplinas, pero sí me gustaría señalar, querida historiadora, que poner en duda el método (a través de la revisión del proceso, por ejemplo) es una amenaza para el sostenimiento de unas disciplinas que, desde mi perspectiva, han de desmoronarse. No me malentienda, esta no es una posición anti-científica. No propongo reemplazar unos conocimientos por otros, sino más bien, de ponerlos en diálogo, en igualdad de condiciones. Es más, estoy en completo acuerdo con el historiador G cuando señala que el conocimiento del pasado no puede ser una ficción más y que es preciso formular políticas de resistencia. Sin embargo, pienso que, por una parte, es preciso dejar de legitimar únicamente aquellas reconstrucciones del pasado que se llevan a cabo dentro el campo historiográfico y, por otra, lo anterior no nos exime de la responsabilidad de hacer un llamamiento a desestabilizar la ciencia,

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

precisamente porque necesitamos resistir. Las ideas hegemónicas de la ciencia, como usted ha señalado querida historiadora, se sostienen en consensos. A ello yo agregaría que se trata de consensos que tienen una matriz colonial y en este sentido, que reproducen las estructuras que sostienen un sistema capitocéntrico que está produciendo un mundo en extinción: el racismo, el sexismo, la heteronormatividad y el clasismo, entre otras cosas.

En tiempos de catástrofe —como diría Isabelle Stengers— es preciso dinamitar los consensos coloniales de las ciencias sociales. Es preciso cuestionar los consensos de la antropología o de la historiografía con el fin de permitir la generación de formas epistemológicas, metodológicas y ontológicas insospechadas que deben ser necesariamente, desde mi perspectiva, anti-coloniales. Las crisis, como usted señala, producen quebrantamientos, intersticios que son, precisamente, los lugares que debemos habitar con el fin de producir resistencias, desde dentro querida historiadora, como usted muy bien me ha hecho entender en nuestras conversaciones. No va de ser anti-científicas o no: se trata de poner en duda los pilares sobre los que se sostienen las prácticas científicas en un mundo que necesita con urgencia la generación de ideas que sean capaces de situarse fuera de/entre/sobre/bajo los lugares comunes con el fin de producir conocimientos imposibles. Sabiendo incluso que *los comienzos no alcanzan su fin. Se quedan en el camino. Lo cual quiere decir también que no dejan de reanudarse una y otra vez.*

Habrá mucho más aire y mucho más sol en nuestras mentes, querida historiadora.

Con admiración,

Mafe Moscoso

Pensar históricamente al historiador posmoderno, girado o discursivo

Pablo Sánchez León

En principio debería tomarme esta invitación al diálogo que hace Marisa González de Oleaga con la misma cautela con que me tomo otras. Espero empezar haciéndome entender: a cada tanto constato que quienes apelan al diálogo son después quienes menos lo practican, y esto me incluye a mí mismo. Así se ha construido toda la cultura posfranquista, y los académicos somos a su vez paradigmáticos de este modo de hacer, en el que “diálogo”, al igual que “interdisciplinariedad”, han devenido categorías retóricas desprovistas de efectos virtuosos sobre el conocimiento. En su lugar de hecho actúan de vehículos lingüísticos para enquistar la falta de exigencia intelectual y reproducir las prácticas profesionales más aquiescentes y la hegemonía de aquellos que ni practican ni entienden qué es eso de la interdisciplinariedad o el diálogo. En mayor o menor medida, todos estamos marcados por ese rasgo de nuestro contexto, que hace ideología con las categorías del buen pensar e interactuar; de ahí que no admitirlo o negarlo sea para mí la prueba definitiva de que estamos ante un nuevo ejercicio vacuo de buenos deseos, cuando no ante la impostura o el afán de protagonismo (inconsciente o disimulado, es igual a los efectos que aquí importan). Por suerte para ella, creo que Marisa es capaz de reconocer esa precondition originaria en su propio quehacer, y ello hace que su propuesta me produzca confianza.

Parto de la idea que Marisa ha sabido defender manteniendo la sangre fría y sin dejarse llevar por actitudes más eufóricas: no existe el enfoque posmoderno, o este no se reduce a una *cosa*, sino que ante todo existen “historiadores posmodernos” —o “girados” hacia el lenguaje, o como se les quiera llamar—, *gentes* que hacen cosas (ella dice que “practican” la historiografía de una determinada manera), una de

las cuales es decir que son posmodernos (los menos, según constata con acierto Marisa) o que asumen parte de lo que ellos u otros llaman “giro lingüístico” (aquí, en mi argot personal, “enfoque discursivo”). Así, cuando surgieron los debates acerca del conocimiento de la historia presentados de manera genealógica en este ensayo pionero de Marisa, los historiadores en su inmensa mayoría se hallaban dentro de un paradigma historiográfico hegemónico llamado “historia social”. Su ensayo muestra con claridad que fue en ese contexto donde surgieron las polémicas acerca de las relaciones entre las narrativas y el poder, el contenido y la forma, y en fin la crisis de la teleología de las Grandes narrativas de la modernidad.

Por tanto, asumiendo que estamos en un no-debate, lo primero que considero recomendable para pensar históricamente la existencia de dos posiciones epistemológicas en el seno de la comunidad académica es arrancar de una cierta comprensión del escenario hegemónico de “prácticas” entre los historiadores del siglo XXI (de cualquier parte del mundo, incluida España, aunque con sus especificidades). Eso nos lleva directamente a los llamados “Estudios culturales”, que son lo más parecido a un paradigma hegemónico en la historiografía hoy día. Y ahí las cosas pueden parecer sorprendentes pero no lo son. Pues la mayoría de quienes “practican” los llamados estudios culturales ni conocen ni se interesan por los debates o las posturas de las que se hace eco el ensayo de Marisa. En esto no son diferentes a los historiadores sociales de antaño. ¿Seguimos igual? Más o menos, porque formalmente las cosas sí parecen haber cambiado bastante, y es importante subrayar también algunas diferencias, porque nada está casi nunca quieto.

En su día se achacó a la epistemología naturalista característica de las ciencias sociales de la posguerra mundial el que los historiadores sociales no reflexionasen sobre la dimensión narrativa y la componente performativa de los discursos generados acerca del pasado, que es el punto de arranque del ensayo de Marisa. Entonces, por la misma razón hay que decir que el enfoque discursivo ha fracasado a la hora de motivar a los historiadores culturalistas a reflexionar acerca de las condiciones intelectuales y culturales más amplias en

que realizan sus prácticas profesionales, que es el punto de llegada del ensayo de Marisa y una de sus más lúcidas contribuciones.

Frente a las posturas de culpar al otro de la falta de diálogo, que no he parado de ver a uno y otro lado del no-debate, y al divisismo y la pretendida superioridad moral o intelectual y, sobre todo, frente a la proliferación de propuestas que rezuman dogmatismo, lo primero es pensar históricamente al historiador posmoderno o girado o discursivo —entre los que me incluyo—, al igual que en su día se hizo con los historiadores sociales. Historizarlos en lugar de simplemente identificarlos para darles o quitarles reconocimiento, y no clasificarlos además solo o en primer lugar por lo que dicen de sí mismos, es algo que está por hacer. Con peligrosos efectos, según muestran inquietantes fenómenos, como es el caso de la deriva ideológica de un personaje como Frank Ankersmit, emblemático de toda esa literatura identificada con la posmodernidad.

No hay aquí espacio para abundar en qué es lo que implica “pensar históricamente” para abordar desde otro lugar el debate que centra el ensayo de Marisa. Baste decir que pensar históricamente viene a ser como darle la vuelta al aforismo de que “toda historia es siempre historia del presente” y en su lugar plantear que lo que se piensa históricamente es siempre el presente; mas la operación consiste en observar el pasado como extraño al presente, y de su estudio adquirir recursos para tomar distancia crítica de la manera en que el presente se ve a sí mismo (incluido cómo se ve por parte de las epistemologías que se reclaman críticas pero están constituidas por discurso del presente). Tampoco hay aquí espacio para contrastar la historia social con los estudios culturales con mínima sistematicidad, pero a modo de resumen rápido e incompleto destaca que antes lo que presidía el análisis histórico era una obsesión por el sentido total de cualquier suceso del pasado, mientras que ahora asistimos al desinterés más absoluto por la posibilidad de metasentidos en los fenómenos del pasado. A su vez, bajo la historia social cualquier fenómeno quería verse interpretado a la luz de una hipótesis más o menos causal o intencional que lo concatenaba con otros; bajo los estudios culturales, por el contrario, solo adquieren

sentido por separado y a la luz de las ideas de gente como Foucault, Badiou, Derrida, Rancière o Žižek. En ambos casos lo que falta es una labor realmente contextualizadora, que aleje al observador de las convenciones con que el presente se ve a sí mismo, sea por la vía de enfoques explicativos o de las ocurrencias de intelectuales traídos a colación.

Sobre esta base, comparto plenamente con Marisa que el paradigma posmoderno retiene del anterior una suerte de epistemología de segundo orden dominada por las dicotomías. Era previsible: ¿acaso la llamada posmodernidad puede en algún sentido profundo desprenderse de la modernidad a la que nació ligada negativamente? Ante lo cual, reivindico tomarse en serio una metaepistemología en avance que dé valor a la dualidad: si algo deberíamos haber aprendido de este tercio de siglo de “debate” es que, tanto si existe una realidad del pasado a la que podemos acceder como si no, el conocimiento no se ciñe a aquello que no se lee a primera vista en los textos y hay que desentrañar, sino que también incluye aquello que es visible y formal. Así es que además de historizar a los historiadores posmodernos, girados o discursivos, hay que reclamar más y mejor teorización, de manera que podamos incorporar con mínimo rigor la operación evidente de dar valor a las formas.

En puridad no hay que elegir entre esas supuestas opciones, ni necesariamente establecer una jerarquía entre ellas. Esta última afirmación no encierra una apuesta por el eclecticismo —una postura ante el conocimiento muy española, por otro lado— sino un deseo de romper la tendencia eurocéntrica a eludir que la realidad se nos presenta siempre de manera dual, hasta que llega el llamado conocimiento “filosófico” o “científico” occidental y trata de resolver sus supuestas aporías para imponernos un enfoque metafísico sobre el conocimiento². Desde una perspectiva dualista, la realidad es una

2 Para afirmar esto me apoyo en el radical *tour de force* a que ha sometido Peter Kingsley toda la tradición filosófica occidental al mostrar que la metafísica se apoya entera en la relectura sesgada que hicieron los platónicos de la apuesta originaria de Parménides (más rigurosamente Parmeneides), que era por la dualidad. La gran obra de Kingsley se titula, no por casualidad, *Realidad*. PETER KINGSLEY, *Reality*, Point Reyes (Ca.), The Golden Sufi Center Publications, 2004. Véase también, en castellano, *En los oscuros lugares del saber*, Vilaour, Atalanta, 2006.

compleja combinación entre aquello que construimos y aquello que nos construye (a menudo de modo inconsciente); y a su vez lo que nos construye lo hace en la medida en que otros a su vez interpretan (a nosotros y el mundo) al construirse ellos, si bien no dejan ellos también de ser contruidos por las interpretaciones que de sus actos hacemos los que podemos observarlos, normalmente a través de las huellas que ha dejado a su paso por el mundo. En la medida en que estas construcciones quedan instituidas en procesos de significación colectivos, no solo los individuos sino también los sujetos no individuales, como los grupos (y los no humanos, como las instituciones) a que dichas construcciones dan lugar deben pasar a formar parte de toda agenda de conocimiento que se precie.

Para llegar a esta comprensión hace falta bastante reflexión; se necesita teoría en interacción crítica con los trazos del pasado, todos ellos en origen bajo la forma de alguna suerte de documento textual. Vamos, que no basta con limitarse al trabajo de archivo. El fracaso de la historia social como paradigma fue su incapacidad para mantener una mínima tensión con la teoría. Y eso que se empezó medianamente bien. Aunque después ellos o sus detractores hayan dicho lo contrario, los historiadores sociales se mostraron al principio dispuestos a interactuar con la teoría: el problema es que pronto la relación establecida se redujo a hacer con ella todo aquello que evitase el duro esfuerzo de pensar³. Sin esa tensión mantenida, pronto el paradigma degeneró y entró en una huida hacia adelante, consistente en suplantarse la reflexión por la apertura de nuevos temas; por reacción, su defunción adoptó a su vez la forma de un repudio creciente y abierto contra todo lo que sonase a "teoría", cuando sin esta no habría en primer lugar existido la historia social, que debe toda su especificidad al aporte categorial, analítico y metodológico de las ciencias sociales. (En España este empeño anti-teórico adquirió rasgos epocales, fenómeno solo comparable al seguidismo

3 Ahí los tenemos todavía, de hecho, en el caso de los historiadores de la economía, que son los que más se mantienen en el paradigma de las ciencias naturales: en general lo que hacen es aplicar axiomas, someter la realidad a modelos y esquemas, encajonarla en metodologías, sin permitir jamás que la información, a su vez naturalizada como dato, ponga en cuestión la matriz misma de sus postulados teóricos.

teoricista con el que anteriormente, a menudo los mismos historiadores, habían ido de escuela en escuela buscando asidero para evitar pensar, algo por otro lado esperable dada la tradición de monologismo intelectual de base confesional heredada por la cultura moderna española).

Que manteniendo una mayor tensión con la teoría las cosas hubieran sido diferentes es algo que me permite sostener mi propia trayectoria. Yo me eduqué en el espacio abierto entre un ejercicio de la historia social exigente hacia la reflexión teórica y la teorización más sensible a la historicidad radical de los fenómenos sociales: el de la sociología histórica del cambio. No voy a reivindicar hoy un protoparadigma que nunca llegó a ser opción (y menos en España, donde fue abortado antes de poderse desarrollar, en buena medida al ser proclamado sin siquiera empezar a practicarlo por quienes remitían a él), pero no deja de ser interesante que para los escasos colegas que entonces nos inscribimos en eso de la sociología histórica, el acercamiento a lo que luego se llamó “giro lingüístico” —al igual que el alejamiento del “materialismo histórico” tal y como se practicaba (en España mejor hablar de “marxismo *cañí*”, en palabras memorables de Javier Faci)—, fue un proceso relativamente suave, en forma más de un paso que de un salto, y desde luego nada parecido a una ruptura de paradigma generadora de angustias ni crisis de identidad⁴. Por el camino, nunca he(mos) dejado de mantener una tensión con la teoría; solo hemos ampliado el espectro de terrenos donde debe aplicarse: del análisis al método y finalmente a la propia epistemología, que también reclama mucha teorización.

La conclusión sigue siendo la misma de siempre: la disciplina de la historia necesita de más, y sobre todo mejor teoría. Pero entiéndase: la teoría que necesita no es la que se estilaba antes —que también— vinculada a disciplinas como la sociología, la economía o la antropología, y que se centraba en el empleo de categorías para

4 No es este el lugar para detenerme en ello, pero el asunto puede explicarse acudiendo a los textos de teóricos y practicantes de la sociología histórica (como Margaret Somers, por poner un ejemplo entre varios), que anticipaban ya en los años ochenta el interés posterior entre los historiadores culturales por una historia de los significados cambiantes de las categorías sociológicas y de los lenguajes empleados por los agentes en los grandes procesos de cambio histórico.

elaborar hipótesis explicativas de tipo causal o intencional. Hoy se necesita además teoría de calidad para abordar otras dimensiones, como la metodología o la epistemología. La hermenéutica o la propia condición del observador, y su subjetividad, por no hablar de la naturaleza narrativa de todo relato acerca del pasado, son todas dimensiones que necesitan de teoría, reflexión, análisis, si no se quiere reproducir el viejo formato positivista, a la vez tan autolimitador y tan castrador, pero si tampoco se desea caer presa de los gurús del conocimiento que, ejerciendo de tuertos en el país de los ciegos, a cada tanto se insinúan en el horizonte académico dispuestos a vivir de sus boutades.

Todo esto es en principio una buena noticia para los académicos, sean historiadores o no y sean posmodernos o no, que Marisa presenta en su ensayo como motivados por abrir debates acerca del conocimiento del pasado. Dicho privilegio se envuelve de amargura, no obstante, cuando se comprende que, además de conocimiento, la cuestión de la realidad y su observación comporta también una ineludible dimensión de re-conocimiento, que afecta a terrenos situados más allá (¿y/o más acá?) de la epistemología: en el terreno moral. Nuestros prejuicios, inscritos en los contextos culturales que nos permiten identificarnos y sentir que somos, constituyen tantas otras limitaciones al conocimiento que podemos alcanzar. Estas implicaciones no parecen estar presentes entre quienes proponen una perspectiva girada hacia la centralidad del texto, o inscrita en la filosofía posmoderna, o distanciada de las convenciones del paradigma de la historia social clásica o de los estudios culturales.

La posmodernidad de la mirada no se puede decretar, ni hay técnica o tecnología de conocimiento que garantice una distancia suficiente de nuestras propias convenciones aun cuando nos consideremos inspirados por el giro lingüístico o el enfoque discursivo. No es cuestión de método sino de posición (moral) ante la realidad que se experimenta, y el problema es que esta suele inducir un miedo telúrico que nos lleva a acogernos a cualquier formato de observación que nos proporcione tranquilidad emocional y moral, y finalmente certidumbre intelectual, incluido el enfoque posmoderno, girado o discursivo. Y es que nuestra posición para el conocimiento

no es simple cuestión de elección: no es posible tomar distancia si no se está distanciado de los lugares comunes con que la realidad es construida en el contexto histórico en que nos toca vivir. No por asumir el dictado de la posmodernidad, ni siquiera el del giro lingüístico, se libra uno de los principios morales (o las pasiones bajas) que fundan nuestras opciones intelectuales.

Precisamente porque se trata de posturas que no han sido pensadas históricamente sino que se han presentado como opciones de conocimiento “mejores” frente a otra u otras “peores”, quienes las postulan han tendido a perder de vista su propia historicidad, es decir, el proceso que les ha hecho a ellos surgir en primer término como historiadores nuevos o alternativos. Y en consecuencia han sido presa de la misma tendencia dogmática —a “legislar” acerca de la realidad en lugar de ceñirse a “interpretar”, en la caracterización de Rorty, por otro lado tan manida por este tipo de autores que ha terminado convertida en una distinción vacua—. De ellos los más insufribles son los que podemos llamar “postmodernos objetivistas”, aquellos que dicen no tomar partido en la supuesta disputa por el conocimiento sino que se limitan a declarar que “ya no podemos ser modernos sino solo posmodernos”: este tipo de posturas no tiene en cuenta el extremo grado de correosidad que puede llegar a tener el discurso hegemónico acerca del pasado, por obsoleto que se manifieste desde una postura intelectualmente crítica o un diagnóstico “objetivo”. Se trata además de un fenómeno que les afecta también a ellos, a menudo hasta constituirlos, lo cual señala la enorme impostura o inconsciencia que hay detrás de la práctica de circunscribirse a la deconstrucción de narrativas históricas disponibles sin ofrecer otras alternativas.

Todo esto viene a abundar en la vieja idea de que la historia narrada siempre fue un género demasiado valioso en las culturas modernas como para dejarlo en manos de un cuerpo de historiadores. Pero ello no me lleva a concluir que debería solo ser practicado por los más críticamente distanciados de las convenciones del presente (entre otras cosas por los problemas de suministro que acarrea: semejante tipo de observadores virtuosos, casi por definición, son

los que menos reconocimiento suelen recibir por parte de quienes habitan con comodidad entre dichas convenciones instituidas y poseen poder). No se trata de negar a nadie el derecho a interpretar el pasado; al contrario, conviene para empezar radicalizar esta facultad, democratizando el acceso a los recursos de interpretación del pasado: todos los ciudadanos estamos capacitados para pensar históricamente, pues ello depende ante todo de nuestra posición moral ante nuestro presente, y constituye una praxis social perfectamente legítima, además de una realidad social y cultural y una necesidad que nos urge como animales políticos.

El problema es qué justifica entonces una profesión. Porque no se puede tampoco exigir a los profesionales que alcancen primero la virtud si aspiran a ejercer como historiadores. Pero al menos sí se les puede y debe exigir una tensión entre la componente de conocimiento y la de re-conocimiento en sus prácticas. En relación con el método, la verdad es que creo que cada uno puede hacer lo que quiera como más le convenga a los fines del análisis histórico. El lío empieza con las cuestiones de re-conocimiento, pues ahí la formación profesional bastante poco vale. Pensar históricamente el presente contiene una componente de transformación moral, o al menos de actitud abierta ante el cambio en las matrices heredadas de pensamiento, que no se da tan claramente en otras disciplinas o géneros: ello es así porque, a diferencia de lo que sucede con otros fenómenos sociales o naturales, acercarse al pasado puede activar procesos de distanciamiento crítico respecto del presente que a su vez suelen conllevar efectos morales sobre el observador.

Es por eso que el diálogo que a mí me motiva es en un principio menos *entre* historiadores representantes de supuestas epistemologías, y en cambio más el que surge de monitorizar el de todos ellos *con* esos trazos del pasado que nos permiten cuestionarnos en nuestras certidumbres inducidas. Hasta donde moralmente estemos dispuestos a aceptarlo, es decir, hasta topar con nuestros límites y admitirlos ante terceros, en forma, entonces ya sí, de un diálogo entre observadores dispuestos a re-conocer sus limitaciones epistemológicas y reflexionar en público y en compañía acerca de ellas.



En torno a una posmodernidad trágica

Pedro Carlos González Cuevas

Al menos como hipótesis, podemos decir que la posmodernidad no es una mera moda intelectual, aunque haya estado de “moda”. En realidad, es un proceso. Un camino que se abre a finales del siglo xx y que nos ha llevado hasta hoy a negar, o al menos a cuestionar, los mitos, los dogmas que estructuraron el *imaginario* del mundo actual. Y ese camino ha sido hecho por los propios hijos de la modernidad occidental: la metafísica racionalista, la ciencia, la civilización urbana, la democracia, el sentido de la Historia, etc. La posmodernidad no es sino el callejón sin salida de la modernidad, el momento en que el progreso se para y la utopía se disuelve. Lo cual es un asunto muy serio, porque cuestiona los fundamentos de la civilización occidental.

Sin duda, la historia ha sido, y es, una de las disciplinas más afectadas por la nueva situación. La coyuntura se caracteriza por una gran confusión, ya que las estructuras analíticas de la Ilustración y, por ende, de uno de sus hijos —el marxismo— se vieron erosionados profundamente. Sus respectivas filosofías de la historia se encuentran, como afirma Alasdair MacIntyre, en una auténtica “crisis epistemológica”. No es ya en absoluto posible intentar construir un pasado en su realidad entera, global, ya que todas las reconstrucciones se muestran provisionales y dependientes de múltiples interpretaciones. En opinión de no pocos, la historia se convertiría en un artefacto de carácter literario. Para autores como Roland Barthes o Jacques Derrida, el lenguaje era lo que confirma o predetermina la realidad. Además, la crisis y el definitivo ocaso de los sistemas políticos del denominado “socialismo real” han llevado en sí mismos profundos significados de raíz filosófica y antropológica. Como señaló el filósofo polaco Leszek Kolakowski: “La historia del comunismo no solo nos enseñó que hay profundas fronteras más allá de las cuales el hombre no cambia, es decir, que existe de veras algo que podríamos llamar naturaleza humana,

sino también que las actividades económicas tienen unos límites, cuya violación resulta catastrófica; que en economía hay ciertas reglas de juego que escapan a nuestro control”.

Sin embargo, tampoco resultaba no ya convincente, sino intelectualmente defendible la referencia a un supuesto “fin de la Historia”, tal y como defendía el politólogo Francis Fukuyama. En realidad, tal presunción no significaba más que la apoteosis de la concepción teológica y escatológica característica del proyecto de la modernidad, en su variante ilustrada y neoliberal. Como en el caso del teólogo y paleontólogo Teilhard de Chardin, la democracia liberal y la economía de mercado se convertirían en el “punto Omega” de la evolución social y política de la Humanidad. Una interpretación que pudo ser tomada en serio a partir de 1989, con el final de los sistemas políticos de “socialismo real”, pero que, a partir del 11 de septiembre de 2001, resultaba imposible de defender racionalmente. Como señaló el politólogo Robert Kagan, se produjo un auténtico desquite de la historia. En todas partes el Estado nación seguía siendo tan fuerte como antes, al igual que las ambiciones nacionalistas, las pasiones y las competencias entre naciones. Por otra parte, el modelo de democracia liberal no solo se mostró incapaz de trasplantarse a sociedades como la china o islámica, es decir, dista mucho de ser universal, sino que, hoy por hoy, se encuentra inserto en una profunda crisis en el conjunto de las sociedades occidentales como consecuencia del proceso de globalización. Por ello, el historiador italiano Emilio Gentile ha podido decir: “Sea como sea, la democracia es un fenómeno histórico y como todos los fenómenos históricos ha tenido un comienzo. Y podría tener un final”. Por otra parte, resulta preciso someter a crítica constructiva la realidad de las democracias representativas realmente existentes. Y es que hasta el espectador más superficial es consciente de que el poder en las democracias liberales actuales se distribuye de una manera brutal y grotescamente desigual. Si bien existe un cierto tipo de igualdad —cada persona un voto— las alternativas entre las que se eligen no son determinadas por todos ni por la mayoría de los votantes. Allí entran en el juego los partidos políticos, los lobbies, los grupos de presión, los expertos en política y economía, los medios de comunicación y las empresas que financian

todo lo anterior. Como ha señalado Alasdair MacIntyre, la democracia actual garantiza, en el fondo, la hegemonía del dinero.

Así, pues, la crisis del marxismo, de las políticas neoliberales en economía y de la democracia liberal a nivel político, muestra que esa perspectiva optimista, escatológica, cuyo último defensor sea quizá el neokantiano Jürgen Habermas, se encuentra ya muy lejos de ser operativa.

Por todo ello, resulta necesaria una nueva narrativa histórica. Como señaló Robin G. Collingwood, no existe investigación histórica sin una previa filosofía de la historia que la sustente. Evidentemente, no puede rechazarse por completo la validez del método empírico, pero la ordenación de los hechos tiene por fundamento una filosofía, sin la cual el historiador no puede realizar su trabajo. Como diría Carl Schmitt, el historiador es “soberano” sobre el “estado de excepción”, es decir, una situación que excede los criterios establecidos, que es excepcional. Al enfrentarse a una situación para la que se carece, al principio, de premisas desde las que poder deducir de manera irrefutable la acción correcta que dice emprender, debe “decidir” y, en ese sentido, debe “decidir” qué hacer. Análogamente, la opción en virtud de la cual el historiador selecciona los datos del pasado que juzga relevantes y que engrosarán su relato también constituye propiamente una “decisión” y, en ese sentido, una prueba de “soberanía”. Por supuesto, en estos actos no carece por completo de criterios, sino que decide en relación a una filosofía, a una “visión” previa de lo que considera la “realidad”. En consecuencia, resulta preciso ofrecer y articular sistemas epistemológicos alternativos para alterar nuestra perspectiva actual del mundo histórico. Ya Carl Schmitt propugnaba, a comienzos de los años cincuenta del pasado siglo, una visión conservadora basada en la “imagen cristiana” de la historia, tal y como la concebían Juan Donoso Cortés, Sören Kierkegaard y Jacob Burckhardt, frente al marxismo soviético y al evolucionismo liberal propugnado por los Estados Unidos. En un sentido muy próximo, Ernst Nolte, tras el final de los sistemas políticos de “socialismo real”, señalaba que la historia ya no podía ser concebida como un drama dialéctico que nos mostrara la victoria de la razón sobre la sinrazón, de la luz sobre las tinieblas, sino que

estaba repleta de elementos trágicos y, posiblemente, era ella misma una tragedia. De ahí, según el historiador alemán, la trascendencia de las filosofías trágicas de la historia como las defendidas por Hegel y Weber, basadas en la dialéctica permanente entre valores inconmensurables, “un concepto protrágico de la vida que se opone radicalmente al concepto no-trágico del progresismo”. Una visión trágica que tiene por base y enfatiza las restricciones humanas, cuyas características esenciales son el pesimismo antropológico; la defensa de la continuidad social, cultural y política frente a los planteamientos revolucionarios; y del sentimiento de “lo sagrado” frente a las tendencias secularizadoras. Y es que el denominado “progresismo” no es, desde esta perspectiva, la potencia inofensiva y benéfica que sus partidarios habían visto en él, sino que, en determinadas circunstancias, hasta podría ser un peligro para la existencia de la humanidad. Se impone así una “filosofía de la sospecha”. Y es que, después de Marx, Freud, Nietzsche y Heidegger, la idea del hombre seguidor y poseedor de la totalidad de sus acciones y de sus ideas no resulta ya convincente. Y, en el plano político, las angustias que suscita el universo secular-democrático, son plenamente legítimas. Son, en efecto, comprensibles desde el momento en que se percibe la auténtica dinámica de este universo, que consiste en la erosión continua de las formas y contenidos tradicionales, y por eso mismo en la producción de un cuestionamiento infinito. El problema planteado al individuo por el universo secular-democrático es, en realidad, el *límite* y el del fundamento del límite. Y ello se ve hoy en esas cuestiones que se llaman bioética, en las que algunos que militaban hace años en favor del aborto, se espantan ante las posibilidades de las manipulaciones genéticas —un ejemplo claro de ello es el propio Habermas—, ante los proyectos de interrumpir la vida de los recién nacidos anormales o ante los inextricables conflictos jurídicos y afectivos que plantean las familias de alquiler. O, en otro orden de cosas, las intervenciones militares “humanitarias” en países de la periferia. Tal es la posmodernidad trágica a la que nos enfrentamos. Y es que, como afirmó el filósofo Oswald Spengler, en su libro *Años decisivos*, de aquí en adelante nos esperan “décadas grandiosas”, es decir, “terribles e infaustas”.

Imaginación, narración y ciencias sociales: una lectura de *Itinerarios* desde la sociología histórica

Zira Box

En uno de los textos que, a mi juicio, siguen constituyendo una de las propuestas más sugerentes de cómo hacer ciencia social, Clifford Geertz planteaba que el conocimiento generado por estas disciplinas no dejaba de ser una ficción. Con ello no quería decir que fuera falso, advertía el conocido antropólogo, sino que en esa descripción densa consistente en interpretar las previas interpretaciones proporcionadas por los actores iba implícita —no podía ser de otra manera— una buena dosis de reconstrucción narrativa. Una de las claves, proseguía Geertz, era sopesar las distintas posibles ficciones y optar por aquella que al científico o científica social le pareciera más plausible: de acuerdo con sus datos y el trabajo de campo realizado, se debía elegir la reconstrucción de los significados que resultase más aproximada a esa quimera inalcanzable de lo que realmente fue o pasó.

Más o menos una década antes, C. Wright Mills había llamado la atención sobre una cualidad intrínseca a toda ciencia social abocada a convertirse en clásico: la importancia de la imaginación sociológica para poder poner en perspectiva lo individual dentro de lo colectivo. Si la sociología —las ciencias sociales, podríamos decir de forma más amplia, incluyendo en ellas a la historiografía— tendría como finalidad incidir en el cúmulo de condicionantes sociales y culturales que, de forma más o menos invisible, envuelven a la experiencia personal, una de las cualidades más importantes del científico social residiría en la capacidad de dar ese salto de lo concreto a lo general, de lo biográfico a lo social, del presente a la perspectiva histórica que precede a aquello que conocemos.

La idea no era estrictamente nueva. En un texto muy temprano publicado en *The American Sociological Review*, Claude Bowman ya

había hablado de *dependencia* para explicar el vínculo del científico social con la imaginación. Porque si, en buena medida, estas disciplinas buscaban generalizar y encontrar conclusiones aplicables a diferentes casos y circunstancias, este paso de la experiencia personal del analista a una visión global sobre los acontecimientos suponía hacer uso de la imaginación. Bowman inauguraba su artículo con el filósofo de la ciencia Morris R. Cohen, recogiendo una cita en la que se incitaba a considerar el fragmento tan pobre e insignificante de nuestro mundo que, en términos de espacio y tiempo, cualquier individuo podría experimentar de forma sensorial: literalmente, una parte infinitesimal del espacio total de la Tierra. El paso siguiente, proseguía Cohen, ese ejercicio que, más allá de nuestra experiencia, nos permitiría comprender otros tiempos y épocas, o especular sobre sucesos lejanos desde el punto de vista espacial, sería fruto de nuestra posibilidad de representar, crear y, en definitiva, imaginar lo que no hemos visto u oído de primera mano.

En la misma revista y algunos años después, el antropólogo Robert Redfield reflexionaba sobre lo que llamaba el *arte de la ciencia social*, reivindicando que en estas disciplinas no todo era método formal. En parte sí, por supuesto, pero siempre y cuando el concepto de *método* fuera entendido de la manera más amplia posible. Porque para comprender la naturaleza humana no había mejor fórmula que hacerlo desde la propia humanidad: lo que verdaderamente necesitaba el científico social era la capacidad de empatizar con los motivos, deseos, presupuestos y juicios de los sujetos con los que estuviera tratando. Retomando, como se ve, uno de los principios básicos de la sociología constructivista e interpretativista en la que la clave resultaría ser la capacidad de comprensión e interpretación de los demás, Redfield concluía que la ciencia social era esencialmente científica, pero también humanística y libremente imaginativa: igual que al artista lograba revelar aspectos universales de la naturaleza humana y social, esta desentrañaba, en última instancia, aspectos amplios y profundos que igualmente concernían al conjunto de la Humanidad.

Podríamos considerar, por tanto, que la imaginación es parte esencial de la caja de herramientas de cualquiera de estas disciplinas

situadas en la vertiente de conocimiento que denominamos ciencias sociales (unas disciplinas que solo pueden disgregarse por justificación de la organización de los diferentes gremios, como leemos al inicio de esta propuesta transdisciplinar que constituye *Itinerarios*, dado que el conocimiento muestra —por fortuna— unas fronteras mucho más borrosas y difusas). Radicalizando la facultad imaginativa estarían, por ejemplo, la denominada historia contrafactual, ese ejercicio de abstracción que permite imaginar qué habría pasado si las cosas hubieran acontecido de modo distinto a como lo hicieron, o la llamada *social science fiction*, una apelación al poder de la narración para una mejor comprensión de la realidad social. Como apuntaban Martin Harry Greenberg y Patricia S. Warrick en los años 70 en su *Political Science Fiction: An Introductory Reader*, la ciencia ficción supondría poner a disposición del científico social no solo el interés por el pasado y el presente, sino también por el futuro: poder imaginar mundos aún desconocidos con la intención de comprender mejor todo aquello que nos rodea (Gerlach y Hamilton, 2003).

La mención a la ciencia ficción no es baladí; nos acerca a uno de los puntos centrales del libro que tenemos en las manos: el poder de la narración, el papel del lenguaje en la reconstrucción de conocimiento o las posibilidades del saber histórico. Si me he tomado la libertad de traer a colación la imaginación intrínseca a la elaboración de las ciencias sociales aceptando la invitación que me ofrece Marisa González de Oleaga de plasmar mi experiencia lectora de *Itinerarios. Historiografía y posmodernidad* es porque comparto la idea de que los debates historiográficos de finales del siglo xx apuntan cuestiones nodales de cualquiera de estas disciplinas. Unos debates que, no por estar circunscritos al intercambio de artículos y *papers* publicados en revistas pertenecientes al ámbito historiográfico, dejan de ser pertinentes para ese puñado de disciplinas afines que, como la antropología, la sociología, los estudios culturales o la crítica literaria, se interrogan, también, por los procesos de interpretación, reconstrucción o narración de lo que aconteció o acontece. Porque, como se reconoce en el texto, las polémicas que han sacudido la historiografía —pudiéndose, de nuevo, extrapolar a otras tantas áreas de conocimiento— afectan a la espina dorsal de

todas estas perspectivas: como se señalaba antes, a la relación entre la realidad y la ficción, al lenguaje como mediación entre el sujeto y lo real o a los procesos de reconstrucción de los sentidos otorgados por los sujetos a las acciones que realizan.

En este sentido, leyendo el detallado análisis de los debates desde una sensibilidad poco posmoderna y ajena a lo que de forma estricta podríamos considerar la historiografía, me encuentro con la Historiadora c, una de las interlocutoras de ese magnífico diálogo ficticio en el que, de la mano de hipotéticos historiadores e historiadoras, Marisa González de Oleaga reconstruye los distintos vértices de la discusión académica. La postura de la interlocutora c es clara: al bucear por las complejas reflexiones sobre los límites y alcances de la historia como disciplina, hay una cierta sensación —y cito a la mencionada Historiadora— de que los posmodernos creyeron haber descubierto lo que siempre fue evidente para cualquiera que trabaje desde una perspectiva histórica. En primer lugar, que las fuentes que se manejan —no puede ser de otra manera— son parciales y deficientes; en segundo lugar, que la escritura del relato sobre lo que pasó es justamente eso, un relato siempre falible y forzosamente selectivo; por último, que el historiador, en tanto sujeto, es igualmente parcial y subjetivo. “No veo razón —continúa una exasperada y resolutiva c— para tomar en serio o perder el tiempo en disquisiciones bizantinas”.

En *Itinerarios*, es cierto, hay una crítica probablemente certera: tener claras estas cuestiones no ha implicado que se hayan tenido en cuenta en los trabajos historiográficos, dado que muchos de ellos continúan situados en los márgenes de los debates y los argumentos que destapan. Los posmodernos o la poshistoria, como afirma Marisa González de Oleaga, no han inventado nada, pero se han atrevido a navegar en aguas turbulentas que sus adversarios aún se empeñan en vadear. No tengo capacidad de juzgar si lo que plantea la Historiadora c es o no acertado, del mismo modo que tampoco sé cómo de permeable ha resultado *de facto* la historiografía a estas preguntas e interrogantes esenciales. Lo que sí sé es que tal vez no haga falta ser posmoderno/a —si se me permite la simplificación— para asumir el recurso a la imaginación, la reconstrucción en cierto

modo ficticia de todo relato supuestamente científico, la importancia del lenguaje como único modo para contar y narrar lo que sucede sin que pueda perderse de vista, simultáneamente, que los discursos son prácticas sociales —prácticas atravesadas por variables estructurales y circunstancias contextuales—. No solo no hace falta ser posmoderno, sino que siempre podemos volver a aquello que de forma aparentemente simple nos decía Geertz: elaboremos nuestras ficciones con honestidad, utilicemos nuestras fuentes y/o realicemos los trabajos de campo con pulcritud, sopesemos posibilidades y quedémonos con aquella que, asumiendo todos sus límites, nos parezca la mejor. No hace falta ser posmoderno, pero, en todo caso, bucear por *Itinerarios. Historiografía y posmodernidad* es una estupenda ocasión para pensar en todo esto.

REFERENCIAS

Claude C. BOWMAN, "Imagination in social science", *The American Sociological Review* 1/4 (1936), pp. 632-640.

Morris R. COHEN, *Reason and Nature*, Harcourt, Brace, 1931.

Clifford GEERTZ, "Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura", en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2009, pp. .

Neil GERLACH y Sheryl N. HAMILTON, "A history of social science history", *Science Fiction Studies* 30/2 (2003), pp. 161-173.

Martin H. GREENBERG y Patricia S. WARRICK, *Political Science Fiction: An Introductory Reader*, Englewood Cliffs: N.J Prentice-Hall, 1974.

Robert REDFIELD, "The art of social science", *The American Sociological Review* 54/3 (1948), pp. 181-190.

C. WRIGHT MILLS, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de cultura económica, 1999.



Mi viejo amigo Larry

Miguel Martorell Linares

Hacia años que no leía nada sobre Larry Stone. Quizás sea excesivo este abuso de confianza, pero cuando hablo de Larry me estoy refiriendo a Lawrence Stone, el historiador británico, que fue uno de mis héroes mientras estudiaba la carrera. Stone se convirtió para mí en un referente, en una figura mítica porque era la bestia negra de la mayoría de mis profesores, empeñados en explicarnos los modos de producción a lo largo de la historia y la vulgata *gramsciana* a través de una lectura simplista de *El Gatopardo*. “Es necesario que todo cambie para que todo siga igual”, repetían machaconamente al comienzo de cada asignatura, un adagio que lo mismo servía para explicar la revolución burguesa que el auge de los fascismos en Europa; el reinado de Isabel II o la dictadura franquista...

Era imposible escucharles y no tener la sensación de que el pasado era un todo continuo —tremendamente aburrido— en el que década tras década no ocurría nada relevante, nada significativo. De ahí que tampoco fuera fácil entender qué pintábamos allí estudiando historia... Y en estas llegó Larry —perdón, Lawrence— Stone. Ya por entonces la historiografía me interesaba más bien poco, pero era imposible sustraerse a la polémica desatada por un artículo que escribió al acabar los años setenta, donde abogaba por que los historiadores cuidáramos más el estilo narrativo de nuestros trabajos, y que casi una década después seguía teniendo en estado de shock a algunos de mis docentes. Por eso se transformó en mi ídolo.

Según ellos, Stone era poco más o menos que un peligro público, un heterodoxo al que había que retirar la licencia de historiador e impedir que siguiera escribiendo herejías. Era el hombre que despreciaba la economía y la sociología, y proponía establecer una alianza con la antropología y la psicología; que trataba de acabar con las certezas firmemente arraigadas sobre la eterna permanencia

de las estructuras subyacentes y la irrelevancia del individuo o las instituciones políticas; el diablo que se atrevía a sostener que los historiadores deberíamos conferir un tono más literario a nuestros textos ¡Con lo que había costado convertir la historia en una disciplina científica y aquel loco quería darle un aire de literatura y enterrarla de nuevo en el pozo sin fondo de las humanidades!

Bueno: pues si todo eso era cierto, Stone era mi hombre. Y aunque mis profesores dijeran que su mensaje era contrarrevolucionario, a mí me parecía todo lo contrario. Medio en broma medio en serio, casi se convirtió en un confidente, una especie de amigo invisible con el que parloteaba en mi interior cada vez que alguien, sobre la tarima, nos contaba por enésima vez que era necesario que todo cambiase para que todo siguiera igual. De ahí viene mi amistad con Larry, el personaje que construí a partir de los ecos que me llegaban de Lawrence Stone y la repercusión de su obra en mi vieja facultad. Una amistad que, como casi todas las de la adolescencia o juventud, con el paso de los años cayó en el olvido. Acabada la carrera me desentendí de los debates historiográficos y le perdí la pista. Algo escuché en alguna ocasión sobre su militancia en nuevas polémicas, pero yo ya estaba en otras cosas...

Marisa me recuerda en estas páginas que, en efecto, Stone volvió a la carga, ya setentón, al comenzar la última década del siglo pasado. El revolucionario de antaño, el hombre que llegó con el martillo para demoler certezas, se había convertido en defensor numantino de la fortaleza. De una fortaleza a la que él mismo, años atrás, había asestado un primer y probablemente decisivo golpe. Su gusto por la forma, su amor a la construcción narrativa, su que-rencia hacia la antropología y la psicología habían contribuido a abrir un boquete por el que también empezaron a colarse otros bárbaros a los que él nunca pensó en invocar; pues, ¿por qué los antropólogos o los psicólogos sí y los lingüistas no? Todo lo que parecía sólido estaba por evanecerse y el viejo Larry juraba a quien quisiera oírle que se arrepentía de haber mentado alguna vez en su vida a Clifford Geertz.

Tal pasión contrarrevolucionaria me recordaba a la de aquellos pequeños burgueses de libro, cuyas venturas y desventuras en las

revoluciones del siglo XIX nos contaban en la facultad, agitadores radicales que se lanzaban a proclamar la rebelión contra el gobierno o el rey de turno, y sin quererlo despertaban las furias de una revolución más profunda, que venía a desintegrar las bases sobre las que se asentaba el orden social. Asustados por la virulencia del monstruo al que habían despertado, deshacían el camino recorrido y se aprestaban a defender junto a sus enemigos de antaño el Orden —así, con mayúscula— que habían querido derribar. El viejo Larry encabezó una revolución y la revolución le había arrollado, pasado por encima, transformándolo en un retrógrado al que ya no podía seguir tuteando, ni quería reconocer con un diminutivo cariñoso. Este ya no era mi Larry. Si acaso, Don Lorenzo.

Don Lorenzo despertó inicialmente en mí un rechazo epidérmico. Nada podía tener yo en común con ese reaccionario, un ser que *a priori* me resultaba despreciable. Pero fue una primera reacción, visceral. Cuanto más he ido reflexionando sobre él, menos ajeno me parece, y al oírle —al leerle— tengo la sensación de identificar por fin una voz que resuena desde hace mucho tiempo en mi cabeza. Una voz que discute, debate y se pelea con el viejo Larry pues, al fin y al cabo, es su *alter ego*, su contraparte. Creo que los dos alimentan mis contradicciones, que me susurran cosas al oído como los ángeles y diablillos que pinchaban a los personajes en los dibujos animados que veía en mi infancia, revoloteando junto a sus orejas, tratando de arrastrarles por un camino u otro.

Larry el revolucionario, mi demonio cornudo, colorado y de rabo puntiagudo, me agujonea con su tridente. Me exige que dude, que cuestione todo lo que creo saber, me anima a formular continuamente nuevas preguntas y a imponerme nuevos retos, me incita a desconfiar de los paradigmas y modas imperantes, me pide que cuide la forma en la que escribo y me alienta a experimentar con ella, me invita a no confundir lo sólido con lo rígido, me azuza para que innove, quiere que busque nuevas referencias fuera de las disciplinas al uso y, desde luego, que me empape de literatura; me recuerda que hay vida y lectores más allá del mundo académico y que no puedo llegar a ellos escribiendo como si redactara por enésima vez la tesis; disfruta instigándome al riesgo y me contagia parte de su locura...



MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

Al otro lado, Don Lorenzo, el angelote con su túnica blanca y tocado de un nimbo en la cabeza, me ruega que no escuche al diablo, vela día y noche por que preserve la sensatez, la prudencia y la cordura, me pide que recele de lo excesivamente evanescente porque con frecuencia no es más que humo, me refrena, me ata a la tierra, me recuerda quién soy, qué aprendí, y de dónde vengo, y —por encima de todo— me hace ver que hay límites que no puedo ni debo franquear si es que quiero seguir dedicándome a lo que me dedico. Y así, escuchando voces, con este trastorno de personalidad múltiple que intuyo irremediable, voy tratando día tras día de ejercer mi oficio...

Desde la esquina recóndita

Pedro Piedras Monroy

I

No me engaño. ¿Por qué alguien como yo pudo hacerse alguna vez medievalista? O más bien, ¿por qué alguien como yo entró en unos estudios de historia que acabarían dándole el título de historiador especializado en la Edad media? Pues, sin duda, porque entre mi perversa afición al canto gregoriano y mi obsesión por *El nombre de la rosa*, acabé cometiendo el pecado inconfesable de dedicar mi vida a la ciencia rutilante que trata ese período. *C'est à dire*, bajas pasiones. Dejando aparte la cuestión musical, la novela de Eco le aportaba a mi mirada al pasado una emoción, un *thrill* incontenible. El siglo xiv no era, en su abracadabra literario, una pulida pieza de museo sino muy al contrario un organismo vivo, impuro, mohoso, traspasado por el presente y sus neurosis, arrebatador, alucinado.

No me avergüenzo, sin embargo. ¿Por qué habría de avergonzarme si, además, mi proceso fue el mismo que el del gran padre de la historia como ciencia, aquel paisano de Turingia, de largas patillas y ojos miopes, llamado Leopold von Ranke, que quiso contar los acontecimientos *tal y como ocurrieron*, con documentos —sí— pero bajo el hechizo de las novelas históricas de Walter Scott?

En el principio, es un hecho, estuvieron los cuentos y luego llegaron los policías y los criminólogos, y los periodistas, y los historiadores, y cada uno de ellos quiso ponerle una cerca cada vez más estrecha a esta oveja despeluchada que es la realidad, y así encontrar —a la vez— un sentido a su vida y una fuente de ingresos.

Por lo que nos toca, después de Ranke y gracias a tanta gente sería —de Michelet a Mommsen, o de Droysen a Burckhardt— la cosa esta de la historia fue cogiendo empaque científico y desplazando a la vez a todo aquello que a sus ínclitas autoridades les sonara a invención.

Y, sin embargo, ni Meinecke ni Bloch ni Febvre ni Braudel ni tantos y tantos parecieron darse cuenta de que una cosa es sustentarse en hechos que reflejan los documentos y otra muy distinta ser capaces de superar el hechizo de la prosa, o lo que es lo mismo: el hechizo de la forma. *No hay escape a la forma*, decía un personaje de Salman Rushdie, reflejando con ello como pocos la tonalidad que tendrían los relatos del pasado del final del xx y los principios del xxi.

II

Los aparentemente inofensivos postulados de Saussure, acabaron alimentando las ideas de Barthes, Foucault o Derrida, entre otros, que los llevaron al extremo del derridiano *No hay nada fuera del texto*. El lenguaje, para los pensadores de la segunda mitad del siglo xx, ya no *representaba* el mundo sino que *era* el mundo, un mundo cargado de metafísica y de presuposiciones, que solo daba cuenta de sí mismo. Con los pensadores de la posmodernidad estallaba, por tanto, la vieja unidad significado-significante y toda referencialidad se volvía sospechosa. La verdad que sostenía el edificio de la historia (entre otros) temblaba. Fue así cómo los gatos se volvieron un poco más pardos en la noche del posmodernismo, pero también cómo los discursos ocluidos, oprimidos y marginados encontraron un cierto consuelo.

Las ideas posmodernas —que inmediatamente contaminarían todas las disciplinas y muy particularmente la historia— nacían como antídoto, pero también como reflejo y como testigo, del inmenso simulacro en el que se había convertido una realidad carente ya de asideros. Tal era la evidencia del descontrol racional que sacudía al mundo, que las propias religiones hubieron de hacer causa común con la ciencia —su archienemigo secular— para encontrar alguna certeza que redimiera al orbe de aquel “relativismo” aniquilador. ¡Oh, fe! ¡Oh, razón!

Hace unos treinta años —siempre un poco tarde aquí— algunos de nosotros empezábamos a llegar a la conclusión de que, por tanto, todo era líquido o, mejor, que todo lo sólido se desvanecía irremisiblemente en el aire. Ni siquiera nuestros amigos ni nuestros

mentores parecían ya representarnos. Tanto me enseñó sobre ello Gayatri Spivak, que aún sigo dándole vueltas a unas páginas suyas que leí por entonces. No teníamos más que discursos, frutos de los poderes hegemónicos, mientras la verdad, es decir, el verdadero horror profundo, no aparecía por ningún lado, puesto que su albacea —subalterno— no podía hablar. Nuestros textos no nos servían ya como nos habían servido las viejas historias y no sabíamos cómo construir las nuevas.

Y mientras, esta pobre disciplina de la historia corría como un conejo asustado, de un ángulo a otro de las materias humanísticas, una vez que sentía que como ciencia daba la talla solo a medias y que su único ecosistema practicable era el *refugium peccatorum* universitario. Ahora bien, lejos de los debates de Hayden White, Jenkins, Hutcheon o Ankersmit, la historia pétrea que seguía (y sigue) estudiándose en las universidades y todo su coro griego de fastuosos practicones que vivían (y viven) de las sobras pasadas de viejas corrientes historiográficas venidas siempre de lejos, encontró de repente un sentido, pero no en la teoría posmoderna sino en su delirante sociedad de fama, simulacro y autoengaño. De pronto, se dejó inundar por la falacia económica de la utilidad y se lanzó sin red a *ponerse en valor*. Debió de ser entonces cuando se echó ese *false friend* del turismo que empezó a servirle de justificación universal. *La historia por fin servía...* En efecto, en ese instante, muchos catedráticos —y no tan catedráticos— empezaron a *monetizar* la disciplina... qué más daba si abriendo oportunistas proyectos de investigación amparados en efemérides subvencionadas, si preparando centenarios imperiales gloriosos o si informando en parques temáticos sobre, por ejemplo, la Guerra civil... ¡Qué más daba! Mientras tanto, nadie parecía darse cuenta de que la novela, el cine, el cómic o las series iban pelando pacientemente los huesos del cadáver de la historia hasta que, por fin, el falso amigo decidió que le interesaba mucho más su amigo de ficción.

Ahora que las nuevas rutas turísticas conducen más a *Juego de tronos* que al Camino de Santiago, o a los *Peaky blinders* más que al califato de Córdoba, ahora que las salas de exposiciones prefieren a Harry Potter antes que a Julio César, la melancolía acaba nublándolo todo. Los propios proyectos de investigación, muchos de los cuales

oscilan entre la farsa y el consumo conspicuo se pierden en fárragos oportunistas donde da igual la memoria —si garantizamos unas lágrimas— que la arqueología paisajista —como si efectivamente tuviera un sentido más allá del *Wichtig-sich-nehmen*, que decía Weber—. ¡Qué más da! Viejos maestros zánganos que nunca hicieron nada ni reflexionaron nada sobre el sentido de la disciplina, que solo se preocuparon por dejar correr el crono de la academia sin pena ni gloria, se jubilaron sin haber intentado siquiera responder a la pregunta de Gretchen: “¿Para qué sirve la historia? ¿Qué hacemos con ella?”. Y mientras, las plazas vacantes se van amortizando y, donde no se amortizan, se cubren con jornaleros académicos *made in ANECA* que seguirán alimentando a un muerto científico que parece seguir empeñado en no vivir.

III

Pero, es verdad que fuera o en algunas esquinas recónditas del laberinto de Academos, hay quien como Marisa González de Oleaga sigue portando su cabás de estudiante inquieta y su intempestiva curiosidad de niña sabia. Con el tren de la historiografía en vía muerta, Marisa saca ahora del paréntesis al posmodernismo para volver a plantear cuestiones que —todos convendremos en que— siguen irresueltas. Y nada de lo que hace es sencillo, menos aún este libro con el que ha buscado de nuevo encontrar en el tiempo una forma autónoma, independiente, que se adapte inequívocamente a su voluntad de acertar en los interrogantes. La propia posmodernidad le brindó a Marisa la posibilidad de ser libre al hablar del pasado, de entrar en los relatos sobre el mismo, de no obedecer, de discutir, de crear. Y a eso se dedica.

Como un juego de variaciones inspirado por los *Pasajes* de Walter Benjamin, las citas de otros concurren con las suyas, se mezclan, se refutan, se inspiran, se justifican, existen en definitiva como si las ideas tuvieran una segunda o una tercera vida alentada por su rigurosa imaginación filosófica e historiográfica. Polifonía, metaficción, homodiégesis... no hay pecado capital posmoderno que no cometa esta obra en su búsqueda por inspirar a todos



ITINERARIOS

aquellos que quieran afrontar las grandes preguntas aunque ello ya no esté demasiado de moda.

En un viejo artículo, otra vez Rushdie se preguntaba dónde se encontraba *The location of Brazil*, dónde la ubicación de aquella loca distopía orwelliana de Terry Gilliam. Con él, querría acabar preguntándome dónde se ubican las preciosas conversaciones de este libro. “En la ficción” —responderá alguno—; “En la imaginación” —responderá algún otro—. No estoy seguro. En mi opinión, esas conversaciones se encuentran ya, desde este momento, en ese lugar indefinible al que denominamos *teoría*.



De cortezas, lagunas y tierras movedizas: diálogo inconcluso en un ignoto lugar

Carolina Meloni González

Yo no soy verdaderamente un historiador.
Y no soy un novelista. Practico una especie de ficción histórica

Michel Foucault

Después de casi tres horas de viaje en lancha colectiva, llego a mi destino. He atravesado arroyos y ríos, para adentrarme en este inconmensurable delta del río Paraná. He sido mecida por el sopor de una extraña travesía, lenta y pausada, escuchando en mi adormecimiento retazos de conversaciones prosaicas y cotidianas que los pasajeros mantienen con los conductores de mi transporte. En este ominoso lugar, muy cercano a esa urbe con fisonomía europea como es Buenos Aires, una se detiene en el tiempo. Pareciera como si esos rostros que pueblan tanto la lancha como los embarcaderos en los que nos vamos parando casi de forma rapsódica habitaran el paréntesis, el hiato que nos suspende en el tiempo y la espacialidad, dejándonos al borde del abismo. Me siento como esos antiguos viajeros a los que ella menciona, cargada de ausencias, pero también de relatos y encuentros. El viaje es paradójicamente monótono y bello. Y el sonido de la lancha se ahoga en cada tenue ola de un río cuyo color amarronado genera esa inquietud que toda superficie fluida, pero no transparente produce en nosotros. No puedo dejar de preguntarme por los secretos que estas aguas esconden. Y eso hace que, de alguna manera, mi viaje sea algo intranquilo.

Cuando la lancha tuerce en un recodo a la izquierda y se adentra en un arroyo no demasiado amplio, sé que queda poco para divisarla. En el muelle, veo su silueta que me espera, difuminada por la escasa

luz del atardecer. Me ha convocado aquí, en este alejado paraje, para retomar diálogos que quedaron sin resolver, preguntas que no nos hicimos y que, es más que probable, que tampoco nos las hagamos ahora. Pero necesitaba, de alguna manera, enfocar nuestro debate en un lugar alejado del mundo, del bullicio, del ruido medioambiental que los seres humanos generamos en todo tipo de soportes, reales, virtuales y soñados.

La cuestión, precisamente, de la espacio-temporalidad no ha dejado de aquejarnos desde que nos conocimos: el pasado que siempre retorna, la memoria de lo que una vez fuimos, el lugar que habitamos y el que hemos perdido. Ambas somos conscientes de que es ahí donde residen, si es que tienen una localización concreta, todas nuestras dudas y preguntas. Ambas sospechamos, asimismo, que nunca encontraremos las respuestas.

Filósofa: He atravesado ríos y puertos para llegar hasta ti, para poder establecer algún punto de anclaje en nuestro debate. Cómo es posible que desde Herodoto haya todavía algunos incautos que pretendan darle a la historia el excelso papel de recolocar y organizar los acontecimientos para poder narrarlos de manera ordenada y coherente. ¡Extraña manía esta que nos acucia desde los comienzos de los tiempos! ¡Obsesión absurda de dar sentido a las palabras y las cosas! Pero, ¿qué es entonces el relato? ¿Cómo definirlo y pretender tener la respuesta a semejante cuestión? Construimos relatos de verdad, hemos escrito todo tipo de textos que pretenden explicar y dar sentido al caos que nos rodea. Y no hacemos más que intentar de manera compulsiva evitar la irrupción de lo otro, de lo marginal, de aquello que cuestiona nuestro frágil y precario orden. Como esa famosa enciclopedia china que tanto fascinaba a Borges, en la que seres inefables no hacían más que desbaratar toda posible taxonomía. ¿Acaso no es eso nuestra historia, la Historia, nuestra pulsión por crear ontologías de la transparencia, cuando el edificio siempre nos hace agua? Hace tiempo ya que Nietzsche nos advirtió que vivíamos en una fábula.

Historiadora: Quizás por esa razón, querida amiga, he querido citar-te en estos parajes fluidos e inestables. Rodeadas de aguas, en estas tierras fangosas y oníricas, es prácticamente imposible sostener y mantener argumentos de corte realistas que pretendan acceder a hechos de una manera absolutamente cruda e imparcial, apelando a una aséptica y escrutadora mirada de investigador. Y, si en alguna ocasión tuve la osadía de citar la célebre sentencia marxista, hoy, después de los años, la resignificaría de este modo: *todo lo sólido se disuelve en agua*. Pero no en un banalizado sentido baumaniano sino, por el contrario, en un agua densa e impenetrable como esta que nos rodea, un agua cargada de sedimentos, restos, cortezas y maleza, incluso, dicen los lugareños, de fragmentos humanos que el genocidio cometido en estas tierras ha traído hasta nosotras. Tal vez en esa compleja distinción entre la transparencia y la turbiedad podamos descifrar la complejidad de lo postmoderno, como vendaval ontológico, filosófico, metodológico y epistemológico que ha hecho replantearnos todos nuestros principios y megarelatos.

Filósofa: ¡Sabia descripción! Paradójicamente, muchos han querido definir nuestra época postmoderna desde los parámetros de la transparencia. La era de la diafanidad y la falta de pliegues habría acontecido, políticamente, en esas sociedades del control, postpanópticas; socialmente, en el bullicio de las redes, los medios de comunicación de masas, la proliferación de esas metanarrativas ficcionales que nos constituyen; ontológicamente, en esas subjetividades pornográficas, absolutamente abiertas a la mirada del otro, sin intimidad ni dobleces donde cobijarse. Tú, sin embargo, has dado en el clavo de este debate: lo postmoderno es, por el contrario, ese espíritu de época cuasi barroco, en el que las capas y sedimentos se superponen; en el que los relatos, del tipo que sean, surgen con la lógica del palimpsesto, de un complejo texto con numerosos estratos y niveles diferentes. Y es bajo esas capas donde deberíamos ir a buscar cierta verdad de los hechos, de lo acontecido. Dando por sentado, desde luego, que esa misma verdad solo puede tener lugar dentro de cierta textualidad. *Il n'y a pas de hors-texte*, señalaba Derrida, no hay nada fuera del texto, en el sentido de que no podemos ir a buscar una verdad, a la manera de aquellos que salían de la cueva platónica, no hay un significado transcendental que tenga lugar fuera de la lengua, de la escritura, de una compleja cadena textual. Nada fuera de este laberinto o rizoma en el que nos hallamos.

Historiadora: llevo ya unos cuantos años excavando esos posibles sedimentos. Incluso aquí, en mi meticulosa labor de rastrear el destino de tantos detenidos-desaparecidos de la última dictadura argentina y ante la posibilidad de que hayan acabado en alguna de las lagunas que nos rodean. Didi-Huberman apelaba a nuestra mirada “arqueológica” y situaba la verdad de lo sucedido no en los grandes relatos, fechas o testigos sino, por el contrario, en lo que denomina “la corteza de la historia”, es decir, esos fragmentos, huellas, sedimentos, esquivas del pasado que emergen y rezuman en el presente. *Resuenan.* Producen resonancias, sonidos, ecos, efectos en lo real. Recuerdo también ese breve y bello texto de Benjamin, donde afirmaba que nuestra labor no es otra que excavar, escarbar nuestra memoria, trayendo al presente los restos de ese pasado inaccesible. ¿Acaso no sería esa la labor que deberíamos asumir en tanto que historiadores? Y no la megalómana tarea de dar orden y sentido, de buscar significados transcendentales a lo que estamos relatando. Tocar con la punta de nuestros dedos esos hechos pasados, para poder recuperarlos y abordarlos, de manera comprometida, desde nuestro presente actual.

Filósofa: escucharte hace que reflexione sobre esa obsesión que siempre nos ha aquejado tanto a los filósofos como a los historiadores de huir del mito. Ustedes, preocupados por los debates entre realismo-empirismo, por bajar a los hechos mismos, por acceder a la cosa en su auténtica desnudez. Nosotros, intentando siempre distinguirnos de la tradición del mito, empeñados en situarnos al lado del *logos*, haciendo lo posible para que lo dionisiaco no contaminara lo apolíneo, el gran ojo de la racionalidad que iba a salvarnos de la sentencia de Sileno. Hemos hecho lo indecible para evitar caer en el caos del juego y del acontecimiento, en el misterio del oráculo. Hasta nos hemos puesto los trajes más académicos en defensa de un relato basado en la objetividad.

Historiadora: efectivamente, y en esa ceguera empírico-epistemológica no hemos sido capaces de ver que la propia episteme funcionaba ya atravesada por los discursos, los textos, los archivos, el deseo y la turbiedad... Las capas y sedimentos de las que hablábamos hace solo un momento... La historia no es ni puede ser el Gran relato de lo acontecido, sino que se haya atravesada por lo



ITINERARIOS

político, lo económico, el lenguaje y, en definitiva, lo social. Esa capa de materialidad, afectos y deseos que nos constituyen.

Filósofa: entonces, es posible que Foucault tuviera razón, cuando afirmaba que ya no tenemos historia, sino que estamos enmarañados en historias nunca homogéneas... Como estas aparentemente apacibles aguas que vemos desde tu porche y que, sin embargo, pueden contener en su interior todo tipo de remolinos devoradores. Percibo auténticos temblores en nuestros suelos y cimientos, desmoronamientos de todo posible fundamento.

Historiadora: es posible, sí... Desde luego... El cambio de paradigma es más que evidente. Y nuestra responsabilidad reside en asumirlo. Frente a la norma, a la pulsión por crear taxonomías incólumes, a la tendencia archivística de los historiadores, una vez dije, creo recordar, que la postmodernidad no es más que reconocer lo errático que hay en el deseo. Errático, revolucionario, creador, quizás ahí resida la potencia de nuestra última utopía.

Filósofa: este lugar al que me has traído está, amiga querida, investido de un halo utópico... Me siento situada en un gran rizo-
ma, con todos estos cientos de canales, arroyos, islas y lagunas que conforman el delta. Como esas cartografías múltiples que señalaba Deleuze, con sus numerosas entradas y salidas, con sus diversas líneas de fuga, con sus conexiones deseantes colectivas, no autoritarias ni despóticas, siempre inmanentes y nomádicas. Mira las plantas y raíces aéreas que pueblan tu jardín. Comienzo a comprender la razón de tus argumentos... ¿Acaso no apelaste alguna vez a esa potencia de la *poiesis*, de lo *poiético* como otra manera de lidiar con la historia y nuestro pasado?

Mientras el sonido de los grillos y la oscuridad comenzaba a envolvernos, puede divisar que una leve y cómplice sonrisa se esbozaba en su rostro...





CAMINOS SIN BRÚJULA







Sin utopía,
la vida es un mero ensayo para la muerte

Hugo Zemelman

Hacer sapito es como se llama en el Río de la Plata a lanzar piedras al agua para que reboten. Me acabo de enterar, no sin cierto estupor, que hay competiciones y récords mundiales de epostracismo que es como se llama formalmente a este juego. Entre este vocablo tan griego y tan de biblioteca y aquel otro, hacer sapito, que recuerda el movimiento de los batracios en el agua, me quedo con este último. Evoca todo un mundo en miniatura, un mundo mágico de hierbas, bichos y lagunas. Siempre me gustó hacer sapito. Mejor dicho, ver cómo otros eran capaces de lanzar la piedra, pulida y chata, que tocaba con la punta de sus dedos invisibles la superficie del agua, casi acariciándola, sin molestarla, como si un soplo o un susurro le erizara la piel y ese escalofrío, ese casi inadvertido temblor, la empujara a desperezarse, obligándola a formar círculos concéntricos que se anudan con los del siguiente soplo y con los del anterior formando una cadena, líquida e imaginaria. Hacer sapito en las cálidas tardes de verano en el río casi mar o en alguna charca de los ríos de montaña de las sierras de Córdoba. Yo me había especializado en buscar las piedras lisas y redondas y los mayores las hacían rebotar sobre esa superficie erizada.

Cuando al final decidí recomponer estos textos para publicarlos y tuve que acometer la odiosa tarea de releer artículos editados hace más de veinte años (algo que afortunadamente no hacemos casi nunca) me di cuenta de que la distancia y la lectura seguida

de las distintas piezas (prólogo, artículos de divulgación, artículos académicos) me permitían intuir algo en lo que nunca había reparado: una forma de escritura. Una manera de contar, exponer, argumentar que, como al hacer sapito, tiene un movimiento circular. Toma un tema, lo descompone en círculos concéntricos y en el siguiente texto toma uno de esos círculos que formará sus propias ondas, una de las cuales reaparecerá en el siguiente ejercicio del que se tomará otra, como en un eco, que formará su propia geometría circular. Y en esa caligrafía cercada hay constantes que, a modo de reverberaciones, se repiten una y otra vez, pero nunca de la misma manera. Hay una preocupación constante: reflexionar sobre la propia práctica historiográfica. No solo sobre cuestiones ontológicas o epistemológicas sino sobre nuestro quehacer de historiadores. Hay una preocupación y una exigencia de estar siempre alerta sobre lo que hacemos y sobre por qué lo hacemos. Desde las formas de reflexionar y razonar hasta la preocupación por el lenguaje. También aparece un segundo círculo concéntrico, de esos que se van a repetir en cada tirada de la piedra, que apela al interés por la transmisión de un oficio, de un saber y de una memoria —entendida como los relatos de la experiencia—. Y esta inquietud se insinúa pronto, marcada por mi condición docente. Pero por sobre todas las cosas asoma una profunda convicción en la necesidad del conocimiento histórico. Y es una certeza anudada, como en los suspiros del agua, a la experiencia propia. Puedo dar cuenta de la importancia que ese conocimiento ha tenido en mi propia vida. Pero cuando hablo de conocimiento no me refiero a un saber erudito, a la crónica de sucesos de un tiempo y un lugar, o a los mecanismos y procesos en los que se puede descomponer una historia. No. Apunto a otro tipo de saber. Ese que, como en la gramática de la propia lengua, uno aprende a conocer mediante reglas y excepciones o gracias a sus normas generales y sus inflexiones locales pero que después olvida, una vez que ha alcanzado cierta competencia. Un saber que es lo que queda después del conocimiento. Un destilado que muestra la variedad y variabilidad de lo social y del deseo humano, que nos muestra que la incertidumbre es casi la única certeza y que esta vida puede ser



ITINERARIOS

un infierno o una aventura dependiendo, en buena medida, de la estructura narrativa en la que la alojemos.

Nunca supe hacer sapito, pero ese deseo ha buscado desniveles y coartadas y, como los ríos amazónicos que se repliegan y retuercen hasta encontrar la mínima oportunidad para desaguar en el mar, al fin ha encontrado su lugar.





De lobos y de fauces: el conocimiento sociohistórico en el fin de siglo¹

[...] Estos hechos y muchos otros persuaden de cuán irrisorio es querer objetar nuestra sociedad sin pensar jamás los límites mismos de la lengua mediante la cual pretendemos objetarla: es querer destruir al lobo alojándose confortablemente en sus fauces.

Roland Barthes

Tan tierra son que son ellos la tierra andando con los huesos de sus muertos

Augusto Roa Bastos

1 El texto fue originalmente publicado en la revista del Colegio de México *Estudios Sociológicos* xv/45, (1997), pp. 811-833. Este texto es un avance de un estudio de mayor envergadura que se inscribe dentro del proyecto de I+D SEC94-0196 del Ministerio de educación y ciencia. Este trabajo surge con bastantes particularidades. Entre ellas, la de haber sido escrito después de ser difundido y comentado con colegas y alumnos, de cuyas interpelaciones evidentemente se ha beneficiado. Por ello quiero hacer llegar mi reconocimiento, en primer lugar, al profesor Antonio Niño, crítico implacable, buen amigo, que se tomó la molestia de leer otros borradores y de hacer sugerencias y comentarios agudos. A la profesora Elena Hernández Sandoica, quien tuvo la amabilidad de leer otra de las versiones y de animarme en este cometido del que ella tiene un profundo conocimiento. En el seminario que dirige la profesora Marta Casaus en la Universidad autónoma de Madrid encontré excelentes interlocutores entre docentes y alumnos: la doctora Teresa García Giraldez y los asiduos asistentes a la reunión. Por último, vaya mi agradecimiento a los alumnos que en los tres últimos años han participado, con paciencia y entusiasmo, en el curso de doctorado que, conjuntamente con el profesor Niño, imparto en la Facultad de Geografía e historia de la Universidad complutense de Madrid.

El problema: "momentos de verdad" y conocimiento histórico

En los últimos tiempos hemos asistido a un doble proceso en el campo de las ciencias sociales. Por un lado, a una pérdida relativa de la capacidad crítica y directiva del conocimiento histórico, al tiempo que se ha procedido a una revalorización del pasado entendida en términos estrictamente estéticos o museísticos, la moda "nostalgia" de la que acertadamente habló Fredric Jameson². En este contexto hay que inscribir el éxito obtenido por la novela histórica, entendida como un género que, entre otros aspectos, recrea o especula libre y deliberadamente sobre lo acontecido. Por otro, esta paradoja de "hiperhistorización sin historia" se ha visto acompañada de un creciente interés, particularmente en el caso de la historiografía, pero seguramente extensible a otros saberes, por los fenómenos de naturaleza política. Lo político, y de forma especial los procesos de construcción de las democracias o, en el caso de la ciencia política y la sociología, las transiciones desde regímenes autoritarios han concitado un particular interés, tanto académico como social.

En el reconocimiento de la pérdida de capacidad crítica del saber histórico, entendido como "guía para la acción", tuvo algo que ver —seguramente menos de lo que el autor norteamericano admitiría y mucho más de lo que el gremio estaría dispuesto a concederle— la aparición del ya famoso libro de Francis Fukuyama, *El fin de la historia*. Su influencia no está relacionada con la calidad de la obra, pero tampoco se ciñe —como señala Fontana en su no menos famoso libro *La Historia después del fin de la historia*— a la buena campaña de mercadotecnia que apoyó su difusión. Una obra como esta puede provocar un amplio debate gracias a la oportunidad de su aparición y a su capacidad para formular o verbalizar los contenidos de una crisis latente. De hecho, el impacto del trabajo de Fukuyama queda reflejado en el título del libro de Fontana.

El fin de la historia en su sentido evolutivo y su correlato, el fin de una forma de entender y aplicar el saber histórico, han provocado

2 Fredric JAMESON, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 46-52. También Gilles Lipovestky ha hecho hincapié en este fenómeno.

todo tipo de reacciones. Además, estos nuevos aires han venido soplando bajo las banderas de una “nueva historia política”, con lo cual no fueron pocos los que creyeron y que aún creen estar en presencia de un resurgimiento de la vieja historiografía empirista. Por si fuera poco, a los más informados les llegaban voces, del otro lado de los Pirineos, que proclamaban la fragmentación del sujeto, que pretendían reducir la realidad a un conjunto de textos y que negaban algo tan aparentemente esencial en el trabajo de los historiadores, como es la existencia de la realidad como referente externo.

Ante semejante colapso, se dividieron las aguas y los pescadores, entre aquellos que siguieron negando la existencia de crisis alguna —encerrados en sus quehaceres, y que por aquello del “publish or perish” continuaron como lo habían hecho hasta entonces— y los que, convencidos de la maldad intrínseca de los tiempos que corren —manifiesta en el rebrote de la historia política o en los relativismos de todo tipo— han jurado vencer al enemigo mediante el atrincheramiento en los presupuestos de una historia militante a la vieja usanza. Sería faltar a la verdad si no dijera que otros, los menos, han intentado otras posibilidades³. Aquellos que partiendo de un análisis de la crisis han tratado de reconducir o adecuar su trabajo. Entre estos últimos, en una especie de camino intermedio, pretende estar la propuesta que presentaré a lo largo de estas páginas.

Bien es cierto que hubo mejores tiempos para el conocimiento sociohistórico. Tiempos en los que su utilidad social parecía incuestionable, aunque no estoy tan segura de que esa certeza nos llevara a buen puerto, a tenor de nuestra situación actual. En todo caso, esos tiempos han pasado y los actuales exigen la construcción de nuevas utilidades, de nuevas funcionalidades para ese conocimiento. Lo que ha entrado en crisis no es el saber histórico sino una forma de construirlo y de utilizarlo. La historia no ha perdido su potencial capacidad crítica; lo que sucede es que los nuevos

3 En los últimos meses han aparecido dos textos sobre metodología de la historia elaborados por dos reconocidos historiadores que, por medio de su trabajo docente y de investigación, han mostrado especial interés por estas cuestiones. Me refiero al libro de la profesora Elena HERNÁNDEZ SANDOICA, *Los caminos de la historia*, Madrid, Síntesis, 1995, y el del profesor Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995.

tiempos exigen nuevas potencialidades, la construcción de nuevas formas de escribir la historia más acorde con las necesidades sociales y con las distintas formas de concebir lo humano y lo social. Resulta cuando menos paradójico que sean los historiadores y la historiografía quienes nieguen el carácter cambiante de la funcionalidad del discurso histórico. Ampararse en la negación de la crisis, o atrincherarse en las viejas fórmulas no hará sino ahondar en la desconexión entre conocimiento histórico y necesidades sociales, profundizando aún más el carácter fútil del saber, vaciándolo de sentido. De tal forma que resulta imperativo interpretar la crisis, deducir de ella su posible carácter y profundidad para intentar extraer de ese análisis su potencialidad crítica. No puedo menos que recoger aquí la sentencia de Marx que recrea Fredric Jameson al hablar de los “momentos de verdad”, y según la cual hay que hacer lo imposible por pensar la realidad en términos positivos y negativos, por llevar nuestro pensamiento hasta ese umbral que nos permita ver y comprender cuánto hay de dinámica emancipadora en la realidad, por muy denigrante que esta parezca o sea⁴.

En este contexto, la revaloración de lo político o, en sentido más amplio, los reclamos en favor de la historia ficción —otra forma de entender la historia posible— son fenómenos interesantes, un campo de problemas privilegiado por esa demanda social que exige un tipo de conocimiento histórico útil. Evidentemente esto no es ninguna garantía. La demanda social puede existir y no necesariamente ser satisfecha por la producción historiográfica, sobre todo si los productores se empeñan en no valorar la crisis, en no interpretarla o en no adecuar su trabajo a las preguntas o a las exigencias actuales. Ahora bien, suponiendo que se acepta lo dicho y que la aparente paradoja de “la hiper historización sin historia” y, dentro de ella, la revaloración del conocimiento de lo político pueda salvarse por medio de una adecuación entre necesidades sociales y producción historiográfica —amparada en una nueva filosofía de la historia—, ¿cuáles son esas necesidades?, ¿cómo definir las?, ¿cuáles serán los criterios de pertinencia para evaluar la virtualidad comprensiva de

4 Esta es una versión libre de lo que Jameson, parafraseando a Marx, expone en su libro sobre la posmodernidad. Véase JAMESON, *El posmodernismo*.

la nueva historiografía?, ¿cómo la práctica de los historiadores ha de condicionar esos criterios a la hora de formular problemas, de elegir marcos de análisis, de fragmentar el propio campo de estudio?, ¿cuáles han de ser los objetivos de la historiografía crítica ante la crisis del empirismo y del determinismo?, ¿es posible construir nuevos propósitos para esa historiografía que se podría reclamar, por qué no, heredera de la tradición del *optimismo militante*?⁵

De algunos de estos aspectos se ocupará este trabajo. La propuesta que se esbozará a continuación no pretende ser el trazo rápido de una nueva filosofía de la historia y ello no solo por humildad personal sino porque a juicio de quien esto escribe los nuevos tiempos demandan, en el mejor de los casos, programas parciales y coyunturales, pistas que, mediante una posible interpretación del momento actual —entre otras—, nos habiliten para reintegrar nuestras prácticas, para darles sentido, un sentido que vaya más allá de nuestras miserias cotidianas.

En la búsqueda de esa nueva trascendencia, con frecuencia me he tropezado con colegas asombrados, cuando no disgustados, por tal pretensión. ¿Por qué se habría de buscar objetivos al conocimiento sociohistórico? Algunos de estos eventuales interlocutores postulan que los historiadores tienen como individuos sus propios cometidos, que como gremio les guía la idea de verdad y que la búsqueda de funciones no deja de ser un resabio autoritario basado en la presunta función liberadora del saber histórico. Por ello, quiero adelantar algunas consideraciones en este sentido. En primer lugar, que la propuesta que sigue no pretende ser un artículo de fe con el que deban comulgar los historiadores individuales con sus confesables e inconfesables intenciones. No estoy hablando de los individuos sino del conocimiento sociohistórico como saber potencialmente útil; las inclinaciones personales podrían ser útiles para una psicología del historiador, pero no para la presente propuesta. En segundo, nunca conseguí entender muy bien por qué al plantear sugerencias, que de

5 Optimismo militante entendido como lo define Ernst BLOCH: “la actitud ante ese algo no-decuido, pero decidible por el trabajo y la acción inmediata”; véase “Optimismo militante: las categorías ‘frente’, ‘novum’, ‘ultimun’”, en *El principio esperanza*, Salamanca, Sígueme, 1972, I, pp. 190-197.

lejos podían rozar la idea del conocimiento como liberación, se til-daba a su portador o proponente de autoritario, partidario de mode-los totalitarios y otros epítetos similares.

Existe una confusión en torno a este problema al considerar que la idea de conocimiento útil y su capacidad liberadora son propiedad de un único modelo filosófico e ideológico, y de un modelo político que tuvo su correspondiente encarnación durante el siglo xx. Aseve-rrar que el conocimiento sociohistórico ha de ser socialmente útil no implica aceptar una imagen particular de futuro basada en un sujeto único ni creer que su anticipación se basará en el conocimiento de las grandes tendencias que rigen la vida social. Potenciar la capa-cidad crítica del saber histórico no nos vuelve ni deterministas ni autoritarios, entre otras cosas porque ese conocimiento puede ser liberador —en términos de autoconciencia de los sujetos, de apertura hacia la relatividad de su propia existencia gracias a su potencial reflexivo, a su capacidad de dar cuenta de la posibilidad—, en torno a una multiplicidad de sujetos e identidades.

El conocimiento sociohistórico y el discurso historiográfico que le es propio han sido objeto de apropiación social y política a lo largo de la historia. A la pregunta “¿por qué habríamos de buscar funciones al conocimiento sociohistórico?”, la respuesta podría ser: porque las tiene y el escamoteo de su función crítica potencial —entendida en su sentido más amplio— no deja de ser una forma de apropiación social y política que puede tener repercusiones en la acción colectiva. Defender la posibilidad de construcción de un sa-ber socialmente útil no nos sitúa ante alguna nueva utopía univer-sal, sino que nos habilita para pensar en la posibilidad de entrever alternativas futuras mediante la acción de los sujetos.

Pero volviendo al argumento central de este relato, según el cual nos encontramos en un momento paradójico en el que se produce un vaciamiento de la función crítica del saber histórico al tiempo que una revaloración de los fenómenos políticos, se han indicado tres pie-zas como partes del rompecabezas: crisis, propuesta y práctica.

Por un lado, se señaló la existencia de una crisis de descorre-lación o desencuentro entre una forma de construir el discurso historiográfico y la tendencia de la demanda social en el sentido

de un saber socialmente útil. Se partía de la premisa de que esa crisis era y es insoslayable. Independientemente de la interpretación que quiera dársele, la fractura está ahí y obedece a un doble proceso: político y epistemológico, del que nos ocuparemos en el segundo apartado.

De esa caracterización de la crisis, siempre provisional, dependerán en buena parte los atisbos de solución. Un sector de la historiografía ha condenado las nuevas prácticas historiográficas —ligadas a la antropología, al giro lingüístico, a las propuestas de Hayden White o a unidades de análisis micro— por considerarlas como fundadoras de una nueva racionalidad acrítica que ha viciado la utilidad del conocimiento histórico. Desde mi perspectiva el problema no está en las prácticas —que evidentemente si bien no son sólo producto, sí están relacionadas con un contexto social y político— sino en la posibilidad de producir, por medio de esas prácticas que reflejan una necesidad, un tipo de conocimiento útil para los sujetos sociales. Para ello se hace necesario establecer ciertos criterios generales de pertinencia que, derivados de la concepción de la crisis y de la interpretación de nuestras necesidades más generales, puedan sugerir o dibujar itinerarios historiográficos. De todo ello se dará cuenta en el tercer apartado, el de la propuesta, en el que, además, se intentará definir, a muy grandes rasgos, los nuevos objetivos de una historiografía crítica que pretenda ser posempirista y posdeterminista, esto es, que pretenda conectar la fractura entre saber y sociedad.

Por último, cerraré el texto con una breve anotación sobre la forma en que esta propuesta puede afectar nuestra práctica en términos de elección de temas, formulación de problemas, formas de razonamiento y otros aspectos que, generalmente, se consideran como los propiamente historiográficos.

No quiero dar por finalizada esta larga introducción sin hacer mención, rápidamente, a algunas ideas que, a modo de auto objeción, me han estado hostigando y que prometen seguir haciéndolo durante la redacción de estas páginas. Sé que resulta osado especular sobre un tema como el propuesto y más aún sobre rudimentarias filosofías de la historia. La historiografía con demasiada frecuencia

debate sobre hechos y acontecimientos olvidando su responsabilidad en la construcción de conocimiento, toda vez que la acción humana parece estar relacionada y condicionada por esa construcción. Por ello y a pesar de la osadía de la que me acuso, es esta una invitación a reflexionar sobre la práctica historiográfica con alguna pretensión más que la derivada de la constatación o refutación de los hechos que atañen al trabajo de cada cual. Si, como señala Barthes, es inútil intentar mantener, siquiera, una postura crítica respecto a nuestra realidad inmediata sin tomar en consideración los límites que imponen nuestros instrumentos de análisis, el discurso historiográfico —enraizado en prácticas y formas de razonamiento históricas, que no naturales— es uno de los umbrales desde donde es factible cuestionar esa cotidianidad. Representa un umbral y un horizonte significativo porque desde su categoría de discurso de la experiencia y depósito de saberes colectivos, puede inspirar las prácticas sociales. Las páginas que siguen darán cuenta de cómo repensar al lobo evitando caer en la tentación de instalarse cómodamente en sus fauces; en este sentido deben ser leídas estas líneas.

La crisis: buscando pistas entre la epistemología y la política

La crisis de pérdida de sentido del conocimiento histórico es, en buena medida, producto de la aparición de nuevas necesidades colectivas y de nuevas formas de entender el devenir humano y social. Se ha producido un desencuentro entre los viejos paradigmas historiográficos —asentados en concepciones más o menos concretas sobre la naturaleza humana, la instrumentalidad del saber histórico o sobre los contenidos de la utopía mundial en cuya construcción debía participar como disciplina rectora el conocimiento del pasado— y las exigencias sociales. Pero esa ruptura en el sentido del saber histórico se ha visto acompañada por una hiperhistorización de la vida cotidiana y una revaloración de la historiografía política. Ahora bien, el creciente interés social y académico por los fenómenos de esa naturaleza ha sabido discriminar

algunos problemas frente a otros⁶: los orígenes y las transiciones a la democracia, esto es, los procesos relacionados con las formas de organización de la vida política son los que de forma notoria han concentrado el interés general⁷.

En el contexto de este trabajo, la revaloración de lo político se ha singularizado, en relación con la pérdida de sentido del saber historiográfico, como un aspecto importante de la paradoja de la “hiper historización sin historia” que relativiza la crisis y que permite, a medida que responde a una demanda social, volver a soldar esa relación que puede hacer del conocimiento histórico un saber socialmente útil. Por ello, es que desde este aspecto y no desde otros se va a interpretar la crisis de sentido, que, por otra parte, y como si se tratase de un caleidoscopio, tiene múltiples derivaciones.

No resulta difícil establecer cierta relación entre este proceso de revaloración de lo político y las necesidades sociales y colectivas abiertas en el cambio de siglo. Dos son las razones, entre otras, que lo hacen inteligible. Por un lado, los desafíos impuestos desde distintos flancos a la de por sí ardua tarea de pensar y articular modelos de

6 Buena prueba de ello son las nuevas líneas de investigación abiertas —en las que se inscribe el proyecto de investigación que ha financiado este trabajo—, o la reaparición de la historia política en los currículos académicos.

7 La convocatoria de congresos internacionales en los que se da prioridad a la temática política —como el celebrado en octubre de 1995 en Colombia bajo el lema “La formación de la ciudadanía en América Latina” por citar tan sólo un ejemplo—, o la composición de las mesas dedicadas a estos temas en encuentros nacionales o internacionales avalan esta afirmación. Por ejemplo, en el último congreso de la Latin American Studies Association (LASA), celebrado en Washington en septiembre de 1995, el proceso de revaloración se ha hecho notar. De las diez sesiones plenarias cinco abordaron temas específicamente políticos y de las sesiones especiales, veinte en total, más de la mitad de las ponencias —once— se centraron en esta temática. En uno y otro caso las sesiones restantes se caracterizaron por la dispersión temática, no consiguiendo aglutinar ningún campo específico; o en el V Congreso de latinoamericanistas españoles, que tuvo lugar en Sevilla en noviembre de 1995, en donde dos de las trece mesas han tenido el cometido de abordar los problemas relacionados con la construcción del orden republicano y con la consolidación de las democracias en América latina, fenómenos ambos de clara naturaleza política.

convivencia colectiva. Por otro, nuevas formas de concebir la realidad en general y la realidad social en particular.

Tanto en Europa como en América latina se han sucedido una serie de procesos que han cuestionado seriamente los conceptos de representatividad y legitimidad democráticas. Las transiciones políticas en los países latinoamericanos y en los países del Este, los movimientos migratorios del sur hacia el norte, las constantes acusaciones de corrupción de la clase política, la aparición de nuevos sujetos sociales con recientes e inesperadas demandas —las mujeres, los indígenas, los homosexuales, etc.— parecen indicar que nuestra forma de organización política colectiva necesita ser revisada.

Las transiciones a la democracia en América latina y el colapso de los regímenes comunistas —ambos, procesos ocurridos en contextos económicos poco favorables que, además, tienden a hacerse cada vez menos favorables, dotándolos de escasos márgenes de maniobra—, la inexistencia de modelos económicos alternativos que puedan no solo imprimir cierta esperanza sino dictar las posibles medidas que habrán de tomarse han provocado el interés de los especialistas por las instituciones y su funcionamiento, así como por las formas de canalizar el conflicto a escenarios que se prevé experimentarán una fuerte polarización social y económica⁸.

Por su parte las corrientes migratorias y la tendencia creciente de los desplazamientos humanos desde las periferias hacia los países desarrollados, han provocado confrontaciones entre los valores portados por los inmigrantes y los sostenidos por las sociedades receptoras. Ejemplo de ello son algunos sucesos, como el de la pertinencia o no de que las niñas musulmanas vayan con chador —o con cualquier otro signo de identificación religiosa— a la escuela en Francia. Muchos otros ejemplos se presentarán en el futuro⁹.

8 Esta es una sugerencia hecha por Enrique Ibáñez Rojo, quien tuvo la amabilidad de compartirla y discutirla conmigo.

9 El problema de las migraciones ha dado lugar a un nuevo fenómeno que ha sido objeto de estudio, el de la multiculturalidad. La bibliografía sobre este tema es profusa y muy rica, tanto de parte de aquellos que abogan por adoptar nuevas soluciones, como de los que se acogen a la superioridad de los valores occidentales. Baste citar los trabajos de Julia Kristeva, Charles Taylor, Alain Touraine, Anthony Smith, Daniel Bell, Peter Brooks, Nancy Fraser y Alain Finkelkraut, entre otros. *Revista de*

Los procesos abiertos en Italia, Francia y España —por citar solo algunos casos— a importantes personajes políticos relacionados con toda suerte de corruptelas, han afectado la credibilidad de las instituciones políticas y de sus representantes. Otro tanto podría decirse de América latina, donde además la corrupción, que casi ha permeado todos los espacios, parece estar sostenida por una cultura política — enraizada en concepciones patrimoniales— que la legitima.

Ni qué decir que uno de los mayores retos a los que ha de enfrentarse el modelo de democracia, tal y como lo consideramos hoy, proviene de ese otro fenómeno ligado a la aparición de nuevos sujetos sociales. Reivindicaciones como las mantenidas por las mujeres en relación con la sentencia del Tribunal de Luxemburgo contra la discriminación positiva y la política de cuotas, las *affirmative actions* como estrategia en favor de la igualdad de las minorías o de los individuos considerados como diferentes (por razón de sexo, raza, religión u orientación sexual), indican la inquietud de amplios sectores de la opinión pública ante las estrecheces de la democracia y cuestionan ciertos criterios básicos como la representatividad o la legitimidad del sistema y de sus instituciones.

La propia idea de “democracia territorial” según la cual solo los nacidos, nacionalizados o residentes en el territorio —aquellos a los que una instancia superior les concede atribuciones— tienen derecho a participar políticamente y son sujetos de ese derecho, parece haberse constituido en un *a priori* o haberse naturalizado de tal forma que no ha sido sometida a debate ni siquiera en países como los Estados Unidos, donde la población mexicana inmigrante temporal —seis meses en cada país- forma una parte importante de

Occidente ha dedicado algunos números a esta problemática. Pueden consultarse los números: 161 (coordinado por Mónica Quijada) de octubre de 1994; el 169, de junio de 1995 y el dedicado a la polémica intercultural en los Estados Unidos, de octubre de 1995. Alain TOURAINE acaba de publicar un muy sugerente artículo con el no menos sugerente título de “¿Qué es el multiculturalismo?”, en *Claves de razón práctica* 56, octubre de 1995; y del mismo autor, “¿Desintegración política en Francia?”, *El País*, 25 de octubre, 1995, p. 12. En torno al problema específico de las migraciones en España ha aparecido una reciente publicación, editada por el profesor Emilio LAMO DE ESPINOSA, *Cultura, Estados, Ciudadanos. Una aproximación al multiculturalismo en Europa*, Madrid, Alianza, 1995.

los contingentes. Dentro de la aparición de nuevos sujetos sociales, los sucesos de Chiapas representan una exigencia reciente de las comunidades indígenas a su incorporación social y política, y al reconocimiento de sus peculiaridades culturales, sin perjuicio de que el levantamiento en armas haya tenido otros significados¹⁰. En otro orden de cosas, pero como prueba de que la aparición de nuevos sujetos sociales supondrá conflictos y retos para las actuales estructuras estatales y nacionales, están los avisos de contenciosos que aparecen diariamente en la prensa sobre litigios protagonizados por algunas familias —grupos religiosos contra el Estado por la titularidad en las decisiones sobre salud o educación de menores—. Para terminar este rápido y nada exhaustivo recuento de los acontecimientos que han supuesto un desafío a las formas colectivas de organización política,

10 El levantamiento se ha constituido como un desafío a las prácticas y a la dinámica del partido-Estado, pero no puede escapárenos que estos indígenas reclaman, junto con otras peticiones, respeto a sus propias tradiciones. Sea esta o no una estrategia oportunista destinada a sensibilizar a la opinión pública internacional, impulsada por el subcomandante Marcos o por cualquier otro ideólogo, ajeno al mundo indígena, lo cierto es que esta demanda ha sido asumida por los indígenas chiapanecos. Es difícil saber si han sido engañados o no al tratar de reivindicar el respeto a su identidad pero, en todo caso, sería igualmente difícil determinar hasta qué punto, si reivindicasen una incorporación plena al modelo de vida occidental abandonando sus formas tradicionales de existencia, estarían siendo traicionados por unas expectativas irrealizables. En todo caso su reclamo a que se les respete es una reivindicación que debería tomarse muy en cuenta en América latina. En primer lugar, porque proviene de interlocutores legítimos (no hay por qué suponer a priori que la lógica de un grupo indígena está más condicionada o es menos racional y legítima que la de cualquier otro actor) y, en segundo, porque lo mejor es lo posible. Hoy día en América latina, y hasta donde la escasa e imperfecta capacidad humana puede prever, no existen indicios de una posible integración económica y social de las minorías indígenas que, por medio de los distintos procesos de socialización política que en su día conllevó esa incorporación, les puedan asegurar su participación plena como portadores de los valores ciudadanos occidentales. Antes bien, la tónica general tiende más a la expulsión que a la integración, como demuestran las cifras de habitantes informales en la ciudad de Lima y en otras urbes latinoamericanas. De lo que se trata entonces es de articular formas de participación política regidas por principios de legitimidad revisables y consensuados, sustentados en formas de vida más o menos tradicionales. Respecto a Chiapas, puede consultarse la abundante bibliografía que aparece en el último artículo de Pedro PÉREZ HERRERO, "Chiapas: ¿Revolución, guerrilla, movimiento indio o reclamación de democracia, justicia y libertad?", *América latina hoy* 10, junio de 1995.

basta mencionar las salidas cívico-militares que, en potencia o acto, han intentado solucionar las disfunciones democráticas y que han contado con amplio consenso. Tal es el caso del golpe de Fujimori —ejemplo que goza de buena salud— o de los rumores que, en su día, circularon por Colombia o México.

La revaloración de los fenómenos políticos es un reflejo no intencionado de las situaciones aludidas y una búsqueda deliberada de claves con las cuales hacer frente a los desafíos que imponen los patrones que rigen nuestra vida colectiva. Se puede decir, y pocos se atreverían a dudarlo, que en términos políticos el gran problema de fin de siglo está marcado por la creación de un nuevo concepto de ciudadanía y del desarrollo de las instituciones democráticas. En las actuales circunstancias se advierte el sentido de construir un concepto de ciudadano que atienda a la diversidad cultural y a los diferentes reclamos que han propiciado la necesidad de este proceso. El reto actual consiste en reformular esa noción, la del ciudadano, intentando dar cabida a la diferencia en un proceso inverso al seguido por la construcción de la ciudadanía en sus orígenes. Entonces se trató —en el caso de la América Latina de los siglos XIX y XX— de un único proceso de idealización de las características de ese nuevo sujeto político al que debían adaptarse todos aquellos que pretendieran ser tratados como tal, renunciando a lo que los hacía diferentes.

El desafío consiste hoy en redefinir ese concepto tomando en consideración para ello los criterios de diversidad, de variedad, de diferencia¹¹. Pero la pregunta que surge inmediatamente es la siguiente: ¿hasta dónde se puede aceptar la diferencia sin que ello actúe en desmedro de la convivencia colectiva? ¿cómo asegurar simultáneamente la protección a la identidad cultural y la posibilidad de elección de los individuos? Más aún, ¿en qué condiciones la medida humana básica podrá seguir siendo la individual? ¿qué lugar ha de ocupar la libertad individual frente a las identidades grupales? En todo caso estamos ante la construcción de un nuevo marco de convivencia basado en la idea de diversidad de la acción y del deseo

11 Puede consultarse el término *citizenship* elaborado por Chantal Mouffe, en Joel KRIEGER (ed.), *The Oxford Companion to the Politics of the World*, Oxford, Oxford University Press, 1993.

humanos. En ese proceso de ingeniería sociológica en el que se trata de establecer los límites de resistencia de la convivencia colectiva ante los requerimientos de la diferencia, la variabilidad humana es el objeto central de análisis y en este contexto el conocimiento sociohistórico está llamado a jugar un papel importante.

Habida cuenta de que disponemos ya de una respuesta provisional sobre las exigencias sociales a las que debería adecuarse el conocimiento histórico si pretende ser un saber socialmente útil, cabe preguntarse por la segunda parte del dilema, ¿de qué manera, desde qué perspectiva, el conocimiento del pasado puede contribuir a mejorar nuestra destreza para construir nuevos modelos de convivencia colectiva?

Un par de décadas atrás pocos habrían dudado ante esta pregunta. Se tenía la certeza, en cierta medida proporcional al grado de determinismo, de que la realidad social podía ser considerada como un todo en evolución, sujeto a regularidades susceptibles de ser conocidas y anticipadas y, en ese contexto, el conocimiento sociohistórico era la forma de comprender el presente como requisito para realizar cualquier proyección hacia el futuro. El determinismo, como filosofía inspiradora de las más importantes corrientes historiográficas de este siglo, creyó también poder controlar y prever el deseo y el destino humanos. En las sociedades industriales el hombre social, históricamente condicionado, era un ser definido fundamentalmente por medio de su identidad medular relacionada con el lugar que ocupaba en el proceso de producción. En esa identidad residían su miseria y su grandeza. En ella se encontraba el origen de la explotación y, al mismo tiempo, el germen de su liberación. Pero de la misma manera que su explotación era el resultado de una compleja red de factores que escapaban a su voluntad, su liberación, que también le era ajena en muchos aspectos dada la inevitabilidad del proceso, tenía una clara y única dirección. Ante la homogeneización cultural que imponía a su paso el capitalismo, la utopía socialista se presentaba, también, como un modelo de sociedad universal¹². En

12 Es cierto que en la literatura socialista aparece con frecuencia el problema de las particularidades nacionales o locales, pero en lo que se refiere a la práctica del socialismo real esas particularidades parecían referirse más a rasgos pintorescos

términos generales todo parecía bastante sencillo. Partiendo de un modelo de futuro universal, de un modelo social definido y de un sujeto del que se creía saber cuáles eran —y debían ser— sus aspiraciones y deseos, el conocimiento sociohistórico se presentaba como una especie de “guía para la acción”.

Así, y según las previsiones de algunas formas de determinismo histórico, los últimos años del siglo nos deberían haber encontrado en plena euforia liberadora y no en esta confusión que parece prosperar cada día. La explosión de identidades en este fin de milenio ha cuestionado seriamente esa idea de identidad medular, y con ella el proyecto de utopía universal. La aparición de nuevos sujetos sociales que ya no se definen en términos de clase sino por otras formas de pertenencia —sexual, étnica, religiosa—, han multiplicado las posibilidades de futuro y las del presente, al tiempo que se ha complicado sobremanera la situación. Interesa tanto lo que de común hay en todos nosotros, como aquello que nos hace diferentes o que queremos sea considerado como parte de nuestra diferencia. En ciencias sociales el control del comportamiento humano —como exigencia para la construcción de la utopía universal— parece haber dominado en buena parte de este siglo. Ahora bien, la multiplicidad de identidades y la aparición de nuevos sujetos sociales con diversas demandas han impuesto exigencias adicionales al conocimiento sociohistórico. No menos importante ha sido en la gestación de la crisis el cuestionamiento de ciertos paradigmas dentro de las ciencias naturales¹³ —en los que las ciencias sociales se habían amparado buscando criterios de validez y verdad¹⁴— con su correlato en estas últimas, y el colapso del modelo alternativo del socialismo real¹⁵. La

que a aspectos importantes o esenciales en la construcción social.

13 Puede consultarse Ilya PRIGOGINE, “¿El fin de la ciencia?”, en Dora Fried Schnitman (ed.), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós, 1994, pp. 37-61; y, desde una perspectiva más general, Gerald BAKKER y Len CLARK, *La explicación. Una introducción a la filosofía de la ciencia*, Madrid, Fondo de cultura económica, 1994.

14 Carlos ULISES MOULINES (ed.), *Enciclopedia Iberoamericana de filosofía*, Madrid, Trotta, 1993, 4: La ciencia: estructura y desarrollo.

15 Creo que es innegable que la caída del muro de Berlín supuso no sólo el final de los regímenes del socialismo real, sino también una forma de comprender lo

caída del muro de Berlín y el no muy honroso final de los regímenes del Este de Europa, han liquidado un tipo de modelo posible de organización social, basado principalmente en una idea casi teológica —además de teleológica— del desarrollo histórico impulsado por el progreso —concebido como independiente de la acción de los sujetos— y en el que el hombre era una pieza más del engranaje, obligado a seguir el inevitable decurso de la historia. No obstante, el fracaso de ese modelo no solo no significa el fin de toda posible utopía, sino que en modo alguno glorifica —haciéndola pasar por la mejor posible porque es la única— la situación existente. A diferencia de Hegel, no todo lo real es racional o al menos deseable. Del fracaso de un modelo de sociedad no se desprende la imposibilidad de construir alternativas, a condición de que las futuras tengan en cuenta, entre otras cosas, el carácter indeterminado, en última instancia, de la acción y del deseo humanos, su variedad y variabilidad irreductibles en muchos aspectos, etc., como condiciones impuestas por los propios sujetos sociales del presente. Pero si el futuro aparece tan abierto, tan indefinido por la propia indeterminación humana, y esa variedad de la acción debe recoger el conocimiento histórico, ¿cómo puede construirse conocimiento alguno y cómo hacerlo desde paradigmas que han privilegiado, por principio, la regularidad frente a la singularidad? El actual proceso de producción historiográfica y, consecuentemente, el sentido del saber histórico, se mueve entre los partidarios de la indeterminación casi absoluta, a resultas de la cual ese saber quedaría disuelto y su campo de actuación reducido a “lo único”, a “lo singular” sin proyección posible, y los que se aferran a los paradigmas deterministas que no responden a las necesidades sociales y que de poco parecen poder servir a la construcción de utopías o alternativas futuras¹⁶.

humano y su devenir sin que ello suponga, necesariamente, el fin de las utopías colectivistas y sin que signifique la glorificación del sistema capitalista. Una interpretación distinta de los hechos se encuentra en Josep FONTANA, *La Historia después del fin de la historia*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 9-16.

16 Estoy siendo deliberadamente reduccionista para poder justificar mi propuesta. Dentro del neomarxismo se pueden encontrar buenos programas de investigación que intentan lidiar con el problema del sujeto y las estructuras, de manera que se podría hablar de una tercera vía entre los deterministas partidarios

Pero entonces ¿de qué manera pueden la historia y su conocimiento contribuir a las necesidades sociales, tomando en consideración que su objetivo es dar cuenta de la variedad y variabilidad humanas con la suficiente consistencia como para que ese saber no se convierta en pura caricatura, en registro de casos únicos o museo de fenómenos? En primer lugar, considerando a la acción humana y a los fenómenos sociales como procesos poliédricos, es decir, susceptibles de ser vistos desde distintas perspectivas, lo que implica renunciar a la vieja lógica de las ciencias sociales, aquellos paradigmas basados en explicaciones causales que parten de cierta idea esencialista de lo social¹⁷; y, al mismo tiempo, lo anterior supone, necesariamente, historizar, desnaturalizar y ensanchar la idea de verdad¹⁸. En segundo término, amparándose en nuevas filosofías de la historia interesadas más en el saber histórico como conocimiento de lo posible que como conocimiento de lo acontecido¹⁹. Si no existen regularidades generales, universales y transtemporales capaces de explicar el devenir humano por la propia indeterminación

de lógicas fuertes y los que propugnan por el relativismo y la disolución, en último término, de todo conocimiento. La escuela historiográfica inglesa, con E. P. Thompson, E. Hobsbawm, o la sociología histórica estarían dentro de este marco.

17 Tomo prestado este concepto de uno de los capítulos de la obra de James BOHMAN, *New Philosophy of Social Science. Problems of Indeterminacy*, Cambridge, Polity Press, 1994, p. 16-56.

18 Tzvetan TODOROV, "Post-Scriptum: la verdad de las interpretaciones", en *Las morales de la historia*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 145-160; y Marina ARIZA, "La causalidad como lógica de las determinaciones en Ciencias Sociales", *Anthropos* Suplemento 45 (1994), pp. 80-85.

19 Nuevas en la medida en que no han sido aplicadas. Puede consultarse Hugo ZEMELMAN, *Los horizontes de la razón*, México, Anthropos-El colegio de México, 1992, y del mismo autor, *De la historia a la política*, México, Siglo XXI-Universidad de las Naciones Unidas, 1989; y el número 45 (1994) de los suplementos de la revista *Anthropos*, coordinada por Hugo Zemelman. También puede consultarse de Walter BENJAMÍN sus "Tesis de filosofía de la historia", en *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 175-192, y los trabajos publicados en la revista *Anthropos* 146 y 147 sobre Ernest Bloch, así como los textos del filósofo alemán en los suplementos de la misma revista en el número 41 (1993). Revisten particular interés en la antología de textos "La ontología del aún-no" y "Lo utópico en la historia", pp. 5-27 y pp. 139-158, respectivamente.

y variabilidad de su quehacer, de poco ha de servir el conocimiento de esas regularidades en el pasado. Los proyectos no ensayados, las soluciones no instrumentadas pueden ser aún indicios para los problemas contemporáneos en la medida en que no se materializaron. Como señalara Schiller, el poeta alemán tantas veces citado por el no menos famoso alemán y filósofo Ernest Bloch, “lo que nunca jamás ha sucedido en ningún lugar, eso solo no envejece jamás”, sentencia a la que Bloch añadió “*lo que aún nunca jamás ha sucedido en ningún lugar, eso solo no envejece jamás*”.

El análisis histórico serviría, así, para descubrir posibilidades y aplicarlo en coyunturas en las que la proliferación de proyectos se hace más notoria, como en momentos de crisis. Gracias a esta perspectiva interesada en las utopías no materializadas y en los campos de posibilidad se contribuiría a la construcción de un discurso sociohistórico abierto al cambio, relativo —que nada tiene que ver con el relativismo ético sino con una suerte de relativismo epistemológico—, refutador de esa idea tan extendida según la cual “las cosas sucedieron de la única manera posible”, reflejo del paradigma determinista. Y ese discurso relativo, abierto y esperanzador que concede un papel protagónico a los sujetos, deberá ser liberador a medida que ensanche la conciencia de los protagonistas, ayudándoles en la búsqueda de nuevas alternativas, porque la primera condición para que algo sea posible es que sea concebido, pensado como tal²⁰.

En suma, la crisis de sentido en historiografía que parece querer convertir al saber histórico en un conocimiento fútil guarda relación con una serie de sucesos de orden político y con otros de naturaleza epistemológica. Precisamente porque la visión del futuro ha cambiado —de esa concepción única y universal a esta otra plural y variada— también lo ha hecho la semántica de los tiempos, a decir de Koselleck: la noción del presente y la del pasado y con ello la utilidad que el conocimiento del pasado puede proporcionar a la construcción del futuro²¹. Pero no debemos confundirnos: cierta

20 Hugo Zemelman señala que no se trata de un voluntarismo irracional; véase ZEMELMAN, “Racionalidad y Ciencias Sociales”, *Anthropos* Suplemento 45 (1994), pp. 5-22.

21 Véase Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos*

función social del saber ha hecho crisis, no toda posible función del conocimiento social. En este sentido, dos son los criterios de pertinencia que se desprenden de las notas anteriores: la diversidad y variabilidad de la acción humana y la búsqueda de la potencialidad, de la posibilidad en las acciones o sucesos del pasado.

La propuesta: conciencia y posibilidad

Diversidad-variabilidad como objetivo del análisis histórico, porque de acuerdo con los nuevos tiempos se trata de comprender y aprehender la riqueza de lo humano contenida en lo social, sus cambios y movimientos, sus contextos de inteligibilidad, sus referentes macro y micro. Posibilidad —entendida como la opción contenida en el pasado, pero no materializada, considerando esas otras alternativas presentes en cada coyuntura de las que hablaba Braudel— como requisito de apertura hacia lo nuevo, porque la crisis de las determinaciones ha puesto en entredicho la utilidad de un saber construido sobre lo acontecido e irrepetible.

Pero vayamos por partes. La diversidad-variabilidad se impone como criterio esencial ante la necesidad de buscar y encontrar un nuevo marco de convivencia colectiva —entendido como principio rector y aglutinador— que respete o integre las diferencias de los nuevos sujetos sociales y las nuevas subjetividades. A diferencia de los programas inspirados en la lógica determinista, el objetivo del conocimiento no es descubrir los mecanismos que permitan construir ese futuro común y homogéneo dibujado por la utopía, y no porque las utopías —ahora variadas y múltiples— no sean posibles sino porque nos encontramos en un momento previo, el del reconocimiento de la propia identidad, de apertura hacia la conciencia, de rastreo del propio deseo, de las expectativas de esos sujetos colectivos modernos, de construcción de nuevas identidades. Paso previo o simultáneo al de la formalización de recientes horizontes utópicos, de nuevas alternativas grupales y colectivas. Pero, ¿en qué medida

históricos, Barcelona, Paidós, 1993.

pueden los análisis del pasado contribuir a esos propósitos? Más allá de la búsqueda de los orígenes o del desarrollo lineal de esas identidades, el conocimiento sociohistórico tiene capacidad reflexiva para enfrentar a los sujetos con la relatividad e historicidad de su propio deseo, de sus expectativas y aspiraciones. La historia es, en este sentido, un perfecto instrumento de desnaturalización de la propia identidad, siendo este el camino adecuado para alcanzar una mayor conciencia de sí.

Diversidad de la acción social que convierte en inadecuado el marco de análisis de la historiografía determinista, tan preocupada por la regularidad. La diversidad actual exige nuevas lecturas del pasado mediante la descomposición de conceptos y categorías grupales en otros nuevos, en otras perspectivas que contribuyan a recomponer la fractura entre conocimiento y sociedad. Diversidad no significa, no obstante, excluir la idea de regularidad y apostar por lo individual e irrepetible. No es ese el propósito. No es esta una propuesta ni en favor del individualismo —“cada individuo es un mundo”—, del empirismo pueril —“como no hay posibilidad de repetición en la historia, a lo único que se puede aspirar es al relato de acontecimientos únicos”—, ni en pro de una vuelta a la historia de los grandes hombres —como señalara Pascal, ¿qué habría pasado si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta?

Antes bien, lo que creo que conviene hacer es incorporar el concepto de indeterminación, y entonces, solo entonces, intentar adecuarlo y no proceder a su destierro. Ello supone alterar constantemente las categorías con las que trabajamos, modificar y cuestionar los conceptos, las estratificaciones del objeto de análisis. Significa también abrirse a la riqueza de lo social mediante la utilización de las grandes teorías que ordenan la realidad humana a la baja para permitir que lo nuevo, lo diferente, lo que escapa a la regla pueda ser introducido, y también supone reconsiderar nuestras formas de razonamiento para acompañarlas a esa diversidad en última instancia indeterminada. Casi nadie duda de la existencia de algunos fenómenos sociales de carácter universal y algunos impulsos humanos de naturaleza transcultural; el problema es si son capaces de explicar

la diversidad y, más aún, si su existencia y su conocimiento pueden contribuir de algún modo a los retos de este fin de siglo.

De la ruptura de esa secuencia futuro-pasado-presente, según la cual la apuesta por un modelo de futuro condicionaba y dictaba la apertura hacia el pasado que debía servir para guiar las acciones de ese presente futuro, se deduce que se ha perdido el mítico hilo de Ariadna para salir del laberinto o, más aún, que no solo el hilo le permitió a Teseo, después de matar al Minotauro, encontrar la salida, sino también una corona que iluminaba los rincones oscuros del palacio. Todo parece sugerir que puede haber más de un camino para salir del dédalo y que esos itinerarios se van modelando y configurando al desandar el laberinto. Aún más, todo hace pensar que los Teseos reclusos tienen distintos proyectos e incluso distintas percepciones de lo que es la liberación y el final del viaje. Por ello, porque la diversidad se presenta como una condición del conocimiento útil, la nueva historiografía debe violentar las categorías de análisis tal y como lo está haciendo al combinar viejas nociones — como la de clase— con otras nuevas, que a veces privilegian lo individual —como en el caso de la microhistoria—, otras lo grupal en términos de género o de inclusión y exclusión sociales —como es el caso de la historia de los pobres, de los marginados—, o al analizar aspectos de las distintas subjetividades sociales, la historia de la sexualidad o de la vida cotidiana.

Trastocar nuestros instrumentos de análisis —lo que implica cambiar nuestra forma de ver el objeto de estudio— se convierte así en una condición de partida, pero ¿cómo hacerlo?, ¿desde dónde? Algunos programas deterministas apelan a un metadiscurso científico verdadero que determina la oportunidad de ciertos conceptos o categorías. El problema es que esta propuesta pretende alejarse de esa lógica dualista; entonces, ¿desde dónde o en relación con qué criterio debemos proceder a la construcción y deconstrucción de conceptos y categorías —gracias a los cuales sea posible reinterpretar el pasado— que contribuyan a la desnaturalización y relativización de las nuevas identidades sociales? Desde nuestras necesidades y mediante la interpretación de la realidad social hecha por los sujetos sociales

del pasado. Su propia subjetividad se ha convertido en objeto de análisis, y ello no sólo porque se parte de la premisa de que la realidad social está constituida por las significaciones que los actores dan a sus acciones, o porque se considere que la acción humana es inteligible por medio de los sentidos, sino también porque es esta una condición para la utilidad del conocimiento tal y como aquí se propone. Si uno de los objetivos señalados para el conocimiento sociohistórico era desnaturalizar las identidades de los nuevos sujetos sociales al historizarlas, servir de vigilancia en la construcción de su propio deseo, interesa aprehender esas subjetividades sociales contra todos sus contextos o referentes posibles, aun a sabiendas de que ese conocimiento será siempre incompleto y parcial. Las herramientas conceptuales de la nueva historiografía, ellas mismas en constante revisión, se nutrirán de la subjetividad, de las definiciones, de las interpretaciones de los propios sujetos en el pasado, lo que no significa que ahí acabe su cometido o que se confundan las subjetividades históricas con el análisis histórico.

Con demasiada frecuencia la historiografía ha despreciado el estudio de las subjetividades sociales, bien porque las consideraba terreno pantanoso, porque estaba más preocupada por las prácticas o la conducta de los agentes, o simplemente porque las conceptuaba como reflejo de otros ámbitos de la realidad social. Lo cierto es que la diversidad humana y social a la que hoy hemos de hacer frente reclama cierta inteligibilidad, cierto orden —en términos de operatividad política y ética—, y poco se sabe —más allá de los análisis individuales genético familiares— acerca de cómo se forman y construyen esas identidades, cuáles son sus referentes o contextos —¿singulares, múltiples? — contra los que habremos de ordenarlas o leerlas, preocupados como estamos por la unidad del comportamiento y la acción²².

Ahora bien, utilizar las subjetividades sociales como material para la construcción de nuevas categorías o de un moderno y cambiante bagaje conceptual, no significa confundir lo primero con lo segundo, pero tampoco significa contraponerlo. Introducirnos

22 El profesor Hugo Zemelman en El colegio de México y junto a otras instituciones ha iniciado una investigación sobre las nuevas subjetividades sociales.

en las apreciaciones de los sujetos del pasado entreabre la posibilidad de acceder a una riqueza —diversidad-variabilidad— que difícilmente podríamos aprehender desde la mera objetivación de los acontecimientos. Pero la construcción del saber histórico no puede descansar solo en las interpretaciones de los agentes del pasado, sino también en un diálogo abierto con las generaciones del presente. Entre otras razones porque en determinado momento histórico los sujetos se encuentran en el umbral de distintas posibilidades —algunas previstas, otras no— y su conocimiento es, necesariamente, incompleto y parcial. Desde el presente, los análisis del pasado permiten captar —en la medida en que se han cerrado algunos ciclos— posibilidades no vistas como tales por los contemporáneos, aun a sabiendas de que también este conocimiento ha de ser parcial e incompleto.

Es precisamente ese carácter incompleto del conocimiento sociohistórico, con la figura gráfica de un diálogo entre distintas generaciones del pasado y del presente, lo que lo puede convertir en un saber socialmente útil. Si partimos de la premisa de que la acción humana no está totalmente determinada por leyes generales externas a los sujetos —lo que no significa que no esté condicionada, aunque sólo sea por la existencia de “otros” agentes—, ¿de qué sirven los análisis del pasado que buscan captar esas regularidades generales con capacidad predictiva o, si se prefiere, tendencial? Dicho de otro modo, si lo pasado está muerto y representa, en muchos casos, ciclos cerrados, ¿para qué su estudio? Se podría contestar que para poder recorrer la distancia entre pasado y presente. Esto es, la constatación de un suceso contemporáneo requiere de la búsqueda de sus orígenes. Pero cuando se habla de la utilidad social del saber histórico se tiene más ambición que la que proporciona esta historia-génesis o historia-crónica. Reformulando la pregunta, ¿qué historia puede convertirse en un conocimiento útil? La historia posible, los análisis que intentan dar cuenta del pasado no sólo en tanto “que fue” sino del pasado en términos de posibilidad. Así, se abre un diálogo en el que el pasado necesita de la interpretación historiográfica del presente para realizarse, para desarrollarse y, más importante aún, los sujetos del presente con sus preguntas

abiertas se encaminan al pasado no para captar lo irrepitable, sino para aprehender lo posible. De esta manera se entabla entre el pasado y el presente un puente útil y necesario, un depósito al que los sujetos del presente acuden para buscar respuestas a sus preguntas, pero no respuestas sobre lo acontecido, lo cerrado, sino sobre lo posible, lo abierto, lo indeterminado.

Porque el cometido impuesto por esta nueva forma de concebir el conocimiento sociohistórico no puede reducirse a ser instrumento de relativización o historización de la realidad social y de las aspiraciones de los nuevos sujetos sociales. Si concebimos el pasado como una trama en la que algunas secuencias se cierran y completan y otras quedan abiertas, dibujadas, sugeridas, el pasado puede concebirse como lo acontecido y, también, como lo posible. En la idea de posibilidad —que nada tiene que ver con la historia contrafactual— está anclada la noción de intersubjetividad que puede transformar al conocimiento sociohistórico en un saber útil, lejos de la lógica determinista. Precisamente porque la acción humana es, en última instancia, indeterminada, existen esos campos de posibilidad —de lo no realizado pero realizable— mediante los cuales se ha de construir el puente de la intersubjetividad. Dicho de otro modo, porque en lo referente a la realidad social pasada no todo está determinado, podemos hacer uso en el presente de esa potencialidad que, para hacerse realidad, requiere de la acción humana y de una mayor conciencia de sí. Bloch decía “las cosas nos necesitan”; si la posibilidad no se concretó en el pasado no se debió sin duda a ningún impedimento mecánico ni teológico, sino a la acción o a la inercia de los humanos. Posibilidad entendida como lo probable que carece de la determinación humana para hacerse real pero cuya materialización puede llevarse a cabo en el momento presente, por medio de la conciencia de su posibilidad y de sus limitaciones en el pasado.

La práctica historiográfica y el juego de las analogías: tábanos, lechuzas y colibríes

En suma, la “nueva” historiografía con pretensiones de utilidad social debería, según esta propuesta, estar orientada hacia la diversidad-variabilidad de lo humano y de lo social, y hacia la aprehensión de la posibilidad en el conocimiento del pasado. Ante la aparición de nuevos sujetos sociales en contextos muy fragmentados, la diversidad y variabilidad hacia las que habrá de tender el conocimiento histórico contribuirían a la construcción crítica de las nuevas identidades colectivas por medio del autoconocimiento y la conciencia. Las subjetividades modernas encontrarían así un referente sobre el cual confrontar su propia constitución. Este ejercicio crítico, auto-crítico, implica la búsqueda de nuevas “topografías” sociales en el pasado, de otros sujetos y pertenencias, alterando categorías y conceptos, desnaturalizándolos, historizando nuestro propio lenguaje o, lo que es lo mismo, nuestra forma de ver la realidad social.

Pero para poder acceder a la diversidad y a la variabilidad se debe operar con marcos teóricos muy flexibles, por medio de la búsqueda de regularidades que no se cierren a esas posibilidades²³, Difícilmente se puede incorporar lo distinto, lo nuevo, lo irregular, si se está empeñado en confirmar o refutar —por medio de otras regularidades— un enunciado teórico con categoría de ley, regularidad o tendencia. De ahí que la deducción no siempre sea la forma de razonamiento más idónea. En cambio, la inferencia clínica o la abducción puede constituir lógicas que proporcionen una mayor utilidad en la medida en que trabajan con conjuntos de regularidades muy contextualizadas y siempre dentro de una aproximación posible y no cierta²⁴.

23 Hugo ZEMELMAN hace un análisis interesante de este problema en *Los horizontes*, pags. 169 y ss.

24 El concepto de “inferencia clínica” ha sido utilizado por diversos autores. Un desarrollo de este se encuentra en Clifford GEERTZ, “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 36. Para el concepto de abducción en historiografía, puede consultarse a Carlo GINZBURG, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981 y, desde una postura crítica, ARÓSTEGUI, *La investigación*. Como introducción a

Nuevas concepciones, marcos teóricos flexibles, formas de razonamiento no deductivas y unidades de análisis micro son algunas de las exigencias para la apertura hacia la diversidad-variabilidad de lo social. En este contexto, lo micro —los análisis individuales que hace la microhistoria, por poner un ejemplo—, no significa un fin en sí mismo ni tiene que ver con afanes coleccionistas. Lo micro se convierte en necesario para comprender toda la diversidad humana hasta donde seamos capaces de llevar nuestro análisis. Un tratado de la diversidad social y humana requiere de estos análisis de “grano fino” que nada tienen que ver con la historia *evenementiellé* o con el empirismo pueril. Lo micro como unidad de análisis es necesario, pero también lo son los niveles macro, sin que se produzca contradicción alguna. La elección de la unidad dependerá del problema a tratar y no de la teoría elegida.

De esta forma y mediante estas sugerencias sobre las prácticas historiográficas el conocimiento histórico puede contribuir en la construcción crítica de las nuevas subjetividades sociales, y convertirse así en un saber socialmente útil y en un instrumento de historización y desnaturalización de las demandas de los nuevos sujetos. Hay que recuperar para las ciencias sociales y, en concreto, para la historia, la idea socrática del tábano, metáfora de la función del filósofo en la polis: “atado por el dios al costado de la Ciudad como al costado del caballo poderoso y de buena raza, pero al que su propia fuerza da demasiada pesadez y que tiene necesidad de ser despertado por una especie de tábano”²⁵.

Pero no fue la capacidad reflexiva la única propuesta; también reconocimos la potencialidad contenida en el pasado y que permitía la constitución de una nueva intersubjetividad, un diálogo reciente entre el presente y el pasado. Lo acontecido no es lo único que ha de interesar al análisis historiográfico, lo posible —entendido como lo “aún no consciente” o lo “aún no acontecido” a la manera *blochiana*— también entra en su campo de estudio. Lo posible es lo que

la abducción como forma de razonamiento, el excelente trabajo de Thomas A. SEBEOK y Jean UMIKER-SEBEOK, *Sherlock Holmes y Charles S. Pierce: el método de la investigación*, Barcelona, Paidós, 1987.

25 Citado en TODOROV, “Post-Scriptum”, p. 257.

convierte al pasado en depósito de sugerencias, en banco de respuestas para las actuales preguntas. Esto no supone que sólo deba estudiarse lo posible, entre otras cosas porque lo potencial está íntimamente relacionado con lo acontecido, pero sí que el análisis de lo ocurrido debe estar supeditado a la búsqueda de la potencialidad.

No deja de resultar paradójico que este “voluntarismo racional” invierta nuestra concepción lineal del tiempo y busque en “lo no acontecido” del pasado la inspiración para la construcción de “lo que puede acontecer” en este presente-futuro. Todo parece indicar que los nuevos tiempos reclaman modernas analogías y, así, la lechuza de Minerva, que levantaba su vuelo al ponerse el sol, ha de ser sustituida por el colibrí multicolor que, con su frenética actividad al rayar el alba, anticipa lo que será²⁶.

26 La analogía del colibrí la tomo prestada del filósofo Horacio Cerutti-Guldberg, quien en una excelente intervención en el encuentro “Pensamiento y cultura en la universidad” que tuvo lugar en México en diciembre de 1995, la propuso como nuevo símbolo de la filosofía latinoamericana.





Posibilidades y sujetos en la enseñanza de la historia para la integración y la paz¹

My very uniqueness lies in my responsibility
for the other... To be free is simply to do what
nobody else can do in my place

Emmanuel Levinas

Si la credulidad, ya sea militante, ya sea devota o simplemente gregaria consiste en escuchar sin interpretar, existe otra necesidad, presente también en el discurso político, en el discurso religioso o en la vida cotidiana, una necesidad que tiene el exterior del discernimiento y el encanto de la perspicacia: interpretar para no escuchar, pasar por alto las palabras pronunciadas o escritas para retener lo no dicho que ellas atestiguan, diluirlas en su contexto, ver en el hombre que habla sólo el discurso que se pronuncia a través de él y escapar así, en virtud de un continuo recelo, a todo lo que pueda tener de tajante o de perturbador una palabra extraña.

Alain Finkelkraut

¹ Este trabajo fue publicado en la revista *Tablero* número 54, del Convenio Andrés Bello, en 1997, pp. xxiv-xxxii y fue el resultado de la Conferencia internacional sobre la enseñanza de la historia para la integración y la cultura de la paz que tuvo lugar en Cartagena de Indias en noviembre de 1996 y a la que fui invitada como ponente.

A modo de introducción: cuando la complejidad pretende ser riqueza

Me gustaría empezar esta reflexión violentando las normas básicas del discurso pretendidamente científico y académico construidas en torno a las nociones de objetividad, exclusión del sujeto y uso de la tercera persona del singular, expresando mi fascinación y preocupación por lo que me atrevería a llamar la “coexistencia pacífica”, que no convivencia, de tres discursos diferentes en las sesiones en las que se presentó el análisis que sigue. Por un lado, el discurso político que propone la integración y la paz como un horizonte deseable, como objetivo a alcanzar; el discurso historiográfico, que cree poder contribuir en tal sentido a través de su práctica concreta; por último, el pedagógico que especula sobre las modalidades o las estrategias a seguir para que el conocimiento histórico contribuya a la construcción de la integración y de la cultura de paz.

Fascinada por las posibilidades que esta reunión de discursos puede ofrecer, pero también preocupada por el riesgo que comporta esta coexistencia pacífica de discursos o relatos que son, esencialmente, diferentes, ¿cómo hacer para que el discurso político, propositivo, asertivo y exhortativo no desvirtúe al historiográfico, denso y problemático, y no dirija a su vez en forma ramplona al pedagógico? ¿Cómo hacer, también, para que la crisis por la que atraviesa el conocimiento histórico, su producción y sentido, no haga naufragar el sano propósito político de construir una cultura de paz? De lo que se trata en definitiva es de cómo abordar la enseñanza de la historia para la integración y la paz en toda su complejidad, partiendo de la premisa que sugiere que complejidad no es igual a confusión, sino a riqueza.

Si no lo hacemos, si damos por supuesto que el asunto que nos ocupa se puede liquidar con unas cuantas recetas sobre qué historia enseñar y con algunas sugerencias sobre cómo hacerlo, de poco habrá servido la coexistencia pacífica entre los tres discursos. Habremos conseguido reproducir el “diálogo de sordos”, tan común entre el mundo político y los ámbitos académicos. Por ello, no se debe dar por supuesto casi nada. Se hace menester

cuestionar todos los supuestos e implícitos que supone una enseñanza de la historia para la integración y la paz, con el objetivo de establecer algún tipo de conexión o puente que posibilite el trasvase de información del ámbito historiográfico y pedagógico al político, y de este, en el sentido de las expectativas y los proyectos colectivos, a los otros dos.

Resulta evidente que existe una discusión interna en cada uno de estos tres espacios, pero también parece necesario que algunas líneas maestras de esas discusiones deberían circular en los otros sentidos. ¿Cuál ha de ser ese pivote, ese espacio de convergencia entre lo político, entendido en el sentido de colectivo y público, lo histórico y lo pedagógico? Dicho de otra manera, ¿cómo posibilitar a los sujetos, (¿ciudadanos?), el acceso a una cultura de paz e integración a través de la enseñanza, (¿transmisión de valores, de información?), de la historia, (¿cuál de ellas?), en toda su densidad? Los historiadores seguirán discutiendo sobre qué sucesos o procesos históricos son más apropiados y pertinentes para fomentar esa cultura de paz e integración que todos vislumbramos como un horizonte deseable. Por su parte, los pedagogos debatirán sobre las relaciones entre estrategias didácticas, contenidos y objetivos..., pero todas ellas son discusiones parciales, disciplinarias, locales. El problema es la confluencia, ese punto en el que el discurso político se encuentra con el histórico y con el pedagógico. El dilema está en el límite, en la definición de un umbral que nos permita hacer de la coexistencia pacífica una convivencia interdiscursiva para el bien de todos.

Para ordenar la discusión, el siguiente epígrafe tiene el propósito de cuestionar el tema que nos ocupa, de reconocer esa realidad en su complejidad. Por su parte, el tercero es un intento de demostrar que, a pesar de esa densidad, o más bien gracias a ella, se pueden formular propuestas relativas, por tanto, más plausibles y ajustadas, tendientes a conseguir el horizonte político de la integración y la paz. Esta breve reflexión se cierra con unas líneas a modo de conclusión.

El problema y los problemas: la rebelión del enunciado

El título que dio pie a esta reflexión puede inducir a ciertas confusiones propias de la coexistencia de tres ámbitos discursivos. Así, uno podría estar tentado de cometer algunos de los errores o de las omisiones que se mencionan a continuación. La enseñanza de la historia para la integración y la paz puede hacer pensar en la existencia de un objetivo político muy bien definido hacia el que debemos acercarnos mediante la transmisión de información y valores históricos que marcan la necesidad de alcanzar esa meta. Sé que los historiadores renegarán de esta “lectura” tan elemental del enunciado. Pero concédaseme el beneficio de la duda, porque es plausible pensar que tanto pedagogos como historiadores, en ambos casos poco familiarizados con las discusiones mantenidas en el otro gremio, podrían creer en la existencia de un discurso historiográfico más o menos homogéneo, listo para ser transmitido o abordado mediante determinadas técnicas, o considerar el proceso de enseñanza como la mera transmisión de contenidos.

Si descomponemos el enunciado propuesto, este coincide con los discursos que hemos mencionado: la integración y la paz, con el discurso político; la historia, con el discurso histórico e historiográfico; y la enseñanza, con el discurso pedagógico. Las discusiones mantenidas en la Conferencia de Cartagena han dado buena cuenta de la complejidad del problema y han desterrado esas lecturas parciales y monodisciplinarias. Así, se han ido distinguiendo distintos niveles de complejidad dentro de cada uno de los tres discursos, a saber:

El discurso político y el problema conceptual

Las propias nociones de integración y cultura de la paz han estado sujetas a debate. ¿Cuál ha de ser el ámbito espacial de la integración: ¿el regional, el internacional? ¿No existe también en América Latina una deuda pendiente, la de la integración nacional? Por otro lado, ¿la integración apela a un fenómeno económico, político, social o cultural? ¿No se trata en realidad de un proceso multidimensional

en el que deberían converger todos estos niveles de la realidad social y humana? Ni qué decir tiene que el propio concepto de integración, en su definición más elemental, como incorporación de algo o de alguien a estructuras o realidades preexistentes, podría ser profunda y profusamente cuestionado.

Otro tanto se podría decir del concepto de paz y de cultura de la paz. ¿La paz como un estado en el que se ha erradicado el conflicto, o la paz como una situación tendiente a canalizar ese conflicto, que se presupone inherente a lo humano y a lo social? ¿La paz como resultado de la hermandad, o como consecuencia del reconocimiento de la divergencia de intereses? ¿Acaso el mito de la hermandad con el que en América latina se ha pretendido remedar la tendencia a los enfrentamientos violentos nacionales e internacionales, no participa de la misma lógica perversa que dio origen a esa otra cosmovisión tan extendida en nuestros países que define al “otro” como enemigo? ¿Por qué la disyuntiva ha de ser la de enemigo o hermano? ¿Y, la cultura de paz es una nueva visión de la realidad que apunta hacia la posibilidad de la resolución no violenta de nuestras divergencias, o es un nuevo catecismo que debe sustituir al de corte belicista? ¿Y cuando hablamos de violencia, nos referimos solo a la violencia ostensible, la de las armas, o también a otro tipo de violencia silenciosa, soterrada, la violencia cotidiana que niega derechos elementales como la supervivencia, la educación, etc.² La integración, la paz y la cultura de paz son conceptos que dibujan varios horizontes de sentido que cabría definir.

El discurso histórico e historiográfico

Abierto el problema conceptual, cabe preguntarse ¿qué historia debe ser “enseñada” para poder alcanzar, o al menos para estar en mejor disposición de lograr la integración y la paz? Pero antes de continuar me gustaría hacer un análisis muy breve sobre un implícito que no fue discutido, ni siquiera apuntado.

2 El profesor MacGregor y la profesora María Antonieta Huertas manejaron en sus brillantes y sugestivas reflexiones, expuestas en la Conferencia, conceptos como el de seguridad humana y seguridad democrática en relación con los derechos elementales.

La historia y sus usos sociales: ¿Por qué se da por supuesto que la historia, y no otra disciplina, ha de jugar un papel relevante y significativo en la construcción de la integración y de la cultura de la paz? ¿Qué características tiene el conocimiento histórico que, a priori, lo hacen ser particularmente útil? ¿Cuáles han sido los usos sociales de la historia y de su conocimiento que, sin dudarlo, se habla de la enseñanza de la historia para la integración y la paz? La historia, no necesariamente el conocimiento histórico —el discorrir de los sucesos y procesos sociales— ha tenido, desde siempre, un uso y una función en las comunidades humanas, cual es la de construir su memoria. Como ser es esencialmente ser memoria, y esta, conectada a la identidad, a las identidades individuales y colectivas, también ha jugado papeles importantes a la hora de definir los cursos de la acción social. La introducción de la historia pretendidamente científica, ligada a determinados métodos y técnicas ha permitido, o al menos ese era parte de su cometido, pulir y desarrollar un tipo de conocimiento histórico menos fragmentario y más “verdadero” (yo preferiría hablar de más coherente y ajustado) desde el cual construir la memoria. La historia como memoria ha sido una constante de los usos sociales del devenir humano colectivo, pero no ha sido el único.

El conocimiento histórico ha tenido otro tipo de pretensiones y alcances sociales ligados a los grandes paradigmas y a los meta-relatos, entre los que se encuentra el de funcionar como “guía para la práctica”, “maestra de vida”, orientadora, en fin, en la construcción de proyectos de futuro. Probablemente esta versión pedagógica de la historia sea la que mayor arraigo ha tenido en nuestro mundo. Muchos de nosotros nos hemos formado como historiadores bajo la máxima “la historia como conocimiento del pasado permite comprender el presente y proyectarse al futuro”. Bien es cierto que hubo variantes en esta semántica de los tiempos, y ahí están los trabajos que invertían el orden de los términos, citando a Marx y a Croce, y señalaban que era el presente el que permitía hacerse con el escurridizo pasado. Pero todas ellas se basan en las ideas de progreso, como presupuesto teleológico, y de conexión mecánica entre

sucesos, eventos o procesos del pasado, del presente y del futuro, posible gracias a una supuesta repetición y a la existencia de leyes en el devenir histórico-social, de regularidades (en una versión más *soft* del asunto) o, en las más modernas, de mecanismos. Ahora bien, esta forma de entender la historia, como “maestra de vida”, ha hecho crisis. La velocidad y aceleración de los cambios tecnológicos y sociales del mundo en las últimas décadas ha dado al traste con la idea de repetición y con la posibilidad de que la-historia-que-fue pueda guiarnos en la-historia-de-lo-que-queremos-que-sea³.

Si, como acabo de señalar, la historia como enseñanza, y el conocimiento histórico como ejemplo han sido cuestionados —cuestionamiento que está lejos de ser marginal, ni deviene de una crisis de crecimiento subsanable desde las técnicas, sino que es el resultado de una profunda crisis epistemológica y política que ha trastocado el propio papel de la ciencia en las sociedades contemporáneas⁴—, justo será tenerlo en cuenta a la hora de formular la propuesta: ¿qué historia se debe enseñar para la integración y la paz? Si lo obviamos, si consideramos que esas discusiones no nos son propias, haremos un flaco servicio a la construcción de la integración y la paz, entre otras cosas porque no reconocer la pérdida de capacidad crítica del conocimiento histórico es abortar toda posibilidad de que algún tipo de conocimiento histórico, no necesariamente ligado a tendencias y mecanismos, pueda contribuir a alcanzar el objetivo propuesto. Porque lo que sí se puede mantener como plausible es que una forma de construir y entender el conocimiento histórico ha perdido buena parte de su función social, lo que no equivale a decir que todo conocimiento histórico haya de sufrir la misma suerte. En parte, aunque sólo en parte, depende de los historiadores.

3 Las expectativas superan con creces lo que es dado esperar a través de la experiencia y eso en períodos de tiempo muy cortos. La relación entre experiencia y expectativa en Reinhard KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

4 Como referencia general puede consultarse el ilustrativo artículo de Pauline ROSENAU, “Modern and postmodern science. Some contrasts”, *Review* 15/1 (1992), pp. 49-89. Si se quiere profundizar en el debate científico, véase Dora FRIED SCHNITMAN, *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*, Buenos aires, Paidós, 1994.

En suma, y teniendo en cuenta la existencia de una crisis epistemológica insoslayable como premisa de partida, deberíamos volver a formular la pregunta: ¿qué historia para la integración y la paz?

Las unidades de análisis: en la Conferencia de Cartagena, la discusión historiográfica se centró en la dimensión espacial y en el carácter de la historia que debía ser transmitida y “enseñada”. Se habló de la conveniencia de homogeneizar los manuales escolares, de que la historia impartida se desplazase de la historia nacional a la historia regional, de que, frente a una historia belicista y centrada en los grandes personajes, se hiciese hincapié en una historia más cooperativa y popular, etc. A estas dualidades se podrían añadir otras: la historia estructural y la historia agencial, el problema de los sujetos históricos y la historia de género o la historia de los sectores populares gracias a fuentes orales... Lo que quedó más o menos claro en la discusión y en los distintos aportes es que no existe una historia, única y verdadera lista para ser enseñada, sino una compleja trama de sucesos y procesos en los que cabe la cooperación y el conflicto, distintos actores, estructuras y acontecimientos, y que intentar fijar el foco en una temática o en una de las formas adoptadas por el devenir social, puede ser una modalidad de estafa, de adoctrinamiento, que poco o nada tiene que ver con la construcción de una cultura política para la integración y la paz. Además, aun apostando por el adoctrinamiento, ¿qué seguridad tenemos al decir que la transmisión de una historia de la cooperación regional vaya a inducir conductas cooperativas? Las historias nacionales en América latina se construyeron con base en el mito de la hermandad, lo que, en lugar de desterrar el conflicto, lo agudizó.

A mi juicio, y a pesar de ser importante, el problema no está en los temas a tratar o en el ámbito espacial que debería abordar la nueva historia para la integración y la paz. Nunca nos pondremos de acuerdo sobre qué historia es la mejor, porque no existe una historia verdadera y definitiva ni, permítanme ser presuntuosa, existirá⁵. Si existe algo así como la naturaleza del discurso histórico, su condición

5 Resulta obvio que la seguridad de la premisa es producto de una toma de posición ontológica y metodológica respecto del mundo social y humano, frente al mundo natural y físico, posturas que son, en última instancia discutibles.

es relativa, y esa relatividad epistemológica, metodológica y política no es un renglón torcido a desterrar sino un *a priori* con el que hay que contar y desde el que hay que preguntarse: ¿cómo transmitir un discurso esencialmente relativo, con contenidos múltiples y variables, y destinado a generar un tipo de cultura política, de comportamiento colectivo más proclive a la integración y la paz (nociones por otra parte poco definidas)? Dicho de otro modo, ¿cómo construir un tipo de conocimiento habilitador, que permita a los sujetos sociales contar, dentro de su bagaje cultural, con la posibilidad de cooperación y resolución no violenta de los conflictos?

El discurso pedagógico

Poco o nada se habló de la enseñanza o, mejor dicho, de la filosofía que debía guiar ese proceso. En la Conferencia se mencionó la transmisión de valores y de información como el objetivo básico del proceso de aprendizaje. ¿Se reduce la “enseñanza” a un mero proceso de transmisión, en el que los docentes cuentan con contenidos específicos que “manipulan” estratégicamente, haciéndolos más asequibles para los alumnos, y que deben incorporarse en el bagaje cultural de estos últimos? Estoy convencida de que ningún docente aceptaría una definición tan simple sobre la complejidad de la enseñanza. Pero en el caso que nos ocupa, menos aún. ¿Cómo se podría “enseñar” o transmitir conocimientos que son, en el mejor de los casos, relativos y aproximativos, dirigidos a propiciar la consolidación de procesos, la integración y la paz, de problemática y compleja definición?

Por otra parte, y tomando en consideración las dificultades que supone definir el proceso de enseñanza-aprendizaje, ¿qué estrategias didácticas son las más oportunas? ¿Qué medios se deben movilizar para poder dar cuenta de las historias para la integración y la paz? Son preguntas que dependen de la posición que se tome respecto de la “enseñanza”. No obstante, y aun cuando considero que esta discusión es técnica e interna al gremio de pedagogos y profesores, hay un punto importante relacionado con los medios, con los canales de transmisión y/o de construcción de la información. Me refiero al lenguaje. El historiador maneja fundamentalmente códigos

lingüísticos en su interpretación de eso que llamamos historia y en su construcción de relatos, narrativas, etc. Lo mismo sucede con el docente, quien hace uso de lenguajes, sean estos del tipo que sean, y básicamente del lenguaje hablado y escrito. El problema del lenguaje es un problema añadido a la larga lista de los mencionados, sobre todo en un momento en el que otros lenguajes más atractivos o con mayor capacidad de cooptación, los audiovisuales, compiten con los lenguajes tradicionales.

De igual forma que aquellos no demasiado familiarizados con la discusión historiográfica podrían caer en la tentación de creer en la posibilidad de construcción de un único relato histórico basado en las ideas de verdad y veracidad, también se podría albergar la esperanza, como por otra parte se ha hecho en buena parte de este siglo, de considerar al lenguaje como un canal neutro que refleja la realidad y que, por tanto, permite transmitirla sin interferencias, siempre y cuando se haga un buen uso de él. La lingüística moderna y la historiografía basada en sus presupuestos —Hayden White por ejemplo⁶— han intentado desterrar este espejismo, señalando la densidad del lenguaje y su capacidad para conformar y crear realidad (en última instancia, y en primera, percibimos el mundo a través de estructuras lingüísticas). Si esto parece plausible para el conocimiento del mundo que nos circunda, pongo por ejemplo la influencia de los medios en nuestro acceso a la realidad política, lo es aún más en el caso de la historia, cuyo proceso de construcción depende únicamente de vestigios de acontecimientos y sucesos pasados. Los historiadores, como es sabido, trabajan con interpretaciones de fenómenos —documentos, testimonios, vestigios materiales...— y su producción no deja de ser una interpretación de interpretaciones. Por tanto, el relato o el análisis del historiador no es un reflejo más o menos ajustado de-lo-que-pasó, sino que contiene sus propias marcas ideológicas deliberadas e inconscientes. De tal manera, cuando alguien accede y consulta un relato histórico —la narración elaborada por un historiador— no está asomándose a una ventana sobre el pasado, sino que está relacionándose con posiciones que

6 Véase Hayden WHITE, *Metahistoria. La imaginación histórica de la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de cultura económica, 1992.

implican, de forma subrepticia, pronunciamientos presentes. Esto, que es casi una máxima elemental en el oficio, no solo se realiza mediante juicios de valor, sino gracias a fórmulas aparentemente tan poco sospechosas como la forma que adopta el relato o la utilización de los pronombres.

Este problema es aún más significativo cuando de lo que estamos hablando es de “enseñanza”, es decir, de un proceso de inducción deliberada hacia determinados objetivos. El docente participa doblemente del problema del lenguaje: al trabajar con los textos de los historiadores, y al elaborar su propio discurso destinado a fomentar actitudes y valores, o destrezas y capacidades. Su interpretación de las interpretaciones de los historiadores también contiene implícitos difíciles de percibir y, en el caso de los alumnos, imposibles de fiscalizar o de tomar distancia. Sobre todo, porque no estamos hablando de las opiniones que aparecen en todo discurso sino de los supuestos, de las ausencias, de los silencios, de la intertextualidad, de las referencias: en suma, de la formación de las cosmovisiones, de la construcción de los imaginarios colectivos, de las identidades, de la memoria. Entonces, ¿cómo solucionar o atemperar este problema que hace compleja la “transmisión” de contenidos relativos destinados a movilizar actitudes que promuevan una cultura de paz e integración?

Un orden provisional: los sujetos, la integración, la paz y las historias posibles

Yo empezaría, después de este pequeño ejercicio, por reformular el enunciado que dio pie a esta reflexión y lo haría en forma de pregunta. Ya no se trataría de la enseñanza de la historia para la integración y la paz, sino de cómo generar una cultura, en el sentido más amplio del término, que posibilite que se abra a la promoción de los valores asociados a la integración y la paz. ¿Cómo hacerlo a través del concurso de una disciplina relativa y aproximativa, la historia, a la que le hemos concedido un estatuto especial ligado a la

memoria, precisamente en un momento en el que el conocimiento histórico ha perdido buena parte de su funcionalidad como “guía para la acción”?

Por último, ¿cómo acometer semejante empresa desde la “enseñanza” que ya no puede ser la sola transmisión de contenidos, porque no existen contenidos fijos ni objetivos —integración y paz— definidos con precisión, y hacerlo “honestamente”, aceptando que en el proceso de enseñanza-aprendizaje de esa historia relativa se producen desplazamientos de sentido —implícitos, marcas...— que contribuyen a forjar cosmovisiones, imaginarios e identidades y que, en algunos casos, esas construcciones son los únicos referentes con los que cuentan los “enseñados”?

En primer lugar, desterrando la idea de secuencia lineal que parece llevar implícita la enseñanza de la historia para la integración y la paz, y sustituyéndola por la idea de proceso circular y dialéctico. Las nociones, que a modo de horizonte político, se configuran como objetivos, no están definidas o no están del todo definidas porque no pueden estarlo. Es este un proceso de construcción permanente de los valores que han de guiar la integración y la paz, construcción que no ha de ser competencia exclusiva de los políticos, ni de los científicos sociales, proponentes y gestores de los procesos sino que ha de ser un esfuerzo colectivo basado en la cotidianidad y en la experiencia. La integración y la paz no pueden ser metas definidas desde arriba y transmitidas hacia abajo en una suerte de movimiento pasivo. Por el contrario, tiene que haber una constante retroalimentación entre las distintas instancias. Para ello la enseñanza y las historias pueden jugar un papel importante. La historia, no ya como “maestra de vida”, sino como generadora de posibilidades, depósito de experiencias, como conocimiento no solo de lo-que-fue, sino, sobre todo, de-lo-que-pudo-haber-sido⁷. La historia, esta nueva historia, podrá

7 Entendido como aquello que pudo llegar a ser porque estaba contenido como posibilidad, pero que no fue por falta de acción. En ese sentido véase Ernst BLOCH, *El principio Esperanza*, Salamanca, Sígueme, 1972, I. También, Hugo ZEMELMAN, *Los horizontes de la razón*, Barcelona, Anthropos, 1992. Retomando las ideas de posibilidad y de lo dado-dándose de los autores señalados aplicadas a la Historia, véase Marisa GONZÁLEZ DE OLEAGA, “De lobos y de fauces: el conocimiento histórico en el fin de siglo”, *Revista de Indias* 207 (1996), pp. 475-501. Y otra versión

ser un instrumento útil en medio de un mundo y de un continente, América latina, bajo el influjo de los procesos de globalización. Frente a la homogeneidad, la diferencia es cada vez menos contigua y más lejana. Frente a la supuesta “necesidad” de lo que acontece, a la que tanto se apela en el lenguaje político, la posibilidad de lo que pudo haber acontecido y que, como posibilidad, puede retomarse. Como decía Ernest Bloch, parafraseando a Schiller: “Lo que *aún* nunca jamás ha sucedido en ningún lugar, eso sólo no envejece jamás”. Para los sujetos sociales, que deben constituirse en definidores de la integración y la paz, la historia posible puede ser, junto con otras, fuente de inspiración y reconocimiento. La idea de posibilidad es una premisa básica para la acción intencional. Historia posible e historia reflexiva. No se trata de dar rienda suelta a la irracionalidad o a la idea de posibilidad como legitimación de cualquier proyecto político. Lo posible necesita de constatación y participa de la realidad, como lo acontecido. El que la idea de una verdadera historia sea hoy insostenible no significa que toda historia sea verdadera. No todo ha sido posible, e incluso lo que lo ha sido, no necesariamente tiene por qué haber sido deseable.

De esta manera enfrentamos, o estamos en mejores condiciones de enfrentar la crisis epistemológica y política por la que atraviesa la construcción del conocimiento histórico. Paradójicamente, la pérdida de capacidad de la historia como guía se ha visto acompañada de una “hiper historización”, de un proceso que ha traslucido un considerable crecimiento de la demanda social de lo histórico, pero no de lo histórico como subproducto de la historia acontecida, sino de la historia como ficción. La literatura, el cine, la moda “retro”, los *revivals* étnicos, las reivindicaciones en el sentido de la identidad y la memoria dan cuenta de esa demanda de historia. Este repentino y paradójico interés puede ser interpretado como parte de la lógica cultural del capitalismo tardío, como ha hecho Fredric Jameson y un efecto más del consumo compulsivo y acrítico de objetos, o como el indicio de nuevas necesidades sociales que, potenciadas, pueden devolver al co-

de ese trabajo, también recogida en este libro, en *Estudios Sociológicos* 45 (1997), pp. 811-833.

nocimiento histórico su capacidad crítica⁸. El interés por la historia ficción, por los relatos históricos novelados, se puede entender, como suelen hacer algunos atribulados historiadores, como la prueba irrefutable de la malignidad de los tiempos que corren, más interesados por la falsedad y el simulacro que por las verdades esenciales o, con mucha más humildad, como la búsqueda en la ficción de lo posible y lo verosímil. Lo que realmente cambia en la concepción de esta nueva función social de la historia, la historia posible frente a la historia verdadera, es la posición de los sujetos: de los sujetos objetivados que acompañan el decurso del progreso histórico, determinados y constrañidos por estructuras materiales e inmateriales, de la necesidad de lo acontecido y por acontecer, a sujetos responsables que deben hacerse cargo de sus opciones y que buscan en la historia inspiración, luz para llevar a cabo sus proyectos de los que son los únicos responsables. Resumiendo, los sujetos sociales han de definir la integración y la paz, han de construir esos procesos desde el presente, no por mandato histórico, sino porque es políticamente deseable. Para ello, la historia se puede considerar como un tipo de conocimiento útil, en el sentido de resituar y reconsiderar la posibilidad de aquello que ha sido concebido como tal en otro tiempo y lugar⁹. Con ello se sortea el problema de la repetición en la historia, porque no se trata de ver lo acontecido susceptible de volverse a dar, sino de reconocer lo posible que puede aún acontecer. Así, los sujetos sociales entrarían en *diálogo* con la historia, con los sujetos históricos. Definirían la integración y la paz desde sus proyectos políticos, de los cuales son responsables, y desde sus expectativas que se verían, a su vez, reformuladas y relativizadas gracias a ese diálogo con la historia.

El discurso pedagógico debe incidir en los sujetos sociales en diálogo con sujetos históricos, mediante el proceso de enseñan-

8 Me refiero al excelente trabajo de Fredric JAMESON, *El Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona, Paidós, 1995.

9 En este sentido y sobre los usos de los contrafácticos en la Historia, puede consultarse Geoffrey HAWTHORN, *Mundos plausibles, mundos alternativos. Posibilidad y comprensión en la historia y las ciencias sociales*, Cambridge University Press, 1995. Con una orientación distinta, Thomas PAVEL, *Fictional Worlds*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1986.

za-aprendizaje. No se trata ya de transmitir contenidos formalizados, ni de hacer circular información acabada, sino de construirla, deconstruirla y reconstruirla. Son los sujetos sociales en sus procesos de aprendizaje, formales e informales¹⁰, los que recurren a la historia —al paso que vamos, única fuente de posibilidades y diferencias—, a los sujetos históricos, para comprender desde sus perspectivas el devenir, y para reconocer en ese diálogo con el otro, las posibilidades abiertas, lo-que-pudo-haber-sido y no fue. Resulta evidente que con este orden provisional no conseguiremos erradicar el relativismo propio del discurso histórico, ni tampoco subsanar los problemas inherentes a los usos del lenguaje, entre otras razones porque tal pretensión es descabellada, sino que contemplándolos, los adecuamos.

“Nosotros” y “ellos”: diálogo y negociación en las nuevas filosofías de la alteridad

Sujetos, integración y paz e historia posible, formaban parte de ese orden provisional propuesto. La figura descompuesta podría recomponerse de la siguiente manera: los sujetos sociales definen y redefinen la integración y la paz a través de la construcción-deconstrucción y reconstrucción (enseñanza) de las historias, entendidas como historias posibles. De todo ello cabe destacar el papel protagónico concedido a los sujetos: a los sujetos históricos interlocutores de los sujetos sociales, y a éstos como constructores de su propio conocimiento.

En un intento por retomar las ideas centrales, cabría señalar que son los sujetos sociales del presente los que deben definir la integración y la paz, y que para ello pueden contar con la historia, con el conocimiento histórico, dado que este peculiar depósito de experiencias y de diferencias tiene un papel relevante en la formación de las identidades y de los imaginarios. En el orden provisional propuesto se mencionó esta condición universal de la historia. Por

¹⁰ En la Conferencia de Cartagena se mencionó la importancia de los canales no formales de enseñanza y aprendizaje.

ello, el conocimiento histórico, aunque no es la única fuente, puede contribuir a la definición de la integración y la paz, máxime en un momento en que las tendencias a la homogeneización son tan fuertes. Pero lo puede hacer desde la idea de posibilidad y no desde la estéril y omnipresente idea de necesidad de lo acontecido. Depósito de experiencias, posibilidades y reflexividad, la historia tiene la capacidad de “desnaturalizar” y relativizar las identidades y los imaginarios de esos sujetos sociales en relación dialógica con el pasado. Los sujetos en diálogo con los sujetos históricos —esta sería la mejor definición del proceso de enseñanza de las historias— intentan reconocer las posibilidades abiertas en ese pasado a través de la comprensión contextual de las posiciones de esos sujetos con los que dialogan, y que representan en última instancia una alteridad irreductible. Gracias a la figura del diálogo, que no es una fórmula puramente retórica o propagandística, los problemas del lenguaje en la construcción del discurso histórico y en la del discurso pedagógico quedan atemperadas, porque son los sujetos reflexivos los que construyen su propio conocimiento.

Ahora bien, este orden provisional no puede contentarse con la discusión sobre temáticas oportunas a incorporar en los manuales escolares que, si bien puede ser una polémica pertinente, su lugar no es este. Recuperar a los sujetos como definidores de los proyectos políticos, constructores de su propio conocimiento relativo gracias al establecimiento de un diálogo con otros sujetos del pasado, y concebir la historia como fuente de inspiración, supone un cambio de 180 grados en el pensamiento occidental de los últimos dos siglos. Pero es ahí, en ese nudo común entre discurso político, discurso histórico e historiográfico y discurso pedagógico, donde hay que tender el puente que comunique estos tres ámbitos. Hacia dentro, las discusiones técnicas y disciplinares; hacia fuera ese pivote desde el cual poder acometer esta recuperación de los sujetos que no es otro que una nueva filosofía de la alteridad.

Podremos pasar años discutiendo sobre los valores de la integración y la paz, sobre los contenidos en la enseñanza de la historia o sobre las estrategias didácticas a seguir y llegar a conclusiones distintas y dispares. Pero el verdadero meollo de la cuestión está en otro

nivel: cual es la concepción de la alteridad, la consideración del otro y, por tanto, el lugar que debe ocupar la diferencia y el conflicto. Si queremos una cultura de paz realista debemos construir un marco en el que el conflicto tenga cabida y canalización, en el que la diferencia sea contemplada. Una integración definida desde arriba, un proceso de enseñanza vertical y una historia determinista, lejos están, a mi juicio, del objetivo de la integración y la paz, entendidos el primero, como complementariedad de la diferencia, y la segunda como la canalización no violenta del conflicto. Ese es un marco político y también filosófico, ético y epistemológico que hay que discutir y que, desde luego, urge abordar. De lo contrario, hoy la integración y la paz, como ayer fue el nacionalismo y la violencia por imperativo político o, peor aún, histórico. Son los sujetos sociales, llámeselos mujeres, trabajadores, jóvenes, informales, etc., quienes deben involucrarse en el proceso, y para evitar tentaciones totalitarias basadas en la verdad y la razón, es menester cambiar nuestra forma de ver el mundo, lo que significa también nuestra forma de ver al "otro", al diferente, al distinto, a uno mismo en esa parte oscura y desconocida que todos portamos. El "otro" es también un sujeto al que puedo entender en la medida en que me acerco a sus circunstancias y contexto, pero que es poseedor de una alteridad irreductible, no objetivable, no cosificable. Hay una parte en mi adversario, su deseo, que se escapa, que no es juzgable o que, si lo es, lo es tanto como el mío propio. Por eso es importante el diálogo de sujeto a sujeto, el diálogo como espacio en el que sólo el "otro" puede dar cuenta de una parte de sí mismo, de esa parte en penumbra que no se puede poner en relación con ningún contexto. El diálogo es la fórmula epistémica y la negociación, la fórmula política.

Una nueva concepción del "otro", que también es un sujeto, abismal e insondable en última instancia, nos permitirá situarnos en ese umbral habilitador desde el cual construir colectivamente la integración y una cultura de paz.



Los retos de la historia ante la posmodernidad y las nuevas corrientes historiográficas¹

Introducción

Se me ha encomendado exponer —y en cierto sentido exponerme— sobre la situación actual de la historiografía. De hecho, se barajaron dos posibilidades distintas de llamar a esta intervención: los retos de la historia ante la posmodernidad o las nuevas corrientes historiográficas. He decidido incorporar los dos problemas a la exposición. Y esto es así porque me parecía que optar por uno u otro iría en detrimento de la inteligibilidad de la cuestión. Hablar de los “retos” que la posmodernidad ha supuesto para la escritura de la historia sin referencia a casos concretos, o abundar y describir esos casos sin hacer alusión a la problemática que le da sentido, se me antojaba iba a restar fuerza y credibilidad al conjunto.

¿Cómo la historiografía ha negociado y negocia con el pensamiento posmoderno? Es el problema que nos ocupará aquí y ahora. Pero lejos estamos de cerrar la cuestión, y planteado así hay que hacer algunas precisiones. En primer lugar, no existe tal cosa como el pensamiento posmoderno, si por pensamiento entendemos un conjunto articulado de enunciados que nos dicen cómo es el mundo, cuál es el lugar o el rol de la ciencia, del investigador, qué teoría de la realidad manejar, qué papel juega la explicación, cuáles son los criterios de evaluación, etc. En segundo, las nuevas prácticas historiográficas no son “nuevas”, si por ello queremos entender radicalmente distintas a las anteriores. Si algo caracteriza al pensamiento posmoderno es la falta de consenso interno y la existencia de notables diferencias entre los distintos autores que se reconocen como tales. Por eso estamos muy lejos de poder hablar de un “antes” y de un “después” de la irrupción de este pensamiento, y más bien

¹ Publicado originalmente en *Historia Crítica* 18 (1999), pp. 115-135.

—para no violentar excesivamente la realidad en aras de un cierto prurito clasificatorio— deberíamos hablar de un “durante”, porque el proceso está abierto y la negociación está en marcha.

Creo que puedo afirmar, con un margen de error aceptable, que el pensamiento posmoderno no es una teoría en sentido estricto y en lo que nos afecta a nosotros, un nuevo paradigma, sino más bien una advertencia, un aviso de las insuficiencias de los programas de investigación derivados del pensamiento moderno. No pretende sustituir antiguas certezas con otras nuevas, sino desestabilizar las anteriores para dar paso a certezas provisionales que posibiliten nuevas prácticas. Es una apuesta por la búsqueda de nuevos caminos ante la percepción de que los anteriores son “vías muertas”. Y como toda búsqueda, comporta grandes riesgos: uno, y no es el menor, de convertir alguno de los nuevos itinerarios en mapa oficial (es el caso del formalismo de Hayden White²); otro, sucumbir al desaliento y confundir el camino, los itinerarios con el objetivo, que es alguna suerte de meta —por muy provisional que esta sea—. Entre uno y otro extremo se mueve toda una masa crítica de trabajos, prácticas y concepciones de gran riqueza que son nuevas parcialmente. Algunas de ellas podrían ser asumidas sin demasiados problemas por algunos de los programas de investigación modernos y su novedad reside en arrastrar al centro de la práctica historiográfica lo que antes era tenido por marginal o periférico.

Lo que yo quiero defender hoy aquí es un uso crítico, una incorporación meditada de los retos de la posmodernidad desde la tradición (¿desde dónde si no?) cuestionada (y esto es posmoderno). Reconocer que el lenguaje no es el reflejo de la realidad no es igual que afirmar que la realidad solo es lenguaje, o reconocer que la historia se nos presenta en forma textual no implica ninguna suerte de reducción de la complejidad histórica al texto, o en todo caso implica nuevas consideraciones de la textualidad. De igual forma que rechazar el programa de emancipación de la modernidad no es lo mismo que regodearnos en la propia miseria o creer que este es el mejor mundo posible, por ser el único.

2 Hayden WHITE, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992; y *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo xix*, México, Fondo de cultura económica, 1992.

Ahora bien, como se trata de una cuestión de sutilezas —del lenguaje—, dicho esto, la reacción (y he comprobado que esto es así también en otros ámbitos académicos como el anglosajón), es inmediata: reconozco que el pasado se presenta en forma textual —que generalmente se confunde con el lenguaje— pero como no sé muy bien a dónde me puede llevar tal cosa, sigo trabajando como si no fuera así, sigo leyendo los textos, los relatos, las narraciones de forma más o menos literal; o, en el mejor de los casos, hago una crítica de las fuentes, intentando descubrir las intenciones del autor o categorizando los documentos de acuerdo a su origen y destino (los documentos secretos son más veraces que las alocuciones públicas); o apelo a contextos de referencia creyendo así librarme del “abrazo textual”. Entre esta posición y la contraria —todo es texto y no hay referente posible— se mueve un espacio intermedio que exige de una posición distinta: ¿qué es un texto? ¿cómo relacionar texto y contexto? ¿cómo abordar el problema de la textualidad sin ser tragados por él? Y es aquí donde creo que algunas técnicas que, llamémosle, la historiografía posmoderna recrea y toma prestadas de la crítica literaria, de la lingüística y de la filosofía del lenguaje pueden ser de alguna utilidad.

Pero lo pueden ser a condición de que asumamos esa posición abierta e intermedia, esa posición de búsqueda riesgosa. Entonces, a las consabidas preguntas de “¿entonces qué?” o a la afirmación de “todo esto está muy bien, pero no es nada nuevo”, yo me atrevería a responder que, efectivamente, no hay nada nuevo en las preguntas —buena parte de los debates en torno a la relación entre mundo y lenguaje son antiguos— pero sí lo puede haber en las respuestas, entendidas como prácticas.

Sé que todo esto puede parecer una defensa del eclecticismo más temido, esa especie de picoteo de “aquí y de allá” que atenta contra las consignas de la pretendida historia científica, y he de reconocer que de algún modo es así. Es una defensa de la combinación crítica de posibilidades metodológicas y técnicas ante la desconfianza en las grandes certezas. Son los problemas que plantea el historiador los que deben determinar la elección de los instrumentos, el

uso la adecuación de los procedimientos a emplear en una suerte de instrumentalismo *rortiano*.

Porque lo único que permite hablar de pensamiento posmoderno es, precisamente, esa desconfianza en las grandes certezas, sean estas de orden epistemológico, metodológico o político. Eso y la desconfianza en el origen y en la autoridad, que es lo mismo que decir en el centro, en el autor y en los sujetos. Fuera de esto, pocas son las coincidencias, las semejanzas. Dentro, la polifonía es dominante (Pauline Roseneau ateniéndose a esta variedad de síntomas propone hablar de posmodernos escépticos y posmodernos afirmativos³) y eso lejos está de ser, creo, un obstáculo a salvar: más bien creo que ha de ser una riqueza a proteger (como creo que también lo es en su correlato político: la exclusión del disenso no es el objetivo de la democracia pluralista, sino que su existencia y permanencia es condición de posibilidad —y aquí no soy rortiana sino derridiana—, si es que algo así es posible).

Dicho todo esto, voy a trazar un cuadro general de la historia de esta historia, de la negociación entre historia y posmodernidad y de los problemas que plantea una clasificación semejante. A continuación, voy a dibujar un marco de actuación posible en el que se intentará definir cierta coherencia provisional —que tienen que ver con mi trabajo— dentro de la polifonía que a algunos les resulta cacofónica. Todo esto para sugerir que “ni integrados ni apocalípticos” sino irredentos, apátridas y erráticos.

Una historia de esta historia: la negociación entre la historiografía y la posmodernidad

El malestar en la historiografía no es nada nuevo. Marxistas de distinta índole, annalistas, cliómetras, empiristas pueriles y sofisticados han convivido y coexistido en este siglo con concepciones muy diferentes sobre la historia y su quehacer, y sobre la función del conocimiento histórico. Se han intentado toda suerte de clasificacio-

3 Pauline ROSENEAU, “Modern and postmodern science. Some contrasts”, *Review* 15/1 (1992), pp. 49-89.

nes para hacer más o menos inteligible el panorama del “antes”, de las historias modernas para poder distinguir así, y hacer apreciable, contra qué se definen las historias posmodernas. Keith Jenkins habla de las Historias con mayúsculas y de las historias con minúsculas y traduce las primeras como Historias deliberadamente ideológicas (marxistas y liberales), y las segundas como pretendidamente no ideológicas (también desde la izquierda y la derecha)⁴. Por su parte, Alun Munslow habla de reconstruccionistas, construccionistas y deconstruccionistas, atendiendo a las teorías de la realidad a las que los del “antes” y del “después” y sobre todo los del “durante” (la irrupción del pensamiento posmoderno) se adscriben y defienden⁵.

Pero, ¿se puede fijar algún momento como clave para el reconocimiento de este malestar, o una mayor profundización en la falta de consenso?, ¿hay algún signo, alguna señal? Se puede, aunque no deja de ser una referencia bastante arbitraria. Estoy segura que, si nos dedicásemos a rastrear las discusiones que el pensamiento posmoderno lleva a escena en las últimas décadas, las encontraríamos en la periferia de la historiografía o de la filosofía de otras épocas. Lo que hace el pensamiento posmoderno es reinterpretarlas y lanzarlas a escena. Esto ha sido así en el caso de la física o en el de la biología. La teoría del caos o el paradigma de la complejidad no son inventos nuevos sino reinterpretaciones de discusiones anteriores (el principio de indeterminación de Heisenberg...). En los programas historiográficos modernos no existe consenso absoluto, pero hay ciertos lugares comunes: una cierta similitud en la concepción de la realidad, de los objetivos de la ciencia o del conocimiento histórico, sea en su vertiente marxista o liberal. Además, el disenso se produce entre grupos que, más allá de ese lugar común que comparten, mantienen amplias diferencias. El pensamiento posmoderno atenta contra esos lugares comunes y lo hace sin plantear alternativas grupales posibles. Deja el lugar de los grandes paradigmas, de las grandes teorías, vacío, y lo sustituye por una proliferación de prácticas que no se sostienen en declaraciones de principios sino en la posibilidad de generar otras nuevas.

4 Keith JENKINS, *The Postmodern History Reader*, Nueva York, Routledge, 1997.

5 Alun MUNSLOW, *Deconstructing History*, Nueva York, Routledge, 1997.

Creo que podemos situar el debate entre Lawrence Stone y Eric Hobsbawm como momento crítico, en el que el primero da cuenta de un cierto panorama historiográfico que él considera crítico — marxistas, cuantitativistas, etc.— y aboga por despejarlo —¿llegar al tan ansiado consenso?— mediante una vuelta a la narración⁶. Resultaba evidente que, para Stone, el común denominador de todas esas formas de hacer historia era su rechazo a la pretendida historia científica de filiación marxista. Hobsbawm, por su parte, no ve en esa proliferación de prácticas crisis alguna, sino más bien el signo de una indudable salud de la disciplina. Estamos en 1979 y la discusión aparece en la revista *Past and Present*. Al debate se incorporaría, luego, Abrams y en la década siguiente, Gabrielle Spiegel, Patrick Joyce, N. Zemon-Davis, entre otros.

De más está decir que la vuelta a la narración que propugnaba Stone (y que luego lo harían otros como Elton⁷) era una consecuencia no necesaria, era la forma de reorganizar ese panorama polifónico que a Stone parecía causarle cierta inquietud. Semejante propuesta causó bastantes resquemores y se creyó ver en ella la vuelta de la “vieja historia política” (sin entender que uno nunca viene, sino que siempre va). Según otro de los que intervinieron en el debate, Christopher Lloyd, el nudo gordiano de la discusión era la sempiterna problemática entre individuos y estructuras y entre los aspectos materiales, sociales y mentales de la sociedad. Nuevos temas, nuevos sujetos históricos, nuevas técnicas, nuevos tiempos eran los síntomas de la crisis. Si bien algunas corrientes podían asumir este envite: es el caso de Annales, porque en sus condiciones de pertenencia a la historia total —como reacción a la reificación de lo político— no figuraban criterios muy rígidos, resultaba más difícil de digerir en el caso de las corrientes filo marxista (más en teoría que en su propia práctica).

Más pegadas a una teoría fuerte con enunciados prescriptivos sobre determinaciones y muy relacionada con una filosofía

6 Lawrence STONE y Eric HOBBSAWM, “La historia como narrativa”, *Debats* 4 (1983), pp. 91-110.

7 Geoffrey ELTON, “Return to essentials”, en Jenkins, *The Postmodern History*, pp. 175-179.

de la historia que hacía de esta un instrumento valioso para la revolución inevitable, la proliferación, sin orden ni concierto, de sujetos y niveles y la legitimidad de prácticas historiográficas, huérfanas de grandes teorías, no podía ser considerado como una forma más de hacer historia.

Así las prácticas se multiplicaron y *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg o sus *Mitos, Emblemas e Indicios* saltaron a la palestra de las novedades, por no hablar de los trabajos de Roger Chartier, de N. Zemon Davis o las conversiones posteriores como la de Le Roy Ladurie⁸. La historia de las mentalidades estaba en marcha, y la microhistoria se infiltraba en el campo de la macro. Por supuesto que se siguieron haciendo cosas a la manera —desde ese momento— tradicional. Sigue habiendo marxistas, y excelentes trabajos en este sentido —desde la sociología histórica, el trabajo de Theda Skocpol sobre las revoluciones⁹—, o de empiristas más o menos sofisticados —buena parte de los trabajos que la etnohistoria ha llevado a cabo—, pero nada volvió a ser como antes. En el caso de la historiografía marxista, se ha virado de las estructuras a la acción y se han producido ciertos préstamos de otras disciplinas como la microeconomía. Así, la acción intencional y la racionalidad instrumental se empiezan a aplicar al campo de la historia. La mal llamada teoría de la elección racional —de génesis weberiana—, que sí es una teoría, ha penetrado en el campo de la historiografía (es el caso de Robert Brenner). Por otra parte, la escuela de las mentalidades y la microhistoria se han beneficiado de una suerte de poligamia disciplinar con la antropología, la lingüística y la crítica literaria.

“Todo vale” parecer ser la consigna; y así es, a condición de que el todo resista las tentaciones totalitarias. Me explico: la pluralidad metodológica no es una maldición, sino como decía Chartier en 1988, la prueba de fortaleza de la disciplina. En el caso del neo-marxismo, se puede aceptar que la intención es una propiedad de la acción, siempre y cuando no se quiera, y ha habido intentos, reducir

8 Carlo GINZBURG, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981; y *Mitos, emblemas e indicios: Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 1989.

9 Theda SKOCPOL, *Los Estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de cultura económica, 1984

la acción a la intención o el texto a su autor. Podemos convivir con la idea de una realidad compleja sin tener que hacer constantes disquisiciones sobre la naturaleza de lo real. Y lo podemos hacer mejor en esta disciplina —se trata de hacer del vicio, virtud— en la que ese tipo de discusiones nunca han sido centrales. “Todo vale” también si se adecúa a los problemas planteados. Si mi interés reside en averiguar la cantidad de oro que, en un determinado momento, llegó a España desde América, difícilmente podré hacerlo con técnicas textuales, pero si mi problema es el del discurso político de un dirigente y su significación, la estadística no siempre será la mejor herramienta. Pero hay más, esto no es ninguna novedad, pero ¿y si cuestionase el problema inicial y si el volumen de oro no fuese tan importante y el impacto de su llegada ocupase ahora un lugar central? ¿Y si los efectos simbólicos de un suceso fuesen más importantes, incluso para la economía, que sus efectos cuantificables?

Creo que en este punto es donde estas corrientes emparentan con el difuso pensamiento posmoderno (a pesar de Ginzburg) y se alejan de algunas de las formas de los programas modernos. Se oponen a ciertas lecturas filo marxistas pero también se distancian de Annales. No se trata de incorporar nuevos temas, problemas y tiempos, sino de los efectos erosionantes que esas incorporaciones traen aparejados. Las mujeres, los pobres, el carnaval, ocupan el lugar que hasta hace poco copaban el proletariado, la burguesía y los sindicatos; pero hay algo más. Pensar en la posibilidad de un estudio como el que propone *El queso y los gusanos* de Ginzburg supone alterar algunas certezas respecto a las fuentes, al lugar y a la relación de lo individual y lo colectivo y a la función de ese conocimiento.

Pensar en la virtualidad del conocimiento de un caso excepcional —el de un molinero del siglo xvi que no es un ejemplo de los molineros de la época— y hacerlo desde fuentes indirectas, fragmentarias, hilvanando aquí y allá es, en cierta forma, un atentado no solo al marxismo sino al propio estatuto de conocimiento histórico tal y como se había manejado hasta entonces. Porque este análisis micro no vuelve a la vieja historia pintoresquista y anecdótica. Ginzburg pretende a través de lo excepcional llegar a lo general y a cierta regularidad. No se puede hablar de regularidades sin dar

cuenta de las excepciones. En la introducción plantea el problema señalando que su ejercicio micro intenta arrojar luz sobre las concepciones vigentes entre cultura de élite y cultura popular, y hace un gran servicio a los nuevos estudios sobre los procesos de dominación, pero no porque nos diga lo que es la dominación sino porque introduce una fractura, irrumpe con otro discurso que permite considerarla desde otros ángulos. Habla de lo indecible, señala los silencios, marca las deficiencias, y lo hace donde más duele: reconsiderando lo que es objeto de la historia, atacando el fetichismo de las fuentes, restando autoridad tanto a la Historia como a las historias autocomplacientes. Es posmoderno y no lo es, y de alguna manera reinventa la tradición.

Otro tanto podría decirse de los trabajos de Roger Chartier, más interesado en la representación del mundo que en su realidad intrínseca, en la circulación de libros que en la de mercancías. Efectúa un desplazamiento de la realidad a la significación y a las convenciones lingüísticas. Una nueva historia cultural que empieza a tomar a la cultura como matriz significante se ha puesto en marcha, y el testigo será recogido por la escuela americana y su nuevo historicismo.

Pero antes de ver de qué se ocupa la nueva historia cultural, hay que llamar a escena a Hayden White. En *Metahistoria* y en *El contenido de la forma*, White propone, desde una perspectiva textualista del pasado, leer el contenido a través de la forma. Radicaliza la relación con la lingüística y con la crítica literaria, y llega a la conclusión de que el mundo es un texto. Frente a otras analogías de lo real: mecanismo, juego, drama, él propone la de texto. Emparentado con la lingüística saussuriana, la lengua es un sistema auto-referencial y es la forma en la que percibimos que el mundo, *ergo* el análisis de ese sistema y de sus estructuras es el cometido del historiador. Así relaciona cuatro tramas: romance, tragedia, sátira y comedia con cuatro figuras o tropos: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía y con sus correspondientes correlatos ideológicos. La forma trágica o cómica es anterior a cualquier lectura del pasado y su fuerza organizativa hace que el historiador busque en lo acontecido aquellos sucesos que encajen en ese marco y desprecie otros. Esa conciencia previa de lo histórico, de lo que puede

ser considerado como tal drama, tragedia, etc., es determinante y conocerlo es dar cuenta de los propios límites que no son los de los intereses o las condiciones materiales.

El problema de la narratividad, de cómo se escribe la historia y de cómo se nos presenta ha dado lugar a una amplia discusión en la que han participado, por citar algunos, David Carr, Louis Mink, el propio White, Gallie, Ricoeur, Dray, Mandelbaum, Goldstein, Danto, LaCapra y un largo etc. Para algunos el problema es insalvable, para otros no, porque habría una correspondencia entre historia vivida e historia narrada. En cualquier caso, y por lo que aquí interesa, White parece haber extremado demasiado su argumento, y ha fosilizado y formalizado lo que no deja de ser una advertencia. Vemos el mundo a través de estructuras lingüísticas y literarias, pero esto no es el final sino el comienzo. Por cada tropo, existe su contrario, por cada estabilidad de sentido su inestabilidad.

Así, frente a esta formalización textualista han reaccionado los nuevos historicistas americanos, que si bien asumen la importancia de la textualidad y su complejidad no reducen el conocimiento al lenguaje. En su caso es la antropología simbólica la que hace los préstamos. Se vuelve a hablar de contexto, que ahora pasa a ser el sistema cultural del cual dependen todos los otros niveles. Incluso algunos, como Montrose llegan lejos, y dicen que un texto literario proporciona luz no solo sobre la naturaleza del contexto sino un modelo para su estudio. Otras de las ideas que plantea el nuevo historicismo es que los modelos historiográficos son formas de opresión social y política: es la "violencia simbólica" derivada de la clasificación y de la exclusión discursiva. Para agujerear ese sistema cultural que condiciona nuestra forma de ver hay que cuestionarlo, diversificarlo, y empiezan por plantearse qué es histórico, quiénes son los sujetos de la historia, la relación entre historia, identidad y memoria, etc. Por eso, su interés por contravenir los códigos al uso y su recurso a lo episódico, anecdótico, contingente, exótico, sirven para escapar, trascender, contravenir los modelos de organización social. Rescatar los silencios para dar cuenta de la verdadera dimensión de la palabra.

El problema que rápidamente se puede advertir es que esta corriente también puede caer en tentaciones formalistas al reificar la cultura como el lugar del todo.

Estos son algunos de los trabajos del nuevo historicismo: *La poética y la política de la cultura*, de Louis Montrose; *La historia de la anécdota*, de Joel Fineman; *El sentido del pasado: imagen, texto y objeto en la formación de la contienda histórica del siglo XIX*, de Stephen Bann; *La lucha por la herencia cultural*, de Jonathan Arac; *Mujeres, guerra y locura, ¿hay un fetichismo feminista?*, de Jane Marcus; *Feminismo y el nuevo historicismo*, de Judith Newton; *La nación como una comunidad imaginada*, de Jean Franco, “¿Hay una clase en esta clase?”, de Richard Terdiman y un largo etcétera¹⁰.

Es fácil advertir el nuevo desplazamiento desde lo acontecido, desde el pasado al cuestionamiento de las formas de apropiación de los textos que constituyen lo experimentado, lo vivido, y también es fácil darse cuenta de la conexión que esta forma de aproximación tiene respecto del cambio y de la función política de la historia. La lucha no es externa a la forma, “sigo trabajando como hasta ahora, pero desde hoy son las mujeres los nuevos sujetos históricos”. La lucha empieza por subvertir el orden, la forma de escribir, romper con los fundamentos, con las oposiciones tradicionales entre ficción/realidad, serio/no serio... dar cuenta de la artificialidad y de las falacias sin sustituirlas por otras nuevas. No nos debemos engañar, esto es un proceso abierto y los peligros son muchos, pero el mayor, creo, es la búsqueda de consenso a costa de la diversidad. No son los nuevos sujetos históricos los que hacen de esto una nueva historia. Una historia de género que pretenda ser “la Historia” nos hace un flaco favor, o una historia nacionalista que pretenda constituirse en la única voz, está fuera de lo más rico de esta tradición reinventada. Por eso decía al comienzo que esto no es un nuevo paradigma sino una subversión de certezas para apostar por la provisionalidad y el diálogo.

10 Aram Veesser (ed), *The New Historicism*, Nueva York, Routledge, 1989.

De coherencias posibles

No hace falta hacer una declaración de intenciones, ni confesar todos los presupuestos que nos guían en nuestras prácticas para aprovechar la riqueza relativa de estos debates y de los retos que el pensamiento posmoderno ha introducido. Con independencia de lo que creamos sobre la realidad —si es una, múltiple, compleja o sujeta a regularidades—, de lo que estimemos sobre la naturaleza de lo histórico, la labor del historiador, el lugar de la explicación etc., creo, que podemos acordar que el estudio del pasado —sea el pasado o lo que nos ha pasado— tiene una dimensión textual innegable.

No creo que sea fácil encontrar a un historiador que defienda que los documentos son el reflejo de la realidad, o que el lenguaje lo es del mundo. Entonces, ¿por qué no aprovechar, incorporar esa dimensión a nuestro trabajo? La historia conceptual de Koselleck¹¹, el análisis de discurso (la lexicografía), la semiótica, el pragmatismo, la retórica, pero también la antropología simbólica pueden ser útiles no como grandes teorías sino también como técnicas a aplicar; todas ellas han sido incorporadas en las corrientes historiográficas que hemos visto, con éxito desigual pero también son susceptibles de ser incorporadas de otra manera. Y aquí me vuelvo deconstruccionista: la herencia no es un fardo que uno tenga que asumir de forma pasiva. Con la herencia se puede y se debe negociar, porque la responsabilidad de los historiadores no es con el pasado —con alguna verdad inmanente— sino con el presente y el futuro, somos responsables de las interpretaciones que hagamos y de sus consecuencias.

¿Cómo se traduce todo esto en acciones concretas? Sé que es poco elegante ponerse como ejemplo, pero es el que mejor conozco y que tengo más a mano. Estoy trabajando ahora en la dimensión textual del movimiento neozapatista, ese movimiento armado que irrumpe en la escena política mexicana en enero de 1994. Se ha escrito mucho sobre el zapatismo, sobre su portavoz, el subcomandante Marcos, y sus reivindicaciones. Buena parte de los estudios se centran en descubrir la “naturaleza” del neo-zapatismo, en reproducir

11 Reinhard KOSELLECK, *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

su programa, sus reivindicaciones, etc. y se ha polarizado tanto el debate que hay dos bandos: los pro y los antizapatistas. En ambos casos, y a pesar de las diferencias ideológicas, participan de un universo muy parecido, formado entre otros nudos por una concepción común de lo político. Así, los que están en contra, lo están porque ven en el zapatismo una posibilidad de pérdida de hegemonía en la actual correlación de fuerzas (nacionales e internacionales), y ven en Marcos una reedición de la figura del Che Guevara y de los movimientos guerrilleros; y los que están a favor porque esa reedición parece prometerles la entrada en el paraíso y la materialización, aunque sea diferida, de la revolución pendiente.

Visto esto, yo me preguntaba si podría haber una tercera vía y una cuarta y quinta... y me concentré no en las acciones del movimiento —que son ambiguas— sino en el lugar que yo creía que podía atrapar las matrices que daban sentido a esas acciones. Por ejemplo, me llamaba mucho la atención que, en las primeras negociaciones con el gobierno central, los representantes zapatistas, ante las exigencias del gobierno por fijar una fecha de reunión, contestaran: “Ya les avisaremos, ya les diremos cuándo, tenemos que consultar con las comunidades”. Esto, que era un enunciado, era también una acción, demostrando el carácter no reflejo, sino performativo de la comunicación. Esa espera implicaba una lógica difícil de entender, sobre todo, para el gobierno. ¿Cómo un grupo de indios que pretenden incorporarse a la participación política nacional se atreven a sugerir al gobierno central que espere? ¿Por qué actuaban de esa manera? Uno podría pensar en que su acción era un ejercicio de fuerza y puede que lo fuera. Pero había otras acciones en la misma dirección y en otros contextos que no apuntaban en el mismo sentido. Así, lo que dicen se transforma en una fuente a decodificar. Lo que dicen no se opone a lo que hacen, sino que le da sentido. A condición siempre de que lo que dicen no se lea de forma literal. Si así lo hubiera hecho, habría llegado a la conclusión de que el portavoz Marcos se había equivocado de lugar y de tiempo.

El discurso de Marcos es un discurso poético, literario, no es un discurso propositivo o programático. Es un discurso político, pero habla desde otro lugar y con otro código. Pronto advertí que lo que

más inquietaba a los detractores del zapatismo no eran los contenidos, sino que la forma del discurso estaba fuera de lógica, y que lo que más irritaba era que estuviera firmado por un individuo que jugaba al escondite. En resumen: era poco serio. Pero advertí también que lo que más admiración provocaba en los partidarios era precisamente eso: su musicalidad y aparente inocencia, y el poder adjudicarle a alguien la autoría. Visto esto podría haberme quedado en uno u otro bando: echando pestes o regodeándome en la musicalidad del discurso zapatista. Pero siguiendo las aportaciones de otros —los más arriba señalados— decidí hacer otra cosa. Tomar al discurso como problema, sin negar otros aspectos del zapatismo que pueden ser complementarios. Recoger el problema de la textualidad y, a diferencia de White, no lo perseguí con ningún tropo, ni ninguna trama, sino que me pegué a él y lo intenté recorrer. Seguí sus marcas y descubrí que la forma de ese texto daba, podía dar pautas sobre los contenidos. Suspendí las consideraciones sobre el autor y su intencionalidad que no parecían relevantes para el problema planteado. No me interesaba saber qué quería Marcos, sobre todo dada su condición de portavoz y no de dirigente, sino arrojar luz sobre acciones que no entendía. Las conclusiones a las que llegué, a las que estoy llegando, apuntan en la dirección de un discurso meta-político. Lo que hace el discurso zapatista es plantear las deficiencias de una forma de concebir lo político en México y cuestionar la forma de incorporación de las minorías al modelo de nacionalidad y ciudadanía. Nada más que eso. Y nada menos.

Fueron las preguntas, el lugar del “yo” y del “nosotros”, el testimonio, la convocatoria a los adversarios, la ironía, la relación que establece entre lo universal y lo local lo que da pistas. Les puedo asegurar que no me inventé nada. No me senté un día a pensar qué quería adjudicarle al discurso y a continuación lo escribí. No me separé un milímetro de él. Simplemente hice uso de ciertas técnicas y de la noción de competencia discursiva para aproximarme. Así pude ver porqué se atrevían a desafiar la autoridad del gobierno central, obligándole a esperar. Así puede, no diré entender, pero si aproximarme, a algunas incógnitas del zapatismo, como su renuencia, a

pesar de los incansables intentos de cooptación del PRI, a participar en el juego político partidista. Proponen otra forma de concebir lo político y la política, y lo hacen ateniéndose a las diferencias.

Bueno, ¿y qué? sería la pregunta final. Podemos asumir esa especie de excentricidad metodológica no excluyente y que sí está sometida a control. No puedo decir lo que se me antoje del zapatismo, para eso está la discusión y los contextos. No planteé en ningún momento que el discurso fuera auto-referente sino que lo ligué con el contexto, con una selección de entre los muchos contextos textualizados. Alguien podría rebatirlo y proponer otros donde mi interpretación no se sostuviera y tendría que dar cuenta de ello. Cuanto más se conozca el contexto, los contextos, más posibilidades de someter mi interpretación a la refutación.

Ahora bien, hay otra pregunta: ¿y qué, si no se puede decir cualquier cosa?. Aunque convengamos en que toda realidad social tiene una dimensión textual, ¿a dónde vamos con todo ello? Yo creo que lejos, porque el conocimiento de lo que puede ser, de la diferencia, de la posibilidad, que es en definitiva lo que plantea el discurso zapatista y lo que recrea el análisis y a lo que apunta es emancipatorio. Frente a las dos posturas, partidarios y detractores, hay otras, que reconocen en el conocimiento potencialidades, posibilidades abiertas que nos hacen más conscientes y más libres. Y lo es no solo para los zapatistas sino para todos los consumidores de un tipo de conocimiento histórico semejante.

Por último y ya para acabar, todo esto para defender la pertinencia de “ser abiertos en nuestras cerrazones” (“on being open in our enclosures”) a decir de Keith Jenkins y para intentar mostrar que sobre la posmodernidad no caben posturas, creo, del tipo soy partidario-no soy partidario. Nos ha tocado vivirlo, y de nosotros depende qué hagamos con ello.



¿El fin de los historiadores o el fin de una hegemonía?¹

If we continue to speak the same language to each other, we will reproduce the same story?

Luce Irigaray

I call ethnography a meditative vehicle because we come to it neither as to a map of knowledge not as a guide to action, not even for entertainment. We come to it as the start of a different kind of journey.

Stephen A. Tyler

Este trabajo es producto de la sorpresa y también un intento de comprensión de la paradoja que la ha provocado. En las tres últimas décadas aparecieron en el mundo anglosajón numerosos estudios empíricos que parecían desafiar las formas, hasta entonces convencionales, de hacer y entender la historia, tanto la de raíz liberal como la historiografía militante². Pero no será hasta los noventa cuando esas “nuevas historias” encuentren visibilidad suficiente en el gremio como para generar amplios y agitados debates³.

1Publicado originalmente en Pablo SÁNCHEZ LEÓN y Jesús IZQUIERDO MARTÍN (eds.), *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 153-178.

2 Jenkins habla de Historia con mayúsculas (“History in the upper case”) y de historia con minúsculas («history in the lower case») para referirse a la historia de corte marxista o liberal, la historia fundada en metarrelatos y la historia académica, respectivamente. Keith JENKINS (ed.), *The Postmodern History Reader*, Londres, Routledge, 1997, pp. 5 y ss.

3Se han publicado dos compilaciones recientes que intentan ofrecer un panorama general de estas nuevas formas de hacer historia. Véase Keith JENKINS y Alun MUNSLOW (eds.), *The Nature of History Reader*, Londres, Routledge, 2004 y Alun

Lo interesante del caso es que las nuevas posiciones, muy variadas, no juegan con ideas radicalmente novedosas sino con ideas que ya habían sido puestas en circulación varias décadas antes⁴. Señalar que la historiografía es una disciplina en la que participa tanto el descubrimiento —de marcas dejadas por los así llamados *hechos* del pasado— como la creación lingüística —entendida como la apropiación y significación que de ellos hacemos en el presente— no parece una idea desconocida en el ámbito de las ciencias sociales. La aparición del lenguaje como estructura significativa del devenir humano o la acción humana entendida como lenguaje no es un invento ni un descubrimiento de la historiografía deconstruccionista o posmoderna. Es un presupuesto que circula en los medios académicos e intelectuales desde las primeras décadas del siglo xx, tanto en el campo de la historiografía como en disciplinas afines⁵. Sugerir que el historiador, inevitablemente, deja huella en

MUNSLow y Robert A. ROSENSTONE (eds.). *Experiments in Rethinking History*, Londres, Routledge, 2004.

4 Citando a dos de los adversarios de las posiciones posmodernas: “Los historiadores, antiguos y modernos: siempre han sabido lo que el posmodernismo cree haber descubierto, que cualquier libro de historia es vulnerable en tres puntos: la falibilidad y las deficiencias del registro histórico en el que se basa; la falibilidad y elección inherente a todo relato histórico; y la falibilidad y subjetividad del historiador (...) estas ideas no son grandes descubrimientos del postmodernismo”, en Gertrude HIMMELFARB, *Looking into the Abyss. Ultimately Thoughts on Culture and Society*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1994, p. 135. En sentido muy parecido, Norris comenta: “toda vez que sabemos (después de todo) que las novelas no son ventanas hacia la realidad, que el lenguaje no puede asegurarnos un acceso directo al mundo (también sabemos) que ese realismo es, en cierto sentido, un producto de códigos y convenciones (...). Uno de los problemas con la deconstrucción literaria es que tiende a emplear razones sofisticadas para mostrar lo que siempre hemos sabido”, Christopher NORRIS, “Postmodernizing history: Right-wing revisionism and the uses of theory”, en Jenkins, *Postmodern History*, p. 90. Todas las traducciones del inglés son mías.

5Desde, al menos, la aparición de la semiótica de Charles Sanders Peirce y de Ferdinand de Saussure, que con muy desigual recepción son anteriores a la Primera guerra mundial, hasta su desarrollo más reciente con Algirdas J. Greimas, Yuri Lotman, Thomas A. Sebeok, Valentín Volosinov/Mijail Bajtin, Roland Barthes, Tzvetan Todorov y Julia Kristeva, solo por citar algunos autores. Por su parte, el estructuralismo hizo bandera del lenguaje y la primera obra importante de Claude LÉVI-STRAUSS, *Les structures élémentaires de la parenté* data de 1949. Buena parte de la obra de Roland Barthes puede ser incluida como ejemplo del

los relatos que escribe tampoco parece un comentario desatinado. Prueba de la aceptación de esta injerencia ha sido la extendida tendencia de la historiografía profesional a la “confesión”, esa especie de *introito* con el que se pretende redimir la culpa por el pecado original de la parcialidad⁶. Afirmar que el pasado es susceptible de ser relatado de diversas maneras, o que cada generación reinterpreta el pasado a la luz de su propio presente, tampoco parece un enunciado revolucionario, y la propia existencia de una disciplina que se ocupa de interpretar y reinterpretar algunas huellas de ese pasado así lo confirma.

Ni ideas nuevas ni propuestas radicales que no puedan ser consideradas —y en algunos casos asumidas— por la historiografía que, como cualquier otra actividad humana, está sujeta al devenir histórico, es decir, al cambio. Sin embargo, el debate ha sido encarnizado y tanto constructivistas como reconstruccionistas —las dos grandes matrices de la historiografía tradicional⁷

reconocimiento del lenguaje en la percepción de la realidad, y fue escrita en los años cincuenta, sesenta y setenta. La importancia del lenguaje no ha sido ajena a los marxistas, como es el caso del propio Barthes, de Mijail Bajtin, de Adam Schaff o de Michel Foucault. Por tanto, la noción de que el lenguaje es capital para entender lo humano y lo social aparece muy pronto en el siglo xx y para mediados del siglo ya se ha incorporado a algunas disciplinas académicas como la antropología, la semiótica, la crítica literaria. En el caso de la historiografía tardará un poco más, hasta la aparición y difusión de la obra de Foucault. Pero, en cualquiera de los casos, no estamos hablando de ideas ajenas al mundo intelectual más o menos informado.

⁶ “Los historiadores han llegado a formar parte de esa cultura de la confesión en la que vivimos, una cultura, en la que se considera como norma entre los escritores explicar la posición intelectual/ideológica ‘de dónde proceden’”, en JENKINS y MUNSLOW (eds.), *The Nature of History*, p. 2. En etnografía y etnohistoria es hoy lugar común hacer explícito desde dónde se habla. Véase James CLIFFORD y George MARCUS (eds.), *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986.

⁷ Esta forma de clasificar a los historiadores y a los relatos históricos pertenece a Alun MUNSLOW, *Deconstructing History*, Londres, Routledge, 1997. Jenkins y Munslow volverán a utilizarla en *The Nature of History*. Los reconstruccionistas se corresponden con los empiristas y los positivistas. Son los historiadores que apuestan por el pasado como realidad estable, susceptible de ser conocida a través de las técnicas de la historiografía que encuentra hechos en la evidencia empírica. El cometido de la historiografía es reconstruir lo que pasó. Los constructivistas son un grupo heterogéneo de historiadores, desde realistas hasta escépticos. Les

— se han movido entre la descalificación personal y los intentos de modular y domesticar la disonancia introducida por los deconstructivistas⁸. Que los reconstruccionistas, todos ellos empiristas radicales, hayan encontrado disparatadas las propuestas de los deconstructivistas no sorprende, toda vez que se trata de posiciones tan diferentes que resultan, a todas luces, intraducibles. Pero no parece este el caso de los constructivistas, entre los que encontramos desde realistas prácticos hasta escépticos de tradición *collingwoodiana*. Se podría pensar que constructivistas y deconstructivistas defienden posiciones muy alejadas entre sí. Pero no es así. El diseño tiene que ver más con una cuestión de proporciones —cuánto de realidad, cuánto de fabulación en el relato histórico— que con posiciones radicalmente diferentes. No obstante, es esta aparente

caracteriza, más allá de sus diferencias internas, la clara conciencia de todas las mediaciones que existen entre el pasado y el relato histórico. Para este grupo la historiografía construye, y recrea, a través del relato, el conocimiento histórico. La historia social en todas sus variantes nacionales —American Progressive History, la Historia Social orientada hacia las Ciencias Sociales, Annales, la Historia Social de tradición marxista y la Historische Sozialwissenschaft— pertenecerían a este grupo. Ernst BREISACH, *On the Future of History*, Chicago, The University of Chicago Press, 2003.

8 Entre los descalificadores cabe citar a Geoffrey Elton, quien, al hablar de la deconstrucción señala: “el mismo número de la Revista —se refiere a la revista *American Historical Review* 94 (1989), pp. 680-692— contiene una versión de esta variante teórica —se refiere a los teóricos que relacionan saber y poder— [escrita] por la fanática Joan Wallach Scott, que se las arregla para conjugar deconstrucción y Marxismo, que es como mezclar vodka con LSD”. Al referirse a los peligros que las teorías filosóficas pueden comportar para los jóvenes e incautos historiadores añade: “estamos peleando por las vidas de los jóvenes inocentes asaltados por seductores diabólicos que proclaman ofrecer formas más sofisticadas de pensamiento, verdades y perspectivas más profundas, de hecho, el equivalente intelectual del crack”. ELTON, *Return to Essentials. Some Reflections on the Present State of Historical Study*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 28-29 y 41 y ss. Aunque este es un caso extremo, otros insignes historiadores han aportado también sus metáforas e imágenes al debate. Por ejemplo, Richard Evans describe a los historiadores posmodernos como “bárbaros intelectuales merodeando ante las puertas de la historia con claras pretensiones hostiles”. Richard EVANS, *In Defense of History*, Londres, Granta, 1997, p. 8. Con otro tono, polémico, pero menos descalificador, Perez Zagorin, Arthur Marwick, Keith Windschuttle o Gertrude Himmelfarb han participado en el debate.

proximidad la que ha enconado el debate⁹. Probablemente porque si las posiciones fueran muy diferentes el cruce de argumentos no hubiera sido posible. Tal vez haya sido esta aparente proximidad uno de los indicios que me permitió plantear el problema e intuir que no estamos ante un debate estrictamente epistemológico, ni siquiera ideológico sino también ante un proceso de otro orden. Tal vez, si conseguimos saber cuál es el juego de unos y otros y, sobre todo, qué es lo que la historiografía posmoderna ha puesto en jaque, todos seremos capaces de escoger mejor nuestras apuestas y de afinar más en cada partida. Sobre las características de ese proceso hablan las páginas que siguen.

*La sorpresa: there is nothing but history*¹⁰

Histories —all the ways we transform lived experience into narratives— are metaphors of the past and metonymies of the present.

Greg Dening

Ideas

Uno de los puntos más “calientes” del debate historiográfico de las últimas décadas ha sido el que se refiere al lugar del lenguaje en el conocimiento histórico. Tergiversado deliberadamente o por ignorancia y falta de información, lo cierto es que la asociación entre historiografía posmoderna y lenguaje ha hecho fortuna como ninguna otra. Pocas frases han sido invocadas con tanta frecuencia como la de “*Il n’y a pas de hors-texte*” (no hay nada fuera del texto) de

9 El debate al que hago referencia en todo el texto está disperso en distintas revistas y monografías. Se corresponde con los artículos aparecidos en *Past and Present* entre 1979 y 1992; *Social History* entre 1991 y 1996; *History and Theory*, entre 1981 y 2001; *American Historical Review* entre 1987 y 1992 y en el *Journal of Contemporary History*, 1995-1996.

10 David ROBERTS, *Nothing but History: Reconstrution and Extremity after Metaphysics*, Berkeley, University of California Press, 1995.

Derrida para mostrar las pretensiones irracionales, antirrealistas y pan textualistas, de la nueva historiografía. Las preguntas por el rol o el papel del lenguaje en la representación de la realidad se remontan a la filosofía griega y han jalonado la historia del pensamiento occidental¹¹. Más aún, no solo no constituyen una novedad a lo largo de la historia, sino que aparecen, en buena medida, formuladas con más o menos nitidez en la propia historiografía social del siglo xx. Algunas de las observaciones, críticas o deficiencias señaladas por el llamado “giro lingüístico”¹² están apuntadas en la historiografía construccionista en autores como Bloch, Febvre o Carr, por poner solo algunos ejemplos¹³.

Para la historiografía deconstruccionista, el lenguaje —entendido como estructura o matriz significativa— *crea* la realidad al dotarla de sentidos. La realidad —del pasado o del presente— no es una entidad abarcable fuera de las significaciones que le otorga el lenguaje sin el cual no somos capaces de percibirla. No existe tal cosa como la realidad y su representación y, por tanto, una relación de adecuación entre una y otra. Por ello la idea de verdad de adecuación —la relación entre una interpretación y aquello que relata— no es posible. Lo es cuando se trata de enunciados simples del tipo “Mahoma murió en Medina”, pero esa idea de verdad no es aplicable a la interpretación sobre la significación histórica de Mahoma, entre otras razones —vistas ya por la historiografía social— porque la importancia del personaje —la posibilidad de singularizar a ese personaje, hecho o suceso dentro del magma del pasado— depende del tipo de preguntas que en el presente se haga el historiador. El historiador

11 Elizabeth ERMARTH, “Sequel to history” en Jenkins, *Postmodern History*, p. 52

12 El término “giro lingüístico” fue acuñado, según Richard Rorty, por el filósofo realista Gustav Bergmann, y se ha utilizado para señalar a defensores y detractores del énfasis concedido al lenguaje en la explicación histórica. Richard RORTY, *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago, University of Chicago Press, 1967, y la voz “linguistic turn”, en Alun MUNSLOW, *The Routledge Companion to Historical Studies*, Londres, Roudedge, 2000. pp. 151-153.

13 Keith JENKINS, “An English myth? Rethinking the contemporary value of E. Carr’s *What is History?*”, en Michael Cox (ed.), *E. H. Carr. A Critical Appraisal*, Nueva York, Palgrave, 2000. Con este recordatorio no quiero minimizar las diferencias entre la historia social y la historiografía deconstructiva, pero sí resaltar sus puntos de convergencia.

no tiene acceso a los significados originales de los hechos históricos. No puede existir un significado original de este o aquel suceso —sea este un acontecimiento o una acción humana—, toda vez que las posibilidades de relación entre un suceso y sus muchos contextos y temporalidades son infinitas y están abiertas. Si hubiera un significado original y atemporal de un hecho histórico deberíamos apelar a significantes universales y trascendentales y deberíamos contar con la presencia de sujetos racionales, con intenciones coherentes y consistentes cuyas acciones fueran siempre el resultado de cálculos racionales. Todo historiador sabe o intuye, por su práctica, que esto no es así. Que una cosa es que los historiadores escriban sus relatos como si los acontecimientos tuvieran lugar uno detrás de otro, en un orden y con un sentido preciso y, otra muy distinta, que la experiencia humana siga un ritmo semejante.

De lo dicho no parece desprenderse que la historiografía posmoderna niegue la existencia de la realidad o que pretenda reducir todo al ámbito textual. Si bien determinados fenómenos históricos tuvieron existencia no contienen en sí mismos un orden, un sentido al que el historiador tiene acceso a través de sus técnicas de análisis. El historiador no es un cronista que intenta establecer qué sucesos tuvieron lugar y cuáles no¹⁴. Es un intérprete y ello supone que es él el que impone un orden verosímil —una estructura que determina qué fenómenos ha de singularizar—, a través de su discurso, al pasado. Por otra parte, se ha acusado a la historiografía posmoderna de ser pan-textualista, de querer convertirlo todo en texto, incluso los contextos de referencia. Lo que señala la nueva historiografía, abundando en lo dicho más arriba, es que los contextos no nos llegan a los historiadores sino en forma textual, esto es, como interpretaciones, como representaciones necesariamente sesgadas —en tanto que se privilegian ciertas asociaciones y se desechan otras— de lo acontecido. Aquí el problema reside en el concepto de texto, cuya significación para la historiografía tradicional parece reducirse al conjunto de enunciados escritos. En cambio, cuando la historiografía deconstruccionista habla de textos se refiere a toda unidad

14 Arthur DANTO, *Historia y narración. Ensayos sobre filosofía analítica de la historia*, Barcelona, Paidós. 1989.

de significación contenida en un discurso —una forma de lenguaje escrito o hablado—. Esto es, en una obra —al igual que en el pasado— se pueden encontrar numerosos textos, variadas unidades de sentido¹⁵. Así, y a pesar de ser considerado como pan-textualista la historiografía deconstructiva no pretende textualizar todo contexto, sino ver también la sombra de los contextos —caóticos, múltiples— en el texto¹⁶. Reconoce la imposibilidad de que la significación resida por entero en una u otra esfera.

Nada de lo señalado sobre las concepciones —ni antirrealistas ni pan textualistas— de la historiografía posmoderna, en torno al espinoso asunto del lenguaje, parece irremediamente inaceptable para un historiador social bien informado. Puede serlo para la historiografía reconstruccionista, que defiende, más por sus prácticas que a través de declaraciones concretas a las que no son muy afectos, la correspondencia entre lenguaje y mundo. Dicho de otra manera, para un empirista confeso o para los muchos historiadores sin adscripción conocida, cuyas prácticas se rigen por este principio, los presupuestos posmodernos son inaceptables pero no así para la historiografía constructivista, esa amalgama heterogénea de historiadores de muy diversa procedencia —desde realistas a

15 Que para serlo deben reunir siete criterios de textualidad, a saber: coherencia, cohesión, intencionalidad, aceptabilidad, informatividad, situacionalidad e intertextualidad. Esto es lo que confiere textualidad a un texto. Véase Robert-Alain BEAUGRANDE y Wolfgang U. DRESSLER, *Introducción a la lingüística del texto*, Barcelona, Ariel, 1997. Por su parte, Todorov nos dice: “La noción de texto no se sitúa en el mismo plano que la de frase (...); en este sentido, el texto debe distinguirse del párrafo, unidad tipográfica de varias frases. El texto puede coincidir con una frase o con un libro entero; se define por su autonomía y por su clausura (...): constituye un sistema que no debe identificarse con el sistema lingüístico, sino relacionado con él: se trata de una relación a la vez de contigüidad y semejanza”. Oswald DUCROT y Tzvetan TODOROV, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 337-339.

16 No hay que confundir el textualismo deconstructivista con el textualismo más clásico de Leo Strauss o de Quentin Skinner. Para una clasificación del textualismo, véase Martin JAY, “El enfoque textual de la historia intelectual”, en Martin Jay, *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 293-307.

escépticos— cuya posición podría definirse como “una descripción autoconsciente de la gran variedad de formas de entender el pasado, formas que reconocen las imposiciones epistemológicas, metodológicas y narrativas del historiador profesional”¹⁷.

En todo caso, entre constructivistas y deconstructivistas hay dos nudos conflictivos, dos puntos de desacuerdo importante que, no obstante, no aparecen con nitidez en los debates o, si lo hacen, no son incorporados como materia de discusión, sino como presupuestos ontológicos indudables. Me refiero por un lado al problema de lo real y, por otro, a la adecuación entre teoría y práctica. Para los constructivistas —sobre todo para los realistas— el orden, la significación de lo real, no es un problema ontológico —como sí lo es para los deconstructivistas— sino de naturaleza epistemológica y metodológica. Con una buena teoría del conocimiento y con un andamiaje conceptual apropiado, el sentido de lo real es, para ellos, accesible, al menos parcialmente. En cambio, para un deconstructivista el orden, la significación de lo real, es siempre una imposición del historiador, y el relato histórico debe representar esa huella. A pesar de reconocer las dificultades que plantean los deconstructivistas al conocimiento histórico, los constructivistas perciben esos obstáculos en teoría —ninguno se atreve a hacer afirmaciones empiristas radicales¹⁸— pero se soslayan o no parecen comprometer la representación histórica. Me explico: la historia social, una de las formas más sofisticadas del constructivismo, ha reconocido la impronta del historiador en el relato histórico, los sesgos inevitables de toda interpretación en la representación histórica y, sin embargo, la forma de organizar el relato —conceptualmente más sofisticado, sin duda— no se diferencia sustancialmente de la manera de escribir del empirismo, como si el lenguaje fuera una matriz significativa inestable y polisémica en todos los casos, excepto en lo que se refiere a su propia representación “científica” de la realidad.

17 “Constructionist history” en MUNSLOW, *The Routledge Companion*, pp. 53-55.

18 Véase la segunda entrega de Lawrence Stone en el debate que tuvo lugar en *Past and Present* en 1992: STONE, “History and Postmodernism”, *Past and Present*, 135, 1992.

Textos

No parece que la diferencia de ideas sea la parte más importante del problema que nos ocupa. La historiografía posmoderna no solo no plantea ideas radicalmente nuevas, sino que los presupuestos en los que hay desacuerdo —la realidad como problema ontológico o epistemológico y la coherencia/incoherencia entre teoría y práctica— no son tratados o discutidos en los debates de forma productiva. En el mejor de los casos los historiadores académicos apelan a la realidad como un presupuesto incuestionable pero no aportan argumentos a la discusión. Bien podría ser porque la formación de la mayoría de los historiadores académicos no ha estado orientada hacia problemas ontológicos y epistemológicos, toda vez que estos asuntos quedaron —desde la profesionalización de la disciplina— en manos de los filósofos¹⁹, o barajando otras posibilidades, esta omisión señalaría a esas otras instancias que están en juego en el debate, que ha desestabilizado la historiografía posmoderna.

Sea como fuere, y volviendo a la importancia del lenguaje en la construcción de la realidad social —punto central del debate—, esta idea no solo circula desde el siglo pasado, sino que ha sido *mostrada* a mediados del siglo xx en la primera —y no última— *performance* de la etnografía, disciplina que a partir de los años sesenta ejercería una notable influencia en la historiografía. En 1956 el antropólogo Horace Miner publicaba en la prestigiosa revista *American Anthropologist* un breve artículo sobre los rituales corporales en la sociedad de

19 Como ejemplo de la notable dificultad de los historiadores para abordar estos problemas, el debate entre Lawrence Stone, Patrick Joyce, Catriona Kelly y Gabrielle Spiegel en *Past and Present*. En la misma revista, números 131, 1992 y 135, 1992 en el caso de Stone; 133, 1991 en los de Joyce y Kelly y 135, 1992 en el caso de Spiegel. También es notoria en la discusión entre E. R. Ankersmit y Perez Zagorin en la revista *History and Theory* a la que luego se sumaría Keith Jenkins. Véase F. R. ANKERSMIT, "Historiography and Postmodernism", *History and Theory* 28/2 (1989), pp. 137-153; "Reply to Professor Zagorin", *History and Theory* 29/ 3 (1990), pp. 275-296; PEREZ ZAGORIN, "Historiography and Postmodernism: reconsiderations", *History and Theory* 29/3 (1990), pp. 256-274; "History, the Referent, and Narrative: Reflections on Postmodernism Now", *History and Theory* 38/1 (1999), pp. 1-24; "Rejoinder to a Postmodernist", *History and Theory* 39/2 (2000), pp. 201-209. Este último fue precedido por otro de Keith JENKINS, "A Postmodern Reply to Perez Zagorin", *History and Theory* 39/2 (2000), pp. 181-200.

los *Nacirema*. En el encabezamiento del texto señalaba que de igual forma que en otras culturas predomina un estilo que tiende a dejar huella en las diferentes instituciones sociales —el machismo en las culturas de influencia hispana, el rostro como emblema en la cultura japonesa—, entre los *Nacirema* el cuerpo ocupaba ese lugar privilegiado y la boca era la parte de su anatomía más preciada, según se desprende de los cuidados que le dedicaban:

El ritual corporal cotidiano que llevan a cabo (en esta comunidad) incluye un rito bucal. A pesar de que esta gente es sumamente escrupulosa en lo que atañe al cuidado de la boca, este rito puede provocar cierta repulsión en los no iniciados. Me han informado que el ritual consiste en introducir un pequeño mechón de crines de cerdo en la boca, junto con ciertos polvos mágicos, con los que realizan una serie de gestos formalizados.

Además de estas prácticas privadas, los individuos de este grupo se ponen en manos de un chamán, una o dos veces al año. Estos curanderos trabajan con mucha parafernalia: una amplia variedad de taladros, punzones, sondas y jeringas. El empleo de este material en la expulsión del mal que aqueja a la boca implica siempre un increíble sufrimiento para el paciente. El chamán abre la boca del cliente y, mediante el uso de los instrumentos mencionados, agranda los agujeros que las caries hayan podido provocar en el diente. Con ciertos materiales mágicos se ocluyen estos agujeros. El carácter sagrado y tradicional de este rito se pone en evidencia en el hecho de que los nativos recurren a este doctor año tras año, sin importarles que, a pesar de esas visitas, sus dientes continúen cariándose²⁰.

20 [The daily body ritual performed by everyone includes a mouth-rite. Despite the fact that these people are so punctilious about care of the mouth, this rite involves a practice which strikes the uninitiated stranger as revolting. It was reported to me that the ritual consists of inserting a small bundle of hog hairs into the mouth, along with certain magical powders, and then moving the bundle in a highly formalized series of gestures.

In addition to the private mouth-rite, the people seek out a holy-mouth-man once or twice a year. These practitioners have an impressive set of paraphernalia, consisting of a variety of augers, awls, probes, and prods. The use of these items in the exorcism of the evils of the mouth involves almost unbelievable ritual torture of the client. The holy-mouth-man opens the clients mouth and, using the above mentioned tools enlarges any holes which decay may have created in the teeth. Magical materials are put into these holes. The extremely sacred and traditional

A pesar de las pistas que el autor dejaba a lo largo de todo el texto (localización geográfica, orientación ideológica, organización política, juego de nombres...) no parecía fácil que los lectores descubrieran, en una primera lectura, la impostura: los *nacirema* no eran otros que los propios norteamericanos, *the American*, y los párrafos anteriores una prolija descripción de actividades cotidianas, como son la de lavarse los dientes y visitar al dentista. El “gesto” de Miner fue tomado en broma, y habría que esperar unos cuantos años más para ver a la antropología en condiciones de sacar provecho de esta parodia, que pone en entredicho el discurso etnográfico, la forma de representar y las normas clásicas de la disciplina²¹. Nada de lo que se dice es falso; a cada enunciado puede aplicársele la prueba de la verdad, todos y cada uno de los actos que se mencionan tienen lugar diariamente en la vida de estos sujetos y, sin embargo, la forma de representar sus acciones en el relato, el sentido de estas actividades en el discurso las vuelve irreconocibles para sus propios protagonistas. Lo que media entre las acciones relacionadas con el cuerpo y su representación es el codificado lenguaje etnográfico, supuestamente objetivo y lo suficientemente distanciado e imparcial como para proyectar una imagen verdadera. Como señala Renato

character of the rite is evident in the fact that the natives return to the holy-mouth-men year after year, despite the fact that their teeth continue to decay]. Horace MINER, “Body rituals among the Nacirema”, *American Anthropologist* 58/3 (1956), pp 503-507. Este pequeño ensayo marcó, por distintas razones, un hito en la antropología americana. Se ha usado sobre todo desde la década de 1970 como texto introductorio en numerosos manuales de antropología, sociología y literatura. Es el artículo con mayor número de peticiones de reimpresión de todos los que forman la colección de esta prestigiosa revista. Asimismo, tuvo su continuación en otros artículos y monografías con parecidos propósitos. Véase, por ejemplo, Neil B. THOMPSON, “The mysterious fall of the Nacirema”, *Natural History* (diciembre 1972), pp. 412-417; y Ferry PHILIPSEN, *Speaking Culturally: Explorations in Social Communication*, Nueva York, SUNY Press, 1992.

21 Sobre las reacciones de académicos y alumnos, véase Lynn THOMAS, “Amusement, indignation and inversion in readings of Horace’s Miner “Body ritual among the ‘Nacirema’. Laughing at half a joke”, *FOSAP Newsletter, Bulletin of the Federation of Small Anthropology Programs* 6 (1997), pp. 18-22. Del mismo autor, “Students reactions to Horace Miner’s ‘Body ritual among the Nacirema’”, www.anthropology.pomona.edu. Se llevaron a cabo distintas mediciones en diferentes universidades sobre la reacción de los lectores ante la parodia de Miner.

Rosaldo: “¿(...) quién puede seguir sintiéndose cómodo describiendo a otra gente de forma que suena tan absurdo cuando esas descripciones se aplican a nosotros mismos? ¿Y si la objetividad autorizada del observador distanciado reside más en una forma de hablar que en caracterizaciones apropiadas de otras formas de vida?”²².

Las prácticas: el “contenido de la forma”

All sorts of people had made this connections,
but no one had made anything of them

Greil Marcus

Si las ideas propuestas por la historiografía posmoderna no parecen ser la causa del encendido debate —toda vez que los puntos de disenso no generan gran preocupación—, si la pertinencia de algunas de esas ideas ya fue *mostrada* por la etnografía en los años cincuenta y esa *demonstración* se repetiría en otras performances parecidas en los setenta y en los noventa, ¿cómo explicar la irritación de la historiografía académica y el encono que ha permeado el debate? Si no son estrictamente las ideas las causantes de tanto malestar, ¿qué otras instancias han influido en el cariz de la discusión? A mi entender, *las prácticas de la historiografía posmoderna* han sido la causa de ese malestar que, al no poder localizarse con precisión, han provocado irritación e inquietud más que argumentada oposición de parte de la historiografía académica. Cuando hablo de prácticas me refiero, más que a lo que hacen los historiadores —los procedimientos propios de la disciplina que, dicho sea de paso, no han cambiado sustantivamente con la *nueva ola* historiográfica²³— a lo

22 Renato ROSALDO, “After objectivism”, en *Culture and Truth. The Remaking of Social Analysis*, Boston, Beacon Press, 1993, pp. 52-54.

23 Contra lo que a veces parecen entender los historiadores más convencionales, la historia experimental o posmoderna no supone un “todo vale” ni una puerta abierta a la subjetividad. Todas las monografías de historiadores que podrían ser considerados como posmodernos siguen pautas muy estrictas en lo que se refiere al trabajo historiográfico: al uso de las fuentes, al aparato erudito, al cotejo de

que hacen los textos escritos por esos historiadores, a la capacidad performativa de sus monografías²⁴.

Tal vez esto merezca una aclaración. Si tomamos como ejemplo uno de esos textos de historiografía posmoderna, por ejemplo, *Mirror in the Shrine* de Robert A. Rosenstone, veremos que se trata de un relato histórico, una biografía —la de tres norteamericanos en el Japón Meiji— aparentemente igual a otras biografías al uso. Nada hay, en lo que comúnmente llamamos contenidos, novedoso o provocador. Nada que no pudiera haber sido escrito por otros historiadores más tradicionales²⁵. Prueba de ello ha sido la excelente acogida, para

los materiales, como haría el más escrupuloso de los historiadores tradicionales. Pero, además, también muestran una gran preocupación por la forma de sus relatos, por las interpretaciones y por representar de una manera no engañosa —como si tuvieran un acceso directo al pasado— los procesos que estudian. He recogido tres comentarios de reconocidos historiadores posmodernos en este sentido. El primero es Frank R. Ankersmit quien en una definición provocadora de lo que puede ser un historiador posmoderno señala: “uno puede perfectamente ser (como me ocurre a mí, sin ir más lejos) un partidario de relatos positivistas o empiristas en lo que se refiere a los enunciados, pero, al mismo tiempo, se puede ser acérrimo defensor de una teoría de la representación histórica para el texto como un todo”. Véase Frank R. ANKERSMIT, *Sublime Historical Experience*, Stanford (Ca.), Stanford University Press, 2005, p. xiv. Abundando en esa creencia de que la historiografía experimental no investiga, Robert A. Rosenstone, al aludir a los trabajos de historiadores posmodernos, aclara: “y en todos los casos, se trata de trabajos producto de profundas investigaciones, bien documentados como los que pueden aparecer en las páginas de las revistas académicas más serias”. Por su parte Alun Munslow añade: “Los experimentos históricos (se refiere a los experimentos en narrativa) repiensa la historia (...). Están cuidadosamente construidos, son autoconscientes y reflexivos. Los experimentos en historia no son el refugio de historiadores con pocos recursos”. Las dos citas anteriores, en ROSENSTONE y MUNSLow, *Experiments*, pp. 2 y 10, respectivamente.

24 John L. Austin descubre la oposición entre enunciados performativos y constataivos, siendo estos últimos enunciados los que tienden a describir un acontecimiento, mientras que los performativos, para serlo, deben cumplir con dos condiciones: describir “una determinada acción de su locutor y, además, su enunciación equivale al cumplimiento de esa acción”. Pero más allá del caso de los enunciados, esta propiedad —la de hacer cosas con palabras— también aparece en enunciados que no son estrictamente performativos —que no enuncian la acción que realizan—. Por ello, Austin estableció una clasificación de los “actos de habla”, de lo que hace cualquier frase y distinguió entre acto locutorio, ilocutorio y perlocutorio. Véase DUCROT y TODOROV, *Diccionario enciclopédico*, pp. 384-385.

25 Como señala Luisa Passerini: “Ninguna de estas técnicas hacen que el libro sea

sorpreza de su autor, que este trabajo tuvo en las revistas académicas. Si nos preguntamos ¿qué dice el texto de Rosenstone?, podemos contestar que relata la historia de tres norteamericanos, William Elliot Griffis, Edgard S. Morse y Lafcadio Hearn en el Japón del siglo XIX, y, sin embargo, después de leerlo esta afirmación resulta cierta solo a medias. *Mirror in the Shrine* narra las vicisitudes de un misionero, un científico y un escritor americanos, afincados durante buena parte de sus vidas en Japón, pero hace algo más: muestra cómo estas historias no pueden ser reducidas a un tema o resumidas en pocas líneas, porque el texto no es solo la representación de algo acontecido sino el medio en el que se produce esa experiencia. No existe, por un lado, la experiencia —en este caso de distintos sujetos, incluido el autor, en un lejano país— con sus significaciones y, por otro, el texto que recoge ese proceso. La experiencia está en el texto. El texto permite tener esa experiencia²⁶.

Esto es, la obra de Rosenstone aporta información, habla de los contextos de referencia, comunica datos importantes en la vida de cada uno de los protagonistas, pero va más allá y ese mismo texto que hace circular información también ejecuta acciones, pone en acto una imposibilidad: la de cerrar o suturar la distancia “entre lo que una vez ocurrió y lo que significa ahora”²⁷. Dicho de otra manera, gracias a la forma en que Rosenstone compone su texto, este deja de ser el lugar en el que el historiador pasa información

menos académico en lo que se refiere a la documentación histórica o a la claridad de su estructura (...). Y aunque la estructura es muy precisa, la historia deja lugar para la incertidumbre y las dudas”. Véase Luisa PASSERINI, “Transforming biography: From the claim of objectivity to intersubjective plurality”, *Rethinking History* 4/3 (2000), pp. 413 -416.

26 Stephen Tyler comenta algo parecido respecto al trabajo del etnógrafo diciendo: “Esa experiencia (la de la etnografía) se convierte en experiencia sólo en la escritura etnográfica. Antes (de la escritura) se trataba solamente de un conjunto desconectado de sucesos. No hay experiencia anterior a la etnografía. La experiencia es la etnografía”, en Stephen TYLER, “Post-modern ethnography: From document of the occult to the occult document”, en Clifford y Marcus, *Writing Culture*, p. 138. Con un argumento similar Alun MUNSLOW señala: “lo que pensamos del pasado solo se hace inteligible cuando lo escribimos”, en Rosenstone y Munslow, *Experiments*, p. 11.

27 *Experiments*, p. 11.

al lector —obtenida gracias a la exégesis de las fuentes— para convertirse en un espacio de fricción en el que ambos —el historiador informado y el lector curioso— intercambian significaciones.

Esto es lo que el texto de Rosenstone *hace*, pero ¿cómo lo hace? El texto compone un paisaje provisional a través de una serie de estrategias literarias, a saber: 1) el uso de modos reflexivos; 2) la incorporación del tiempo presente; y 3) la apelación al lector y a los protagonistas. En lugar de los relatos en tercera persona que provocan un “efecto de realidad”²⁸ —el pasado habla por la boca del historiador que aparece, así como un mero canal de transmisión de significaciones que han estado ahí—, Rosenstone utiliza el modo reflexivo, incorpora junto a los protagonistas la figura del biógrafo para recordar que la historia no es un relato con sentido a la espera de ser rescatado por el historiador. La reflexividad, la incorporación del narrador como un personaje más del texto que duda y se queja de las dificultades de la investigación, introduce e inscribe la idea de que toda historia es un acto de interpretación por el que el historiador lleva a cabo una serie de elecciones que dan forma y configuran el relato. La reflexividad es un acto de reconocimiento de la dimensión literaria de toda *reconstrucción* histórica. La incorporación del presente como tiempo, esos *flash backs* inspirados en el cine que hacen que en una misma frase se pase del pasado al presente y viceversa, convierte a la historia en algo inmediato y apuesta por devolverle al pasado su propio presente y hacer efectivo el uso de ese pasado con propósitos actuales. La recreación que los historiadores hacen del pasado en sus interpretaciones son también actos políticos: no pueden cambiar lo que pasó, pero sí pueden contribuir a verlo de otra manera²⁹. Por último, las frecuentes apelaciones a los personajes

28 Roland BARTHES, “El discurso de la historia”, en *Estructuralismo y literatura*, Buenos Aires, Nueva visión, 1970.

29 Como señala Greg Dening, “la historia no es el pasado: es la conciencia del pasado para propósitos del presente”, en Greg DENING, *Performances*, Chicago, The University of Chicago Press, 1996, p. 73. En este mismo sentido, Myrian Sepúlveda dos Santos señala la importancia de las representaciones históricas — en su caso en los museos— como “diseminadoras de narrativas” que provocan efectos políticos en la manera en que se ven ciertos colectivos y en la forma en la que son vistos. Myrian SEPÚLVEDA DOS SANTOS, “Representations of Black people

y al lector desestructuran la ficción de los roles fijos: el historiador, depositario del saber se lo transmite al lector como si se tratara de un proceso unidireccional y sin tropiezos. La utilización del tú, del vosotros (*you*) convoca a un lector activo, sin cuyo concurso el autor no puede dotar de significación al pasado.

Todos estos recursos literarios convierten el texto de Rosenstone en una pieza muy interesante que, si bien no dice nada inesperado, pone en acto, performativiza un panorama historiográfico muy distinto al dibujado por los textos de la historiografía más tradicional. De igual manera que *Mirror in the Shrine* compone un paisaje singular, la producción de la historiografía posmoderna traza un paisaje particular que ha irritado a una parte importante de la historiografía académica. ¿Cuáles son los rasgos básicos de ese paisaje?, ¿en qué consiste la capacidad performativa de los textos posmodernos que enoja tanto a la historiografía tradicional? ¿Qué hacen las historias posmodernas y cómo lo hacen? Como señalan los más furibundos defensores de la historia tradicional, ¿está en peligro la disciplina o lo que se ha puesto en duda son algunas maneras de entender el trabajo historiográfico? ¿La interpretación que hace la historiografía académica del paisaje que trazan los textos posmodernos es la única lectura posible o se pueden aventurar otras interpretaciones? Dicho de otro modo, ¿hay razones justificadas para tanto malestar o, por el contrario, las posiciones posmodernas son consecuencia lógica y coherente de muchas de las ideas que dicen sostener los historiadores académicos?

El paisaje posmoderno

Al igual que en la obra de Rosenstone, una parte muy importante de las monografías posmodernas hacen uso de la reflexividad, de distintos tiempos verbales y de apelaciones al lector y a los protagonistas de la historia. Pero, sobre todas las cosas, hay tres características en esta historiografía que conforman un nuevo paisaje, interpretado por el gremio en clave apocalíptica, a saber: la notable productividad junto con los cambios en la identidad disciplinar de

in Brazilian museums», *Museum and Society* 3/3 (2005), pp. 51-65.

los promotores de la nueva historiografía (los practicantes); en segundo lugar, el uso de una gran variedad de registros que impiden la creación de un canon; y, finalmente, la utilización de recursos literarios como elementos definitorios de esas nuevas prácticas. Veamos cada una de estas características:

Prácticas y practicantes. Una de las cualidades más notables de la nueva ola historiográfica es su apuesta por los estudios de caso, por las monografías históricas. A pesar de lo que pueda pensarse, dada la naturaleza teórica de sus propuestas, la historiografía posmoderna ha hecho una firme apuesta por la creación de trabajos empíricos. Autores como Simon Schama, James Goodman, Greg Denning, Greil Marcus, Richard y Sally Price o el propio Robert A. Rosenstone — por poner solo algunos ejemplos— siguen “contando historias”, se definen como contadores de historias (*story tellers*) y han acentuado la dimensión práctica y performativa de su trabajo. Por justificar de manera muy rápida lo que acabo de decir: Simon Schama en su libro *Dead Certainties* dedica 8 páginas a pronunciarse sobre su posición como historiador, de un total de 333 (8/333); James Goodman, en *Stories of Scottsboro*, utiliza 3 páginas de 465 (3/465); la proporción que emplea Greg Denning, en *Mr. Bligh's Bad Language*, es de 13 de un total de 445 (13/445); por su parte, Richard Price, en *Alabi's World*, ocupa 10 de 444 (10/444); Greil Marcus, en su polémico trabajo *Lipstick Traces. A Secret History of the Twentieth Century*, dedica 24 de 496 (24/496) y, por último, R. Rosenstone en *Mirror in the Shrine* 6 de 315 (6/315). Además de esta apuesta por la práctica, otra de las características de la “nueva” historiografía viene dada por *la identidad de sus promotores*. Tradicionalmente, al menos desde la profesionalización de la disciplina, los historiadores realizaban trabajos empíricos y los filósofos de la historia especulaban sobre asuntos relacionados con la ontología, la epistemología o la metodología de la historia. Bien es cierto que esta peculiar división de tareas se fue haciendo cada vez menos precisa en el siglo xx y la historia social, por ejemplo, ha contribuido mucho a fomentar las reflexiones teóricas dentro de la disciplina. Los préstamos conceptuales y metodológicos de la sociología y de la economía influyeron mucho en estas reflexiones. No obstante, la historiografía posmoderna ha borrado aún más esos

límites y son los propios historiadores, no los filósofos, comprometidos con casos concretos de estudio los que, además, protagonizan la reflexión teórica, los que cuestionan las deficiencias de la historiografía moderna e intentan adecuar contenidos y forma.

Variedad de relatos, ausencia de canon. La reflexividad, la incorporación de tiempos diferentes y la apelación a los lectores y protagonistas son signos distintivos del trabajo biográfico de Rosenstone y lo son también de muchas representaciones históricas posmodernas. A esto podríamos añadir otros recursos como la coralidad o polifonía, el empleo de distintas —y a veces contradictorias— voces que interpretan un hecho; el uso y la reproducción de materiales de archivo en una suerte de *joint venture* interpretativa con el lector; estrategias literarias que desafían la idea de tiempo secuencial; metáforas auditivas en lugar de visuales, etc³⁰. Pero este listado de posibilidades no excluye el uso de recursos más convencionales, como por ejemplo la tercera persona en las narraciones o las habituales cronologías como elemento organizador del relato³¹. Lo interesante del empleo de estos recursos, por novedoso y desestabilizador es que no constituyen un paradigma, un canon, “la forma correcta” de hacer las cosas, sino tan solo un menú de posibilidades cuyo uso dependerá de la posición y de las elecciones del historiador. Como señalan Rosenstone y Munslow, “Los experimentos históricos deben cambiar en cada acto imaginativo del historiador”³². La representación histórica posmoderna no es un mero acto de reproducción, sino también uno de creación (como cualquier narración tradicional y/o

30 Estos dos últimos recursos son empleados por Greil Marcus en *Lipstick Traces*, donde la fragmentación formal de la obra intenta reproducir el carácter fragmentado de la música de los Sex Pistols. Véase Greil MARCUS, *Lipstick Traces. A Secret History of Twentieth Century*, Cambridge, Harvard University Press, 1989 [edición en castellano, *Rastros de carmín: Una historia secreta del siglo xx*, Barcelona, Anagrama, 2006]. Sobre las implicaciones que supone utilizar metáforas de distinto orden y su relación con la reproducción y con la creación. Walter ONG, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, Fondo de cultura económica, 1997.

31 Véanse las razones que expone James GOODMAN para su empleo en *Stories of Scottsboro. The Rape Case that Shocked 1930's America and Revived the Struggle for Equality*, Nueva York, Pantheon, 1994, p. XIII.

32 ROSENSTONE y MUNSLow, “Self-reflexive”, en *Experiments*, p. 13.

académica) y, por ello, en cada acto imaginativo el historiador descubrirá nuevas posibilidades para dar forma al material con el que está trabajando. Tal vez lo arriesgado de esta práctica es que es una apuesta en el aire, nunca se sabe si esas posibilidades funcionarán o no hasta que el trabajo ha sido completado o, parafraseando a Lyotard, “el artista y el escritor trabajan sin reglas con el fin de formular las reglas sobre lo que habrá sido hecho”³³.

Recursos literarios. La “nueva” historiografía se muestra preocupada por *los contenidos de la forma* de los relatos históricos. La variedad de recursos literarios que emplea en sus representaciones nos habla de una notable autoconciencia sobre la importancia de las estrategias retóricas y sobre el componente estético de toda empresa historiográfica. Parece bastante claro que su preocupación no está centrada en mejorar las técnicas de análisis, en afinar el bagaje conceptual o en imaginar sofisticadas metodologías con las que indagar en el pasado, como fue el cometido de la historia social. Escéptica e incrédula ante la idea de verdad como adecuación o imagen de lo acontecido, la historiografía posmoderna no ha intentado manejar nuevas teorías del conocimiento o pulir y mejorar sus instrumentos de análisis. No hay, prácticamente, avances en ese sentido. Antes bien, recelosa de las pretensiones realistas de la historiografía moderna, la “nueva” historiografía ha querido mostrar la imposibilidad de acceso al pasado en sus formas de representación y es particularmente escrupulosa en los intentos de representar esta imposibilidad. Y esta preocupación está signada por cometidos políticos, por la convicción de que el poder opera a través de discursos *realistas* como el historiográfico, determinando qué es real y qué no, construyendo imaginarios sociales. Como señala Rosenstone, al referirse a *Mirror in the Shrine*, “son parte [se refiere a los recursos retóricos empleados] de cierta honestidad textual, una forma de mostrar que tras el suave flujo de la narrativa histórica está una persona que ha hecho numerosas elecciones —estéticas, políticas y morales— con el propósito de crear este trabajo de representación histórica”³⁴. Para ello, para

33 Citado en ROSENSTONE y MUNSLOW, p. 5.

34 ROBERT A. ROSENSTONE, “Introduction: Practice and theory”, en Rosenstone y Munslow, *Experiments*, p. 4.

cumplir y satisfacer esta demanda estética, la historiografía posmoderna se ha acercado a la literatura con la que cree compartir una parte importante de su trabajo y ha utilizado y experimentado con buena parte de sus recursos retóricos.

La interpretación académica del paisaje posmoderno

Los textos de la historiografía posmoderna han dibujado un paisaje —compuesto por los rasgos señalados más arriba— que ha sido interpretado de forma catastrofista —«la historia una especie en extinción»³⁵— por la historiografía académica. ¿Por qué? ¿Qué poderosas razones han influido en la irritación mostrada por la historiografía académica ante las “nuevas” maneras de entender el trabajo historiográfico? La apuesta por las *prácticas*, por los estudios de caso y la identidad disciplinar de los “nuevos” historiadores han mermado *la capacidad crítica de la historiografía académica* acostumbrada a desestimar, cuando no despreciar, cualquier crítica teórica proveniente de los filósofos como escasamente relevante para una disciplina que se precia de generar conocimiento concreto. Por tanto, la aparición de monografías “experimentales” sobre sucesos o fenómenos históricos ha generado un doble movimiento de descrédito. Por una parte, la historiografía académica ya no puede escudarse en la premisa de que el trabajo del historiador ha de ser productivo —generar relatos— más que especulativo —dedicarse a pensar en cómo deberían ser esos relatos—. En la medida en que la historiografía posmoderna ha revalorizado la premisa productiva, ha conseguido rebajar la capacidad crítica de la historiografía académica. Por otro, la proliferación de monografías o de estudios de caso ha desvelado *la falacia formal de la historiografía académica* según la cual se afirma teóricamente una cosa —el pasado no es accesible más que por las trazas que ha dejado— y se hace otra —se escriben relatos históricos como si ese acceso fuese

35 Así es como Lawrence Stone calificaba en 1991 la situación de la disciplina después de las amenazas posmodernas provenientes de la lingüística, la antropología y el nuevo historicismo. Lawrence STONE, “History and Postmodernism”, en Jenkins, *Postmodern*, p. 243. Esta primera acometida dio lugar a un interesante debate al que se sumaron Patrick Joyce, Catriona Kelly y Gabrielle Spiegel.

directo y esos relatos fueran una reproducción acabada de la realidad pasada o pudieran contener las características esenciales de ese pasado—. La coherencia de la nueva historiografía —si la realidad no es accesible debemos intentar dar cuenta de esa imposibilidad, total o parcial, en los intentos de representación— deja en un lugar poco seguro a la historiografía académica, que debe hacerse cargo de la inadecuación entre las ideas que dice mantener y sus propias prácticas. Por si fuera poco, este envite lo han protagonizado historiadores profesionales —ni filósofos especulativos y pan textualistas, ni amenazadores críticos literarios, ni antropólogos simbolistas—, generando la sensación de que el “enemigo” se ha infiltrado en las propias filas, *bárbaros intelectuales llamando a las puertas de la historia*, en palabras de Richard Evans³⁶.

Si la apuesta por los estudios de caso ha generado malestar, la *variedad* de formatos de los relatos históricos ha provocado desconcierto. Bien que las formas tradicionales —fundadas en la novela realista del siglo XIX— se hayan quedado obsoletas, bien que las nuevas sensibilidades y subjetividades reclamen otras maneras de narrar y experimentar, pero, entonces, ¿cuál es el nuevo canon? ¿Cuáles han de ser las nuevas características de la historiografía posmoderna?, se podrían preguntar los historiadores académicos. Tanto la historiografía liberal como la militante podrían llegar a aceptar las insuficiencias de sus propios modelos, pero a cambio de que la historiografía posmoderna imponga un nuevo canon, una nueva manera de hacer las cosas. A pesar de sus profundas diferencias, la historia con minúsculas y la historia con mayúsculas comparten ese mismo universo de valores: una realidad, una verdad. Es precisamente contra esa idea contra la que intenta arremeter la historiografía posmoderna al negarse a establecer un canon o al sugerir que cada acto de imaginación histórica es un acontecimiento y requiere de sus propias prácticas.

Ahora bien, la variedad no canónica de formatos de los relatos históricos desafía la creencia en un pasado estable y esencial, en un pasado con significado propio, ordenado y con sentido. Esta desestabilización del pasado ha generado, entre los historiadores

³⁶ EVANS, *In Defense of History*, p.8.

académicos, un *vértigo ontológico*: si no hay un pasado estable no hay una verdad que buscar y si no hay una verdad alcanzable, entonces —esto es lo que produce vértigo— todas las representaciones de ese pasado son igualmente válidas, lo que supone en última instancia que la representación que hace el historiador no es, necesariamente, mejor —más verdadera—, que la que puede hacer cualquier otro sujeto, afectando a su posición social y al estatuto de la disciplina que le otorga esa posición. Pero, además, si no hay una verdad que buscar y alcanzar, entonces las decisiones que toma el historiador en la construcción de sus relatos, esos ejercicios necesarios de inclusión y exclusión, de asociaciones privilegiadas y silencios deliberados no son producto de ese pasado estable que se manifiesta, sino la consecuencia de su posición y de su elección. El historiador posmoderno no puede ampararse en “mi relato reproduce fielmente los hechos del pasado” o “este relato es el resultado de un análisis científico, *ergo* verdadero, de ciertos fenómenos del pasado”, sino que tiene que aceptar que la desestabilización de la idea de verdad —entendida como esa reproducción mimética de lo acontecido— supone un desplazamiento del fiel de la balanza hacia la idea de responsabilidad. El historiador posmoderno no es el avezado intérprete del pasado, aunque pueda ser un intérprete bien informado, apoyado por una disciplina que lleva más de un siglo puliendo sus técnicas para llegar a la escurridiza verdad, sino un creador responsable de su palabra en un contexto de indecidibilidad³⁷. Porque no se trata de una decisión —la de incluir ciertos hechos y excluir otros, toda vez que la inclusión de todos los hechos llevaría a la sinrazón y a la locura, como nos cuenta Borges que les pasó a los cartógrafos de su mítico imperio³⁸— que se pueda tomar sabiendo cuáles son y serán las consecuencias o los efectos de ese discurso. Por ello, es una decisión —si no sería una consecuencia—, porque no se pueden controlar sus

37 Momento aporético de incertidumbre por el que deben pasar todas las decisiones para serlo, como señaló Derrida y recoge Jenkins en “Introduction” y “On Jacques Derrida”, de su *Why History? Ethics and Postmodernity*, Londres, Routledge, 1999, pp. 13-19 y 37-55.

38 Jorge Luis BORGES, “Del rigor de la ciencia”, en *El hacedor*, Madrid, Alianza, 2003.

efectos y por eso esa decisión exige de un tipo de responsabilidad — decir sí, decir no, hacerse cargo de lo que vendrá y que no se puede prever— no acotada, de una responsabilidad presente y futura. Este giro de la verdad a la responsabilidad, del lenguaje de la ciencia a la palabra del historiador ha provocado un malestar difuso, un *vértigo ético*, difícil de localizar pero que, creo, opera en las reacciones ante la nueva historiografía.

Por último, aunque no menos importante, la preocupación de la historiografía posmoderna por la retórica y la dimensión estética de toda empresa historiográfica va acompañada de constantes alusiones e incorporaciones de *recursos literarios*, de estrategias empleadas por la narrativa de ficción. Para una disciplina que se precia de construir conocimiento científico y verdadero, la sola posibilidad de utilizar o compartir espacio con la narrativa de ficción le produce rechazo y malestar. Entre otras razones porque la construcción de la historia como disciplina se hizo mediante la creación de una metodología de investigación y del desarrollo de formas retóricas diferenciadas de las de la ficción histórica. Pero, además, se ha querido ver en este giro estético —esta preocupación por la “forma”— una manifestación de la naturaleza narcisista de las sociedades desarrolladas que atenta contra la capacidad transformadora del conocimiento histórico sin advertir que, tal vez, la historiografía posmoderna no haya abandonado la idea de transformación social, sino que ha cambiado su concepción de los mecanismos que facilitan o favorecen esos cambios.

En suma, el encono y la irritación que ha mostrado la historiografía tradicional ante el advenimiento de la historiografía posmoderna no parece provocado por insalvables diferencias ontológicas, epistemológicas y metodológicas, sino por cierta desestabilización en la identidad de la disciplina. Después de todo, hay que recordar, como señala Hayden White, que

cada disciplina, (...), está, como Nietzsche vio con claridad, constituida por lo que *prohíbe* hacer a sus miembros. Cada disciplina está hecha del conjunto de restricciones impuestas al pensamiento y a

la imaginación, y ninguna está más plagada de tabús que la historiografía profesional —tanto, que el así llamado método histórico consiste en poco más que el mandato de “alcanzar la historia correcta” (sin ninguna noción sobre la relación entre “historia” y “hecho”) y evitar tanto la conceptualización como el exceso de imaginación (léase “entusiasmo”) a cualquier precio³⁹.

La historiografía se construyó como disciplina gracias a una metodología distintiva —fundada en el trabajo de archivo y en la búsqueda, selección e interpretación de fuentes primarias— y a una forma de escribir particular que le permitió diferenciar su trabajo de la ficción histórica y de otras representaciones del pasado llevadas a cabo por historiadores no académicos⁴⁰. Así pues, lo que resulta tan irritante de la nueva historiografía no son sus ideas sino sus prácticas —que pretenden borrar los límites disciplinares y acercarlos a esos otros campos, la literatura o la filosofía, de los que han tenido que diferenciarse para poder tener entidad— y sus practicantes —que ya no son *otros* sino una parte importante de la comunidad— porque en ambos casos se atenta contra esa identidad disciplinar, rígida y tradicionalmente considerada. Pero ¿no es la historia como disciplina también un producto cultural condicionado por el contexto histórico y sujeto, como cualquier otro producto humano, al cambio y la transformación? ¿Considerar que el fin —o el cuestionamiento de la hegemonía— de una forma concreta de entender el cometido del historiador es el final de la historia como conocimiento no es convertir el trabajo historiográfico en algo natural y ahistórico?

39 Hayden WHITE, “The fictions of factual representation”, en Donald PREZIOSI y Claire FARAGO (eds.), *Grasping the World. The Idea of the Museum*, Aldershot, Ashgate, 2004, p. 27.

40 Oliver J. DADDOW, “No Philosophy please, we’re historians”, *Rethinking History* 9/1 (2005), pp. 105-109.

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA

Coda: de rituales, subjetividades y emancipaciones

Today we are still deeply concerned with the questions of what and how we can learn from other traditions. History, itself, can be seen as one of those traditions.

Robert A. Rosenstone

Real mysteries cannot be solved but they can be turned into better mysteries.

Greil Marcus

Hace unos días veía con interés, a través de la pantalla de mi ordenador, el acto de investidura de doctores *honoris causa* por la universidad a la que pertenezco, de dos eminentes científicos sociales extranjeros y me preguntaba cómo estarían experimentando los detalles del ritual académico “desde dentro”. Desde mi posición de observadora todo parecía cómicamente anacrónico: los pajes con sus recargados sombreros de plumas, los trajes y birretes de los doctores, los imperativos del rector para que los presentes cubrieran sus cabezas o la severa entrada en el recinto de los candidatos acompañados por sus padrinos. Todo en esta puesta en escena evocaba otro tiempo y otro lugar, un orden y significado ajenos que se hunden en la noche de los tiempos. Pensé de cuántas otras maneras —más acordes con nuestra sensibilidad y subjetividad contemporáneas— se podría haber llevado a cabo ese reconocimiento académico y en seguida me di cuenta de que no era ése el objetivo de la ceremonia. Porque lo que estaba en juego en el ritual —lo que repetidamente se pone en acto en un ritual— no era solo el reconocimiento del trabajo intelectual de dos científicos sociales, sino la reafirmación de la comunidad académica. El carácter anacrónico del acto servía así para legitimar una institución que presume de conservar antiguas tradiciones, que es depositaria de ciertos saberes vedados para los no iniciados. Porque, además, esas tradiciones —extrañas y misteriosas en nuestros días— marcan el límite entre los que forman parte de la comunidad y los que están fuera de ella.

Con la representación historiográfica pasa algo parecido. El desajuste entre la teoría y la práctica historiográficas, entre lo que los historiadores dicen pensar, las ideas que sostienen y las formas de representar esos contenidos no es producto del descuido, ni siquiera de la ignorancia o del desconocimiento. Más bien es el peso de la costumbre —que se alimenta a través de todo un sistema de incentivos y reconvenciones— y la reacción defensiva ante los vértigos que implica todo cambio, lo que ha bloqueado cualquier alternativa. También, en este caso, lo que creen sus protagonistas que está en juego es la identidad disciplinaria, la posibilidad de una comunidad académica. El relato histórico habla tanto del pasado como de las necesidades, miedos y esperanzas de sus autores en el presente. Dicho esto, todo parecería indicar que la supervivencia de la comunidad amenazada, de la disciplina, exige necesariamente el sacrificio de la novedad y la diferencia. Pero ¿esto es así? ¿Qué pasaría si esta comunidad dejara de preocuparse tanto por su presente y su futuro y se interesara más por las aportaciones, presentes y futuras, del conocimiento histórico? ¿Qué tipo de comunidad académica tendríamos si en lugar de obsesionarse por su estabilidad se concentrara más en adaptarse a las necesidades y demandas del mundo en el que nos ha tocado vivir? ¿Acaso no estaríamos ante otro tipo de comunidad, no “un lugar al que se pertenece sino un espacio al que se ingresa para construirlo?”⁴¹.

Probablemente, con una comunidad académica orientada hacia el futuro más que reconcentrada en el pasado la propuesta estética posmoderna⁴², la preocupación no siempre comprendida, por la retórica y por el contenido de la forma se deje de ver como un pasatiempo diletante de historiadores ociosos. Porque tal vez los tiempos están cambiando (también para la historia), y ya no se trate solo de promocionar y acumular nuevo conocimiento (histórico), sino de reestructurar *nuestra* experiencia⁴³.

41 Diego Tatián citado por Ignacio LEWKOWICZ, en *Pensar el Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos aires, Paidós. 2004, p. 16.

42 Recordar que lo estético no es sólo el gusto por lo bello sino una teoría de la percepción. Véase *Diccionario de la RAE* en www.rae.es.

43 TYLER, “Post-modern Etnography”, p. 135. O, como diría Greg DENING, “si mi



historia, como relato y reflexión, perturba el letargo moral de mis contemporáneos y hace que cambien en su presente algunas de las consecuencias del pasado, me doy por satisfecho. Yo no he silenciado ninguna voz al incorporar la mía”, en “Writing, rewriting the beach. An essay», en Rosenstone y Munslow, *Experiments*, p. 37.



El pudor de la historia¹

(...) la historia, la verdadera historia, es más pudorosa y sus fechas esenciales pueden ser, asimismo, durante largo tiempo, secretas. (...) No el día en que el sajón dijo sus palabras, sino aquel en que un enemigo las perpetuó marca una fecha histórica. Una fecha profética de algo que está aún en el futuro: el olvido de sangres y de naciones, la solidaridad del género humano.

Jorge Luis Borges, *Otras inquisiciones*

En una anécdota ya clásica, el crítico literario Stanley Fish reproducía el diálogo entre una alumna y su profesor a la salida de una clase de literatura en la prestigiosa Universidad Johns Hopkins. La estudiante, que acababa de terminar un curso con el propio Fish, se acercó a su nuevo profesor y le preguntó: “¿Hay un texto en esta clase?”. El profesor de la asignatura, creyendo entender el significado de la pregunta, no dudó y respondió: “Sí, el texto es la *Antología Norton de Literatura*”. Un poco contrariada, la estudiante inquirió: “No, no... me refiero a si en esta clase nosotros tenemos que creer en poemas y cosas o solo en nosotros”. Este episodio muestra de forma gráfica no solo la opinión de esta estudiante, sino la arraigada convicción del gremio historiográfico occidental sobre la naturaleza de los debates y las posiciones encontradas de la posmodernidad académica. La pregunta de la estudiante de literatura “tenemos que creer en poemas y cosas o solo en nosotros” podría muy bien traducirse sin perder un ápice de sentido, por “¿aquí qué es lo que vale: la realidad o las interpretaciones?”, como si esa disyuntiva extrema, entre una realidad prístina y transparente y

¹ Originariamente publicado como Prólogo a la versión en castellano del libro de Keith JENKINS, *Repensar la historia*, Madrid, Siglo xxi, 2009, pp. 1-5.

una subjetividad caníbal que todo lo devora, fuera, en verdad, lo que está en juego.

Con demasiada frecuencia, y ante la aparición en las últimas décadas de prácticas historiográficas poco canónicas², los devotos de la historiografía empirista han lanzado las campanas al vuelo y han vaticinado, con un marcado tono apocalíptico, el fin de la historia, de la disciplina y de la verdad, con el goce que solo proporcionan los absolutos, aquello que existe por sí mismo, que está completo y no tiene limitaciones. O existe una verdad histórica —por escurridiza, aproximativa o lejana que ésta sea— o todo vale y toda interpretación deberá ser considerada igualmente pertinente sin posibilidad de cotejo con referente alguno. El orden absoluto o el caos destructor. O la verdad es el resultado de la transcripción de los hechos del pasado —la verdad de adecuación— o no hay verdad y estaremos condenados a vagar en las sombras. Ni las verdades que propone la literatura, ni las que apunta el psicoanálisis —la verdad como revelación—, las que insinúa el arte, las verdades operativas —como las del pragmatismo— o las acepciones del concepto sugeridas por Jenkins —verdades enunciativas pero ficciones narrativas— parecen importar³.

Pocos historiadores en activo se atreverían a definir así los peligros que acechan a la historiografía contemporánea, pero basta observar cómo trabajan, cómo argumentan y discuten para poder inferir que, en esencia, esas son las premisas de las que parten. La sofisticada historiografía social, alejada de las posiciones más vehementemente empiristas, no tendría problema en reconocer la profunda trama de mediaciones que se interpone entre la construcción de los hechos y los relatos históricos y, sin embargo, ese reconocimiento no ha generado nuevas prácticas textuales. Reconoce en

2 Una introducción a estas nuevas prácticas en Alun MUNSLOW y Robert A. ROSENSTONE (eds.), *Experiments in Rethinking History*, Nueva York y Londres, Routledge, 2004. Un análisis de los recursos literarios empleados en los nuevos relatos en Marisa GONZÁLEZ DE OLEAGA, “¿El fin de la historia o el fin de una hegemonía?”, en Pablo Sánchez León y Jesús Izquierdo (eds.), *El fin de los historiadores*, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp. 153-178.

3 Keith JENKINS, *Refiguring History. New Thoughts on an Old Discipline*, Londres, Routledge, 2003, p. 49 y ss.

teoría la naturaleza textual del trabajo historiográfico para, a continuación, desconocerla en la práctica. De igual forma, esta misma historiografía aceptaría sin ambages la afirmación de Michel de Certeau sobre la historicidad del relato historiográfico:

el historiador refiere todo discurso a las condiciones socioeconómicas o mentales de su producción. (...) es “histórico” el análisis que considera sus materiales como efectos de sistemas (económicos, sociales, políticos, ideológicos, etcétera) y que apunta a elucidar las operaciones temporales (causalidad, cruzamiento, inversión, condensación, etcétera) que pudieron dar lugar a tales efectos⁴.

Pero es esta una aceptación puramente formal porque no se la inscribe en la estructura textual. Más allá de las confesiones de parcialidad o de posicionamiento ideológico de la historiografía militante, ¿qué otras maneras ha conseguido articular la historiografía para relativizar o *historizar* su propio discurso? Si el relato historiográfico está limitado por condiciones de producción históricas, como cualquier relato, ¿por qué está escrito como si se tratara de un relato ahistórico, independiente de los contextos de producción y del sujeto enunciador? En una suerte de esquizofrenia entre lo que dicen creer y la necesidad de construir y mantener una disciplina, esto es, entre sus presupuestos teóricos y las limitaciones institucionales, los historiadores dan cuenta de las condiciones de producción de todo discurso, pero cuando se trata del suyo propio esas condiciones se ocultan, se borran, se silencian o, peor aún, se desconocen. Como señala Certeau, la autoridad de la que se inviste el relato historiográfico intenta “compensar lo real del cual está exiliado (...) juega con lo que no tiene, y extrae su eficacia de prometer lo que no dará”⁵.

Ante esta tensión paradójica entre los presupuestos epistemológicos de la historiografía contemporánea y las exigencias disciplinares, que podría conducir a la autodisolución del conocimiento

4 Michel DE CERTEAU, *Historia y psicoanálisis. Entre la ciencia y la ficción*, México, Universidad iberoamericana/Instituto tecnológico de estudios superiores de Occidente, 1995, pags. 69 y 103.

5 DE CERTEAU, *Historia y psicoanálisis*, p. 113.

histórico, Keith Jenkins propone una nueva mirada, abre una posibilidad a este aparente callejón sin salida, siguiendo la más escrupulosa lógica historiográfica: el saber histórico tal y como lo conocemos es un producto de la institucionalización de la disciplina en el siglo XIX, es el resultado de un contexto histórico específico. Los cambios que se han operado desde la segunda mitad del siglo XX han provocado y están provocando transformaciones en nuestra forma de entender y de aprehender el pasado. El fin de la historia que conocemos dará paso a nuevas formas de conciencia histórica, y esta promete nuevos e insospechados saberes.

Keith Jenkins plantea estas y otras paradojas de una actividad, la historiográfica, que no afecta solo al gremio sino al conjunto de los ciudadanos. Pero lo hace de una forma peculiar, nueva, inaugurando nuevas texturas, nuevas formas de relación con el lector. Se trata de un intento de trazar caminos, de dibujar itinerarios en arenas movedizas, donde nada es lo que parece y nada permanece por mucho tiempo. Hay muchos manuales y monografías que exploran los contornos de la historiografía moderna y posmoderna, pero ninguno de los que conozco tiene las características de este. Por un lado, la intensidad, la fuerza expresiva de su relato. No es este un libro aburrido, denso y costoso de leer, como podría pensarse por el tema que trata. Por el contrario, estamos ante un texto ágil y atractivo. Por otro lado, es un trabajo prolijo que establece múltiples conexiones, va al fondo de los argumentos, deshilvana las ideas hasta llegar a sus componentes más básicos. Podría pensarse que es este un libro de divulgación, un intento de facilitar el conocimiento de los entresijos de un viejo oficio a los no iniciados, para quienes escribir historia está rodeado de un cierto halo mágico y misterioso que los practicantes hacen todo lo posible por mantener. Se podría decir que, como toda su obra, manifiesta una clara necesidad comunicativa, un intento de llegar al lector, de convocarlo. Pero más allá de esta vocación pedagógica, me parece que lo que hace el texto de Jenkins no es mostrarnos un saber historiográfico previo, inscrito posteriormente en un relato sino que nos permite ver cómo se genera ese saber gracias a la inscripción narrativa. Nos convoca para acompañarlo en su búsqueda, expone todo el arsenal de conceptos, argumentos y enunciados



ITINERARIOS

para que sean evaluados, sopesados por los lectores en una suerte de diálogo diferido, de proyecto conjunto⁶, dejándonos (inaugurando) la posibilidad (la libertad) de discrepar.

⁶ Se trata de una prosa que los lingüistas llaman *prosa de autor* frente a la *prosa de lector*, que sería el relato pensado para un lector tipo. Linda FLOWER, "Written-based-prose: A cognitive basis for problems in writing", *College English* 41 (1979), pp.19-36. Para un comentario extenso de las prosas de escritor y lector, Daniel CASSANY, *Describir el escribir: cómo se aprende a escribir*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 151-168.



La tribu desafiada: el pasado es de todos¹

Una escena

A las ocho en punto de la mañana, con el sol asomando por el costado del palacio de santa Cruz, los investigadores hacen fila a la puerta del Ministerio. Se los reconoce por las carpetas azules que llevan, esas carpetas de cartón con dos gomas blancas que sujetan los extremos. Conversan animados y nerviosos mientras, muchos de ellos, fuman un cigarrillo. En cuanto se abre la puerta lateral, esa que da al archivo del Ministerio, los investigadores van pasando y mostrando su credencial al bedel, que tiene cara de sueño y de pocos amigos. Antes de bajar las escaleras que conducen al depósito tienen que pasar por la sala de consulta, una habitación enorme tapizada de ficheros a la que llega poca luz a pesar de los enormes ventanales. Allí, mientras las dos funcionarias encargadas de atender a los visitantes hablan por teléfono o conversan animadas saboreando un café, los investigadores deben hacer antesala para hablar con la directora. A veces, la espera es corta y entretenida; otras, mortalmente tediosa. Todo depende del interés de la jefa en la conversación que mantiene con el investigador. Una vez en su despacho, la archivera escruta, por encima de sus anteojos, al recién llegado y le pregunta por su tema de investigación, su lugar de procedencia, su adscripción institucional y otras preguntas menores algo maliciosas, con la precisión, el rigor y la vocación de un comisario político de otra época. Una vez satisfecha su curiosidad llama a su secretaria para que le alcance las fichas correspondientes al período y al país que trabaja el investigador. En ese tiempo muerto de duración variable prosigue con el interrogatorio que parece destinado a reconocer en el visitante a un posible y potencial jaranero y alborotador. Con las

¹ Publicado originalmente en EQUIPO CONTRATIEMPO, *¿Qué hacemos con el pasado? Catorce textos sobre historia y memoria*, Madrid, Contratiempo, 2014, pp. 21-27.

fichas encima de su mesa, la funcionaria se las coloca debajo de los pechos y va cantando con voz cansina, monótona y nasal los títulos, como si se tratara de los temas de un concurso oposición o los premios de una rifa de feria: “Relaciones económicas: acuerdos para la venta de trigo argentino”; “Visita de funcionario del Ministerio de salud para la compra de material quirúrgico”; “Del embajador al ministro de exteriores”. Por encima de los anteojos sigue examinando al visitante que toma pacientemente nota del número de legajo y expediente. Cada tanto, como si se tratara de un mensaje en código morse o de los silencios de una melodía, la directora hace una pausa, se salta una ficha mientras señala: “esta no”, al tiempo que hace un gesto característico con la cabeza, como reafirmando doblemente la negativa a compartir el secreto que guarda la cartulina. Si al investigador se le ocurre preguntar por la censura de los contenidos o hace alusión a esos silencios en la disponibilidad de los expedientes la archivera contesta con una frase rotunda: «usted que se cree, que cualquiera puede venir aquí y consultar los fondos a voluntad». De nada sirve apelar a la ley, argumentar que los documentos pedidos están fuera de cualquier cláusula protectora de la intimidad de los vivos y de los muertos. Todo intento es vano, toda demanda es rechazada. No, en ese archivo no puede entrar cualquiera...

Una reflexión

Estoy segura de que la escena que acabo de describir les resultará familiar a muchos. Estoy convencida de que este tipo de situaciones siguen produciéndose en no pocos archivos y bibliotecas, e incluso en otras instituciones públicas contemporáneas. Más aún, sé que no debe de haber historiador profesional que no haya vivido, al menos en el mundo hispanohablante, trances parecidos. Ya entonces, en la época a la que pertenecen los hechos descritos, nos preguntábamos el porqué de esta concepción patrimonial y corporativa del saber por parte de aquellos encargados de custodiarlo y transmitirlo, y buscábamos razones que aún hoy, casi tres décadas más tarde, me siguen pareciendo pertinentes. Por un lado, barajábamos razones coyunturales:

la reciente apertura de los archivos, la escasa o nula profesionalización de los encargados; por otro, apelábamos a motivos de más calado. Decíamos que en un país como España (o en los países latinoamericanos) la falta de tradición y cultura democráticas debían haber influido en esta tendencia apropiadora de los bienes públicos. En el gesto de la archivera de la escena precedente se deja ver la profunda desconfianza hacia la ciudadanía, incluso hacia un sector de la ciudadanía, los investigadores, entrenados para el trabajo con esos materiales públicos. Un recelo o una suspicacia hacia el mal uso que los ciudadanos podían hacer de los documentos de las instituciones colectivas, que no era sino una consecuencia más de la concepción política totalitaria arraigada durante décadas en este país. Más aún, creíamos entonces que el déficit democrático había impedido la aparición y el arraigo de la idea de servicio público a la comunidad. A efectos prácticos y con independencia de lo que dijera la norma que regulaba el acceso a los fondos documentales, el archivo era propiedad de la archivera que, por otra parte, no pecaba de exceso de celo (vista la situación desastrosa en la que se encontraban los índices de remisión del material) sino de una concepción corporativista de la función pública. Desgraciadamente, esta actitud o concepción que tiende a considerar como propio de un gremio, de un estamento o de una corporación lo que es de todos no afecta solo a los archiveros o a los bibliotecarios. Situaciones parecidas, con acentos o matices diferentes, las podemos encontrar en otras instituciones: por ejemplo, en los hospitales y en las escuelas. ¿Quién no ha padecido al maestro insufrible que confunde la parte con el todo y cree que sus conocimientos pedagógicos lo convierten en el único protagonista de las políticas educativas o al médico sobrado que no se reconoce como depositario y transmisor de un saber sino como el legítimo propietario de la salud pública? Todo pareciera indicar que esta tendencia a la expropiación de lo público es un registro, antidemocrático o predemocrático, que amenaza nuestra convivencia y contra la que hay que luchar. Un registro o resabio que afecta, según acabamos de ver, a los archiveros, a los maestros y médicos, y también a los historiadores. ¿Cómo entender si no el desdén con el que muchas veces este gremio atiende los testimonios de los protagonistas, de los «aficionados» o de los no iniciados? ¿Cómo comprender la incomprensión de los historiadores ante la necesidad de convivencia de

distintos relatos sobre un mismo fenómeno? ¿Cómo interpretar si no esa alergia que los historiadores sienten por esos otros relatos, los de la experiencia, eso que llamamos memoria? ¿Cómo explicar ese comportamiento paradójico de los historiadores profesionales que, por un lado, proclaman la historicidad (y relatividad) de toda idea y discurso, su vínculo a un contexto, y, por otro, discuten apelando a la verdad, como si su propia producción estuviera exenta de ese sesgo? Tal vez, y a riesgo de ser considerada redundante, convendría recordar que, en las sociedades de masas, esas que se organizan a escala nacional, se hace necesaria una división del trabajo. Hay gente que se dedica a fabricar zapatos, otros trabajan la tierra y algunos aprenden técnicas (en ocasiones muy complejas) que ayudan a curar enfermedades (o lo que nosotros entendemos por enfermedad). En estas sociedades hay grupos, pagados por todos, que se encargan de realizar las tareas que afectan al conjunto de los ciudadanos, por ejemplo: formar a las jóvenes generaciones o escribir relatos sobre acontecimientos del pasado de esa comunidad o de otras. Pero esta división necesaria de las tareas, esta delegación de saberes, propia de una sociedad compuesta por millones de habitantes, no debe confundirse con la apropiación de ese saber o con la legitimidad exclusiva de sus productores. Ni los archivos son de los archiveros ni los hospitales de los médicos ni las escuelas de los maestros ni la historia de los historiadores...

Una elección

Los historiadores no son dueños de la historia, aunque a veces se comporten como tales. Aquellos a quienes la sociedad ha encomendado crear o recrear determinados saberes son, nada más y nada menos, que delegados, no propietarios, sometidos a las variadas demandas colectivas, cada vez más diversas en esta sociedad pluricultural en la que nos ha tocado vivir. Para poder cumplir con esa misión pública los relatos de los historiadores han de ser diversos entre sí y diferentes de otros relatos. Si han de canalizar las demandas de distintos grupos de la población, no pueden pretender articular o consensuar un único discurso sobre lo acontecido. Por

fuerza deben existir distintos discursos que permitan a los distintos grupos sociales reconocerse en esos relatos históricos y constituirse como sujetos. La subjetividad, en el doble sentido de la palabra, como agencia y vínculo a distintos poderes, exige de identificaciones diacrónicas y sincrónicas para constituirse, y el relato, los relatos históricos, son fuente de identificación. No puede haber democracia sin participación, no puede haber participación sin sujetos, no puede haber sujetos sin identificación, no puede haber identificación sin relatos (históricos, entre otros); pero esos relatos han de ser, por fuerza, variados, como variada es la subjetividad humana. Diversos dentro del gremio y diferentes de otras narraciones, obligados a convivir con otros relatos. ¿No son los historiadores los que sistemáticamente señalan la provisionalidad, esto es, la historicidad, de cualquier idea, relato o discurso? ¿No se aplica al suyo propio, a los discursos historiográficos, ese mismo sesgo? ¿El relato histórico tal y como lo conocemos con su cuota de causalidad, temporalidad y agencia no es una invención moderna? ¿Por qué confundir, entonces, una convención (la que liga documento a historia) propia de las sociedades con escritura con la posibilidad de tener historia? ¿Acaso la oralidad (no solo la de las sociedades sin escritura sino también la de los grupos de cultura oral en las sociedades desarrolladas) no tiene sus propias convenciones para generar relato histórico? ¿No son rehenes, los historiadores, de sus propias convenciones? Nuestra forma de relatar es funcional a la sociedad en la que vivimos (y no elegimos) y que, en muchos casos, está lejos del modelo al que aspiramos. ¿Por qué no aceptar otros relatos, otras formas de entender el pasado, el tiempo y a los sujetos? No se trata, como tantas veces se ha dicho, de que bajo esta fórmula relativista «todo vale», sino de que no solo vale una cosa. Pretender mantener un único discurso histórico, buscar el consenso sobre lo acontecido o denunciar como poco “científicos” otros discursos sobre el pasado es un ejercicio antidemocrático. Se trata de decir bien alto que lo propio no es lo bueno en términos universales sino solo una de las posibilidades, siempre sometida a escrutinio, a crítica, a revisión. En un mundo globalizado como el nuestro, con la amenaza de borrar toda diferencia por un lado y con la de exaltar toda la que pueda ser potencialmente comercializable por otro, es básico mantener las

diferentes formas de entender el pasado (y el presente) y esa variedad no es un peligro sino un ejercicio democrático. Lo que sí es antidemocrático, un resabio de otros tiempos, es querer imponer un único relato, una única visión de la historia, una única manera de entender la producción de relatos históricos, porque no se trata de crear una única versión de la historia que propicie la convivencia sino de abandonar esa posibilidad, de reconocer su imposibilidad, para aprender a convivir con variadas versiones del pasado. Y este nuevo ejercicio implica un movimiento ético fundamental (y doloroso): desplazar la verdad del pasado (las cosas fueron así) a la responsabilidad de los sujetos en el presente (así las vemos y debemos responder por ello). Relatos variados que serán evaluados de acuerdo con los cánones o las convenciones bajo las que han sido producidos; esto es, no se puede evaluar el relato oral con los presupuestos de la historiografía, de igual forma que no se puede escrutar la memoria bajo los presupuestos de la historia académica. Pero hay que enfatizar que no hay nada definitivo ni superior ni mejor en esta última. La historiografía profesional es solo una modalidad de relato vinculada a una convención, no una verdad revelada. De igual forma que los ciudadanos en democracia debemos vivir en equilibrio inestable, bajo el juego de las hegemonías, también nuestras formas de entender el mundo, el pasado y nuestra propia posición han de hacerlo, han de mantener ese equilibrio siempre pendiente de un hilo, siempre sujeto a crítica y revisión.

Un objetivo

Así, el objetivo de los historiadores dejaría de ser esa búsqueda del santo Grial para empezar a pensar en otros cometidos. Uno de ellos podría ser crear relatos a través de los indicios, registros o documentos que contribuyan a desnaturalizar, a mantenernos alerta contra las pretensiones de versiones definitivas. Cuando uno se da cuenta de que no puede haber verdad última y no la busca, agudiza la escucha, se vuelve sensible al verdadero diálogo, busca la aportación del otro, para poder construir algo que no estaba antes del

encuentro, que es producto de ese cruce de caminos. La diferencia, eso que el otro trae, es interpelado y nos interpela, y en ese juego se generan nuevos consensos, nuevas articulaciones. Ese encuentro nos permite ver lo propio desde otro lugar, desnaturalizarlo y, gracias a ese movimiento, comprobar que otros caminos son posibles. Ser hospitalario con la alteridad no significa entrar en el marasmo de la indeterminación sino solo reconocer eso que ya sabemos. Ante la diferencia, ante eso otro que ni siquiera sospechamos, lo propio (las concepciones, ideas) se mueve de lugar, se recoloca, entra en diálogo, a veces fecundo, con eso que llegó sin ser anunciado. Hace tiempo, en La paz, recibí la visita de don Ignacio, un cacique de la etnia mosetén que vivía en un enclave en la selva, en la confluencia del río Beni con el Quiquibey. Meses antes, yo había ido a su comunidad y había tomado fotos de la fiesta del 6 de agosto en la que él, como jefe, tenía un papel protagónico. En nuestro segundo encuentro, le mostré uno de los retratos que le había tomado. Era un primer plano de medio cuerpo con el pelo un poco revuelto después de horas de baile y chicha. Al verlo, me preguntó: “¿Quién es este con ese pelo e’ cóndor?”. A lo que yo respondí: “Es usted, don Ignacio”. No sin picardía y cierta coquetería me dejó con esta frase: “¿No pensarás que yo entro en ese pedazo de papel?”. Efectivamente, la idea que tenía don Ignacio de su persona era más compleja que esa representación a la que yo quería condenarlo. En ese diálogo improvisado, él vio por primera vez su imagen en un papel y yo pude intuir lo lejos que esto estaba de la concepción que él tenía de sí mismo. Pero este cruce de diferencias, la aparición de dos percepciones tan distintas ante una imagen no supuso una amenaza sino más bien una advertencia, un aviso sobre la enorme riqueza del imaginario humano, sobre el variado capital simbólico de nuestra especie.

